

BOLETIN de PASTORAL

Revista Diocesana Mensual

San Juan de los Lagos, Jal.

Julio de 1997

Nº 180

Beatos: Cristóbal Magallanes y 24 Mártires Mexicanos



CRISTOBAL MAGALLANES



AGUSTIN. S. CALOCA



JOSE MARIA ROBLES



DAVID GALVAN



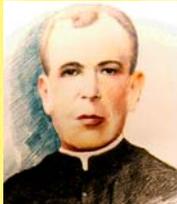
JUSTINO ORONA



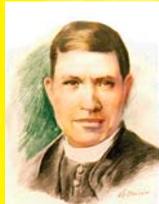
ATILANO CRUZ



ROMAN ADAME



JULIO ALVAREZ



PEDRO ESQUEDA



RODRIGO AGUILAR



TRANQUILINO UBIARCO



JENARO SANCHEZ



JOSE ISABEL FLORES



SABAS REYES



TORIBIO ROMO



LUIS BATIS



MANUEL MORALES



SALVADOR LARA



DAVID ROLDAN LARA



MATEO CORREA



PEDRO MALDONADO



JESUS MENDEZ



DAVID URIBE



MARGARITO FLORES



MIGUEL DE LA MORA

8 Jaliscienses, Mártires Siervos de Dios



JORGE VARGAS



RAMON VARGAS



LUIS PADILLA



EZEQUIEL HUERTA



SALVADOR HUERTA



ANACLETO GONZALEZ



LUIS MAGAÑA



MIGUEL GOMEZ

SUMARIO

<i>Introducción</i>	1
<i>Homilía del Papa en la beatificación</i>	2
<i>Los 25 Beatos-Mártires mexicanos</i>	3
1.- CRISTOBAL MAGALLANES JARA	3
2.- AGUSTIN. S. CALOCA	5
3.- JOSE MARIA ROBLES	8
4.- DAVID GALVAN	10
5.- JUSTINO ORONA	13
6.- ATILANO CRUZ	14
7.- ROMAN ADAME ROSALES	16
8.- JULIO ALVAREZ	20
9.- PEDRO ESQUEDA	22
10.- RODRIGO AGUILAR ALEMAN	26
11.- TRANQUILINO UBIARCO ROBLES	28
12.- JENARO SANCHEZ	31
13.- JOSE ISABEL FLORES VARELA	33
14.- SABAS REYES SALAZAR	36
15.- TORIBIO ROMO GONZALEZ	39
16.- LUIS BATIS ORTEGA	43
17.- MANUEL MORALES	45
18.- SALVADOR LARA PUENTE	46
19.- DAVID ROLDAN LARA	47
20.- CURA MATEO CORREA MAGALLANES	49
21.- PEDRO MALDONADO MINSOREZ	52
22.- JESUS MENDEZ MONTOYA	55
23.- DAVID URIBE VELASCO	57
24.- MARGARITO FLORES GARCIA	61
25.- MIGUEL DE LA MORA	63
<i>8 Mártires Jaliscienses</i>	66
1.- JORGE Y	
2.- RAMON VARGAS GONZALEZ	68
3.- LUIS PADILLA GOMEZ	71
4.- EZEQUIEL HUERTA GUTIERREZ	74
5.- SALVADOR HUERTA GUTIERREZ	77
6.- ANACLETO GONZALEZ FLORES	81
7.- LUIS MAGAÑA SERVIN	87
8.- MIGUEL GOMEZ LOZA	90
<i>Alteños muertos en la cristiada</i>	94
<i>Cumpleaños y Aniversarios de Ordenación</i>	100
<i>Agenda de Julio</i>	Contraportada

Responsable:

Diócesis de San Juan de los Lagos

Introducción



Estos veinticinco Siervos de Dios que entregaron su vida derramando su sangre por Cristo, no solamente son gloria de la Iglesia mexicana; son ante todo gloria de la Iglesia Universal, que siguiendo las huellas del Crucificado, publicaron el glorioso testimonio de la fe que habían heredado desde los Apóstoles a través de generosos predicadores de la Palabra.

Ciertamente el lazo más fuerte que los vincula no es el de haber nacido todos ellos en la República Mexicana, sino su pertenencia a la Iglesia Católica; más aún, el ser sacerdotes en favor del Pueblo de Dios. Se trata en efecto de 22 presbíteros del clero diocesano en el pleno ejercicio de su apostolado, y de tres jóvenes entusiastas y profundamente comprometidos por la labor pastoral de su párroco, a quien acompañaron en el ejercicio del ministerio de la Palabra durante su vida, y en el sacrificio supremo a la hora de la muerte.

El ejercicio del sacerdocio de todos estos mártires constituyó para la Iglesia, que peregrina en México, como un eco de las palabras pronunciadas por el Sumo y Eterno Sacerdote, Jesús, cuando proclamó lo que era el sacerdocio: **Yo soy el Buen Pastor, el Buen Pastor sacrifica su vida por las ovejas. El que no es pastor ve venir al lobo y huye, y el lobo arrebató y dispersa las ovejas. Yo soy el Buen Pastor y conozco a las mías y las mías me conocen a Mí; como el Padre me conoce y yo conozco a mi Padre, y doy mi vida por mis ovejas. (Jn. 10, 11-15). Las ovejas oyen su voz, y llama a sus ovejas por su nombre, y las saca fuera, y cuando ha sacado a todas, va delante de ellas, y las ovejas lo siguen porque conocen su voz; pero no seguirán al extraño; antes huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. (Jn. 10, 3-5).**

Estos Siervos de Dios ante todo son sacerdotes, y murieron exclusivamente por ejercer su ministerio: fueron conscientes de las circunstancias persecutorias contra la Iglesia de México; pudieron también, legítimamente, huír para salvar sus vidas, como otros lo hicieron, pero prefirieron permanecer en sus parroquias o volver a ellas si habían sido expulsados, a pesar de las amenazas del perseguidor, para poder así darle alimento a sus fieles con la doctrina de la Palabra de Dios, ya sea en forma oral o ya por escrito; prefirieron permanecer en sus parroquias para consolar a sus hijos y sostenerlos en su adhesión al Sumo Pontífice y a la Iglesia Universal; porque tenían necesidad de impartirles los sacramentos del bautismo, la penitencia, el matrimonio, la extremaunción pero especialmente les urgía darles a sus feligreses a Cristo como alimento en el Pan de la Eucaristía para que tomaran fortaleza en la hora del peligro con el ejemplo del Sacrificio Eucarístico. Los visitaban en sus domicilios particulares en los que muchas veces celebraban la Misa; conocían a todos, uno por uno, y sus feligreses los acogían porque reconocían en su voz la de Cristo y porque se daban cuenta de que ellos iban por delante en la profesión de la fe sin seguir la voz de los extraños.

Estos Siervos de Dios vivieron en tiempos de persecución; muchos católicos se habían levantado en armas para defender los derechos humanos y los derechos de la libertad religiosa, pero estos mártires, sin ignorar el heroísmo de sus hermanos, no tomaron el camino de las armas, ni el de la política, no hablaron mal contra nadie, se dedicaron por completo a su pastoral sobrenatural, imitando al Buen Pastor.

Expondremos, pues, brevemente:

1. La biografía documentada de cada uno de estos 25 Siervos de Dios (*ahora Beatos*).
2. El aparato probativo que da confianza para poder aceptar históricamente estas biografías.
3. La fama del martirio de que gozan todos y cada uno de ellos, inspirada en el «**sentido de la fe**» del pueblo de Dios (*L.G. No.12*).
4. Y finalmente el sólido fundamento de esta fama de santidad puesto que se realizan en cada uno las condiciones requeridas para el discernimiento de un verdadero martirio.

NOTA: Además de estos 25 **Beatos** mártires mexicanos, ofrecemos en este Boletín los documentos de otros 8 **Siervos de Dios**, mártires jaliscienses, entre los que se encuentran 3 seculares alteños: Anacleto González Flores (*Tepatitlán*), Luis Magaña Servín (*Arandas*) y Miguel Gómez Loza (*Refugio-Paredones*).

Homilía del Papa en la beatificación

(22-11-92)

1. Hoy la Iglesia contempla con inmensa alegría la singular grandeza de veintiséis de sus hijos, quienes en reconocimiento del Reinado de Cristo ofrecieron heroicamente sus vidas, expresando así que, si Dios lo es todo y todo lo hemos recibido de Él, es justo entregarse totalmente a Él, único Absoluto, fuente inagotable de vida y de paz.

Durante las duras pruebas que Dios permitió que experimentara su Iglesia en México, hace ya algunas décadas, estos mártires supieron permanecer fieles al Señor, a sus comunidades eclesiales y a la larga tradición católica del pueblo mexicano. Con fe inquebrantable reconocieron como único soberano a Jesucristo, porque con viva esperanza aguardaban un tiempo en el que volviera a la nación mexicana la unidad de sus hijos y de sus familias.

Para participar en la solemne beatificación de los nuevos mártires, estáis aquí tantos Hermanos Obispos y numerosos grupos de peregrinos mexicanos. A todos dirijo mi más afectuoso saludo y os aliento a seguir manteniendo encendida la antorcha de la fe en vuestras comunidades eclesiales, pues estos mártires son para vuestra nación una genuina expresión de ¡México, siempre fiel!

2. Veintidós de ellos eran sacerdotes diocesanos, los cuales desarrollaban una fecunda labor apostólica en sus Iglesias particulares: Guadalajara, Durango, Chilpancingo-Chilapa, Morelia y Colima. Todos, aún antes de sufrir la persecución, ya habían ofrecido a Dios y a su pueblo una vida ejemplarmente sacerdotal.

Es de notar su amor a la Eucaristía, fuente de vida interior y de toda acción pastoral, su devoción a Santa María de Guadalupe, su dedicación a la catequesis, su opción por los pobres, los alejados y los enfermos. Una entrega tan generosa y una constante inmolación diaria, ya había hecho de estos sacerdotes auténticos testigos de Cristo, aún antes de recibir la gracia del martirio.

Su entrega al Señor y a la Iglesia era tan firme que, aún teniendo la posibilidad de ausentarse de sus comunidades durante el conflicto armado, decidieron, a ejemplo del Buen Pastor, permanecer entre los suyos para no privarlos de la Eucaristía, de la Palabra de Dios y del cuidado pastoral. Lejos de todos ellos encender o avivar sentimientos que enfrentaran a hermanos contra hermanos. Al contrario, en la medida de sus posibilidades procuraron ser agentes de perdón y reconciliación.

3. Junto con estos sacerdotes mártires queremos honrar, de modo especial, a tres jóvenes laicos de la Acción Católica: Manuel, Salvador y David, los cuales, unidos a su párroco Luis Batis no dudaron en reconocer —como nos dice san Pablo— que «la vida es Cristo y la muerte, una ganancia» (Flp 1, 21), mostrando así la fiel entrega al Señor y a la Iglesia, que ha caracterizado al noble pueblo mexicano.

Estos tres laicos, como otros muchos en la historia,—nos dirá el Concilio Vaticano II— fueron llamados a «dar este supremo testimonio de amor ante todos, especialmente ante los perseguidores» (LG, 42). A este respecto, es bien expresivo el testimonio de Manuel, de veintiocho años, esposo fiel y padre de tres niños pequeños, el cual antes de ser fusilado exclamó: «Yo muero, pero Dios no muere, El cuidará de mi esposa y de mis hijos».

4. Especial mención merece también hoy la primera mujer mexicana declarada beata, la Madre María de Jesús Sacramento Venegas. Ella fomentó en su Instituto, las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús, una espiritualidad fuerte e intrépida, basada en la unión con Dios, en el amor y obediencia a la Iglesia. Con su ejemplo enseñó a sus hermanas religiosas —muchas de las cuales están aquí presentes para honrarla— que debían ver en los pobres, los enfermos y los ancianos, la imagen viva de Cristo. Cuando asistía a uno de ellos solía decirle: «Ten fe y todo irá bien». De hecho, su vida es un modelo de consagración absoluta a Dios y a la humanidad doliente, que ella empezó a conocer en el Hospital del Sagrado Corazón de Jesús, de Guadalajara.

La Madre Venegas tenía también una veneración particular por los sacerdotes y seminaristas, al rezar por ellos decía: «Oh Jesús, sacerdote eterno, ten a tus siervos en tu corazón y conserva inmaculadas sus manos consagradas, bendice su trabajo». La nueva Beata nos enseña una continua relación con Dios y una entrega abnegada hacia los hermanos a través de nuestro trabajo cotidiano en el propio ambiente.

5. La solemnidad de hoy -Fiesta de Cristo Rey-, instituida por el Papa Pío XI precisamente cuando más arreciaba la persecución religiosa en México, penetró muy hondo en aquellas comunidades eclesiales y dio una fuerza particular a estos mártires, de manera que al morir muchos gritaban: ¡Viva Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe! A través de esta fiesta los católicos han podido descubrir toda la profundidad de la realeza divina, que culmina en el sacrificio de la Cruz y se manifiesta también donde impera la justicia y la misericordia, donde se favorece el perdón y la reconciliación, como único camino para la paz y la convivencia social.

Que el recuerdo de los nuevos Beatos, en el marco de las celebraciones del V Centenario de la Evangelización de América, haga que todos nosotros seamos testigos de la presencia soberana y amorosa de Jesús en medio de los hombres. Que como cristianos comprometidos aceptemos el llamado a ser apóstoles entre los demás, para que Cristo reine con más esplendor en sus vidas. La Iglesia tiene necesidad de ello; el mundo espera de nosotros una entrega total.

Con el apóstol Juan proclamamos que estos Beatos han vencido «gracias a la sangre del Cordero... porque despreciaron su vida ante la muerte. Por eso regocijaos cielos y los que en ellos habitáis» (Ap 12, 11-12). Todos debemos estar dispuestos a confesar a Cristo ante los hombres y a seguirle, si fuera necesario por el camino de la Cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan ni faltarán a la Iglesia (cf. LG, 42).

Los 25 Beatos-Mártires mexicanos

BEATO 1:

CRISTOBAL MAGALLANESJARA

1.- VIDA

El Siervo de Dios Cristóbal Magallanes nació en el rancho de la Sementera, de la parroquia de Totatiche, Jal., (Arquidiócesis de Guadalajara) el 30 de julio de 1869. Fue bautizado en el templo parroquial del lugar el 7 de agosto del mismo año. Sus padres fueron el Sr. Rafael Magallanes y la Sra. Clara Jara. Fue confirmado en Totatiche, Jal. el 2 de julio de 1879 por el Excmo. Sr. José María Refugio Guerra y Alba, segundo Obispo de Zacatecas.

Quedó huérfano de padre siendo niño y su madre lo puso a cuidar borregos y a trabajar en el campo, labrando la tierra. Desde niño tuvo devoción acendrada, fiel y constante al Santísimo, al Sagrado Corazón y a la Virgen María, a quien le rezaba diariamente el santo rosario. El Pbro. Cornelio de la Cruz, cuando Cristóbal era joven, lo puso en la escuela en donde por su buena memoria y aplicación obtuvo buenas calificaciones y actos honoríficos.

El 19 de octubre de 1888 ingresó al Seminario de Guadalajara como alumno interno y por su piedad, honradez y aplicación obtuvo las calificaciones supremas y se le confiaron cargos.

Recibió las órdenes menores el 3 de noviembre de 1895; el subdiaconado el 15 de noviembre de 1896 y el diaconado el 14 de noviembre de 1897. El 17 de septiembre de 1899 fue ordenado presbítero, a la edad de 30 años, en el templo de Santa Teresa, Guadalajara, Jal. por el Sr. Obispo de Colima Dr. D. Atenógenes Silva. Cantó su primera Misa el 1º de octubre en Totatiche, Jal.

El 27 de septiembre de 1899 fue nombrado capellán y subdirector de la Escuela de Artes del Espíritu Santo, Guadalajara, Jal. y permaneció con este cargo hasta el 6 de julio de 1901. De julio-



octubre de ese mismo año estuvo en Totatiche, Jal. restableciéndose de su salud quebrantada.

El 16 de octubre de 1901 fue nombrado vicario de Totatiche, Jal., su parroquia de origen, y desempeñó este ministerio hasta el 5 de octubre de 1903, día en que se le encomendó nuevamente la capellanía y subdirección de la Escuela de Artes del Espíritu Santo, en el que permaneció hasta el 4 de abril de 1906. En este mismo día y año se le nombró nuevamente vicario de la parroquia de Totatiche, Jal. y el 29 de mayo, párroco coadjutor de dicha parroquia. Finalmente, el 12 de agosto de 1909 fue nombrado párroco interino. Como párroco de Totatiche, Jal. permaneció 17 años y nueve meses, hasta el día de su muerte 25 de mayo de 1927.

El Siervo de Dios llevó siempre una vida intachable, ni sus enemigos podían censurarle nada. Fue desinteresado de los bienes materiales; con mucha devoción celebraba la santa Misa; solícito en socorrer a los pobres; delicado de conciencia; admirable en el cumplimiento de sus deberes como párroco; siempre recibía a sus feligreses con afabilidad.

Estableció centros de catecismo para niños y adultos en el pueblo y en las rancherías. Fue cuidadoso en la predicación de la homilía dominical y en difundir un periódico parroquial: «El Rosario». Luchó contra los vicios de la embriaguez y la ociosidad, trabajó empeñosamente en moralizar las familias de su parroquia.

Practicó en grado heroico las virtudes de la obediencia, humildad, justicia, caridad, prudencia, mansedumbre, paciencia y aceptación de la voluntad de Dios. Como misionero visitó varias veces los indígenas huicholes, con quienes formó comunidades cristianas. Les llevaba cargas de comestibles y ropa para distribuirlos en el poblado de Azqueltán, Jal. y en otros lugares más distantes como San Sebastián, Sta. Catarina y San Andrés Cohamiata, Nayarit.

Adquirió terrenos en el pueblo de Totatiche, Jal. para hacer lotes y venderlos a los pobres a precio moderado y en abonos fáciles para que hicieran sus

casas. Cultivaba a los fieles en el teatro y el canto, fomentó la cultura del pueblo dotándole de una biblioteca y formando una banda de música.

Promovió la construcción de la presa de La Candelaria, a dos kilómetros al sur de Totatiche, Jal. para almacenar el agua y regar huertas. Fomentó la agricultura mediante la construcción de presas de regadío, tanques y bordos para almacenar el agua y repartió semilla gratuitamente para la siembra del maíz. Impulsó la industria introduciendo maquinaria y estableciendo talleres de carpintería y zapatería.

Ayudó al establecimiento de una planta de energía eléctrica para el suministro de luz y energía para los molinos.

Estableció una Sociedad Mutualista que más tarde se convirtió en Cooperativa de Consumo. Siguiendo las indicaciones de la encíclica «Rerum Novarum» del Papa León XIII promovió la celebración de una Semana Social Regional en Totatiche, Jal. y otra en Teúl, Zac. y la fundación de un Sindicato Interprofesional por lo que debe ser enumerado entre los que más pronto y mejor cumplieron las consignas sociales del Papa León XIII.

Fundó varias escuelas en toda la parroquia, tanto para niños como para niñas, y un orfanatorio para niñas huérfanas y desvalidas. Promovió la edificación de numerosas capillas en los ranchos y los templos de El Salitre y Temastián, Jal., a los que visitaba con frecuencia. En 1915 fundó el Seminario Auxiliar de Nuestra Señora de Guadalupe en Totatiche, Jal.

La Iglesia de México se encontraba en condiciones conflictivas, especialmente la arquidiócesis de Guadalajara, porque en agosto de 1914 se clausuraron los Seminarios por orden del Gobierno de la Nación.

El Sr. Cura Cristóbal Magallanes obedeciendo la circular de marzo de 1915, del Superior Gobierno Eclesiástico de Guadalajara, que ordenaba a los párrocos atender a los seminaristas dispersos a causa de la persecución religiosa, congregó en su parroquia a tres jóvenes ex-alumnos del Seminario Auxiliar de Colotlán, Jal., clausurado en abril de 1914. Al lado de estos tres jóvenes se fueron reuniendo otros más, hasta completar veinte estudiantes, y con el párroco convinieron en llamar al grupo estudiantil la «Familia Silvestre».

En 1916 se desató en la región de Totatiche, Jal., una terrible epidemia de «fiebre de tifo», víctimas de la cual perecieron dos de los sacerdotes que ayudaban al Sr. Cura Cristóbal en la atención de la parroquia y del incipiente Seminario. En noviembre de ese año el Arzobispo de Guadalajara nombró a los sustitutos de los difuntos, entre ellos al joven sacerdote José Garibi Rivera, que pasados los años llegaría a ser Arzobispo de Guadalajara y Primer Cardenal Mexicano.

El 1917 se desató la persecución del Gobierno en contra del Arzobispo de Guadalajara y sus sacerdotes, y también contra el pequeño plantel del Seminario de Totatiche. Los maestros y alumnos tuvieron que ocultarse en casas particulares, en las huertas y en los arroyos, para escapar del furor de sus gratuitos enemigos y poder cumplir con el deber de dar instrucción conveniente a los alumnos. A fines de 1917 se construyó en los arrabales del pueblo una casa sin pulimento alguno para defender el Seminario de la persecución, finca más en consonancia con el nombre que tenía: «Familia Silvestre». El Sr. Cura dio a este Seminario todas sus atenciones y cuidados para su buena marcha y rindió al Arzobispado informes escritos, muy detallados, de la vida y desarrollo del plantel. Hasta en los últimos días anteriores a su muerte, estando ya en la cárcel, hizo recomendaciones para su amado Seminario «Silvestre».

El Sr. Arzobispo D. Francisco Orozco y Jiménez, en el acta de la Visita Pastoral a la parroquia de Totatiche, Jal., en noviembre de 1916, dejó asentado por escrito: **«El Prelado encomia, agradece y bendice la infatigable acción del celoso párroco D. Cristóbal Magallanes que, superando indecibles dificultades con una constancia a toda prueba ha sabido trabajar con tanto acierto por la causa de Dios Nuestro Señor (...) que sus sucesores en el gobierno de esta parroquia se empeñen por imitar tan laudable acción parroquial».**

En su aspecto físico el Sr. Cura Cristóbal Magallanes fue un hombre alto, de color moreno, de mirada penetrante y sonrisa a flor de labios. Dotado de carácter firme, muy agradable en su trato, de finos modales, de origen humilde, nacido y criado en el rancho hasta los 19 años. Vestía siempre de traje negro, constante en el uso del alzacuello y de la corona clerical. En su talla espiritual fue un sacerdote de santidad sencilla y atractiva; párroco sabio que

dio la vida por sus ovejas; sacerdote según el corazón de Dios. Desde niño vivió, creció y murió como santo. Amó entrañablemente a la Santísima Virgen y vivió siempre en absoluta conformidad con la voluntad divina.

Ocho meses antes de su muerte escribió su testamento espiritual para sus feligreses y se los distribuyó en hojas impresas; de este se selecciona lo siguiente:

«Primero: Guardad íntegra e inmaculada la Fe Católica, Apostólica y Romana, evitando con cuidado toda ocasión o peligro de perderla (...). Segundo: Haced que vuestras costumbres sean netamente cristianas (...). Tercero: Perdonad a vuestros enemigos y a todos los que os quieran mal, y no fomentéis odios ni rencores en el pueblo (...). Cuarto: Rezad con fervor y constancia todos los días el Rosario en comunidad, en familia o individualmente (...). Quinto: Dedicad diariamente al trabajo y no os juntéis con ociosos y libertinos (...). Sexto: Si sois comerciantes, no trafiquéis, por amor de Dios, con los vicios, vendiendo bebidas embriagantes (...). Séptimo: Respetad a las autoridades públicas ayudándoles a guardar el orden a que estáis estrictamente obligados por el bien común (...). Octavo: La mujer que por su naturaleza es tan piadosa y compasiva, trabaje sin cesar por la conservación de la fe y de las buenas costumbres (...).»

«Confiado vuestro viejo párroco, en vuestros nobles sentimientos, espera de vuestra conducta cristiana un consuelo para la Iglesia, tranquilidad y orden para las familias del pueblo, aliento en las penas que nos ha tocado sufrir, y, sobre todo, las bendiciones del cielo para cada uno de vosotros. Así lo solicito de Dios todos los días. Septiembre de 1926. Pbro. Cristóbal Magallanes».

El 28 de noviembre de 1926 surgió en Totatiche, Jal. la lucha cristera contra la tiranía antirreligiosa del Presidente Plutarco Elías Calles, por iniciativa de los señores Herminio y Felipe Sánchez, originarios de Colotlán, Jal., secundados por algunos vecinos de Totatiche, Jal. El Sr. Cura Cristóbal Magallanes reprobó el recurso a las armas, en particular y en público, de viva voz y por escrito:

«La religión ni se propagó ni se ha de conservar por medio de las armas. Ni Jesucristo, ni los apóstoles, ni la Iglesia han empleado la violencia con ese fin. Las armas de la Iglesia son el convencimiento y

la persuasión por medio de la palabra». En carta dirigida a un joven sacerdote en abril de 1927 le decía: «Mi vida, desde hace ya cuatro meses, ha sido andar por cerros y barrancas, huyendo de la persecución gratuita de nuestros enemigos y de los rebeldes, entre los cuales se le ha puesto al Gobierno que andamos, no más porque nos ha tocado vivir en la región de los alzados; sin embargo, miles y miles de habitantes de estos pueblos, que nos están mirando y nos conocen desde hace muchos años, saben que somos inocentes y se nos calumnia infamemente».

El Sr. Cura Cristóbal Magallanes fue aprehendido el 21 de mayo de 1927, como a las once de la mañana, por el General Francisco Goñi que venía con sus tropas de Atolinga, Zac. El Sr. Cura iba en una bestia mular hacia el rancho de Santa Rita para celebrar allí una fiesta religiosa. Al tomar el camino hacia el rancho Santa María, al poniente de Totatiche, el Sr. Cura se dio cuenta de la presencia del ejército federal e intentó ocultarse en el monte de Acapulquillo pero la bestia mular que montaba, se negó a brincar un portillo de la cerca y fue alcanzado y aprehendido.

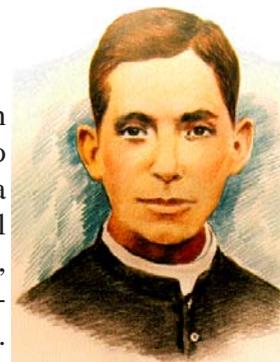
Cuando los soldados le preguntaron quién era, él contestó: «Soy Cristóbal Magallanes, párroco de Totatiche». Inmediatamente se lo llevaron a la cárcel de Totatiche a donde llegaron a la una de la tarde.

BEATO 2:

AGUSTINSCALOCA

1.- VIDA.

El Siervo de Dios Agustín S. Caloca nació en el rancho de La Presa, de la parroquia de San Juan Bautista de Teúl de González Ortega, Zac., (Arquidiócesis de Guadalajara) el 5 de mayo de 1898. Fue bautizado en el templo parroquial del lugar el 10 de mayo del mismo año. Sus padres fueron el Sr. José Edwiges (de Apellido Sánchez por su padrastro, y de apellido Caloca por su padre natural) y la Sra. María Plutarca Cortés. Fue confirmado en el templo parroquial del lugar el 24 de octubre de 1901 por el Excmo. Sr. Pablo Pellet, Obispo de Retimo. La primera Comunión la recibió en el mismo templo parroquial. Estudió en la



escuela primaria del Sr. Cura Luis M. Gómez en el Teúl, Zac.

El 1º de noviembre de 1912 ingresó al Seminario de Guadalajara recomendado por el Sr. Cura Luis M. Gómez y allí estudió los dos primeros años de latín. Al ser clausurado el Seminario en 1914 por la revolución carrancista regresó a su casa paterna, en Teúl, Zac. y allí permaneció el año de 1915.

El Sr. Cura Cristóbal Magallanes lo invitó a Totatiche, Jal. como alumno del Seminario Auxiliar, recientemente fundado allí. En este lugar continuó sus estudios de latín y filosofía y en noviembre de 1919 reingreso al Seminario de Guadalajara a estudiar la sagrada teología en los cursos de 1919-1923. Siempre obtuvo notas sobresalientes. Estaba lejos de ser el primer talento del Seminario de Guadalajara, sin embargo una vez, fue el único alumno que sacó la primera calificación en todo.

Fue ordenado presbítero el 5 de agosto de 1923 en la Iglesia Catedral de Guadalajara, por ministerio del Excmo. Sr. Dr. D. Francisco Orozco y Jiménez, Arzobispo de Guadalajara. Cantó su primera Misa en el templo parroquial de Teúl, Zac. el 15 de agosto del mismo año. En esa celebración predicó el Sr. Cura D. Cristóbal Magallanes y estuvieron presentes los alumnos del Seminario Auxiliar de Totatiche, Jal.

A petición del Sr. Cura Magallanes se le destinó a la parroquia de Nuestra Señora del Rosario, Totatiche, Jal., como vicario y al Seminario del lugar, como prefecto y profesor. Este fue el único lugar donde ejerció su ministerio, de septiembre de 1923 hasta el día de su muerte, 25 de mayo de 1927.

Ordenado presbítero, el primer año de vacaciones dio misiones populares en las mismas rancharías en que, de estudiante, había fundado centros de catecismo. En las vacaciones de 1925 organizó en Teúl, Zac., una Semana Social Regional a la que concurrieron varios sacerdotes y se procedió a fundar cooperativas y cajas Reiffeisen para agricultores.

Desde seminarista fue modelo por el cumplimiento de sus obligaciones y por la práctica de las virtudes, sobre todo de la humildad, modestia y obediencia. Estudioso, con vida metódica, con afabilidad y caridad que lo hacían muy estimado de todos. Su vida enteramente pura y arreglada, alegre y sociable, muy franco, no obstante el defecto físico

que padecía, ya que tenía las manos cortas por viruelas que padeció a los cinco años de edad.

Su virtud fue procurar hacer bien todo, obediente a los superiores, a quienes trataba con atención y respeto; era piadoso e invitaba a rezar el santo rosario. En vacaciones visitaba los centros de catecismo que había fundado y obsequiaba a los niños: libros, juguetes, rosarios e imágenes de santos.

Su vida sacerdotal la dedicó íntegramente al desempeño de su ministerio como vicario y formador del Seminario Auxiliar. Practicó las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Se dedicaba con empeño a la catequesis y a la formación de catequistas. Llevó una vida intachable con sana alegría y humildad en su modo de ser y de obrar: muy fervoroso y piadoso.

Su conducta fue edificante, tanto en público como en la familia, muy dedicado a la oración mental. Celebraba la santa Misa con mucha devoción. Tuvo la devoción de visitar al Santísimo, honrar a Jesús Crucificado y a la Virgen María. Fue sacerdote laborioso, intachable en su espíritu apostólico que reflejaba su vida interior de íntima unión con Dios. Cada día le traía nuevo fervor en la donación total e incondicional a las exigencias del ministerio; siempre atento a su adelanto espiritual en la perfección sacerdotal.

Lo extraordinario de su vida fueron sus acciones ordinarias con exquisita caridad y paciencia inalterable; vida sencilla con bellísima bondad.

Como prefecto del Seminario trató con ecuanimidad y caridad a los seminaristas, principalmente a los díscolos. Su presencia comunicaba a los alumnos ánimo, esfuerzo y alegría; aplicación en los estudios; atención y aprovechamiento en las clases; siempre afable en cuanto al reglamento y formal si alguien faltaba en algo.

En noviembre de 1926, con motivo de la persecución, tuvo que irse a refugiar, con un grupo de 11 alumnos de cuarto año de humanidades, a la rancharía de Cacoatzco, Jal., de la parroquia de Chimaltitán, Jal. Allí permaneció hasta abril de 1927. En este lugar escribió el poema titulado «Adelante, cristiano caballero», en el que trata el tema del martirio:

*Mártir cristiano, ya la palma bate,
desprecia el mundo y sus riquezas deja;
porque es polvo, es vanidad, es nada:
corre hacia Cristo.*

*Ofrece el holocausto suspirando,
el cáliz del dolor gustoso liba
y abraza el leño que lleva al Cielo:
mira a Jesús.*

*Angel del Cielo, mi plegaria escucha:
tú que repartes lauros de victoria,
rápido baja, el sacrificio acepta,
llévalo al Cielo.*

De los informes que rinde acerca de la situación del Seminario de Totatiche al Rector del Seminario de Guadalajara, en los años 1924-1926, podemos concluir algunos rasgos de su personalidad: Sacerdote de una fe inquebrantable; de gran responsabilidad en la formación de los futuros sacerdotes; de gran amor y fidelidad a la Iglesia y preocupado por el bien de todos. Era consciente de las graves dificultades y riesgos que tenía que afrontar en su ministerio sacerdotal pero una profunda vivencia de fe inflamaba su corazón y lo disponía al martirio.

El 21 de mayo de 1927 estaba el P. Agustín impartiendo sus clases en el interior del edificio del Seminario de Totatiche, Jal. cuando fueron informados que se acercaban los soldados federales. El P. Agustín ordenó a los alumnos abandonar el Seminario y salir a esconderse y él se quedó ordenando los últimos detalles de la casa y pidió al seminarista Rafael Haro Llamas que lo esperara. Salió del edificio como a las diez y media de la mañana, acompañado del alumno Rafael Haro Llamas y los dos se dirigieron hacia el poblado de Santa María de Gracia, Jal., lugar donde vivía María Trinidad, hermana del P. Agustín. El seminarista Rafael llevaba una bolsa con libros de texto. Dado que los soldados se acercaban a ellos disparando sus armas ordenó al seminarista Rafael que escondiera los libros detrás de una piedra grande. Poco después fue alcanzado el P. Agustín por los soldados quienes lo aprehendieron y lo condujeron a la cárcel de Totatiche, Jal.

II.- MARTIRIO DE LOS BEATOS: CRISTOBAL MAGALLANES Y AGUSTIN CALOCA

Los Siervos de Dios Cristóbal Magallanes y Agustín Caloca fueron aprehendidos el mismo día 21 de mayo de 1927, y puestos en la cárcel de Totatiche, Jal. Estando allí, el Sr. Cura Magallanes pidió un ejemplar del periódico «El Rosario» que él editaba, y en el que reprobaba expresamente el recurso a las armas.

El 23 de mayo los presos fueron trasladados a Momax, Zac. Los seminaristas entraron a la cárcel y encontraron escritas sus últimas recomendaciones: «Debo como sesenta misas. C.M.» El P. Agustín Caloca escribió: «Mi Papá ordena que se envíen papeles a Sebastián Valdés, México». Y en un papel, debajo de una loza suelta del pavimento de la cárcel: «Mi Papá ordena que Silvestre suspenda labores y se pague lo que haya ganado en el año».

En Momax, Zac. pasaron la noche y al día siguiente, 24, fueron trasladados a Colotlán, Jal., a donde llegaron por la tarde y pernoctaron. El día 25, sin ningún juicio, ni ordinario, ni sumario, ni militar, les dieron la orden de partir, no a la ciudad de México como se les había anunciado, sino a la Casa Municipal de Colotlán, Jal., en medio de un pelotón de soldados comandados por el Teniente Enrique Medina. Fueron conducidos al primer patio de la casa de la Presidencia municipal. El Sr. Cura Cristóbal Magallanes, ya para ser ejecutado, preguntó quiénes lo iban a fusilar y le presentaron a tres soldados, a uno de los cuales le regaló unas monedas, a otro su reloj y al tercero su rosario. Los colocaron junto al paredón (barda de 3 metros de altura) y frente a ellos se les formó cuadro de fusilamiento. El Sr. Cura se hincó para recibir del P. Caloca la absolución sacramental, y enseguida, él se la dio al P. Caloca. El Sr. Cura pidió permiso de hablar, y concedido éste, dijo: **«Soy y muero inocente, perdono de corazón a los autores de mi muerte y pido a Dios que mi sangre sirva para la paz de los mexicanos desunidos».**

El P. Caloca se mostró angustiado y el Sr. Cura le dijo: **«Reanímate, Dios quiere mártires; un momento, Padre, y estaremos en el cielo».** El P. Agustín Caloca dijo que hacía suyas las palabras del Sr. Cura Magallanes y añadió: **«Nosotros, por Dios vivimos y en él morimos».**

Se oyeron las voces del oficial militar que ordenó la ejecución: «Preparen», «apunten», luego la descarga, la explosión, y el Sr. Cura cayó. Se hizo luego la ejecución del P. Caloca que cayó al lado contrario al que cayó el Sr. Cura. Sacaron los cadáveres y los tiraron en el empedrado, a la entrada del corral, y mucha gente entró a empapar algodones en la sangre de los Siervos de Dios, recogiéndola totalmente. El Sr. Eufasio Valenzuela juntó el dinero necesario para comprar las cajas en que habrían de sepultarse los cadáveres.

Se hace constar en el Acta de Defunción No. 69 asentada en el Registro Civil de Colotlán, Jal., el 26 de mayo de 1927: «Ayer, a las once horas en el interior del Expalacio Municipal de esta ciudad, falleció de lesiones causadas por arma de fuego, y sin asistencia médica, el sacerdote Cristóbal Magallanes, originario y vecino de Totatiche y se mandó inhumar el cadáver en fosa de primera clase por cinco años en el panteón de Guadalupe, de esta ciudad».

En el Acta de Defunción No. 70, asentada en el Registro Civil de Colotlán, Jal., el 26 de mayo de 1927, se hace constar: «Ayer, a las once horas en el interior del Expalacio Municipal de esta ciudad, falleció de lesiones causadas por arma de fuego, y sin asistencia médica, el sacerdote Agustín Sánchez Caloca originario de San Juan B. de Teúl, Zac., de 27 (veintisiete) años de edad, hijo legítimo de Edwiges Caloca y María Cortés. Se mandó inhumar el cadáver en fosa de primera clase, por cinco años, en el panteón de Guadalupe de esta ciudad».

El Pbro. José P. Quezada envió a la Sagrada Mitra de Guadalajara el aviso oficial del fusilamiento, escrito desde Totatiche, Jal., el 26 de mayo de 1927: «El Sr. Cura párroco Dn. Cristóbal Magallanes y el Prefecto del Seminario Auxiliar, Pbro. D. Agustín Caloca, fueron aprehendidos el 21 del presente y fusilados ayer en Colotlán».

El Presidente municipal de Colotlán, Jal., Sr. Leovigildo Corona, envió al Gobernador del Estado, el 25 de mayo, el siguiente mensaje: «Para conocimiento de esa Superioridad, tengo la honra de informar que en el interior del Expalacio municipal de esta ciudad, fueron pasados por las armas, hoy, dos sacerdotes católicos, llamados Cristóbal Magallanes y Agustín Sánchez Caloca, por las fuerzas federales del Teniente Enrique Medina».

En agosto de 1933 se trasladaron los restos de los dos Siervos de Dios al templo parroquial de Totatiche, Jal., y hubo un detalle inesperado: el corazón del P. Caloca se encontró incorrupto, conservaba todavía un fragmento del blindaje de una bala que al oxidarse hizo aparecer una ligera mancha verde. A los presentes les parecía tener una prueba muy clara del veredicto de Dios. Era muy extraño encontrar, después de seis años, un corazón íntegro y sin corromperse en un cadáver que no se embalsamó ni recibió preparación alguna y del cual ya no había

nada fuera de los huesos y que había sido sepultado en un terreno que se vuelve pantanoso.

BEATO 3

JOSEMARIA ROBLES

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios José María Robles nació en Mascota, Jal. el 3 de mayo de 1888. Fue bautizado ese mismo día. Hijo del Sr. Antonio Robles y de la Sra. Petronila Hurtado, matrimonio cristiano y ejemplar. Recibió la confirmación el 10 de marzo de 1896 por ministerio del Sr. Obispo D. Ignacio Macedo. A los ocho años de edad hizo la primera Comunión en la capilla del rancho de La Yerbabuena, jurisdicción de Mascota, Jal.



Fue hijo de una familia de acendrado cristianismo y recibió desde niño una firme y cuidadosa educación que luego prosiguió en la escuela primaria dirigida por el Sr. Cura Mariano Ruiz. Por testimonios diversos sabemos que fue un niño obediente, estudioso y dotado de sincera piedad.

Sintió el llamado de Dios al sacerdocio a los doce años de edad, como fruto de unas misiones predicadas en esa parroquia. Ingresó al Seminario de Guadalajara en 1900, con el debido permiso de sus padres. Fuera de una breve crisis vocacional que se resolvió prontamente, la trayectoria fue siempre en línea ascendente. Dotado intelectualmente, como lo revelan sus numerosos diplomas; dedicado y empeñoso en el estudio, como lo recuerdan los testigos; supo equilibrar la responsabilidad de los trabajos con la de su formación espiritual. Se destacó desde ese tiempo por una singularísima devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen María. Su conducta fue siempre buena y ejemplar, en todo momento obediente y respetuoso y muy entregado al apostolado. Incluso aprovechaba sus vacaciones para enseñar el catecismo a los campesinos e inculcarles el amor a Jesús y a María Santísima. En el rancho del Agostadero, jurisdicción de Mascota, Jal. construyó una capillita donde congregaba a las gentes del lugar para instruirlos en los misterios de la fe.

Recibió la tonsura en 1904 a los dieciséis años de edad. Con este motivo escribió una carta a su madre en la que expresa una clara convicción vocacional y el deseo de entregarse totalmente a la causa del Reino de Dios. Quienes le conocieron en el Seminario dan testimonio de su profunda piedad, su espíritu de mortificación, su diligencia en el estudio, su constante y edificante disciplina. Fuente de esta conducta era su comunión diaria y confesión frecuente. Fue siempre un alumno ejemplar, serio, ordenado y de temperamento pacífico. Constante en la oración como se advierte al recibir su primer breviario con motivo de su ordenación subdiaconal. Desempeñó en el Seminario los cargos de vicerector y ecónomo, hasta 1914, año en que la furia de la revolución mexicana hizo que tanto alumnos como formadores fuesen enviados a sus casas.

Recibió el presbiterado el 22 de marzo de 1913 por ministerio del Excmo. Sr. D. Francisco Orozco y Jiménez, Arzobispo de Guadalajara. Cantó su primera Misa en su pueblo natal el 2 de abril siguiente.

El neosacerdote fue enviado a la parroquia de Nochistlán, Zac. como vicario del Sr. Cura Román Adame. En esa parroquia desarrolló fecundísimo ministerio: asiduo al confesonario, diligente en la atención de las diversas asociaciones que le fueron encomendadas, buen predicador, sensible a las necesidades de los pobres y desamparados, como prueba la fundación que hizo de un hospital. Sacerdote desprendido de todo, a quien las numerosas ocupaciones nunca apartaron de la oración cálida y profunda, pues consta que pasaba largos momentos dedicados a la meditación y adoración de la sagrada Eucaristía. Como era natural, los fieles comenzaron a hacer distinciones entre el ministerio del párroco, que juzgaban inferior, y el del P. Robles, dotado del ímpetu propio de un sacerdote recientemente ordenado. Sin embargo esta situación no afectó las buenas relaciones entre ambos sacerdotes, el S. de D. Román Adame vivió con espíritu de fe y prudencia esa problemática y el S. de D. José María Robles mantuvo siempre una actitud de docilidad, obediencia y adhesión al párroco.

Recibió nombramiento de profesor del Seminario auxiliar establecido en esa parroquia. De su ministerio en Nochistlán, Zac., quedó en todos una buena impresión y gran aprecio, pues desde esa época ya lo consideraban santo. En este lugar,

movido por inspiración del Espíritu Santo y con permiso escrito de su Obispo, realizó un deseo, ya antes experimentado, de fundar una congregación religiosa dedicada al culto del Sagrado Corazón de Jesús, y al ejercicio de la caridad para con los enfermos y necesitados. Del celo desplegado en favor de sus primeras hijas religiosas, son abundantes los testimonios, revelándose como un verdadero maestro de espíritu, exigente pero humano, suave para corregir, firme para conducir, dotado de especial sabiduría como se ve en sus diversos escritos, impregnados todos de su permanente amor al Corazón de Jesús y a María Santísima; los censores de los escritos hacen alusión a esto.

En 1920 fue destinado a Tecolotlán, Jal. como párroco interino. En este lugar desarrolló también un fecundo ministerio, transformando el ambiente, de un estado moral lamentable a una comunidad edificante. Su celo fue para todos notorio. Atendió las diversas asociaciones, sostuvo una escuela parroquial atendida por sus religiosas; se preocupó por los obreros, dándose tiempo para escribir numerosas obras de meditación y piedad, para formación de sus religiosas, recomendándoles la obediencia y sumisión a su párroco. Para él no hubo clases sociales, se preocupaba por todos, destacándose siempre su acendrada devoción a Jesús y María.

En tanto, la situación religiosa en México tenía mayores problemas, especialmente en Jalisco. La política persecutoria del Presidente de la República Plutarco Elías Calles creó condiciones en las que era imposible la vida para la Iglesia. El Excmo. Sr. Francisco Orozco y Jiménez, Arzobispo de Guadalajara, dejó en libertad a su presbiterio para continuar en sus comunidades o concentrarse en las grandes ciudades. El Sr. Cura José María Robles optó por quedarse entre sus feligreses.

Tomando precauciones prudentes continuó ejerciendo su ministerio por el resto del año de 1926. Al comenzar la rebelión armada, en la que no tomó parte, su situación fue cada vez más difícil y tuvo que ocultarse en diversos sitios a partir del 14 de enero de 1927. Esta situación no concluiría sino hasta el momento de su martirio.

En este tiempo de obligada reclusión mantuvo siempre un ánimo firme, y cuando sus hermanos trataron de persuadirlo de que abandonara su parroquia y se fuese a Guadalajara, Jal., él respondió: «Un pastor no abandona nunca a sus ovejas». Quienes

fueron testigos de su vida en el ocultamiento, nos hablan de él como de un hombre verdaderamente santo, constante en la celebración del santo sacrificio de la Misa, dedicado al estudio y a la oración, y como si su situación no fuese, ya de por sí penosa, siempre asiduo a la mortificación y a la penitencia, por medio de disciplinas. Los tiempos que se daba para el descanso los ocupaba en pasatiempos edificantes: pintando y coloreando estampas, con el tema que toda su vida le apasionó: el Corazón de Jesús; escribiendo poesías religiosas, consejos espirituales o palabras de aliento para quienes se preocupaban de su situación. Se mostró siempre con gran fortaleza y alegría.

El 9 de febrero de 1927 una señorita se presentó en casa de la familia Brambila Agraz solicitando hospitalidad para el Siervo de Dios a fin de que estuviera más seguro, la cual le fue concedida. Una vez que se trasladó a su nuevo escondite, dijo: «Ahora si, de aquí, a la libertad, o al martirio».

Fue aprehendido el 25 de junio de 1927. Desde tiempo atrás era perseguido por los gobiernistas, porque aún oculto seguía velando por mantener vivo el espíritu cristiano en su parroquia. Desde el 9 de febrero de ese año se había ocultado en casa de la familia Brambila, por considerarla segura; pero desde la mañana del día 25 de junio los soldados que comandaba el Teniente Calderón comenzaron a catear diversas casas que consideraban sospechosas, dando finalmente con el Siervo de Dios. La víspera de su aprehensión había escrito en el margen de una estampa: «Renovación de mi esclavitud e irrevocable entrega al Corazón de Jesús, por María, mi Madre y Señora».

Llegaron los soldados a su escondite en el momento que iba a celebrar la Misa, él mismo abrió la puerta con toda tranquilidad, mostrándose amable y comedido y dejándose dócilmente conducir por los soldados quienes lo llevaron al cuartel de los agraristas ubicado en la casa del Sr. Ignacio Gómez. De inmediato los más destacados feligreses de Tecolotlán, Jal. hicieron todo tipo de diligencias para liberarlo por medios legales, como el amparo. Entre tanto el Siervo de Dios repartía entre sus guardianes la comida que le habían llevado personas piadosas. Todos los esfuerzos por librarle de la prisión y de la muerte fueron inútiles.

El General Ferreira, que estaba en el cuartel de Sayula, Jal. indicó al regimiento de Tecolotlán, Jal.

que se procediera con toda energía. Su mensaje llegó a las diez de la noche indicando que se debía matar al sacerdote. Como mediaba un «amparo» a favor del Siervo de Dios en el pueblo de Tecolotlán, Jal., a fin de poder legalmente quitarle la vida, cerca de la media noche del 25 de junio, lo sacaron de su prisión y lo condujeron por el camino que lleva a Ameca, Jal., pasando por la ranchería de Quila, Jal., de la jurisdicción de la parroquia de Tecolotlán, Jal., pero civilmente, fuera de la jurisdicción del poblado. El camino sumamente accidentado, boscoso, se hallaba aquella noche sumergido en la oscuridad. El Siervo de Dios iba sujeto con cuerdas y a pie. Pidió a sus custodios que le tuvieran paciencia ya que se le dificultaba caminar y éstos le ofrecieron un caballo.

En las inmediaciones de la ranchería de Quila, Jal., luego de cuatro horas de camino, se desviaron un tanto de la ruta y bajaron al Siervo de Dios de la cabalgadura colocándolo junto a un roble. El comprendió que había llegado la hora y de inmediato se arrodilló para orar brevemente, bendijo a su parroquia, perdonó y bendijo a sus verdugos, besó la soga y se la puso al cuello. Los verdugos cumplieron entonces su cometido. Una vez muerto lo bajaron y lo dejaron expuesto sobre la tierra. Avisaron enseguida a los vecinos de Quila, Jal. que ahí quedaba un cadáver. Vinieron algunos y lo sepultaron superficialmente en una carbonera cercana. No se hizo ningún juicio, ni civil, ni militar.

Pronto se supo que aquel cadáver era el del párroco de Tecolotlán, Jal. así que todos los vecinos de Quila, Jal. acudieron a la carbonera para exhumar el cuerpo. Lo condujeron cubierto de flores a otra sepultura en el cementerio del rancho. En cierta ocasión dijo el Siervo de Dios: «Quila es mi calvario», Dios bien sabía con cuánta razón hablaba.

BEATO 4:

DAVID GALVÁN

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios David Galván nació en Guadalajara, Jal. el 29 de enero de 1881, y fue bautizado en la Vicaría Nuestra Señora del Pilar (Guadalajara, Jal.) el 2



de febrero de 1881. Sus padres fueron el Sr. J. Trinidad Galván y la Sra. Mariana Bermúdez. Fue confirmado el 19 de septiembre de 1886 por el Excmo. Sr. D. Pedro Loza y Pardavé, Arzobispo de Guadalajara.

Quedó huérfano de madre siendo niño. Desde pequeño gustó mucho lo de la religión. No quería quedar sin Misa. Inclinado a la piedad. Comenzó sus estudios en la escuela de la Sociedad Católica que dirigía el Sr. José María Martínez. Siguió en la escuela anexa al Seminario del Sr. Juan Caravantes. Formó parte del Colegio de Infantes de la Catedral.

Ingresó al Seminario de Guadalajara en 1895. Estudió la Preparatoria en el Seminario con grande aprovechamiento. En sus primeros años de seminarista era un tanto disipado y pendenciero. Dejó el Seminario y estuvo de profesor en algunos pueblos; también trabajó en una zapatería. El tiempo que estuvo fuera del Seminario (agosto de 1899 a octubre de 1902) andaba muy extraviado y fue puesto en prisión por haber golpeado a su novia, a quien encontró bailando con un francés; salió libre de la cárcel pagando una multa de cinco pesos.

Durante ese tiempo iba diariamente a visitar al Santísimo y a Nuestra Señora de Zapopan y un día le dijo a la Virgen: «Madre mía, dame acierto para conocer mi vocación». Reingresó al Seminario por consejos del Sr. Pbro. D. Miguel Cano. Antes de ser readmitido estuvo a prueba un año y durante ese año comulgó todos los domingos en la misa de comunidad. Una vez en el Seminario su comportamiento fue totalmente diferente, dedicándose con mucho fervor a la oración mental y dando buen ejemplo a todos los seminaristas. Su vocación era recta y firme y tuvo siempre cuidado de que no pasara ningún día sin hacer oración delante del Santísimo Sacramento.

Recibió la primera tonsura el 7 de noviembre de 1903; las cuatro órdenes menores el 23 de diciembre de 1905; el subdiaconado el 9 de mayo de 1909; el diaconado el 15 del mismo mes y año, y finalmente, el presbiterado el 20 de mayo de 1909, en el templo de la Soledad, Guadalajara, Jal.

Fue nombrado profesor del Seminario y en el desempeño de su cargo fue muy cumplido, infatigable y abnegado y con mucha sabiduría desempeñaba su clase. Durante el año escolar 1908-1909 estuvo al

frente de la cátedra de segundo curso de Latinitud en el Seminario Menor. Desde el 5 de noviembre de 1909 estuvo al frente de la cátedra de Lógica en el Seminario Mayor. En el año escolar 1911-1912 fue catedrático de Derecho natural y Sociología. Fue director de la revista del Seminario «Voz de Aliento».

Vestía modestamente y nada se le conoció en contra de la sobriedad y castidad. Dio ejemplo de muchas virtudes. Fue capellán del hospital de San José y del orfanatorio de La Luz, Guadalajara, Jal.

Muy devoto del Santísimo Sacramento, pasaba diariamente largos ratos frente al Santísimo en el coro de Santa Mónica. Tenía confesor fijo y día determinado para confesarse. Siempre respetuoso con sus superiores, aunque cuando creía vulnerados sus derechos, se defendía.

Proveía de calzado a las niñas del orfanatorio de La Luz. Tuvo caridad con los pecadores, los pobres, los enfermos, los heridos. Si había enfermos, aún lloviendo, con frío o con sol, o barranca de por medio, cumplía con su ministerio. Trataba a los trabajadores como hermanos y compañeros. Hijo de artesano, y él mismo algún tiempo artesano zapatero, organizó y agremió en un sindicato a los zapateros católicos.

Se preparaba con devoción antes de celebrar la Misa, y daba gracias después de celebrarla. Tributaba al Santísimo Sacramento toda su fe y reverencia. Tenía gran devoción a la Santísima Virgen María, a la que diariamente rezaba el rosario. Rezaba el Divino Oficio todos los días con mucha devoción, y siempre que podía, delante del Santísimo. Sacerdote cumplido, sobrio, sencillo y humilde en su vestido. Muy prudente al aconsejar a los fieles, especialmente a los jóvenes que sufrían en el seno de su familia.

En agosto de 1914, al quedar disuelto el Seminario diocesano de Guadalajara a causa de la persecución religiosa, el Padre David fue nombrado Vicario de Amatitán, Jal. En este lugar una muchacha vino a pedirle consejo, ya que Enrique Vera, militar carrancista, quería seducirla. El P. David le aconsejó que se escondiera y esto mismo recomendó a sus padres. Esta muchacha se lo comunicó a Enrique Vera, por lo cual, se despertó en este militar un verdadero odio contra el P. David.

Posteriormente llegaron a Amatitán, Jal. dos escoltas, de 23 soldados cada una, con sus respectivos jefes: Juan Campos y J. Encarnación Alfaro, enviadas por Enrique Vera con el fin de aprehender al P. David, alegando como pretexto que se iba a levantar en armas. Lo hicieron prisionero en el curato, entre cinco y seis de la tarde. El P. David pidió permiso para ir al Tabernáculo y poder consumir el Sagrado Depósito. Al estar comulgando sintió grande sufrimiento porque su aprehensor estaba fumando y con el sombrero puesto cerca del Tabernáculo. Ambas escoltas se lo llevaron preso para Tequila, Jal. y permitieron que lo acompañara el Sr. Juan González Mercado, amigo del P. David. Juan González preguntó al Padre si estaba complicado en alguna falta contra el Gobierno y le dijo que él lo podía ayudar para que se fugara, porque conocía bien los caminos y veredas del lugar; además podían aprovechar el hecho de que iban montados a caballo. El Padre se negó en lo absoluto a la fuga y le dijo: «No debo nada, ni estoy ligado a nadie, solamente temo que nos maten por usted, por su familia; ya que nomás viene a acompañarme».

En Tequila, Jal. permaneció dos días. La habitación que les señalaron como prisión tenía una ventana sin reja que daba a la calle y su compañero, Juan González le volvió a ofrecer al Padre ayuda para que se fugara, si tenía alguna complicación con el Gobierno. Nuevamente el Padre David se negó absolutamente y volvió a repetirle que no estaba complicado en nada.

Una nueva escolta a las órdenes del jefe Jasso se llevó al P. David preso en el tren a Ameca, Jal. donde permaneció como 15 días. En noviembre de 1914 fue trasladado a Guadalajara, Jal., a la prisión de Escobedo. Allí estuvo detenido algún tiempo y a fines de diciembre quedó libre y se fue a vivir a una casa de la calle Pedro Loza.

El 18 de enero de 1915 en las Juntas, Jal., cerca de la ciudad de Guadalajara, Jal., se desató un fuerte combate entre villistas y carrancistas. El Padre David, a pesar de no tener permiso del Gobierno, pasó más de seis horas en la línea de fuego, auxiliando espiritualmente a los heridos.

El 29 de enero, víspera de su muerte, el P. David dijo a las Religiosas del orfanatorio de la Luz: «Vengo a pedirles oraciones por uno que van a fusilar» y dijo: «Ese fusilado soy yo», pedía oracio-

nes para que Dios le diera su gracia y una buena muerte.

El 30 de enero de 1915, muy temprano, los soldados villistas, capitaneados por Julián Medina, atacaron la ciudad de Guadalajara, ocupada por los carrancistas, quienes rechazaron el ataque villista y los batieron en retirada quedando muchos muertos y heridos en las calles.

Como a las ocho y media de la mañana el P. David salió de su casa con el objeto de celebrar la santa Misa y auxiliar heridos, no obstante que se oponían a que saliera y le decían: «¿Y si lo matan?»; él contestó: «¿Qué mayor gloria que morir salvando un alma, a quien acabo de absolver!». Ante las insistencias de que no saliera les dijo que no le hacía que lo mataran, que iba a auxiliar a los heridos porque no había sacerdotes que lo hicieran.

De allí se fue a la casa del Pbro. Rafael M. Zepeda Monraz, quien tenía la puerta de su casa cerrada porque todavía se oían los balazos del combate. El P. David le habló por la ventana para invitarlo a que confesaran heridos. No quiso acompañarlo y decía que, dado que no era párroco ni vicario, no le obligaba; además, en medio de tanto peligro, no le parecía prudente. El P. David le contestó que él iba «no por obligación, sino por caridad». Le pidió al P. Rafael Zepeda que le prestara la ampollita de los Santos Oleos, se la dio y el Padre David se fue.

El P. David se dirigió a la casa del P. José María Araiza como a las nueve de la mañana para invitarlo a confesar heridos ya que tenía permiso concedido por el subteniente Campos. El P. Araiza aceptó y ambos se fueron caminado a pie. Al pasar por el Jardín Botánico, frente al cuartel, el Teniente Coronel Enrique Vera les preguntó, para tener un motivo para justificar sus acciones, que si eran frailes (sacerdotes), y al contestarle que sí, los tomó prisioneros y dispuso que los metieran al cuartel.

Al entrar al corredor dos soldados trataban de hacer fuego, pero lo impidió un sargento. Como a los diez minutos, cerca de las diez de la mañana, los pasaron a una pieza, poniéndoles centinelas de vista. Allí permanecieron como dos horas.

Los dos sacerdotes se auxiliaron mutuamente con los sacramentos de la reconciliación y unción de los enfermos. Al manifestarle el P. Araiza al P.

Galván que no se había desayunado, el P. Galván le dijo que no importaba, «que él se iba a comer con Dios».

Como a las doce del día sacaron del cuartel a los dos sacerdotes y fueron conducidos por la escolta de el Subteniente Enrique Herlindo Martín del Campo a la calle Coronel Calderón, a espaldas del Hospital Civil de Belén. Enrique Vera le dijo al General Manuel M. Diéguez: «Pido la orden para asesinar a este fraile».

Ya en el lugar de la ejecución el P. David Galván le dijo al P. Araiza: «Pronto estaremos ante nuestro Supremo Juez que nos juzgará a todos». Señalaron al Padre Galván para fusilarlo primero, quien repartió a los soldados monedas y les dijo: «Toma, hijo, de algo te ha de servir eso». Les dijo también que no le tiraran a la cara. Los verdugos dijeron al P. David que se hincara a lo que contestó que sólo ante Dios se hincaba. El Subteniente le manifestó que llevaba orden de fusilarlo, señalándole el lugar en donde debía colocarse. El P. David se quitó el sombrero, sacó de la bolsa la ampollita (de los santos óleos) y la entregó al Subteniente Martín del Campo. Encontrándose el P. Galván en espera del acto que iban a ejecutar, se puso la mano en el pecho, diciendo: «Peguen aquí», enseguida dispararon tres de la escolta y el Subteniente Garabito le dio el «tiro de gracia».

El P. Araiza esperaba que a él también lo fusilaran pero en esos momentos se dio cuenta que llegaba un individuo y le daba un mensaje oral al Subteniente Campos. Entonces regresaron al P. Araiza al cuartel y cinco días después lo dejaron libre, pues unas personas había ofrecido un indulto, mediante dinero.

El cuerpo del P. David fue recogido para llevarlo al Hospital. Tenía un balazo en la frente, otro en el cuello y, como era bala expansiva, casi le desprendió la cabeza, y otro en el pecho pero la cara sin mancha alguna. El Ingeniero Juan Mora, discípulo del Padre, ayudó a transportar el cadáver.

El 31 de enero de 1915 se anotó en el Registro Civil de Guadalajara el Acta de Defunción del Pbro. David Galván Bermúdez, indicando que su muerte fue causada por herida de bala en el cráneo y que sería sepultado en el cementerio de Belén.

BEATO 5:

JUSTINO ORONA

1.- VIDA.

El Siervo de Dios Justino Orona Madrigal nació en Cuyacapán, Municipio de Atoyac, Jal., el 14 de abril de 1877. Sus padres fueron el Sr. José María Orona y la Sra. Inés Madrigal. Según la costumbre de nuestro pueblo, debió ser bautizado poco tiempo después de su nacimiento en la parroquia del lugar, pero no tenemos la fecha exacta. Recibió la confirmación el 17 o 18 de julio de 1880 en el mismo templo parroquial por ministerio del Excmo. Sr. Dr. D. Eduardo Sánchez, Obispo de Tamaulipas, su padrino fue el Sr. Luis Ramírez.



En su infancia fue educado cristianamente en la fe católica por sus padres. Cursó su educación primaria en la escuela parroquial de Zapotlán el Grande, Jal. (actualmente Ciudad Guzmán). Con el apoyo del Sr. Pbro. Secundino Flores Ortiz, párroco del lugar, ingresó al Seminario de Guadalajara el 25 de octubre de 1894.

Durante el tiempo de formación en el Seminario impresionaba por sus modales y su conducta siempre digna de un estudiante de Teología; era muy aceptado y estimado por sus compañeros y superiores. Como estudiante no descolló como el mejor, pero sí como buen estudiante, competente, con una cultura general bastante buena. Siempre gozó de aceptación y estima, tanto de sus compañeros como de sus superiores por ser disciplinado, aplicado y piadoso en su trabajo de formación.

«Con dedicación al estudio, espíritu de piedad, buen trato con sus compañeros y excelente conducta cursó los años de Seminario y fue ordenado sacerdote el 7 de agosto de 1904, e invitado por el Sr. Cura D. Arcadio Medrano cantó su primera Misa en **Atotonilco el Alto, Jal.**».

Ejerció su ministerio sacerdotal en los siguientes lugares: desde su ordenación sacerdotal hasta el 2 de enero de 1906: ministro de la parroquia de **Lagos de Moreno, Jal.**; del 3 de enero de 1906 al 6 de marzo de 1908: Vicario fijo de San Pedro Analco, Jal.; del

7 de marzo de 1908 al 26 de octubre de 1909: Capellán de **Pegueros, Jal.** (en aquel tiempo parroquia de Tepatitlán, Jal); el 27 de octubre de 1909: Oficial segundo de la Curia Eclesiástica de Guadalajara, y el 28 del mismo mes y año, Capellán del templo de Santa María de Gracia (Guadalajara, Jal.). El 19 de noviembre de 1912 tomó posesión de la parroquia de Poncitlán, Jal., y después de un tiempo pasó a la parroquia de **Encarnación de Díaz, Jal.** (San Sebastián pertenece a esta Parroquia), con el mismo oficio. El 19 de octubre de 1916 fue nombrado párroco de Cuquío, Jal., donde hizo la oblación de su vida por Cristo Rey. El curriculum de su vida ministerial es una clara señal de lo que fue su entrega generosa, responsable, llena de fe y amor de pastor dedicado al servicio del pueblo a él encomendado. En su nombramiento de párroco de Cuquío, Jal. contó con «un amplio voto de gracias y de confianza» con relación a su trabajo anterior. Colofón luminoso de toda su vida ministerial fue «particularmente el hecho de haber permanecido en la parroquia de su destino, a pesar del grave peligro que corría, y que al fin le significó la muerte (...)».

En su ministerio en la parroquia de Cuquío, Jal.: «Trabajaba mucho y era muy obediente con sus superiores, moderado y austero. (...) predicaba y daba catecismo a todos, atendía cuidadosamente a los enfermos y administraba todos los sacramentos con asiduidad». «(...) Todo el pueblo de Cuquío, Jal. y sus alrededores lo tuvo siempre en grandísima estima; yo nunca oí ni he oído alguna opinión desfavorable. Todos lo consideraban un buen párroco. (...) Fue tenido como «un gran amigo», quien así hablaba conoció al Siervo de Dios desde su llegada a Cuquío, Jal. El pueblo de Cuquío, Jal. conoció y admiró su humildad, su espíritu de penitencia y fortaleza, su fidelidad en el cumplimiento del deber. «El Sr. Cura Orona (Justino) celebraba la Eucaristía con devoción. Era bondadoso, amable con todos; la gente lo recibía con gusto; atendía bien a todos. Nunca lo vi corajudo, no le conocí defecto. (...) Vestía pobrementemente. Nos invitaba a ayudar a las personas más necesitadas». Hizo verdad con su vida lo que en una carta dirigida a una hermana religiosa, Ma. Teresa González, decía: «El camino que lleva a la patria hay que seguirlo con alegría, sirviendo a Dios en la tierra y viendo por el bien de los hombres».

Los años 1926-1928 fueron años de sorda o abierta persecución contra la Iglesia por parte del gobierno del General Plutarco Elías Calles, ya en declaraciones de él mismo, ya por parte de gente del régimen en los Estados. En efecto, «en ese tiempo la autoridad civil perseguía a los sacerdotes, cerraban al culto los templos, y, a veces en ellos se instalaban las tropas mismas. En general, se impedía todo acto de culto público, incluso en el interior de los hogares». Precisamente en ese ambiente de violencia en que el Gobierno perseguía a la Iglesia, llegó para el Siervo de Dios el momento de testimoniar su fe y su amor a Cristo. El sabía que su vida peligraba, pero nunca quiso abandonar su parroquia. «Yo entre los míos, vivo o muerto», respondía a la invitación que le hacía de retirarse por el peligro al que estaba expuesto. Ejercía el ministerio y se ocultaba en diversas casas de los feligreses de su parroquia.

Rosalío Gómez fue el «judas» que entregó al Siervo de Dios. El día 30 de junio el mismo delator había ido a la casa de la familia Jiménez Loza para cerciorarse de la presencia del Sr. Cura y del P. Atilano Cruz, pero sin tratar ningún asunto con él, ni con otra persona de esa casa.

El rancho de las Cruces, del Municipio y parroquia de Cuquío, Jal., fue el lugar de convergencia de los dos responsables, fieles y generosos sacerdotes que llegaron puntuales a la cita para testimoniar con la ofrenda de su vida, su fe y amor a Cristo.

BEATO 6:

ATILANOCRUZ

1.- VIDA

El Siervo de Dios Atilano Cruz nació el 5 de octubre de 1901 en un pequeño poblado llamado Ahuetita Abajo, perteneciente al municipio y parroquia de Teocaltiche, Jal. Sus padres fueron el Sr. José Isabel Cruz y la Sra. Máxima Alvarado, familia pobre, de ascendencia indígena y de costumbres fielmente católicas que educó al Siervo de Dios en el temor de Dios y en el ejercicio de una voluntad de acero.



Fue bautizado el 7 de octubre del mismo año en el templo parroquial de Nuestra Señora de los Dolores, Teocaltiche, Jal. Fue confirmado entre el 5 y 9 de septiembre de 1902 por ministerio del Excmo. Sr. Dr. D. José de Jesús Ortiz, Arzobispo de Guadalajara.

Pasó su niñez cuidando ganado hasta que sus padres lo llevaron a Teocaltiche, Jal. para que aprendiera a leer y escribir en el colegio de los Dolores. Pronto se hizo estimar por sus maestras.

En 1917 fue fundado un pequeño Seminario Auxiliar en la población de Teocaltiche, Jal., a esa institución ingreso el Siervo de Dios y pronto destacó por su buena disciplina y aplicación al estudio. La existencia de este Seminario fue breve, y por disposición superior ingresó el 15 de noviembre de 1920 al Seminario de Guadalajara para estudiar filosofía y teología. En toda su carrera eclesiástica obtuvo magníficas calificaciones y varios premios, tanto en disciplina como en estudios.

Recibió la primera tonsura el 23 de diciembre de 1923; el ostiariado y lectorado el 4 de mayo de 1924; dos días después, el exorcistado y acolitado, en la Catedral de Guadalajara. El 22 de diciembre de 1924, por órdenes de J. Guadalupe Zuno, Gobernador de Jalisco, los seminaristas fueron arrojados de su edificio de San Sebastián de Analco (Guadalajara, Jal.).

En junio de 1925 sufrieron un nuevo ataque por lo que tuvieron que continuar sus estudios, primero en los templos y luego en casas particulares.

El 31 de julio de 1926, como medida de protesta por las leyes antireligiosas del Presidente Plutarco Elías Calles, los Obispos mexicanos, después de haber consultado al Santo Padre SS. Pío XI y obtenida su aprobación, ordenaron la suspensión del culto público en todos los templos de la República. La persecución contra la Iglesia se recrudeció, especialmente contra los sacerdotes. En este tiempo de peligro sumo, el minorista Atilano Cruz solicitó y recibió el subdiaconado, el 18 de septiembre de 1926.

Recibió el diaconado el 17 de julio de 1927 y, finalmente, el presbiterado el 24 del mismo mes «en un lugar del Arzobispado», por ministerio del Excmo. Sr. Dr. D. Francisco Orozco y Jiménez, Arzobispo de Guadalajara. Este lugar parece que fue La Lobera, rancho situado entre San Cristóbal, Jal. y El Salvador, Jal. Había ya realizado el ideal supremo de su vida: ser sacerdote en los momentos en que ser

ministro de Cristo era el mayor crimen que podía cometer un mexicano, según las leyes impías; crimen que se castigaba con la muerte. A fines de julio, (o el 6 de agosto) de 1927 llegó a Teocaltiche, Jal. acompañado del P. Gregorio Jiménez para celebrar su primera Misa en la casa paterna.

El neosacerdote fue destinado a Cuquío, Jal., para sustituir al Siervo de Dios Toribio Romo, que había sido destinado a Tequila, Jal. Se presentó a su párroco el Siervo de Dios Justino Orona y bajo su dirección inició su ministerio entre peligros constantes y como fugitivo; habitando, la mayor parte del tiempo, en el rancho Agua Blanca (Municipio de Cuquío, Jal.) lugar señalado por su superior. Este fue el único lugar en que ejerció su corto ministerio sacerdotal. Predicaba, catequizaba y administraba los sacramentos. Era un sacerdote digno que en el poco tiempo de su vida sacerdotal se hizo estimar y era notorio el celo que lo animaba. Se palpaba su entusiasmo y decidido valor.

Desde pequeño aprendió a vivir su fe y lo demostró en su decisión de abrazar el sacerdocio. «(...) Su fe era firme y ardiente, y la nutría y cultivaba asiduamente. Su esperanza también era muy grande y evidente. Su caridad se manifestaba de múltiples maneras, especialmente en su compañerismo y su afán de ayudar a todos. (...)». «(...) ejemplar y edificante en todo. Hacía sus actos de piedad con suma devoción y constancia; gustaba de la lectura espiritual y las visitas al Santísimo. En extremo obediente, sumiso, dócil con los superiores, y lleno de caridad para con sus compañeros; se esforzaba por ser festivo, para hacer agradable la convivencia y estaba siempre dispuesto a ser útil a los demás». Gustaba la mortificación, nunca se notaba en el ostentación alguna, su modestia era ejemplar. Siempre trabajó con ahínco por las almas, sin ningún temor a los constantes peligros por la persecución. La Santísima Virgen María ocupó un lugar especial en su piedad.

Su fortaleza quedó patente en su decisión de proseguir ejerciendo su ministerio a pesar de las dificultades que a cada momento surgían por la persecución, como si se tratara de un ambiente normal. Querido por propios y extraños» (...) «Nunca le conocí violencia ni tristeza, era bromista, juguetón y cantador a la hora. Siempre ecuánime. (...) todos le teníamos confianza, le decíamos ‘hermanófilo’ porque a todos los llamaba herma-

nos». Otro testigo dijo: «Era siempre de espíritu alegre, accesible, servicial, de condición muy humilde, dedicado al estudio, bromista, se distinguía por su vida de piedad y siempre lleno de caridad».

MARTIRIO DE LOS BEATOS: JUSTINO ORONA MADRIGAL Y ATILANO CRUZ ALVARADO

El 28 de junio de 1928, el Sr. Cura Justino Orona llegó a la casa de la familia Jiménez Loza procedente de la barranca de San Antonio, Jal., acompañado de Toribio Avila». El P. Atilano Cruz fue llamado urgentemente por su párroco (Siervo de Dios Justino Orona). Llegó por la tarde del día 29. Venía del rancho Ojo de Agua. Municipio de Cuquío, Jal., cenó junto con el Sr. Cura y luego rezaron el rosario.

El Sr. Cura Justino y el P. Atilano, juntamente con Toribio Avila y Marcelino Gallardo, (guías de los Siervos de Dios), y el hermano del Sr. Cura, D. José María Orona, se reunieron por la tarde del día 30. Estuvieron platicando hasta altas horas de la noche». El Sr. Isidro Jiménez platicó con el Sr. Cura Justino y le preguntó si no le daba miedo con el Gobierno, a lo que contestó que no, que cuando los tuviera enfrente, con gusto les daría el saludo de «Viva Cristo Rey».

Los guías se despidieron. Los Siervos de Dios se retiraron a descansar en una habitación que la familia les ofreció. Ignoraban que los verdugos conocían ya donde estaban, por boca de un delator, enviado especialmente para cerciorarse del lugar donde se encontraban los dos Siervos de Dios.

Los federales, al mando del Capitán Vega y acompañados del Presidente municipal de Cuquío, Jal., José Ayala, llegaron a la casa de la familia Jiménez Loza, en la madrugada del día 1º de julio, como entre una o dos de la mañana. Como no había tapias, (bardas de protección) golpearon fuertemente, al mismo tiempo, las puertas de la habitación donde se encontraban los Siervos de Dios y el Sr. José María, y la puerta de la recámara de los esposos Jiménez Loza. El Sr. Cura Justino y la Sra. Serapia Loza abrieron las puertas de sus habitaciones al mismo tiempo. El Sr. Cura saludó a los soldados proclamando fuertemente, con voz clara: «¡Viva Cristo Rey!». Al punto el Capitán Vega y José Ayala dispararon contra el Sr. Cura quien cayó muerto en el umbral de la puerta de la habitación.

El P. Atilano, al oír los fuertes golpes dados por las culatas de los rifles y los gritos de los soldados,

despertó y se arrodilló en la cama. Los verdugos se precipitaron en la habitación y dispararon sobre el P. Atilano y el Sr. José María Orona.

Los perseguidores tenían la consigna de matar a los dos sacerdotes, no al Sr. José María Orona. Una de las balas disparadas por los verdugos destrozó la boca del P. Atilano. En su cuerpo le encontraron cilicios. El cuerpo del Sr. Cura Justino presentaba por lo menos cuatro impactos de bala.

Los verdugos sacaron de la habitación el cuerpo agonizante del P. Atilano y lo arrojaron al patio de la casa, junto al cadáver del Sr. Cura Justino. Los soldados rodeaban los cadáveres, les daban punta-piés, se burlaban de ellos. Utilizaron unos burros para transportar a Cuquío, Jal. los cadáveres de los Siervos de Dios y del Sr. José María Orona. Al llegar al poblado tiraron los cadáveres en la plaza.

Los cuerpos fueron sepultados el mismo día de su muerte, 1º de julio, en el cementerio municipal de Cuquío, Jal. Posteriormente los restos fueron trasladados a un costado del altar mayor del templo parroquial, en el piso. Actualmente se encuentran en una urna, especialmente preparada para el caso, en el crucero izquierdo del templo parroquial de San Felipe, Cuquío, Jal.

BEATO 7:

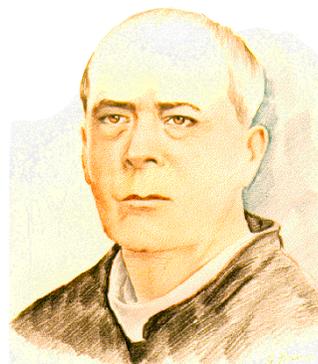
ROMANADAME ROSALES

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios Román Adame Rosales nació en Teocaltiche, Jal. el 27 de febrero de 1859. Hijo del Sr. Felipe Adame y de la Sra. Manuela Rosales.

Fue bautizado el 2 de marzo del mismo año en la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores, en su pueblo natal.

Realizó sus estudios en el Seminario de Guadalajara con aplicación y aprovechamiento. Recibió la ordenación sacerdotal el 30 de noviembre de 1890 en el Santuario del Sr. San José, (Guadalajara, Jal.) por ministerio del Excmo. Sr. D. Pedro Loza y Pardavé, Arzobispo de Guadalajara.



El 26 de febrero de 1891 fue nombrado Rector de ordenandos y Capellán penitenciario del Sagrario Metropolitano. El 26 de junio de 1895 fue designado párroco sustituto de La Yesca, Nay. El 1° de junio de 1897 nuevamente regresó como Capellán del Sagrario Metropolitano. El 30 de septiembre del mismo año fue nombrado Párroco de Ayutla, Jal. En diciembre de 1903 fue designado Párroco de San Juan Bautista del Teúl de González Ortega, Zac. El 20 de noviembre de 1913 recibió nombramiento de párroco interino de Nochistlán, Zac., tomando posesión de dicha parroquia el 4 de enero de 1914 y en donde permaneció hasta su martirio.

El P. Román llevó siempre una vida piadosa, oraba e invitaba a sus vicarios a hacer oración. Había en diversos lugares de la sacristía pequeñas oraciones como recordando que la vida del sacerdote debía ser santa. Siempre sostuvo y cultivó las vocaciones sacerdotales. Rezaba su oficio con devoción y hacia su meditación diariamente antes de celebrar la Eucaristía. Tenía un gran amor al Santísimo Sacramento; construyó varias capillas rurales y, para que pudieran tener el Sagrado Depósito, enviaba a algún sacerdote y él se hacía cargo de sostenerlo económicamente, pues conocía la pobreza de sus feligreses. Fundó en Nochistlán, Zac., la Adoración Nocturna. Honraba a la Santísima Virgen rezando el rosario y hablando constantemente de ella con mucho fervor. Fundó en Nochistlán, Zac. la asociación de Hijas de María.

Era celoso en el cumplimiento de su ministerio, haciéndolo por la gloria de Dios y salvación de las almas. Misionaba mucho en las rancherías. En 1914 organizó una gran misión de la que escribió con gran alegría por el éxito obtenido: «Fue muy grande, muy grande el concurso del pueblo, aprovechando este beneficio de Dios (...) no fue posible satisfacer las necesidades de los fieles que deseaban aprovechar la Santa Misión. (...) Fue un gran número de comuniones; (...) muchos amasiatos se deshicieron. (...) Toda la parroquia recibió la gracia de Dios como rocío celestial y en gran manera se mejoraron las costumbres. ¡Sea para mayor gloria de Dios!».

Predicaba los ejercicios espirituales y daba exhortaciones a los fieles para su formación cristiana. Cuando predicaba sobre las verdades de nuestra fe se emocionaba y lloraba. Organizaba semanas de estudio sobre Doctrina Social de la Iglesia, para adultos.

Atendió y promovió que se atendiera a los fieles en la administración de los sacramentos. Era asiduo al confesionario. Se entusiasmaba con la escuela y el catecismo. El mismo preparaba a los niños a su primera confesión y comunión. Se preocupó de formar seglares para que colaborarán en la labor catequística en los tiempos difíciles de la persecución religiosa. Era muy caritativo con todos y ayudaba a todos del mismo modo. Su caridad con los enfermos llegó hasta el heroísmo atendiendo con gran solicitud a los contagiados de tifo. Serio, de talento, hablaba siempre con la verdad, vivió pobre. Fue intachable en la vivencia de la castidad y obediente con sus superiores.

El P. Román sobresalió especialmente en la vivencia de las virtudes de la humildad, paciencia y fortaleza: Nunca renegó por sus sufrimientos. En Nochistlán surgieron algunas dificultades por el celo mal entendido y la imprudencia de algunos feligreses, quienes formaron como dos partidos: «adamistas» que apoyaban la obra y organización del Sr. Cura Adame, y «roblistas» que preferían al P. José María Robles, joven vicario que había iniciado obras y actividades nuevas. El Sr. Cura Román Adame sufrió mucho, algo así como un calvario, pero jamás se quejó ni habló mal de nadie. Un día amaneció un asno amarrado a las puertas del curato, una bolsa de tortillas duras y un letrero: «para tu camino»; como pidiéndole que abandonara su parroquia. (...) en varias ocasiones la gente del mercado no le vendía comida. Todas estas penas, afrentas y humillaciones las sufrió en silencio. Ciertamente entre párroco y vicario no existió fricción o dificultad grave, porque el Sr. Cura era muy prudente y el P. José María Robles, obediente, sumiso y adicto a su párroco, pero la situación fue bastante dolorosa para el Sr. Cura Román Adame.

Entre sus obras materiales destacaron, además de la construcción de la escuela parroquial, el templo de Sr. San José y el templo de El Molino. En este último lugar, el Sr. Cura dirigía la construcción del templo y acostumbraba repicar y tirar cohetes cada vez que cerraba una bóveda, y dijo: **el día que se cierre la cúpula hacemos una fiesta que huele a cielo.** Poco después fue aprehendido y ejecutado, y providencialmente coincidió que ese mismo día, y casi a la misma hora, ponían la última piedra de la cúpula de la iglesia de El Molino y se oyeron los repiques y cohetes. Al conocer el pueblo el fusila-

miento del buen párroco dijeron: «Al Sr. Cura Román sí le olió a cielo, porque había sido mártir».

Al iniciarse la persecución callista se cerraron los templos y muchos sacerdotes huyeron dejando abandonadas sus parroquias. El Sr. Cura Román Adame no se retiró. Bautizaba y casaba en las casas y continuó auxiliando a los feligreses con las cauteles necesarias. Aunque en la región había cristeros, nunca tuvo trato con ellos y hasta llegó a convencer a algunos feligreses de que no se levantaran en armas. Un día llegó solo, como a las 7.30 p.m., al ranchito de San José del Mesón, Jal. pidiendo asilo, ya que acababa de abandonar el curato porque habían ido a aprehenderlo los del Gobierno. Anduvo huyendo varios días. En la Cieneguitas Jal. celebró su última Misa.

El 18 de abril de 1927, estaba comiendo en casa del Sr. José Mora, en el rancho de Veladores, Jal., y la joven Ma. Guadalupe Barrón le dijo: «Ojalá no vayan a dar con nosotros» (los soldados); a lo que él contestó: **¡Qué dicha ser mártir, dar mi sangre por mi parroquia!**

Por la tarde estuvo confesando en casa de Felipe García y regresó a la casa de José Mora; rezó el rosario y se retiró a su habitación para pasar la noche, diciendo: ¡Que Dios nos de licencia de amanecer para que cumplan su comunión!. Pensaba celebrar la Misa al día siguiente, por la mañana. Mientras tanto, en Nochistlán, Zac., se encontraba el Coronel Jesús Jaime Quiñones. Ante él se presentó Tiburcio Angulo, que era del rancho de Veladores, para delatar el lugar donde se encontraba el Sr. Cura Adame.

En la madrugada del día 19 de abril llegaron a Veladores, Jal. las tropas federales, como en número de 300, comandadas por el Coronel Jesús Jaime Quiñones y citaron la casa de José Mora. El Sr. Cura estaba profundamente dormido porque se había desvelado mucho confesando. Los soldados sacaron al Sr. Cura de la habitación donde dormía, descalzo y sólo en ropa interior. Lo ataron de las manos. Tomaron también prisionero al dueño de la casa y abusaron de las mujeres que encontraron. El Coronel Quiñones ordenó ponerse en marcha. La tropa iba a caballo y llevaban al Sr. Cura a pie por un camino agreste y oscuro. A José Mora lo dejaron en libertad.

Al llegar al Río Ancho un soldado se apeó para prestarle su caballo, ya que estaba anciano, no podía

caminar y la tropa ya lo iba atropellando. Por este gesto compasivo, el soldado recibió injurias de sus compañeros. Llegaron por fin a Yahualica, Jal., con el prisionero que traían amarrado y montado en un caballo. El Coronel Quiñones se había posesionado del curato y lo había convertido en cuartel. Allí llevaron al prisionero. Durante el día lo sacaban a un portal y lo ataban a una de las columnas, por la noche lo metían al cuartel. Así lo tuvieron durante dos días y medio, sin comer ni beber.

Temiendo por la vida del Sr. Cura se formó una comisión para tratar de interceder por él. Francisco González, de Mexxicacán, Jal. pudo hablar con el Sr. Cura quien le dijo que buscara la manera de gestionar su libertad. Francisco González habló con algunos señores influyentes de Yahualica, Jal. quienes fueron a hablar con el Coronel Quiñones. Entre los integrantes de esta comisión estaban los señores Jesús Aguirre y Francisco González Gallo. El Coronel Quiñones contestó que tenía orden de perseguir y fusilar a todos los sacerdotes, pero que si le daban 6, 000.00 (seis mil pesos) le perdonaría la vida.

Los fieles de Nochistlán, Zac. reunieron cuatro mil quinientos pesos y entre la gente de Yahualica, Jal. se juntaron mil quinientos pesos y todo se entregó al Coronel Quiñones como rescate.

En lugar de cumplir lo prometido, el Coronel amenazó con pasar por las armas a quienes habían colaborado, y sólo por la influencia de los hermanos Felipe y Gregorio González Gallo, no se cumplió la amenaza contra la gente del pueblo.

El Coronel Quiñones recibió el dinero pero ordenó el fusilamiento. Así el 21 de abril de 1927, sacaron al Sr. Cura Román Adame del cuartel y rodeado de un grupo de patrulla lo condujeron al cementerio municipal. Mucha gente lo siguió, algunos lloraban y pedían a los soldados que lo soltaran. El Sr. Cura caminaba humildemente y en silencio. En el trayecto hacia el cementerio hay una subida muy pronunciada y el Sr. Cura pudo subirla pero muy agitado. Al llegar al cementerio los soldados dieron la voz de alto y entraron sólo ellos con el Sr. Cura Román Adame y cerraron la puerta. Entre los soldados iba Antonio Carrillo Torres, quien fue identificado por José González dado que ese soldado era asistido en su casa y lo habían llamado sus superiores cuando comenzaba a comer. José González y Domingo Mejía se fueron a la parte de atrás

del cementerio y por un portillo de la pared alcanzaron a ver lo que sucedía en el interior.

Los soldados formaron el cuadro de fusilamiento como a dos metros y medio a la derecha de la puerta de entrada; recargaron al Sr. Cura en la barda y frente a él, como a metro y medio, estaba la fosa abierta. Sacaron un pañuelo para vendarle los ojos, pero él suavemente le retiró la mano al soldado y esperó con fortaleza la ejecución. Se escuchó el grito de «preparen armas» y cerrojearon los rifles, menos el del soldado Antonio Carrillo. El militar al mando de la tropa le reclamó y dio por segunda vez la orden de preparar armas; pero el soldado Carrillo siguió sin obedecer. Enojado el jefe le dijo algo al soldado pero éste, con señas, seguía diciendo que no. Le despojó del uniforme militar, lo agarró fuertemente y lo llevó junto al Sr. Cura y, al parecer, le decía que si no obedecía le iba a pasar lo mismo. Antonio Carrillo movía la cabeza indicando que no. El Sr. Cura levantó la mano y lo retiró de junto a sí, como diciéndole que cumpliera con su deber, pero el soldado se negó. Dieron la orden de «apunten» y «fuego» y al impacto de las balas cayó muerto el anciano párroco. Enseguida dispararon también sobre el soldado Antonio Carrillo.

El Coronel Jesús Jaime Quiñones rindió al General Andrés Figueróla el parte oficial en esta forma: «En el trayecto de Yahualica al Rancho de los Charcos, jurisdicción de Mexxicacán, encontré al cabecilla Adame, con otros dos individuos, y en combate, resultaron muertos los tres».

Los restos mortales fueron exhumados y trasladados a Nochistlán, Zac., por el Sr. Cura D. Ignacio Iñiguez, quien informó: «(...) Su corazón se petrificó y su rosario está incrustado en él». En la opinión de todos los fieles es tenido por mártir y esta fama persiste hasta el día de hoy. Todos afirman que lo mataron por ser sacerdote, por continuar en el cumplimiento de su deber en la época en que el odio a la Iglesia y al sacerdote estaba inscrito en las leyes.

FAMA DE MARTIRIO

Al conocer el fusilamiento del Sr. Cura Román Adame, como fue cosa pública en Yahualica, Jal., fue opinión de todos que se trataba de un martirio. Lo mismo pasó en la parroquia de Nochistlán, Zac. al conocer la muerte de su párroco, la consideraron como un martirio: «Decimos que fue un mártir, que lo mataron por defender la fe de Cristo y por andar ejerciendo su ministerio».

El 15 de agosto de 1927, cuatro meses después de su muerte, el Excmo. Sr. D. Francisco Orozco y Jiménez, Arzobispo de Guadalajara escribió la XVII Carta Pastoral en la que hace mención del sacrificio de varios de sus sacerdotes, en donde expresa: «El Sr. Cura de Nochistlán. Dn. Román Adame, ajusticiado cruel y villanamente en Yahualica, después de haber exigido y recibido de uno y otro vecindario, por su rescate seis mil pesos (...); no quiero adelantarme al juicio elevado y respetabilísimo de la Santa Sede, me concreto (...) a consignar aquí, para edificación y estímulo nuestro, el concepto favorable y respetuoso en que ya se tiene su memoria la pública estimación de los fieles».

Los habitantes de El Molino, lugar donde el Sr. Cura estaba construyendo un templo, lo tuvieron también como santo y mártir y consideraron que se habían cumplido, como una profecía, las palabras que él dijo: «El día que se cierre (la cúpula) hacemos una fiesta que huele a cielo». Coincidió providencialmente que el día que se cerró la cúpula, y casi a la misma hora, el Sr. Cura era sacrificado.

Esta veneración existe también entre sus hermanos sacerdotes, especialmente entre los que han ejercido su ministerio en Yahualica, Jal. y en Nochistlán, Zac. El párroco D. Ignacio Iñiguez, quien promovió la exhumación de los restos de Yahualica, para ceder a la petición de los fieles de Nochistlán, Zac., consideró como un signo extraordinario que el corazón se petrificó, y su rosario estaba incrustado en él.

Los fieles aseguran que fue un hombre muy bueno, y admiraron sobre todo su humildad, su prudencia, la paciencia para sufrir las injusticias y su caridad para con los enfermos.

Así mismo persiste la asociación de la Adoración Nocturna al Santísimo que él fundó, y sus miembros tienen la convicción firme de que su párroco fue un santo y fue mártir: «Ahora los adoradores le dedicamos una vigilia. Le tenemos veneración especial».

Dicen los censores de los escritos: «En lo próspero como en lo adverso, era su delicia decir: ¡Sea todo por Dios! ¡Sea todo por Dios!». Para honrar a Dios y servirlo permaneció siempre fiel.

Esta fama de martirio sigue viva: «Lo tenemos como mártir, pues lo mataron porque era sacerdote». Y este juicio sigue igual en la actualidad. «He sabido de algunas gracias concedidas por intercesión del Siervo de Dios».

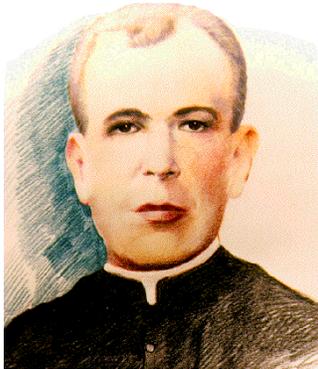
Actualmente se ha aumentado dicha fama de martirio desde que se ha dado nuevo impulso al proceso, del año 1985 hasta la fecha.

BEATO 8:

JULIO ALVAREZ

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios Julio Alvarez Mendoza nació en la ciudad de Guadalajara Jal., el día 20 de diciembre de 1866. Sus padres fueron el Sr. Anastasio Alvarez y la Sra. Dolores Mendoza.



Fue bautizado el 21 del mismo mes y año con el nombre de José Julio, en la antigua parroquia de San José de Analco de la misma ciudad. No ha sido posible localizar el Acta de Confirmación debido a la mutilación y destrucción de innumerables archivos eclesiásticos por parte del Gobierno, durante la persecución religiosa.

Desde niño mostró amor al estudio y ayudado por los patrones de sus padres pudo ingresar al colegio superior y después al Seminario de Guadalajara. Para no ser gravoso a nadie trabajaba en sus ratos libres en labores de zapatero. Llevó una vida de estudio y trabajo con limitaciones económicas. De acuerdo a los informes rectorales del Seminario (1880-1890) se manifestó dotado de inteligencia, dedicado al estudio y de una vida de piedad y disciplina que explica su aceptación y pertenencia a la Congregación Mariana del mismo Seminario. En el certificado de estudios de 1890 aparece ordenado Diácono.

Recibió el presbiterado el 2 de diciembre de 1894 por ministerio del Excmo. Sr. Arz. D. Pedro Loza y Pardavé y en este mismo mes cantó su primera Misa en Guadalajara, Jal. El 10 de diciembre de 1894 fue nombrado Capellán de Mechoacanejo de la Parroquia de Teocaltiche, Jal. El 22 de junio de 1921 esta Capellanía fue elevada a la categoría de Vicaría fija y se nombró Vicario al Padre Julio; también en este mismo año, 1921, fue elevada a parroquia y fue su primer párroco.

Desde su llegada a Mechoacanejo, Jal. se distinguió por su celo pastoral manifestado principalmen-

te en la atención de la catequesis de niños y de jóvenes, sin descuidar por ello a las demás personas. Con infatigable celo cuidaba del culto divino, celebrando con fervor, interés y solemnidad las fiestas del Año Litúrgico. Infundió en todos sus feligreses un gran amor a Jesús Sacramentado y a la Santísima Virgen María, no sólo con la sencillez y unción de sus palabras, sino también con la constancia de su ejemplo. En este ministerio pastoral se le vio siempre infatigable, tanto en la sede parroquial como en los diversos ranchos, por lejos o difíciles que fueran, sin importarles la hora o condiciones del tiempo.

Su vida ministerial da testimonio de la profundidad de su fe y la fuerza de su esperanza. Hombre de oración, asiduo al rezo del Breviario, devoto y atento en la celebración de la Santa Misa y de las prácticas piadosas de la Iglesia que siempre asumió con entusiasmo y constancia. Sus feligreses le recuerdan rezando su Breviario ante el Santísimo Sacramento, constante el rezo del Santo Rosario en honor de la Virgen a la que amó y celebró con viva emoción.

Dio testimonio de su profundo amor a Dios en el celo con que cuidaba la celebración de sagrados misterios y la solemnidad con que rodeaba la fiesta del Corpus, el Nacimiento del Señor, la Institución de la Eucaristía. Con ese mismo amor se encargó de cuidar, embellecer y mantener el templo con decoro y limpieza. Ese trato constante con el Señor se reflejaba en todo cuanto hizo.

Las cualidades de su carácter se manifestaron en todas sus actividades: amable y bondadoso con toda la gente, comunicativo y sencillo en su trato. Vivió desprendido de todo y en todo generoso, pobre en su vestir, ajeno a vanidades y engreimientos. Las diversas habilidades con que Dios lo adornó las puso desde el principio de su ministerio al servicio del prójimo revelando así su carácter emprendedor y de servicio: enseñó a sus feligreses el oficio de la sastrería, y él mismo hizo ropa que después repartió entre los pobres; también enseñó a hacer dulces para que así se ayudasen trabajando honradamente. Incluso se le llegó a ver desprenderse de su camisa para regalarla. Cuando debió reprender las faltas de sus feligreses, lo hizo con prontitud y firmeza, pero siempre de la mejor manera, evitando herir a las personas.

La persecución religiosa lo sorprendió dedicado a su ministerio sacerdotal. En realidad ya desde 1915 había comenzado la persecución contra la

Iglesia, luego sería legalizada en la Constitución de 1917, cuya paulatina aplicación llevaría al desenlace violento de 1926. Tal situación llevó al Episcopado mexicano a decretar la suspensión del culto público. Los sacerdotes, para ponerse a salvo de las vejaciones del Ejército especialmente atroces en el medio rural, podían concentrarse en las cabeceras municipales, o mejor, en las ciudades capitales de los Estados. El Excmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, D. Francisco Orozco y Jiménez, dejó en libertad a sus sacerdotes para concentrarse en la ciudad o permanecer al cuidado de sus fieles a pesar de las circunstancias. El mismo Sr. Arzobispo optó por este segundo camino, seguido por muchos sacerdotes. El Sr. Cura Julio Alvarez hizo lo mismo celebrando la Misa y administrando los sacramentos oculto en los ranchos.

La parroquia de Mechoacanejo, Jal. estaba enclavada en una zona que se había sublevado contra el Gobierno a causa de la injusta persecución. Por tal motivo, la hostilidad del Gobierno se recrudeció en dicha región, y se arremetía contra toda persona, ya fuera pacífica o alzada en armas. (...) El Gobierno no quería a los sacerdotes, los perseguía. La gente tenía miedo, se escondía, pues aunque no fueran cristeros, los mataban como si lo fueran; la vida religiosa era imposible en un lugar estable y se celebraba la Misa donde se podía; los bautismos se hacían en los arroyos, en los cerros.

El Sr. Cura Julio fue aprehendido por una partida de soldados cuando atendía a sus feligreses. El día 26 de marzo de 1927, a las 4 de la tarde, se encaminaba al rancho El Salitre donde habría de celebrar la Misa y confesar; le acompañaban dos jóvenes: Gregorio Martínez y Gil Tejada. Ya de camino vieron a lo lejos una partida de soldados que venían en una troca (vehículo de carga). El Sr. Cura prudentemente se ocultó, en tanto que los jóvenes se adelantaron para distraerlos. El Sr. Cura fue sorprendido y llevado ante los militares, ahí uno de los que venían con los militares se acercó al Padre y le besó la mano; al darse cuenta de su error, se justificó, diciendo que era su padrino. En eso pasó otro señor a caballo al que interrogaron acerca de la identidad del Padre Julio; el interrogado respondió diciendo que ese hombre era el Sr. Cura de Mechoacanejo, Jal. El que mandaba a los soldados le preguntó al Padre que si era sacerdote, y él no lo negó; ahí mismo lo arrestaron.

Se inició así el camino al Calvario del Sr. Cura y de sus acompañantes. Primero lo llevaron a Villa Hidalgo, Jal. y de allí a Aguascalientes, Ags.; posteriormente a León, Gto., donde el General Joaquín Amaro decidió enviarlo a San Julián, Jal. Lo condujeron atado y privado de alimento. La tropa insultaba especialmente, con vehemencia y odio al Sr. Cura.

Lo mandaron a San Julián, Jal. escoltado en una troca. En San Julián, Jal. vieron llegar al Sr. Cura a pie y atado a la silla del caballo. Culminó su sacrificio en San Julián, Jal. con la ejecución de las órdenes del General Joaquín Amaro que había dicho al conocer la noticia de la aprehensión de un sacerdote: «Me lo fusilan en San Julián».

Era el 30 de marzo de 1927. El Capitán Grajeda condujo al Sr. Cura al lugar donde sería fusilado, eran como las 5 de la mañana. Le quitaron la vida fusilándolo. Su cadáver quedó tirado en un basurero cercano a la Parroquia, con tres balazos en el cuerpo y el tiro de gracia en la mejilla. El odio del Gobierno hacia la Iglesia saciaba así su perversidad. Para nadie era desconocido que se perseguía a los sacerdotes para acabar con la religión: «Lo fusilaron porque era sacerdote, pues los tenían aborrecidos».

En cuanto la gente de San Julián, Jal. se enteró de que habían matado a un sacerdote acudió con piedad a velarlo, sin importarles las consecuencias que eso pudiera acarrearles. El cuerpo estaba en la casa del señor José Carpio. Lo revistieron con un vestido blanco de sacerdote; estaba en una mesa y luego lo metieron en la caja. La gente mojaba algodones en la sangre del Sr. Cura como reliquia. Fue sepultado en el cementerio antiguo de San Julián, Jal., pero poco después, secretamente su cadáver fue llevado a Mechoacanejo, Jal.

FAMA DE MARTIRIO

La fama de martirio del Siervo de Dios comenzó el mismo día de su muerte y ha crecido más y más ininterrumpidamente. El mismo día de su martirio, mientras se discutía si se velaba su cuerpo o no, uno de los presentes dijo: «El cielo concedió a este pueblo (de San Julián, Jal.) la gracia de que un mártir regara con su sangre este lugar bendito, cosa que no se concede a todos. Esta sangre es hermosa, es una herencia preciosa. Estos restos deben recibir las honras fúnebres que mejor podamos darles. Yo asumo todas las responsabilidades. Llévesle a mi casa y ahí lo velaremos».

Todos los testigos coinciden en afirmar el hecho del martirio. De 11 testigos interrogados, 8 hablaron del «Padre Mártir»; también dijeron que de varios lugares venían y vienen a celebrar el aniversario de su sacrificio.

El 13 de enero de 1930, el Excmo. Sr. Obispo de Aguascalientes, en el Acta de su Visita Pastoral a la Parroquia de Mechoacanejo, Jal., habló de la parroquia vacante «...Por motivo de la muerte gloriosa de su Párroco don Julio Alvarez, quien fue sacrificado en la persecución religiosa que conmovió a nuestro país».

El Sr. Gil González Tejada, amigo, feligrés y compañero de prisión del Siervo de Dios afirma: «Tres años más tarde fui (...) a San Julián a visitar el lugar del martirio y a recoger las ropas de nuestro mártir, que fueron colocados en una vitrina que está en la casa cural de Mechoacanejo. (Jal.) (...) Los señores Curas de Mechoacanejo celebraban con gran solemnidad la Misa de Aniversario, a la que asisten no sólo los feligreses sino los fieles y sacerdotes de Teocaltiche y de otros lugares.

El 18 de marzo de 1944, una comisión presidida por don Gil T. González para perpetuar el recuerdo de gratitud al Siervo de Dios, solicitó permiso al señor Cura Simón Maldonado, Párroco de Mechoacanejo, Jal., para erigir un monumento a la Santa Cruz en el lugar donde dio principio su martirio. Se erigió otro monumento en San Julián, Jal., en el lugar donde fue sacrificado.

A estos lugares acuden constantemente innumerables fieles para pedir a Dios, por intercesión del Sr. Cura el remedio de sus necesidades y el consuelo en sus tribulaciones.

El 7 de octubre de 1947, a los 20 años del martirio, el Sr. Cura Simón Maldonado solicitó al Sr. Obispo de Aguascalientes iniciar la causa de beatificación del S. D. Julio Alvarez y éste la turnó al Arzobispado de Guadalajara el 21 de noviembre de 1947.

El 23 de junio de 1956, el Excmo. Sr. Arz. Dr. D. José Garibi Rivera decretó iniciar el proceso ordinario para la causa de beatificación y canonización. El 12 de junio de 1978, el Emmo. Sr. Card. D. José Salazar López hizo una petición a su Santidad el Papa Pablo VI de unir el proceso del Siervo de Dios Julio Alvarez Mendoza al grupo de los mártires mexicanos. En esta petición puso como motivación

lo siguiente: «Los sacerdotes y fieles de los lugares donde ellos desarrollaron su ministerio, actualmente pertenecen a varias diócesis, han seguido manteniendo el recuerdo de fidelidad al Señor que llevó a estos sacerdotes (...) a dar su vida por Cristo; la glorificación de ellos y el reconocimiento de su martirio por parte de la autoridad competente, servirá grandemente a la labor evangelizadora de la Iglesia en la hora actual y así será también glorificado Nuestro Señor, de quien procede todo bien».

El Sr. Cura Agustín Dueñas, párroco durante 35 años de Mechoacanejo, Jal., afirmó lo siguiente: «Para el aniversario de su sacrificio hay una Misa muy concurrida en el lugar donde lo tomaron preso, como sufragio por su alma».

En todos los festejos relacionados con el Siervo de Dios no ha habido ningún culto público; el hecho que algunas personas visiten tanto el lugar donde lo tomaron preso, como el lugar donde fue sacrificado, es un testimonio de cariño por su sacerdote.

En 1985 esta fama de santidad creció todavía más con motivo del inicio del Proceso de Beatificación del grupo de mártires presentado por la Comisión de la Conferencia Episcopal Mexicana y sigue aumentando la convicción de que el Siervo de Dios verdaderamente es mártir.

BEATO 9:

PEDRO ESQUEDA

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios Pedro Esqueda nació el 29 de abril de 1887 en **San Juan de los Lagos, Jal.** Sus padres fueron el Sr. Margarito Esqueda y la Sra. Nicanora Ramírez. Fue bautizado el mismo día de su nacimiento. Fue confirmado el día 10 de julio del mismo año, en el templo parroquial del lugar por el Excmo. Sr. Obispo D. Fr. Ramón María Moreno Castañeda, O.C.D.



Sus padres eran pobres de bienes materiales pero con abundancia de fe y de costumbres cristianas, de manera que criaron al niño en el temor santo de Dios, conservándose en la inocencia y santa simplicidad de costumbres. Fue un niño tranquilo; no se le

vio nunca reñir ni molestar a nadie; y sumamente piadoso: rezaba diariamente un rosario él sólo y otro con su familia, en casa.

A los cuatro años de edad inició su instrucción en una escuela privada regida por la maestra Piedad; en este lugar aprendió las primeras letras durante dos años. A los seis años ingresó a la «Escuela del Santuario», dirigida por el Prof. Pedro Márquez. Ahí curso los seis grados de instrucción primaria con grande aprovechamiento. Durante esos años formó parte del grupo de acólitos; y del coro de la Basílica de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, Jal. A los ocho años de edad, en la parroquia de San Juan de los Lagos, junto con otros niños, en la fiesta del Sagrado Corazón, el año de 1895 (...) recibió por primera vez la Sagrada Eucaristía (...) estaba muy contento y alegre.

Al terminar la instrucción primaria interrumpió sus estudios y entró a trabajar en una zapatería, hasta que, sintiendo el llamado del Señor, ingresó al Seminario. Se inscribió en el **Seminario Auxiliar de San Juan de los Lagos**. Ahí estudió los cursos de Humanidades y dos de Filosofía. Un condiscípulo suyo en este Seminario dice de él: Era muy aplicado y estudioso (...) observaba muy buena conducta. Sobresalió y llegó a presentar actos públicos.

En 1908 pasó a estudiar al **Seminario de Guadalajara**, en donde cursó el **tercer año de Filosofía**. En el curso escolar 1909-1910 inició los estudios **teológicos** y los concluyó en 1914. Los resultados en los exámenes hablan elocuentemente del empeño puesto en los estudios. Aún cuando ya se había desatado la revolución, recibió las órdenes sagradas hasta el diaconado.

El Seminario de Guadalajara fue clausurado en 1914, al desatarse la revolución carrancista que tuvo un marcado aspecto persecutorio contra la Iglesia Católica. Su edificio fue incautado por los revolucionarios y los seminaristas se vieron obligados a abandonar el plantel. El **diácono** Pedro Esqueda tuvo que refugiarse en su **tierra natal** donde prestó celosamente sus servicios ministeriales, colaborando con el párroco. Un día fue llamado a Guadalajara, Jal. por sus superiores. Recibió la ordenación presbiteral el 19 de noviembre de 1916 en el oratorio público del hospital de la Santísima Trinidad, por ministerio del Excmo. Sr. Ignacio Plascencia y

Moreira, Obispo de Tehuantepec. Una vez ordenado regresó a San Juan de los Lagos, Jal. donde con gran gozo de la feligresía cantó su primera Misa en la Basílica, el 1º de diciembre del mismo año.

El 22 de noviembre de 1916 fue nombrado **ministro de la parroquia de San Juan de los Lagos, Jal.** con el encargo de que, si fuera necesario, impartiera clases en el Seminario Auxiliar del lugar. Inició su ministerio sacerdotal en su parroquia natal, y ahí lo ejerció **durante once años**. Ministerio ejercido con entera sumisión al Párroco; buena voluntad y laudable desinterés. Con un claro testimonio sacerdotal: fue sacerdote ejemplar, humilde, y lleno de caridad, con grandísimo celo, especialmente con los niños. Era sumamente amable con los fieles, particularmente con los pobres, que frecuentemente lo buscaban. Su párroco afirmó de él: Jamás lo vi contrariado o de mal humor. Fue devotísimo de la Sagrada Eucaristía. Su párroco afirma: Lo vi haciendo devotamente oración ante el Santísimo Sacramento. Organizó una asociación llamada «Cruzada Eucarística», para promover el amor y devoción a Jesús Sacramentado. Puso siempre un empeño especial en preparar a los niños que por primera vez se acercaban a la Sagrada Comunión.

Se puede decir que su pasión dominante fue formar el corazón de la niñez. Para ello se empeñó en formar catequistas llenas de amor a Dios y conocimientos. En esto puso especial dedicación. Por ello, el catecismo estuvo siempre bien organizado y con mucha asistencia. Fue celoso en el apostolado, pudiendo afirmar que no he conocido otro sacerdote que le iguale.

En 1926 se recrudeció en México la persecución contra la Iglesia Católica. El Episcopado Mexicano, como medida extrema de protesta y último recurso de defensa contra las disposiciones persecutorias del Gobierno, decidieron suspender el culto público, donde se requiriera la presencia de los sacerdotes. Para la administración de los sacramentos y el ministerio sacerdotal se refugió, ocultamente, en los hogares. Entonces la fuerzas del Gobierno desplegaron una tenaz persecución contra los sacerdotes del país. El Arzobispo de Guadalajara aprobó el que los sacerdotes que gustaran se escondieran. En San Juan de los Lagos, Jal. el párroco y demás sacerdotes se ocultaron y el P. Pedro Esqueda, también ocultándose, quedó al frente de la parroquia por encargo del

Sr. Cura. En diversas casas y algunas veces fuera de la ciudad, se ocultaba y ejercía celosamente el ministerio sacerdotal.

En los primeros días de noviembre de 1927, se ocultó en **Jalostotitlán**, Jal. pero decidió volver a San Juan de los Lagos, Jal. para cumplir sus deberes ministeriales. Se hospedó en el Orfanatorio del Sagrado Corazón. Solicitó asilo en alguna otra casa, pero le fue negado por miedo a las represiones del Gobierno, por lo cual se volvió a la casa de la familia Macías, donde había estado por algún tiempo. Sus dos hermanas Valeria y Ma. del Refugio, le indicaron que era peligroso volver a una casa donde había estado antes y le suplicaron saliera de San Juan, a lo que respondió: «Dios me trajo, Dios sabrá». Ahí se quedó. Tenía planeado ausentarse de la ciudad el día 18 de noviembre, día en que lo aprehendieron. En el cuarto que ocupaba en casa de la familia Macías habían abierto, en el piso, una excavación. Era un escondite pequeño donde ocultaron los ornamentos y lo necesario para la celebración de los sacramentos; también algo del archivo parroquial y dejaron un espacio pequeño para que pudiera ocultarse el P. Pedro, si fuera necesario.

El 17 de noviembre unas personas vinieron a ver al P. Pedro y le indicaron que saliera de la ciudad, a lo que respondió: «Dios sabrá». Entrada la noche se recogió en el cuarto que servía de oratorio y donde se guardaba el Sagrado Depósito; invitó a toda la familia y dirigió una meditación. Fue una reflexión de preparación a la muerte. Se vio que estaba dispuesto morir.

Al día siguiente, 18 de noviembre, celebró la santa Misa con mucho fervor. Después de las últimas oraciones, tomó un crucifijo y lo besó con mucha devoción y después del desayuno entonó unos cánticos a media voz al Deífico Corazón de Jesús, con su semblante muy alegre. Avanzaba la mañana cuando se escucharon unos fuertes golpes en la puerta de entrada a la casa. Era una de las hermanas del P. Pedro que daba aviso de estar ya a la puerta los soldados. Unos soldados habían rodeado la manzana y otros habían subido a las azoteas vecinas.

El P. Pedro apenas tuvo tiempo de entrar a la excavación preparada como escondite, y la Srta. Ma. del Refugio Macías, de colocar encima la

tarima y cubrirla con una alfombra. En estos momentos se oyeron fuertes golpes en la puerta. La Srta. Florentina Macías fue a ver quien tocaba. Era el Teniente Coronel Santoyo acompañado de cuatro soldados. Sin decir nada entraron violentamente a la casa. La empezaron a revisar y llegaron al sitio de la excavación. El Teniente ordenó a los soldados remover la alfombra y la tarima. Encontraron al P. Pedro y le ordenaron salir. Lo sacaron a golpes y malas palabras. Le amenazaron con fusilarlo por ser sacerdote. Llegó luego el Coronel González Romero con otro buen número de soldados. Hizo algunas preguntas al P. Pedro y con furia le golpeó una mejilla, abriéndole una herida. Le dio varios golpes con un fuste en la cabeza, causándole también varias heridas. A empujones le indicó que saliera de la casa. Un empujón fue tan fuerte que le hizo caer al suelo, en el patio de la casa. Se lo llevaron a la Abadía, (contigua a la colegiata de Ntra. Señora de San Juan de los Lagos, Jal.) que el ejército había convertido en cuartel. Lo pusieron en un cuarto oscuro, incomunicado.

Durante su prisión (...) lo azotaban diariamente. Una religiosa del Orfanatorio del Sagrado Corazón, de San Juan, Sor Gertrudis del Espíritu Santo, que con valor fue a llevarle los alimentos, afirma que oyó los golpes que descargaban sobre él y así con tan tremendos azotes, el P. Esqueda, antes de que lo mataran, ya su vida estaba por terminar tanto que lo martirizaron.

Allí lo tuvieron prisionero hasta el día 22 de noviembre (1927). Ese día toda la tropa se movía al pueblo de San Miguel el Alto, Jal. y se llevaron al P. Pedro consigo. Lo sacaron de la casa-prisión a empujones y golpes, por lo cual, al bajar la escalera de la Abadía, cayó al suelo. fracturándose el brazo derecho.

El P. Pedro sufría en silencio. Sufrió las molestias y tormentos que le dieron, antes de morir, en silencio, manifestando tranquilidad de ánimo al salir hacia el lugar del tormento. Supe -afirma otro testigo- que soportó con resignación los malos tratos de que fue objeto.

Lo llevaron caminando hasta la orilla de San Juan de los Lagos, Jal. Algunos niños lo acompañaron, y con uno de ellos, el P. Pedro, mandó un recado a sus hermanas. Lo subieron a un caballo, atándole

los brazos con una sogá. Así se lo llevaron rumbo a San Miguel el Alto, Jal. Al llegar al poblado de **Teocaltitán**, Jal. lo bajaron del caballo, y pasando el pueblo, lo condujeron caminando entre espinas y nopales hasta un campo donde se encontraba un mezquite que tenía en sus ramas rastrojo (lo que llaman un tapanco o almear).

El Teniente Coronel Santoyo ordenó al P. Pedro que subiera al mezquite hasta donde estaba el tapanco de rastrojo. El P. Pedro, con infinita humildad, sin decir palabra, hizo por cumplir lo que le ordenaban; mas no pudo hacerlo, ya que tenía fracturado el brazo derecho y no tenía fuerza. Varias veces intentó subir, inútilmente. Se creyó que lo que pretendía el Teniente Coronel Santoyo era prender fuego al rastrojo cuando el P. Pedro estuviera sobre él y de esa manera darle muerte. Fue versión común la anterior, en toda la región y aceptada por todos.

El Teniente Coronel Santoyo injurió al P. Pedro por no poder subir al mezquite y sacando entonces la pistola, descargó sobre él tres tiros: uno le entró por la mandíbula y salió en el cráneo; dos en el costado izquierdo. El P. Pedro cayó muerto con el brazo derecho extendido hacia arriba, y el izquierdo en el pecho. Era entre una y dos de la tarde, del 22 de noviembre de 1927.

Los habitantes del poblado de Teocaltitán, Jal. recogieron el cuerpo por la tarde de ese día. Lo tuvieron en un salón de la escuela del pueblo y al siguiente día, por la tarde, le dieron sepultura en el cementerio del lugar.

FAMA DE MARTIRIO

El pueblo fiel, tanto de Teocaltitán, Jal., como de San Juan de los Lagos, Jal., tuvieron y tienen el convencimiento de que el Siervo de Dios fue sacrificado por odio a la fe y que, en consecuencia, fue mártir. Esta fama de martirio se inició inmediatamente después de su muerte.

Cuando estaba tendido el cuerpo, debajo de un árbol, frente al cementerio, antes de darle sepultura, le manaba un hilo de sangre de un oído. Un joven limpiaba esa sangre con algodones y los fieles se los llevaban como reliquias, con gran veneración.

Los fieles de San Juan de los Lagos, Jal., querían tener los restos mortales del Siervo de Dios. No lo pudieron conseguir cuando la muerte, mas no cesa-

ron en su empeño hasta conseguirlo: Algunos años después solicitaron de las autoridades el permiso del traslado. No se les concedió. Les dijeron que ya sería el traslado a su debido tiempo, cuando todo se arregle.

Once años después, en 1938, la situación había cambiado un poco. Los deseos de los habitantes de San Juan, de tener los restos del Siervo de Dios, seguían vivos y con crecido vigor. Así se juntaron algunas señoritas y solicitaron del Presidente municipal de Jalostotitlán, Jal., autorización para el traslado de los restos, que les fue concedida. Cuando los habitantes de Teocaltitán, Jal. se enteraron de que se llevarían de su cementerio los restos, se pusieron renuentes, ya que consideraban que se les despojaba de un tesoro. Fueron con el Presidente municipal de Jalostotitlán, Jal., a suplicarle que revocara la autorización. Cuando les dijo que no podía hacerlo, ellos determinaron extraer los restos ocultamente y esconderlos. Así lo hicieron. Abrieron a un lado del monumento fúnebre y, sin causarle desperfecto alguno a éste, sacaron los restos y los ocultaron en una casa. Cuando vino una comisión de San Juan de los Lagos, Jal., para exhumar los restos, no los encontraron en el cementerio.

El párroco de Jalostotitlán, Jal., D. Librado Padilla, se vio en la necesidad de investigar acerca del paradero de los restos, interrogó testigos y tuvo que hacer presión para que le informaran del lugar donde se encontraban los restos, y, después de que fueron plenamente identificados, fueron trasladados a San Juan de los Lagos, Jal., el 21 de noviembre de 1938.

Los restos se reinhumaron en el muro de uno de los cruceros del templo parroquial de San Juan de los Lagos, Jal. En 1966 se trasladaron al presbiterio del mismo templo, donde se puso una placa con una sencilla inscripción: «PRESBITERO PEDRO ESQUEDA, SACRIFICADO EL 22 DE NOVIEMBRE DE 1927».

En Teocaltitán, Jal., los fieles acuden al lugar donde fue sacrificado e invocan su intercesión. El mezquite donde murió sigue siendo lugar de respeto y veneración, señal clara del convencimiento que tienen los fieles de que entregó su vida por Cristo.

Su fama de martirio ha crecido más desde que se inició el proceso de beatificación.

BEATO 10:**RODRIGO AGUILAR
ALEMÁN****1.- VIDA Y MARTIRIO.**

El Siervo de Dios Rodrigo Aguilar nació el 13 de febrero de 1875 en Sayula, Jal. Sus padres fueron el Sr. Buenaventura Aguilar y la Sra. Petra Alemán. Fue bautizado el 15 de marzo de 1875 en el templo parroquial del lugar. Fue confirmado el 3 de abril de 1877 en el mismo templo parroquial.

Ingresó al Seminario Auxiliar de Zapotlán el Grande, Jal., (actualmente Ciudad Guzmán) en donde recibió toda su formación. Fue siempre un alumno disciplinado, cumplido, piadoso y ejemplar. Obtuvo premios en aprovechamiento. Se destacó en poesía, prosa y declamación.

Recibió la ordenación diaconal el 1º de enero de 1903 y fue ordenado presbítero el 4 del mismo mes y año por el Excmo. Sr. Arzobispo José de Jesús Ortiz. Ambas ordenaciones tuvieron lugar en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, Guadaluajara, Jal.

Su primer destino fue San Pedro Analco, Jal., vicaría de la Yesca, Nay. en donde se dedicó a misionar y bautizó muchos huicholes de más de 100 años de edad.

Fue nombrado vicario cooperador de **Lagos de Moreno, Jal.** en 1909. En ese lugar permaneció 4 años. De ahí pasó a la capellanía de la hacienda de **Margaritas, parroquia de Atotonilco el Alto, Jal.** donde duró otros 4 años. Estando en este lugar fue nombrado capellán de una hacienda de los Palomar y Vizcarra, Cocula, Jal., en donde permaneció también 4 años. Posteriormente fue nombrado vicario cooperador de Sayula, Jal. donde permaneció 4 años. De este lugar fue nombrado vicario cooperador de Zapotiltic, Jal. y el 14 de julio de 1923 se le nombró párroco interino. Estuvo en este lugar 4 o 5 años. Realizó un viaje a Tierra Santa y a su regreso fue nombrado párroco interino de Unión de Tula, Jal. y el 20 de marzo de 1925 fue confirmado su nombramiento como párroco.

En Zapotiltic, Jal. promovió el Apostolado de la Oración y fundó círculos de estudio. El vicario foráneo, en la visita pastoral realizada a Unión de Tula, Jal., elogió la labor pastoral del P. Rodrigo por su dedicación al ministerio sacerdotal, ya que creó nuevas asociaciones e hizo florecer las existentes.

En el ejercicio de su ministerio sacerdotal desempeñaba sus oficios de buen pastor administrando los sacramentos a sanos y enfermos. Era muy caritativo, socorría a los necesitados; (...) cumplía los deberes propios de párroco y por eso se atraía la simpatía de todos. Practicaba la fe, el amor a Dios nuestro Señor y la caridad hacia el prójimo.

Tuvo una fe inquebrantable en Dios. Llegó a decir en un sermón: Los soldados nos podrán quitar la vida, pero la fe, nunca; celebraba la Misa con gran devoción, rezaba su Breviario, visitaba con frecuencia al Santísimo Sacramento, rezaba el rosario. Fue paciente y de buen trato con los fieles, sobresalía en la humildad y aceptación de la voluntad de Dios. Aunque el ejercicio del ministerio era difícil por las circunstancias persecutorias, lo que podía hacer, lo hacía muy bien.

Escribir fue uno de los medios que utilizó para ejercer su labor pastoral, testimonio de ellos son sus fervorosas poesías dedicadas a Cristo, a la Virgen María y otros temas. Presentamos algunos ejemplos:

*Miradle allí: pendiente del madero
sobre la cumbre del tremendo Gólgota;
Tinto en la roja sangre que destila
Todo su cuerpo por las venas rotas.*

*Tórtola solitaria que suspiras
del Gólgota en la cumbre tenebrosa,
en medio del horror y del espanto,
que la naturaleza tremebunda
ofrece a tu mirada virgorosa;*

*Anegada en un mar de sinsabores
y en un océano inmenso de tristeza.*

Confianza en la protección de Santa María de Guadalupe declaró: Todo lo debo a la Santísima Virgen de Guadalupe, a quien un día feliz tuve la dicha de consagrarle mi sacerdocio. Bajo la luz de su mirada pasé mis estudios, mi clericalo, mi cantamisa y fui a rendirle mi corazón al Tepeyac. También escribió otras muchas poesías, no sólo de temas

religiosos, que demuestran su talento y dotes literarios. Con razón sus lectores alaban sus escritos, dice el primer censor de los escritos, por ser un gran conocedor de la lengua española, perito en el arte del bien decir, decorado con una brillante imaginación dotado de una sensibilidad exquisita de corazón, egregio para captar todo, con sencillez de fe y notable para encontrar el sentido de Cristo en todo.

El 20 de enero de 1927 el Siervo de Dios tuvo que huir de Unión de Tula, Jal. porque el día 12 anterior, habían ido a aprehenderlo por ser sacerdote. Se fue a un rancho cercano, en donde pasó la noche bajo techo; pero el mismo que le dio asilo lo denunció, por lo que se fue a Ejutla, Jal., antes de que pudieran aprehenderlo, llegando a dicha población el 26 de enero.

En este lugar estuvo en el Colegio de San Ignacio en calidad de refugiado y con valor cristiano administraba los sacramentos en los corredores del colegio, celebraba la santa Misa siempre que podía y rezaba, como siempre lo hizo, su oficio y el rosario.

Recibía a sus feligreses de Unión de Tula, Jal. y los atendía en sus necesidades espirituales y estaba al cuidado de que no les faltara el Sagrado Depósito, enviando a una religiosa a renovarlo cada ocho o quince días. Dirigió ejercicios espirituales a las Religiosas Adoratrices.

El 27 de octubre de 1927 llegaron a Ejutla, Jal. las fuerzas federales, en número de 600, comandadas por el General Brigadier Juan B. Izaguirre, acompañadas por las fuerzas agraristas, entre las cuales militaba Donato Aréchiga. Los habitantes del poblado, dejando casas y posesiones, huyeron en gran número a las montañas para refugiarse en barrancas y cuevas. Las fuerzas federales lograron aprehender a algunos de los que huían y el General Izaguirre llamó a algunos vecinos y les dijo que desalojaran el pueblo porque al día siguiente iba a ser entregado al saqueo.

Un grupo de federales avanzó directamente al convento de las Adoratrices, cuya superiora estaba gravemente enferma. El Sr. Cura Rodrigo estaba en el convento, ya que, el entonces seminarista José Garibay presentaba un examen de latín y el Sr. Cura Rodrigo era uno de los sinodales. Estaban también en el convento el Sr. Cura Juan de la Mora, confesor de las religiosas; el P. Emeterio Covarrubias y el Sr.

Francisco Rueda y Zamora, profesor del Seminario. Estando en el examen llegaron los federales y en un momento la casa quedó llena de soldados. Los sacerdotes y estudiantes huyeron por la puerta de campo del convento y brincando al potrero, lograron escapar. El Sr. Cura Rodrigo entró a su cuarto para sacar algunos documentos. El seminarista Garibay se quedó a esperarlo, y en vista de que los soldados comenzaban a tirotear a los que huían, le pidió que se apresurase. El Sr. Cura que estaba enfermo de los pies, ayudado por Rodrigo Ramos pudo llegar al potrero, pero los soldados los cercaron y el Sr. Cura dijo a su ayudante: Se me llegó mi hora, usted váyase.

Los soldados, con lenguaje grosero, preguntaron al Sr. Cura que quién era él, a lo que contestó: Soy sacerdote. Lo injuriaron y aprehendieron juntamente con el seminarista Garibay y algunas religiosas. El Sr. Cura Rodrigo iba a ser conducido a distinto lugar que los demás prisioneros, por lo que con toda calma se despidió de las religiosas, les dijo: Nos veremos en el cielo. Del convento lo trajeron a la casa de la Tercera Orden. Cerca de las cinco de la tarde fue conducido al Seminario y puesto en el pasillo, con centinelas de vista. Algunos testigos presenciales vieron el gran gozo que manifestaba el Sr. Cura ante la cercanía de su encuentro con Dios. Dos religiosas adoratrices pudieron verlo. Las acompañaron cuatro soldados y el jefe de los agraristas, Donato Aréchiga. El Sr. Cura Rodrigo los recibió con amabilidad, tranquilo y contento, no obstante que se encontraba en medio de una turba maldiciente y soez, que lo injuriaba. Les pidió a las religiosas unos taquitos de frijoles y les dijo que los jefes le exigían documentos para demostrar por escrito su inocencia, pero que él no los tenía. Se supo por el Capitán Mata que el General Juan B. Izaguirre ordenó que dejaran en libertad al P. Rodrigo pero Donato Aréchiga intervino para que fuera ajusticiado.

El día 28 de octubre de 1927, cerca de la una de la mañana, fue llevado a la plaza central de Ejutla, Jal. para ser ahorcado. El heroico sacerdote continuaba tranquilo y casi toda la tarde y las horas de la noche que habían transcurrido las había pasado en oración. Los soldados hicieron alto al pie de un grueso y alto árbol de mango. Amarraron una soga sobre una de las ramas más gruesas e hicieron una lazada. El Sr. Cura tomó en su mano la soga con la

que lo iban a colgar, la bendijo, perdonó a todos y regaló un rosario a uno de los que lo iban a ejecutar. Los soldados le pusieron la soga al cuello y uno de ellos, para poner a prueba su fortaleza le dijo altaneramente: ¿Quién vive?. Le había dicho que no lo colgarían si gritaba ¡Viva el Supremo Gobierno!. El Sr. Cura Rodrigo contestó con voz firme «¡Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!». La soga fue tirada con fuerza y quedó suspendido en el aire. Se le bajó y de nuevo se le volvió a preguntar: ¿Quién vive?. Respondió por segunda vez sin titubeos: ¡Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!. Por tercera vez le preguntaron con soez provocación: ¿Quién vive?. ¡Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!, dijo, arrastrando la lengua, agonizante. Fue suspendido nuevamente y su alma voló al cielo. En ese momento algunas personas vieron una claridad en el cielo.

El cuerpo amaneció colgado del árbol de mango, en la plaza central. Se le había ajusticiado sin hacerle ningún proceso. Como permaneció suspendido hasta el medio día, mucha gente pudo verlo. Estaba con camiceta, pantalones y calcetines, pero sin zapatos y con un sombrero de paja, puesto de lado. Tenía el nudo de la soga en la nuca, y el cuerpo casi tocaba el suelo con los pies.

Los señores Juan Ponce, Jesús y Silviano García, con autorización del Capitán Mata fueron a descolgar el cuerpo. Don Jesús llevó una tabla sobre la que pusieron el cuerpo, y con las misma soga que había sido colgado, lo sujetaron a la tabla para que no se cayera. Lo llevaron inmediatamente al cementerio municipal y lo enterraron superficialmente y sin caja, sólo pusieron encima del cuerpo la tabla con que lo habían cargado y sobre la tumba pusieron algunas flores.

El pueblo había quedado casi vacío ya que el General Izaguirre había amenazado con incendiar el poblado por ser refugio de cristeros. Los soldados se dedicaron al saqueo; del convento se llevaron los ornamentos, la custodia y los vasos sagrados. Cerca del cadáver, en la plaza, quemaron imágenes sagradas y bancas que habían llevado del convento.

Cinco años después de los tristes acontecimientos se promovió la exhumación de los restos y fueron trasladados al templo parroquial de Unión de Tula, y colocados en el crucero derecho.

BEATO 11:

TRANQUILINO UBIARCO ROBLES

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios Tranquilino Ubiarco nació el 8 de julio de 1899, en Zapotlán el Grande (actualmente Ciudad Guzmán, Jal.). Sus padres fueron el Sr. J. Inés Ubiarco y la Sra. María Eustolia Robles. Era hijo natural. Fue bautizado el 3 de diciembre siguiente. Fue confirmado en julio de 1903 en su misma parroquia de origen por el Excmo. Sr. Arzobispo D. José de Jesús Ortiz. El padre del Siervo de Dios desaparece por completo de su vida, pero es reconocido en el acta de bautismo, como también por sus hermanas. Algunos historiadores afirman que murió pronto, dejando a los hijos, desde muy pequeños, en la orfandad.



Vivió una niñez llena de privaciones y trabajos. Su madre, sola y con cuatro hijos, tuvo que trabajar en el pequeño comercio para el sostenimiento de la familia, ayudada por sus hijos, aunque eran de corta edad.

Inició la instrucción primaria en el Asilo del Salvador, institución atendida por las Hermanas de la Providencia (comunidad religiosa fundada por un párroco de ciudad Guzmán, Jal.). De aquí pasó a la escuela oficial, donde cursó el tercer año de primaria.

Formó parte de un círculo vocacional dirigido por el Sr. Cura D. Librado Arreola, quien les impartía una plática de formación semanalmente. Estas pláticas lo motivaron en el ideal sacerdotal. Aún sin terminar la instrucción primaria solicitó ser admitido en el Seminario Auxiliar de Ciudad Guzmán, Jal. El Rector de ese plantel, Sr. Pbro. D. Genovevo Sahagún, lo aceptó. Se matriculó el 8 de noviembre de 1915.

Desde seminarista se manifestó atento y respetuoso con sus superiores, conquistando así su estimación. Se distinguió por su buen talento y grande piedad. Fue muy querido por sus condiscípulos por su carácter bondadoso; jamás se le vio iracundo, y sí, siempre alegre.

Con motivo de la revolución carrancista el Seminario Auxiliar de Ciudad Guzmán fue clausurado e incautado su edificio, por lo que el S. de D. se vio obligado a regresar con su familias pero sin abandonar sus estudios. Seguía recibiendo clases en casas particulares ayudado por el Sr. Pbro. D. Antonio Ochoa Mendoza.

Durante este tiempo, no obstante las circunstancias difíciles que se vivían a causa de la revolución, se dedicó con entusiasmo y brío a tareas pastorales. Fundó, con gran fruto, un círculo de obreros a quienes impartía formación religiosa y se empeñó en promover la prensa católica.

Simultáneamente con sus estudios, llevados de una manera particular, promovía labores apostólicas y ayudaba a su familia en el pequeño comercio que su madre desarrollaba. Fueron días difíciles, de gran actividad, pero llevados con alegría.

El Sr. Cura de Zapotlán el Grande, Jal. Silviano Carrillo, fue preconizado Obispo de Sinaloa e invitó al joven Tranquilino, junto con otros seminaristas, a acompañarlo a su diócesis y continuaran allá sus estudios. El S. de D. aceptó la proposición y, dejando su familia y ciudad natal, se fue a Culiacán, Sin. Poco duró su permanencia en ese lugar ya que el Excmo. Sr. Silviano Carrillo murió meses después de haber tomado posesión de la diócesis y el joven Tranquilino se vio obligado a regresar a su lugar natal. El ideal sacerdotal seguía vivo, aunque siguiera trabajando para el sostenimiento de su familia.

En estas condiciones lo encontró el Excmo. Sr. Dr. D. Francisco Orozco y Jiménez, Arzobispo de Guadalajara y lo invitó a continuar sus estudios en el Seminario Diocesano. El joven Tranquilino aceptó gustoso e ingresó al Seminario de Guadalajara el año de 1918.

Sus condiscípulos le recuerdan como muy disciplinado y obediente, y por eso, muy apreciado por sus superiores; (...) con sus compañeros era jovial y alegre, y sabía captarse la simpatía de todos; (...) cumplía al pie de la letra el reglamento del Seminario; (...) era piadoso; sacaba buenas calificaciones; (...) tenía buena capacidad intelectual.

Fue ordenado presbítero el 5 de agosto de 1923 en la Catedral de Guadalajara, por el Excmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Francisco Orozco y Jiménez. Cantó su primera Misa el 15 de agosto del mismo año en su tierra natal, con gran regocijo para toda la

comunidad, principalmente de los obreros, que lo conocían muy bien.

En septiembre del mismo año fue nombrado vicario cooperador de la parroquia de Moyahua, Zac., a donde se trasladó inmediatamente. En este lugar inició su ministerio llevando a cabo una intensa labor social, promoviendo con notable fruto un círculo de obreros a los que instruía cristianamente. Fundó también una escuela dominical para señoritas y trabajó infatigablemente para realizar una semana de estudios sociales, en mayo de 1925. Se dedicó con el más ardiente fervor a la formación cristiana de los niños. La catequesis fue una de sus principales preocupaciones. La respuesta no se hacía esperar y una inmensa muchedumbre de niños acudía. Estableció la misa dominical para los niños.

Posteriormente fue trasladado a la parroquia de Juchipila, Zac., en donde permaneció menos de un año. En este lugar, no obstante que ya se desataba la persecución religiosa y el desarrollo del ministerio sacerdotal se rodeaba de peligros y amenazas, trabajó sin descanso. Pasados esos meses en Juchipila, Zac., se le nombró vicario cooperador de la parroquia de **Lagos de Moreno, Jal.** En esta parroquia ejerció su ministerio con la misma entrega fervorosa y trabajó con los mismos bríos en la acción social, como lo había hecho en los lugares anteriores donde estuvo. Fundó un círculo de estudios para señoritas y editaba un periódico llamado «Orión», éste era un medio por el que hacía llegar la doctrina cristiana a los fieles.

No obstante los tiempos difíciles de la persecución religiosa ejerció su ministerio sacerdotal incansablemente, aunque con grandes dificultades. Celebraba la santa Misa en casas particulares y en los ranchos; confesaba hasta altas horas de la noche. Pero como las circunstancias difíciles de la persecución religiosa arreciaba, el párroco de Tepatitlán, se ocultó fuera de la población y el P. Tranquilino fue nombrado para sustituirlo. Llegaba ahí en los días más difíciles, sin conocer a nadie, ni recibir orientación alguna. Con gran valentía, rodeado de peligros, ejerció el ministerio sacerdotal durante quince meses. Dado que se había decretado la suspensión del culto público, celebraba la santa Misa en casas particulares y administraba los sacramentos.

Era de un celo infatigable, a todas partes iba; siempre que lo llamaban a la administración de un sacramento, estaba solícito. No hacía las cosas por

algún interés humano, sino por la gloria de Dios y arrojando todos los peligros y dificultades.

En la población de Tepatitlán, era donde había más cristeros levantados en armas dispuestos a combatir contra las fuerzas gobiernistas. A pesar de esta situación, el P. Tranquilino nunca incitó a la violencia, ni al levantamiento armado.

El Gobierno decretó la concentración en las ciudades. Esto trajo como consecuencia que los habitantes de los ranchos y poblados pequeños se concentraran en Tepatitlán, ocasionando escasez y necesidades de todo tipo. El P. Tranquilino estableció un comedor público donde se proveía de alimento a la gente pobre, llegando a atender hasta a cien personas.

El P. Tranquilino abrigó profundamente en su corazón el deseo de que el Señor le concediera la gracia del martirio. El 9 de marzo de 1925, seis meses antes de ser sacrificado, dirigió un retiro espiritual a un grupo de niñas, en Tepatitlán. El retiro inició a las nueve de la mañana con la exposición del Santísimo Sacramento. Antes de iniciar la plática del retiro, dijo a las presentes: «Niñas: quiero que en este retiro la primera gracia que le pidan a Nuestro Señor, que está expuesto, sea que no pase esta persecución sin que yo dé mi vida por Jesucristo». En varias ocasiones manifestó este mismo deseo.

Dos días antes de su muerte estuvo de visita en el Hospital de la Santísima Trinidad, en Guadalajara, parecía que presentía su muerte y aceptaba gustoso entregar su vida por Cristo. Subió al oratorio del Hospital en el momento en que celebraba la santa Misa el Sr. Pbro. J. Pilar Flores. Una vez terminada la Misa, pidió al P. Pilar que lo escuchara en confesión. Se confesó de rodillas, en actitud verdaderamente edificante; cual si presintiera que era su última confesión. El P. Tranquilino refirió a las religiosas que un niño de doce años había sido martirizado por los soldados, por confesar a Cristo, y añadió: ¡Qué vergüenza que hasta los niños estén prontos a sacrificar su vida por Dios y uno lejos del deber. Ya me voy a mi parroquia, a ver que puedo hacer, y si me toca morir por Dios, bendito sea». Y se volvió a Tepatitlán.

Ya en Tepatitlán, había determinado celebrar la santa Misa muy temprano, el día 5 de octubre, en casa de la Sra. María de Jesús Estrada, para asistir al matrimonio de Germán Estrada, quien desde hacía tiempo deseaba casarse.

El P. Tranquilino durmió en dicha casa para asistir temprano a la ceremonia. Se trasladó a la casa como a las nueve de la noche, no sin antes mandar a una persona que inspeccionara el terreno, para ver si había peligro, el que, aparentemente no se notó, pues en el trayecto a nadie se encontró.

Había apenas pasado como una hora de su llegada, cuando entraron en la casa varios soldados guiados por Arturo Peña y Aurelio Graciano. Lo aprehendieron y lo condujeron hasta la Presidencia municipal. Ahí lo pusieron en un cuarto, sólo e incomunicado. Algunos momentos después llegó el jefe de la tropa, el Coronel José Lacarra. Con insultos y atropellos sacó al P. Tranquilino del lugar donde lo habían puesto y lo llevaron donde estaban otros presos. El P. Tranquilino, al llegar, invitó a los presos a rezar el rosario, lo que aceptaron. Luego los exhortó a que se acercaran a la confesión, y, algunos lo hicieron.

El Coronel José Lacarra se había ausentado y volvió a la Presidencia municipal como dos horas después. El Coronel ordenó al P. Tranquilino que saliera y, con otros soldados que lo custodiaban, se dirigió fuera del poblado, hacia la calzada de entrada, que estaba rodeada de árboles grandes. El P. Tranquilino, antes de llegar a la calzada, preguntó a los soldados que quién era el comisionado para darle muerte. Como todos guardaron silencio les dijo: «Todo está dispuesto por Dios» y que «el que era mandado no era culpable». Uno de los soldados dijo entonces que él era, pero que no lo haría. El P. Tranquilino preguntó enseguida que con qué instrumento le darían muerte. Le enseñaron una soga, a la que, con infinita tranquilidad, bendijo. Lo ahorcaron en la rama de un eucalipto de la calzada. Fue el árbol que cuenta con el número 19, viniendo del centro (del poblado), en la calzada, por el lado derecho». Eran entre las doce o una de la mañana. El soldado comisionado para estirar la soga y realizar la ejecución se negó a cumplir la orden, como ya lo había anticipado, y fue pasado por las armas ese mismo día, 5 de octubre de 1928. Una vez ahorcado el P. Tranquilino uno de los guardias trozó la soga y el cuerpo inerte se desplomó, quedando tendido, por algunas horas, al pie del árbol.

En cuanto amaneció, corrió por el poblado la noticia de la muerte del P. Tranquilino consternando a todos los habitantes de la población. Llegaban personas a contemplar, llenas de espanto, el espec-

táculo. Estaba ya amaneciendo cuando algunas personas intentaron sacar el cuerpo a la calzada. En ese momento llegaron unos soldados y lo cargaron; algunas mujeres ayudaron en esa tarea. Los soldados, cargando el cuerpo, se encaminaron al cementerio para darle sepultura, mas una señorita, Elodia Navarro, corrió al poblado y obtuvo del Presidente municipal autorización para llevar el cuerpo a una casa y velarlo algunas horas. La Sra. Raquel Navarro ofreció su casa para que ahí se velara. La casa resultó insuficiente para dar cabida al tumulto que concurrió, y como la sala en la que se veló tenía dos puertas, se dispuso que se entrara por una puerta y se saliera por la otra.

El sepelio tuvo lugar la tarde del 5 de octubre. Los soldados juzgaron que habría una enorme cantidad de personas, y temiendo que hubiera problemas, se dio la orden de que prepararan ametralladoras, para que, si el caso lo requería, dispersaran la multitud. Temiendo que fueran a suceder desgracias, se ordenó el sepelio antes de la hora prevista. Se le dio sepultura en el cementerio municipal, en un sepulcro propiedad de la Sra. Julia González Vda. de Hernández, quien gustosamente lo ofreció.

En el cementerio municipal de Tepatitlán, se conservaron los restos del P. Tranquilino hasta que algunos años después, en circunstancias ya más favorables, se trasladaron al Hospital del Sagrado Corazón de Tepatitlán.

El 5 de octubre de 1978, al cumplirse cincuenta años del sacrificio del P. Tranquilino, en medio de grandes solemnidades, con participación del pueblo y gran veneración, fueron trasladados sus restos al templo parroquial de San Francisco, Tepatitlán.

FAMA DE MARTIRIO

El convencimiento de que el Siervo de Dios fue sacrificado por ser sacerdote y con odio a la fe y que, por consiguiente, fue mártir, estuvo presente, y continúa cada vez con más fuerza en los habitantes de Tepatitlán, y pueblos circunvecinos.

Este convencimiento se manifiesta en el cuidado y veneración con que se le dio sepultura y son conservados sus restos mortales. Se manifiesta también en los hechos siguientes: Desde el momento de su muerte, los fieles cortaban trozos de su ropa y los guardaban como reliquias. También tocaban rosarios y otros objetos a su cuerpo que guardaban igualmente como reliquias. Las mismas mujeres de

los soldados decían: déjenos ver al mártir, pues nosotras qué culpa tenemos.

Un individuo que estuvo preso cuando llevaron a prisión al S. de D. escribió a uno de sus familiares suplicándole le llevara a la cárcel algún trozo de la ropa del P. Tranquilino Ubiarco, para guardarlo como reliquia.

Desde la muerte del P. Tranquilino los habitantes de Tepatitlán y lugares circunvecinos han visto con gran veneración el árbol donde fue ahorcado y acuden al lugar donde fue sacrificado para pedir el amparo e intercesión del Siervo de Dios. Le llevan flores y veladoras.

Esta fama ha crecido cada vez más y más hasta nuestros días. En Tepatitlán, se publica desde 1978 un periódico «Vida Parroquial» que da testimonio de innumerable favores recibidos atribuidos a la intercesión del Siervo de Dios.

BEATO 12:

JENAROSANCHEZ

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios Jenaro Sánchez nació en Agualele, de la Parroquia de Zapopan, Jal. el 19 de septiembre de 1886. Inútilmente se han buscado las fechas del bautismo y confirmación. Sus padres fueron el Sr. Cristóbal



Sánchez y la Sra. Juliana Delgadillo. En el pueblo los estimaban porque eran personas muy buenas: Observantes de la religión, humildes.

Se educó en el Colegio del Espíritu Santo, en la ciudad de Guadalajara, Jal., donde cursó los estudios de primaria; habiendo contado entre sus condiscípulos al Sr. Luis Ruelas Ruelas, originario de Tamazulita, quien al llegar en 1923 el S. de D. a esa población, le brindó su ayuda y apoyo. El S. de D. trabajaba en el taller de artes y oficios, en la fragua, donde ganaba algún dinero para conseguir el alimento para sus padres. Para pagar sus colegiaturas no tenía problemas, pues siempre fue becado.

Terminada la instrucción primaria en dicho colegio del Espíritu Santo, ingresó al Seminario de Guadalajara. Se manifestó su empeño en los estu-

dios y su buen comportamiento por las notas otorgadas en sus exámenes del Seminario. Recibió la ordenación sacerdotal el día 20 de agosto de 1911.

Ejerció su ministerio sacerdotal en las parroquias siguientes: Nochistlán, Zac.; Zacoalco de Torres, Jal.; San Marcos, Jal.; Cocula, Jal.; fue también maestro del Seminario Menor instalado en esta parroquia. Finalmente ejerció su ministerio en la Capellanía de Tamazulita, Jal. de la parroquia de Tecolotlán, Jal.

El Siervo de Dios era recto en el trato con los demás. Serio. Vestía elegante y limpio. No tenía miedo a nada ni a nadie. Trataba siempre de corregir lo mal hecho. Amante del orden y buen organizador, moderado en la comida y bebida.

Hombre de fe profunda que alimentaba, lo mismo que su celo pastoral, con las frecuentes y piadosas visitas al Santísimo Sacramento y su devoción a la Santísima Virgen. Lo veían frecuentemente haciendo la visita al Santísimo Sacramento. Amaba a Dios y a los fieles. Se preparaba para la celebración de la Misa y daba gracias. Era devoto de las ánimas. Le gustaba predicar y lo hacía con mucho fervor y devoción. Predicaba elocuentemente y era conmovedor. Era asiduo en el confesonario. Atendía especialmente a los enfermos; era solícito en darles los últimos auxilios, aunque estuvieran en los ranchos; cuando lo llamaban para atenderlos parecía que tenía resorte pues inmediatamente se ponía en camino para auxiliarlos y lo hacía de buen modo. También alentaba a los familiares de los enfermos. Se preocupaba por las almas, por su salvación. (...) Tenía celo y solicitud por la preparación debida a la primera Comunión y a la recepción de los sacramentos por las personas mayores. Era desprendido de las cosas materiales y compasivo con los necesitados, a quienes trataba de ayudar con sus servicios, especialmente a los enfermos. Era pobre y vivía pobre. En resumen, ejerció su ministerio sacerdotal con mucho celo y cumplidamente. En Cocula, su párroco se expresaba con elogio de él y se mostraba muy contento con su conducta y trabajo. Siempre fue muy dócil a su párroco.

Llegó a Tamazulita, municipio de Tecolotlán, Jal. el año de 1923, acompañado de sus padres. En este lugar ejerció el ministerio hasta el día de su martirio en 1927. Reinaba un ambiente persecutorio en el que aún a las familias que impartían instrucción religiosa se les castigaba con la cárcel; se perseguía especialmente a los sacerdotes con gran

odio, por lo que el Siervo de Dios sintió en su corazón la impotencia de desempeñar convenientemente su ministerio y lloró cuando se dio la orden de cerrar los templos. Su labor apostólica y el culto lo ejerció a escondidas, en casas particulares y en las afueras del poblado.

Al Santísimo Sacramento lo guardaba en una casa particular y estaba cuidándolo de cerca para que nada le pasara. Se escondía prudentemente de los elementos del Gobierno que perseguían a los sacerdotes. Decía «Creo que en esta persecución van a morir muchos y quizá sea yo el primero».

Aunque estaba muy molesto por las leyes persecutorias, nunca incitó a la gente a tomar las armas contra el Gobierno. Estaba consciente del peligro que corría de morir y su preocupación era dejar abandonados a sus feligreses.

El lunes 17 de enero de 1927 andaba en el campo el P. Jenaro tendiendo trampas a los venados con un grupo de amigos: Herculano Castillo, Lucio Camacho, Ricardo Brambila, Agustín Chavarín, Juan Barajas, Crescenciano y Crecencio Castillo. En ese tiempo vivía en el rancho La Cañada, Jal., en casa de la familia Castillo. Por la tarde todos regresaban al rancho y se enteraron de que la policía lo andaba buscando. Los compañeros le insistían al P. Jenaro que se escapara y pudo hacerlo, pero no trató de huir y dijo: «Vamos bajando todos. Si no me conocen, ya me salvé; si me conocen, me ahorcarán sin remedio, pero a ustedes nada les pasará fuera del susto. Yo tengo confianza en Dios».

Al llegar al rancho todos fueron apresados. Al P. Jenaro lo ataron junto con Agustín Chavarín, espalda con espalda, y así se los llevaron a Tecolotlán, Jal. Los que los apresaron fueron: Zacarías Jiménez, Pablo Nande, Juan de la Cruz Romero y Pablo Ortega, jefe de Cocula, Jal. y antes «mayordomo» de los barrios. El jefe de los soldados, Capitán federal Arnulfo Díaz, mandó soltar a todos, menos al sacerdote.

El mismo día de su aprehensión, 17 de enero, entre 11 y 12 de la noche lo llevaron a las orillas de Tecolotlán, Jal. a un cerrito que se llama «La Loma» o «Cruz Verde» donde había un mezquite. A escasos 10 metros del mezquite había una casita donde vivía la Sra. Jovita García, madre de Victoria Santos García, quien pudo darse cuenta de los hechos. La Sra. Jovita oyó mucha algarabía y malas palabras, por lo que se asomó por los hoyos de las paredes de su casa y vio un grupo de soldados, quienes al llegar

a aquel sitio hicieron una rueda y en medio quedó un señor. Vio que le pusieron una reata al cuello y oyó que el señor dijo: «Bueno, paisanos, me van a colgar; pero yo los perdono y que mi Padre Dios también los perdone y siempre que ¡Viva Cristo Rey!».

Los soldados jalaron muy fuerte de la reata en tal forma que la cabeza del señor pegó en la rama del mezquite donde habían colgado la sogá. Allí lo dejaron colgado y se fueron. Luego volvió un soldado y fue a la casa de Jovita y, al hombre que estaba hospedado en la casa y que había sido de los seguidores de Carranza, le dijo: «Te encargamos a este amigo que esta allí colgado, si alguien lo baja, a ti te pasará lo mismo» y se fue. Desde la casa cuidaban que nadie se acercara. La niña Victoria Santos, que había estado dormida, se despertó y vio al ahorcado, colgado de la rama del mezquite y oyó cómo el colgado daba quejidos o ronquidos antes de morir, como si no le hubieran puesto bien la sogá al cuello. No salieron a dar auxilio por miedo a las amenazas que les hizo el soldado.

Así quedó el cuerpo. Poco antes del amanecer volvieron los soldados y bajaron al ahorcado. Antes de bajarlo le dieron un balazo en el hombro izquierdo y una vez en el suelo un soldado le dio un bayonetazo que casi lo traspasó.

El cuerpo quedó allí tirado toda la mañana. Estaba repechado al mezquite y lleno de hormigas. Las gentes que por allí pasaban le hicieron una sombrita. Ni la familia de Jovita ni los que pasaban sabían que era el Padre Jenaro, porque no traía lentes y había estado colgado toda la noche. Sin embargo, dice la Sra. Victoria: «Yo me arrimé ya cuando llegó la gente y no estaba de dar miedo; parecía que sólo estaba dormido». Así tirado duró el cuerpo hasta como a las 11 de la mañana del día 18. Pasó por allí la maestra Angelita Fernández Lepe, quien lo reconoció y dijo que era el Padre de Tamazulita. Avisaron a la madre del P. Jenaro quien, cogiendo en sus brazos el cadáver y colocándolo sobre sus rodillas, lloró sin consuelo.

La gente se acercó para recoger el cuerpo. Consiguieron permiso del jefe militar por medio del Presidente municipal de Tecolotlán, Jal., Amado Lepe. Mucha gente se interesó por atender al sacerdote muerto. Lo llevaron a la casa de Angelita Fernández Lepe y allí lo velaron, en Tecolotlán, Jal. porque las autoridades civiles no permitieron que se lo llevaran al templo.

La noticia de su muerte se recibió en Tamazulita con mucho dolor y los feligreses pasaron varios días rezando y lamentando su fallecimiento. El mismo día 18 lo sepultaron en el cementerio de Tecolotlán, como a las 4 de la tarde.

En el lugar del martirio los fieles erigieron un monumento para recordar el martirio del P. Jenaro. Este monumento todavía perdura y se ve adornado con flores y veladoras.

El día 25 de octubre de 1934 contando con la autorización de la Curia Diocesana de Guadalajara, y en medio de solemnidad, pero también con cautela por la situación política, se trasladaron los restos a la iglesia parroquial de Cocula, Jal. para su inhumación. En el acto estuvieron presentes representantes del Arzobispado de Guadalajara, el Sr. Cura y los padres del Siervo de Dios.

BEATO 13:

JOSESABEL FLORES VARELA

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios José Isabel Flores nació el 28 de noviembre de 1860, en Teúl de González Ortega, Zac. Hijo del Sr. Vidal Flores y de la Sra.



Sixta Varela. Fue bautizado al día siguiente de su nacimiento en el templo parroquial del lugar. Sus padres eran católicos fervorosos y de misa diaria.

En la adolescencia le gustaba vestirse de sacerdote. Sintió el ideal sacerdotal a la edad de quince años por lo que manifestó a su familia el deseo de ingresar al Seminario. Con este propósito su abuelo lo acompañó a pie desde Teúl de González Ortega, Zac., a Guadalajara, Jal. (aproximadamente 100 kilómetros). Como no tenían medios económicos para que ingresara al Seminario, su abuelo lo dejó en Guadalajara, Jal. encargado con una señora que vendía cena. Ingresó al Seminario de Guadalajara el 14 de 1887 y el Sr. Pbro. Antonio Correa lo recibió en su casa y lo ayudó en todo lo que necesitaba.

Ya dentro del Seminario escribe él mismo: Empecé mis estudios en el Seminario Conciliar de esta ciudad (Guadalajara, Jal.) el 14 de febrero de 1887 y los terminé en junio o julio de 1896. Recibí la

tonsura y las cuatro órdenes menores el 18 de noviembre de 1894; (...) el subdiaconado (...) el 17 de noviembre del siguiente año, 1895; (...) el diaconado (...) el 25 de julio de 1896.

En los informes rectorales del Seminario de Guadalajara, correspondientes a los años 1887-1897, se encuentran sus calificaciones. En nueve materias obtuvo la máxima calificación. En estos mismos informes aparecen distintos cargos que desempeñó en el Seminario: vicerrector de la Academia Latina de San León Magno; secretario de la Academia Filosófica-Teológica de Sto. Tomás de Aquino; conciliario segundo de la Congregación de la Purísima Concepción y de San Luis Gonzaga. Su misma sobrina, Sra. Ma. Concepción Pérez dice que sus superiores lo estimaron mucho por ser obediente y estudioso.

Recibió la ordenación sacerdotal el 26 de julio de 1896 en Guadalajara, Jal. por ministerio del Excmo. Sr. D. Atenógenes Silva, Obispo de Colima. Cantó su primera Misa en Atemajac del Valle, Jal. el 15 de agosto de 1896.

Por testimonio del mismo P. José Isabel, conocemos los distintos lugares en donde ejerció su ministerio sacerdotal: El primero de agosto de 1896 fui adscrito a la parroquia de Teocaltiche, Jal. con residencia en la Congregación de Belén del Refugio, donde permanecí hasta el 14 de diciembre de 1899. El 21 del mismo mes fui adscrito a la parroquia de Zapotlanejo, Jal. con residencia en la Capilla de Matatlán. Jal. permaneciendo hasta el 4 de mayo de 1900, siendo trasladado, el 11 del mismo mes, a la parroquia de Tonalá, Jal. con residencia en la Capilla del Molino del Sagrado Corazón de Jesús, del Salto de Juanacatlán, Jal. como segundo Capellán, donde permanecí hasta el 13 de noviembre del mismo año que fui trasladado, por segunda vez, a la mencionada Capilla de Matatlán, Jal.

El P. José Isabel fue un hombre verdaderamente virtuoso. Jamás hizo gala de lujos en el vestido, usó ropa de calidad baja y, cuando murió, no tenía nada (bienes materiales). Su obediencia fue pronta, nunca se supo de él una desobediencia, nunca se le oyó una crítica a sus superiores y fue íntegro en la virtud de la castidad, tenía dominio de sus actos e inclinaciones.

Una sobrina del P. José Isabel, dice que se levantaba temprano a rezar su Oficio (Liturgia de las Horas) y el rosario, con sus tres partes. Se mortifi-

caba en la alimentación, dormía en una cama de tablas, sin colchón y usaba cilicios. Fue limpio y puro en la práctica de la castidad. Tenía esta expresión: Antes morir que fallarle a Dios. Su celo pastoral lo reconocieron sus feligreses y personas allegadas a él, durante los 27 años estuvo al frente de la comunidad de Matatlán, Jal.

Otras personas que lo conocieron y lo trataron personalmente nos hablan del P. José Isabel como una persona fervorosa, constante en la práctica diaria de la oración y muy sensible en su predicación. Sacerdote humilde y pobre en el que no había ninguna ambición de bienes materiales.

Sus familiares, que tuvieron un trato cercano con él, nos hablan de una serie de cualidades sacerdotales y acciones pastorales edificantes: serio, recto, educado, caritativo, enérgico para corregir a los viciosos, (embriaguez) amable, siempre recomendó el perdón. Promovió la participación, por medio del canto, en las celebraciones litúrgicas, dirigía y cantaba los rosarios. Fomentó la devoción al Sagrado Corazón los viernes primeros; exponía el Santísimo todo el día; también impulsó el amor y devoción a la Santísima Virgen.

Caritativo con los enfermos, siempre acudía a auxiliarlos, a cualquier hora del día o de la noche. En plena persecución no dejó de confesar y bautizar en medio de los peligros.

Sus feligreses le recuerdan con cariño y admiración. Su trato era como el de un santo, apreciaba mucho a la gente, muy trabajador, cariñoso con los niños. Fundó un colegio para niños y niñas y se dedicó a la enseñanza del catecismo. Fue siempre un sacerdote ejemplar y valiente que no abandonó a sus feligreses, aún en las duras pruebas de la persecución.

En un temporal de lluvia estando sumamente enfermo de una pieza molar, tuvo que salir en plena tormenta a auxiliar a un moribundo, esto le originó una terrible infección que fue causa de que le extrajeran una parte considerable del maxilar superior derecho, cosa que lo puso a las puertas de la muerte. El cirujano Vázquez Cisneros, íntimo amigo suyo, se preocupó por su salud y le ayudó.

La persecución religiosa contra la Iglesia en México tuvo su más fuerte crisis en los años 1926-1929, crisis que se dejó sentir en Matatlán, Jal. Se cerró el culto y los sacerdotes tenían que huir o esconderse porque si los apresaban los fusilaban, sin hacer ningún otro trámite.

El P. José Isabel era «prudente en su ministerio, no se exponía temerariamente al peligro, evitaba que lo aprehendieran, se daba sus mañas, preguntaba por donde andaban los del Gobierno para protegerse.

Con el P. José Isabel vivía Nemesio Bermejo, ex-seminarista y hombre de mal carácter y peor corazón. Movido por mezquina recompensa se fue a Zapotlanejo, Jal. a ver a J. Rosario Orozco, Presidente municipal, para comunicarle que el P. José Isabel iba a ir a Colimilla, Jal., en la madrugada del 18 de junio de 1927 y que iba a celebrar allá la santa Misa.

J. Rosario Orozco era un hombre incondicional al Gobierno perseguidor de la Iglesia, tenía verdadero odio a los sacerdotes, y tan pronto como supo la noticia dada por Nemesio, mandó un grupo de 50 hombres, policías del pueblo, para que aprehendieran al Padre y lo condujeran a Zapotlanejo, Jal. Estos policías llegaron a Matatlán, Jal. cuando el Padre ya tomaba el camino de Colimilla, lo aprehendieron, le quitaron el caballo y a pie lo trasladaron a Zapotlanejo.

En Zapotlanejo, fue encarcelado en el curato, que había sido convertido en cuartel, donde lo tuvieron tres días y tres noches sin comer, dentro del cuarto del excusado, custodiado por un soldado, levantado en alto mediante unas piedras de cantera que colocaron bajo sus axilas. La última noche que estuvo preso, el soldado que lo custodiaba lo bajó de las canteras, y el cabecilla del grupo, al ver lo sucedido, le dijo: A tí te va a tocar morir primero, a lo que contestó el soldado no le hace.

Tres señoras (...) con pretexto de llevar ropa a una de las esposas de los soldados entraron (...) a la cárcel, y encontraron al S. de D. atado, mojado, sucio, ya que no lo soltaban ni para hacer sus necesidades (fisiológicas). Se acercaron a donde estaba él y mostraron señales de compasión, él les dijo: De mí no tengan lástima sino de los soldados. Ellas le dieron la Sagrada Comunión y salieron.

Una sobrina del P. José Isabel dijo: José Rosario Orozco le había propuesto a mi tío que si firmaba aceptando las leyes de Calles, quedaría libre, pero mi tío no aceptó. J. Rosario Orozco ponía música fuera de la prisión y le decía al P. José Isabel: Oye qué bonita música, lo único que necesitas es firmarme esto para quedar libre pero él contestó: Yo voy a oír una música más bonita en el cielo.

Estando prisionero recibió la visita de su hermana quien le dijo: ¡Ay hermanito, cómo te tienen!. A lo que contestó: Dios así quiere que esté, que se haga su voluntad. Muchos del pueblo de Matatlán, Jal. fueron a Zapotlanejo, Jal. a tratar de rescatarlo pero todo fue inútil; un señor de Guadalajara, Jal. (...) decía que dejaran al Padre en libertad y él les daba en plata lo que el Padre pesara, pero no lo dieron libre.

Hubo dos testigos de vista del martirio: el Sr. J. Jesús Nuño Murguía que, fuera del cementerio donde lo asesinaron, desde una tapia, vio el martirio y rindió su testimonio en el proceso; el otro testigo fue el Sr. Fermín Ruiz, que presencié la muerte del P. José Isabel pero que murió sin dar su testimonio. Posteriormente la testigo Tomasa Fernández relató lo visto por este testigo.

Así sucedieron cronológicamente los acontecimientos: Tres o cuatro personas, entre las que estaba Anastasio Valdivia, llegaron al cementerio municipal de Zapotlanejo, conduciendo al P. José Isabel. Era entre una o dos de la madrugada del día 21 de junio de 1927. En un árbol llamado cuenta o bolitario, echaron una reata a una rama y lazaron del cuello al Padre, y comenzaron a martirizarlo, subiéndolo y bajándolo tres o cuatro veces, pero al Padre no le pasaba nada; se debía esto a la pieza metálica que le habían colocado sustituyendo parte de los huesos maxilares. El Padre, muy sereno, dijo a sus verdugos: Así no me van a matar, hijos, yo les voy a decir cómo, pero antes quiero decirles que si alguno de ustedes recibió de mí algún sacramento, no se manche las manos. Uno de los que estaban allí y tenía orden de ejecutar al Padre, dijo: Yo no meto las manos, el Padre es mi padrino, él me dio el bautismo... El jefe muy indignado dijo: Te matamos a tí también. A lo que respondió: Pues no le hace, yo muero junto con mi padrino, y de un balazo lo mataron. El P. José Isabel repartió sus pertenencias entre sus verdugos: a uno le dio la leontina del reloj, a otro el reloj, a otro un Cristo y a otro no sé qué cosa.

Intentaron entonces fusilar al P. José Isabel pero las armas no dieron fuego. Entonces un hombre grandote, pesado, de nombre Anastasio Valdivia (cuico o comandante de Rosario Orozco) lo degolló.

Lo sepultaron ahí mismo en el cementerio municipal de Zapotlanejo, Jal. El Sr. J. Jesús Nuño Murguía identificó la tumba ya que, siendo su familia la encargada del cementerio, se dio cuenta,

por medio de su hermano Jerónimo, que una de las tumbas que les habían ordenado que tuvieran abiertas, amaneció cubierta. El Sr. J. Jesús Nuño puso en esa tumba una crucesita y no volvió a excavar allí.

En 1935 el Sr. Pbro. Cipriano González, inmediato sucesor del P. José Isabel, promovió la exhumación de los restos y, plenamente identificados, fueron trasladados a un salón anexo al templo de Matatlán. Ahí los velaron dos noches. El P. Cipriano González hace una emotiva descripción del traslado y del sepelio: Los sacamos (restos) y los pusimos en una caja ya preparada para esto. Velamos los restos una noche en la parroquia de Zapotlanejo, Jal. con mucho fervor, y al día siguiente casi toda la gente de Matatlán, vino a Zapotlanejo, para llevar los restos a Matatlán, donde los velamos dos noches. Aquello era edificante, la gente lloraba; después de una misa exequial, los enterramos en una capilla que hice a un lado del presbiterio (...) posteriormente sacaron los restos de la capilla y los pusieron en el lugar donde se encuentran actualmente.

BEATO 14:

SABASREYES SALAZAR

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios Sabás Reyes nació el 5 de diciembre de 1883 en Cocula, Jal, hijo del Sr. Norberto Reyes López y de la Sra. Francisca Salazar Castillo. Fue bautizado en el templo parroquial del lugar el día 8 del mismo mes y año. Recibió el sacramento de la confirmación el 26 de noviembre de 1884, por ministerio del Excmo. Sr. Fr. Ramón Moreno Castañeda O.C.D. Durante su infancia, por la pobreza de su familia, fue vendedor de periódico. Tuvo dos hermanos: Cirilo y Moisés.



Estudió las primeras letras en Guadalajara, terminada su instrucción primaria ingresó al Seminario de Guadalajara, ayudado especialmente por el entonces Rector, el Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo D. Miguel M. de la Mora. Fue siempre un estudiante modelo, humilde y fervoroso, constante en su vocación, aunque su capacidad intelectual no le hizo sobresalir en sus estudios.

A finales del año de 1911 pasó, junto con otros cuatro ordenados, a la diócesis de Tamaulipas, donde concluyó sus estudios y recibió las órdenes sagradas. Cantó su primera Misa en enero de 1912, en el templo de Belén, Guadalajara, Jal.

Por algún tiempo desempeñó su ministerio sacerdotal en la diócesis de Tamaulipas, en Tantoyuca, Tamps. En abril de 1914 tuvo que abandonar esa diócesis porque se recrudeció la persecución y obtuvo permiso para regresar a la diócesis de Guadalajara. En esta diócesis fue nombrado párroco de San Cristóbal de la Barranca, Jal.; posteriormente ejerció su ministerio en Plan de Barrancas, Jal., Hostotipatú, Jal. y en Atemajac de las Tablas, Jal. En 1919 fue nombrado capellán de la hacienda de San Antonio de Gómez (perteneciente a la parroquia de Tototlán, Jal) y posteriormente fue trasladado a Tototlán, Jal., en junio de 1921, como vicario, siendo su párroco el Sr. Cura Francisco Vizcarra Ruiz. Este fue su destino hasta el día de su martirio.

En el desempeño de su ministerio dio muestras de su gran fe promoviendo el culto y la vida cristiana (...) se prodigaba aún con peligro para su vida, estaba al pendiente de las religiosas para que no les faltara el Santísimo. En sus conversaciones y exhortaciones siempre trataba de infundir pensamientos sobrenaturales.

Era muy solícito y trabajador, nunca estaba ocioso; era celoso por la gloria de Dios y el respeto al templo, exigía silencio en las horas del culto y ceremonias sagradas. En el ejercicio de la caridad fue sobresaliente, era desprendido de todo. Tenía como internos en su casa a niños y jóvenes a los que enseñaba artes y oficios, compartiendo con ellos lo poco que tenía.

Se dedicó con mucho empeño a la instrucción de la niñez. Con especial cuidado atendía el estudio del catecismo, así como también encarecía las representaciones teatrales como medio de moralizar e instruir. Sus devociones principales eran a la Sma. Trinidad, a Nuestra Señora de Guadalupe y a las benditas almas del Purgatorio.

Su conducta fue intachable, sencillo como un niño y de espíritu fraternal. Su carácter era un tanto nervioso. Cuando se violentaba por su estado deficiente de salud, casi al mismo instante pedía, con toda humildad, perdón por la falta que hubiera cometido. Logró dominarse de esos arrebatos, admirándose sus compañeros sacerdotes de la prudencia de sus consejos

y de sus disposiciones, cuando se quedaba al cuidado de la parroquia, en ausencia del párroco.

Cumplió sus deberes sacerdotales: todos los días rezaba el breviario paseando por la iglesia, enseñaba la doctrina, confesaba, predicaba (...) nunca se negaba ni ponía dificultades para auxiliar a los enfermos y en general para administrar los sacramentos (...); en una palabra, era un gran sacerdote.

En 1926 su párroco, Francisco Vizcarra Ruiz, se retiró de la población por las circunstancias difíciles de la persecución religiosa y quedó como encargado de la parroquia el P. Sabás, quien siguió ejerciendo su ministerio en cuanto le fue posible. Varias veces tuvo que ocultarse o salir de la población por los temibles ataques de las fuerzas gobiernistas.

En enero de 1927 entraron a Tototlán, las tropas gobiernistas informadas falsamente que en la población había más de dos mil armados en contra del Gobierno. Entraron disparando y dieron muerte a once vecinos; convirtieron la parroquia en caballeriza y tirotearon las imágenes, por lo que, el 16 de enero, el P. Sabás reconcilió por primera vez la parroquia. Unos días después volvieron los federales a profanarla. Cuando los habitantes de Tototlán, indignados contra el Gobierno quisieron incendiar la casa Municipal, el P. Sabás lo impidió. El templo parroquial fue incendiado por las fuerzas del General Juan B. Izaguirre. Apenas habían salido las tropas cuando el P. Sabás, ayudado por algunos vecinos, se presentó a apagar el fuego, exhortando a la paciencia y a la oración humilde. Algunas personas de confianza le dijeron varias veces: Señor, ¿luego Ud. no tiene miedo?. ¿Por qué no mejor se va?. Lleno de entereza contestó: ‘Tengan fe, ¿Luego Uds. no son cristianos?. A mí aquí me dejaron encargado y no sale bienirme. ¡Dios sabrá!. Si me defiende, aquí me defiende; si no, El sabrá. Me ofrecen ayuda en otras partes, pero aquí me dejaron, y aquí esperamos, a ver que Dios dispone.

El 11 de abril de 1927, lunes Santo, corrió el aviso de que los soldados del Gobierno entrarían nuevamente en Tototlán. El P. Sabás intentó refugiarse en casa de la Sra. Pascualita Gómez, pero los federales estaban ya entrando al pueblo por lo que la Sra. María Ontiveros le insistió para que se quedara en su casa y él aceptó, junto con un joven y dos niños que le acompañaban. Pronto se escucharon las voces de los soldados, las maldiciones y los disparos. Desde ese momento el P. Sabás se puso a rezar con

sus acompañantes. Ese día no quiso comer nada, continuando todo el día en sus rezos.

Al día siguiente, cuando despertaron los muchachos vieron al P. Sabás rezando y muy preocupado. Los soldados, guiados por los agraristas Martínez, (cuatro hermanos) llegaron a la casa del P. Sabás y entraron a registrarla, buscando al sacerdote. Se llevaron a las personas que encontraron allí. A todos los llevaron ante el General Juan B. Izaguirre para interrogarlos por el paradero del P. Sabás. Los detenidos fueron interrogados y amenazados algunos. La sirvienta, sin poder resistir las crueles amenazas, delató el escondite del sacerdote.

Como a las once del día se escucharon fuertes golpes en la puerta de entrada de la casa de la Sra. Ontiveros, quien se resistía a abrir; pero al darse cuenta de que iban a derribar la puerta, optó por abrirla. Los soldados se precipitaron al interior diciendo con furor ¿Dónde está el fraile?. En esos momentos apareció el P. Sabás y con toda serenidad respondió: Aquí estoy, ¿qué se les ofrece?. Como seis soldados lo rodearon, le ataron fuertemente los brazos por detrás. El Padre les interpeló: Bueno, y ¿yo qué debo? ¿Qué mal hice? ¿Por qué me amarran?. El Capitán contestó: Con nosotros no se arregla nada, allá con el General.

Amarrado, sin sombrero, en mangas de camisa y entre aquella chusma salió el P. Sabás; junto a él iba José Beltrán (uno de los jóvenes que lo acompañaba). Cuando los soldados lo tomaron preso, lo confundieron con el Sr. Cura Francisco Vizcarra, pero al descubrirse que era otro sacerdote, dijeron: No importa si éste es inocente; hay que matar a todos los frailes y a todos los que andan con ellos porque son más bravos que los que traen carabinas.

El General Juan B. Izaguirre ordenó al llegar a la parroquia: Pongan al preso centinela de vista y amárrenlo al pilastrón. Varios presos estaban también en distintos lugares del atrio, amarrados con sogas. Un Mayor hizo la vigilancia inmediata y el P. Sabás habló con él varias veces, preguntándole de qué lo acusaban. El militar respondió: «Pues ¡qué quiere usted!, es orden del General». Por la tarde el prisionero, acosado por la sed, pidió un poco de agua, pero el mencionado militar se hizo sordo. Ya muy tarde, el P. Sabás, con tono lastimero les dijo: «¿Ni este favor de que me den agua puedo alcanzar?». Entonces el Mayor ordenó a un soldado que le diera agua. Con muchísimas dificultades, por lo

oprimido de las ligaduras del cuello, pudo beber un poco de agua.

El P. Sabás repetidas veces intercedió para que soltaran a su acompañante. Les dijo: Dios bien sabe que nada debo, pero si de mí algo temen, a este muchacho no le hagan nada porque no tiene ninguna culpa. Después de un rato de oración, le dijo a José, que estaba atado a otra columna: No te asustes José, ten ánimo; Dios bien sabe que no debemos nada, pero si algo nos pasa, ya sabes que allá tendremos nuestra recompensa; rézale al Señor de la Salud; aunque estoy seguro que a tí nada te pasará. Los soldados continuaban sus burlas y el P. Sabás sus continuos rezos.

Como a las dos de la tarde permitieron a una buena mujer que le llevara un poco de caldo, tortillas y cuatro vasos de agua. Esta señora se dio cuenta de lo lastimado que estaba por la fuerte presión de la soga. Cuando lo desataron, cayó por su propio peso y se quedó medio sentado, y le dijo: Diles a las señoras que pidan a Dios por mí. Dicen que me van a llevar a México; ya estando allá, Dios dirá.

Un grupo de señoras fue a interceder ante el Presidente municipal, José Macías, pero les contestó con insultos y las despidió de muy mala manera. Cuantas personas insistieron para lograr la libertad del Padre fueron rechazadas.

Por la noche llegó un militar y desligó al P. Sabás, y tomando la extremidad de la soga le dijo: Vamos para acá, indicándole que entrara a la parroquia, hasta la recientemente incendiada sacristía. Allí se encontraba el General Juan B. Izaguirre, acompañado de muchos soldados, todos de pie y en círculo. Colocaron al Padre en el centro, y el General comenzó a preguntarle: ¿Dónde está el cura Vizacarra?. El P. Sabás respondió: No lo sé, y aunque lo supiera no lo diría. El soldado que tenía la punta de la soga, que pendía del cuello del Padre, le dio tan fuerte jalón que cayó el Padre para atrás, en el pavimento de mosaico, como desplomado. Levantado de nuevo al Padre, el militar pasó la soga a otro soldado, que rápidamente tomó la punta, y como el primero, dio un nuevo estirón y luego siguieron los demás, repitiendo el mal trato al sacerdote y gozándose todos en aquello que hacía sentir mucha compasión. El General Juan B. Izaguirre al ir a cenar, junto con otros soldados, dijo entre burlas y picotadas: Hoy no hay que cenar aquí, el fraile no quiso entregar al cura, y hay que cenar, hoy, birra de ese fraile.

Las torturas continuaron durante la noche. Estando el P. Sabás tendido en el suelo, encendieron dos lumbradas con olotes junto a él; una frente a la cara y otra junto a los pies. El Padre Sabás rezaba en voz baja: Señor de la Salud, Madre mía de Guadalupe, Animas Benditas, ¡dadme algún descanso!. Cuando quiso voltearse para descansar del fuerte calor, un soldado golpeándole con el pie y con el extremo del fusil le hizo seguir en la anterior postura diciéndole: Creo que ya no quieres calentarte; ándale, aquí las has de tener, y le cogió por las manos y se las metió en las brasas de la lumbrada que tenía cerca de la cara y luego le dijo: Mete también las patas y a golpes le metió los pies, en las brasas de la otra lumbrada. Los soldados ejecutaban tan increíbles cosas sin inmutarse; seguían insultando al padre, torturándolo con las brasas y diciéndole: Andale, tú que con el cura tomabas tus copitas en el altar y hacías ceremonias, tú que dices que baja Dios a tus manos, que baje ahora a librarte de las mías. Durante la noche se oían los lamentos fortísimos del P. Sabás, pero sin impacientarse y mucho menos renegar.

También trataban de aprehender al Padre J. Dolores Guzmán, sacerdote que unos días antes había celebrado la santa Misa en casa del Sr. D. Aurelio de la Torre, y que ciertamente se encontraba allí escondido. Fueron a buscarlo pero los esposos de la Torre lo negaron y entonces los soldados se llevaron a D. Aurelio y lo fusilaron.

Debido a que los tejados que había en el departamento del diezmo habían sido destruidos, el Padre no pudo recibir sombra alguna y absolutamente a nadie se le permitió entrar con él, así que es muy natural suponer que pasó el día tirado en el lugar donde se le vio el día anterior, recibiendo desde muy tempranas horas los rayos del sol abrasador, por lo que padeció el tormento de la sed. El pavor cundía en la población y aumentaba por las frecuentes descargas de armas. Todas las gestiones encaminadas a procurar la liberación: dinero, influencias, lágrimas, ruegos, resultaron inútiles.

Ese Miércoles Santo, 13 de abril de 1927, por la noche, fue conducido el Padre Sabás al cementerio, y contra el muro fue acribillado a balazos. En el reloj del juzgado sonaron las nueve de la noche; poco después se oyeron las descargas. Un soldado comentó: Me pesa mucho haber matado a ese Padre; murió injustamente. Le habíamos dado ya tres o

cuatro balazos y todavía se levantó y gritó ¡Viva Cristo Rey!.

Como sólo los soldados estuvieron presentes en la ejecución, fue hasta el día siguiente cuando los encargados de sepultar a D. Aurelio de la Torre; encontraron el cadáver del sacerdote, sacrificado por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia. Al recoger el cadáver se dieron cuenta de las dolorosas torturas a que había sido sometido: en el cuello, muñecas y tobillos se encontraban las marcas de las sogas; una parte del cráneo muy hundida; varios huesos fracturados por los golpes, así como las manos quemadas. El cuerpo tenía cuatro balazos: dos en el pecho, uno en el brazo derecho y el otro en la frente. Un sirviente de la casa donde se asistía a los militares obtuvo permiso para coleccionar y comprar el ataúd en donde se le dio sepultura.

Casi en secreto, consiguieron una caja y lo sepultaron en la misma fosa que a otro cristiano sacrificado por ocultar a un sacerdote, el Sr. D. Aurelio de la Torre. Así quedaron en la misma fosa dos mártires de Cristo.

Todo el pueblo consideró al Padre Sabás Reyes como un mártir y como a tal veneró sus reliquias. Actualmente se encuentran sus restos mortales en un anexo al templo parroquial de Tototlán, Jal.

FAMA DE MARTIRIO

Desde el momento de la muerte del Siervo de Dios el sentir de la gente es que fue un mártir que entregó su vida por Cristo en el cumplimiento de su ministerio.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara Dr. D. Francisco Orozco y Jiménez en su XVII Carta Pastoral del 15 de agosto de 1927, haciendo mención del sacrificio de varios de sus sacerdotes expresa: «Sabás Reyes, héroe del cumplimiento de su ministerio sacerdotal y con nota de crueldad neoroniana, sacrificado en Tototlán, Jal.

El Sr. Cura Francisco Vizcarra, quien fue párroco del P. Sabás en Tototlán, escribe en 1937: «En el aniversario de la muerte del Padre, del año de 1930, se recogieron los prodigios y favores que los fieles hubieran obtenido de Dios Nuestro Señor por intercesión del Padre Reyes y recontados debidamente sumaron noventa y uno. Después se han sabido miles de prodigios, pero no los han escrito los fieles, acuden al lugar de su muerte y son ya grandes concursos de fieles los que visitan ese lugar. Dentro

y fuera de la población lo han invocado propios y extraños, en todo lo que se sabe han sido socorridos.

Este convencimiento se expresa de diversas maneras: La gente manifiesta haber recibido favores de Dios a través de su intercesión. La camisa que llevaba puesta cuando fue fusilado, se repartió rápidamente en trozos entre la gente que conservan como reliquias. Todos los lunes la gente del pueblo visita en multitud, su tumba. La sangre del mártir y sus ropas manchadas de sangre fueron recogidas con igual veneración con que los cristianos de los días de Nerón recogían la sangre y reliquias de los mártires que nosotros veneramos todavía en nuestros altares.

Esta fama de martirio ha crecido más en nuestros días por el impulso que se le ha dado a su causa de beatificación.

BEATO 15:

TORIBOROMO GONZALEZ

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios Toribio Romo nació el 16 de abril de 1900, en el rancho de Santa Ana de Guadalupe, Jal. Sus padres fueron el Sr. Patriocio Romo y la Sra. Juana González. Fue bautizado al día siguiente con el nombre de José Toribio, en el templo parroquial de Jalostotitlán, Jal. Fue confirmado entre el 28 y 31 de agosto de 1901 por el Excmo. Sr. Francisco Campos, Obispo de Tabasco.



Su familia era muy cristiana y en ella recibió su educación religiosa. Ayudó como acólito y fue siempre muy devoto. Cumplidos los siete años, una mañana de Pascua, con alegría indecible recibió por vez primera al Divino Señor Sacramentado. (...) Hasta la edad de ocho años fue pastor en su tierra natal, notándose en el gran aspiración a la vida sacerdotal. A los nueve años ingresó a la escuela parroquial de Jalostotitlán, Jal. En esta institución pudo realizar sus primeros estudios a base de grandes sacrificios.

El día 15 de octubre de 1912 se trasladó a **San Juan de los Lagos, Jal.** para ingresar al **Seminario**

Auxiliar. Su familia se alojó en una vieja casona de la calle del Buen Viaje, a un costado del «Mesón del Perro». Ya en el Seminario se dedicó con ahinco al estudio, fue un seminarista juguetón, alegre y bromista. Los superiores lo señalaban como modelo en piedad y observancia del reglamento. De joven (...) era piadoso, obediente y alegre, jovial, y ya desde muy chico daba instrucción religiosa.

Por su actividad en las obras católico-sociales fue apreciado por sus maestros y compañeros (...); por su carácter alegre y jovial se hacía siempre necesario en las fiestas y travesuras del Seminario, y según el testimonio de sus maestros y compañeros, poseía la piedad sólida y viril. En el Seminario, no digo que era una notabilidad, pero siempre fue aprovechado. Sobresalió por su disciplina.

Ingresó al Seminario de Guadalajara en 1920 para continuar y concluir sus estudios, y en dos años que pasara en el bendito Seminario Conciliar, solamente buscaba él prepararse más y mejor para llegar a la meta del ideal de toda su vida, queriendo especializarse en la Pedagogía Catequística y el Sindicalismo Cristiano.

Recibió las órdenes menores en febrero de 1920; el subdiaconado el 7 de agosto de 1921; el diaconado el 3 de septiembre de 1922; el presbiterado el 23 de diciembre de 1922 en la Catedral de Guadalajara, por ministerio del Excmo. Sr. Arzobispo D. Francisco Orozco y Jiménez. Cantó su primera Misa el 5 de enero de 1922 en su tierra natal.

Su primer destino fue Sayula, Jal. donde se destacó principalmente en la catequesis de niños. Organizó una primera Comunión de 200 niños, que fue todo un acontecimiento para aquella comunidad un tanto fría e indiferente. Después de un año de estancia en Sayula, fue destinado a Tuxpan, Jal. Posteriormente fue destinado a **Yahualica, Jal.** donde siguió trabajando con entusiasmo en la catequesis de niños y obreros. Aquí sufrió duras y amargas pruebas, ya que se le ordenó recluírse en su casa y se le prohibió rezar públicamente el rosario y celebrar la santa Misa.

El siguiente lugar en que ejerció su ministerio fue Cuquío, Jal, como vicario cooperador. Aquí encontró una tierra hospitalaria y un párroco con entrañas paternas que lo supo comprender y le dio campo abierto para su celo apostólico. Floreció la catequesis en el pueblo y en los ranchos, se multiplicaron los centros catequísticos. El P. Toribio vibró con su

entusiasmo apostólico: Fue una apoteosis la fiesta de Cristo Rey, (...) en número de más de quince mil asistieron a la Misa en la que estuvo expuesto el Santísimo y delante de El, se hizo el juramento de defender la fe, aún a costa de la propia vida; y la montaña se estremeció con los gritos de ¡Viva Cristo Rey!.

Cuando recrudeció la persecución religiosa, el Padre Toribio, al igual que su Párroco (S. de D. Justino Orona) y su compañero vivió una vida por demás azarosa, siempre a salto de mata y esperando de un momento a otro la muerte (...) pero jamás una palabra de impaciencia, siempre alegre y procurando cada día mayor intensidad de espíritu sobrenatural y constante oración por la Iglesia. Por disposiciones superiores tuvo que pasar a la parroquia de Tequila, Jal. Los esfuerzos que hizo su párroco en el sentido de retenerlo, fueron inútiles.

En Tequila, estableció su residencia en una fábrica de tequila que estaba inactiva. Por cortesía de la familia Aguirre se le asignó un cuarto como dormitorio y otro como oratorio improvisado. En este lugar fundó centros de catecismo, allí y en todos los ranchos cercanos, (...) en la fábrica se juntaban los vecinos para la santa Misa y el rosario, aunque eran pocos los que comulgaban. (...) Por las noches entraba a la población de Tequila, para auxiliar a los enfermos, y algunas veces celebró la santa Misa en algunos domicilios de familias muy cristianas. A la barranca del Agua Caliente acudían a bautizar gente de Tequila, Amatitán, Jal., Arena, Jal., Magdalena, Jal. y hasta de Hostotipaquillo, Jal. y también a casarse y a pedir auxilios para los enfermos de todos esos lugares.

El P. Toribio manifestó siempre su espíritu de fe, su confianza en la misericordia de Dios, su esperanza cierta de alcanzar el cielo. (...) Su esperanza se fundaba, sobre todo, en la misericordia de Dios y en la intercesión de la Santísima Virgen. (...) Amó tanto a Dios como al prójimo, (...) estaba dispuesto a morir por amor a Dios, aunque pedía su gracia y fortaleza porque sentía miedo. Se compadecía del prójimo en sus tribulaciones y les ayudaba aún a costa de sus cosas propias y necesarias. Afrontaba todos los problemas inherentes a su ministerio con entereza cristiana; sufría pero callaba y no se arredraba. Tenía discernimiento para juzgar y solucionar situaciones apuradas (...) todo esto en grado e intensidad no común.

Siempre brillaron en él las virtudes: obediencia, disciplina (...) muy austero, recogido y mortificado. Su modestia llamaba la atención. Sumamente humilde y despegado de las cosas del mundo. Tenía la fortaleza, pues se sobreponía, incluso a un cierto temor, cuando se trataba de la gloria de Dios».

Hombre de oración, cumplía ejemplarmente sus actos piadosos: examen de conciencia, meditación, ejercicios espirituales, visitas al Santísimo Sacramento. Siempre obediente con sus superiores, hasta el sacrificio de sí mismo. Sufrió mucho por la obediencia a sus superiores, pero siempre lo hizo por gusto y espíritu sobrenatural.

En su ministerio sacerdotal, en momentos de abierta persecución, quedó de manifiesto su profundo amor y reverencia a la Iglesia, su fe profunda y gran amor a la Eucaristía, manifestado en el deseo constante de celebrar la santa Misa, su vida de constante oración y acción de gracias por todo, incluidas las dificultades, malos tratos y sufrimientos. Su celo pastoral mostrado en la acción. Quede también patente la constancia de su amor por su ministerio: su constante cuidado por las cosas de Dios, el continuo sobresalto en que vivió huyendo de un sitio a otro. Por él conocemos la versión directa que dio de las diversas actitudes que tomó la gente para los sacerdotes perseguidos, la descripción de los abusos, atropellos y violencia cometidos por el ejército en contra de los civiles.

Se compadeció de las penalidades sufridas por los cristeros, sin aprobar su conducta, haciéndose eco de lo establecido por el Episcopado Mexicano. El ejercicio de su ministerio nos dio a conocer su temperamento fuerte, pero siempre controlado y superado por la caridad.

Sentía un gran compromiso por sus votos, así lo expresó el día que recibió el subdiaconado: A Ti, Corazón Divino de Jesús, (...) a ti, Virgen María de Guadalupe, a quien desde niño he proclamado mi adorada Madre y mi dulce y legítima y única soberana Emperatriz, a ti, Esposo de la Reina de las Vírgenes (...) oh castísimo Señor San José, guardián de la virginidad, a ti consagro de hoy y para siempre el voto de mi perpetua castidad.

El jueves 23 de febrero de 1928, el P. Toribio se notó muy preocupado; poco habló con los vecinos y pasó el día en su cuarto y en el oratorio. El siguiente día, 24, después de la santa Misa y del almuerzo, le dijo a su hermana María: Si vienen a buscarme, díles

que estoy muy ocupado, sólo que se trate de algún enfermo me hablas; quiero poner todo, al corriente. (...) Así pasó casi todo el día y toda la noche. Su hermana María le dijo: Acuéstate un rato, mañana acabarás. A lo que el P. Toribio contestó: Mañana... no dejes para mañana lo que tienes que hacer hoy; ya casi estoy acabando. Más tarde dijo a su hermana María: Ahora sí, ya acabé. Arréglame el altar para celebrar el sacrificio de la santa Misa.

El sábado 25 de febrero, poco después de las cuatro de la mañana, entró el P. Toribio al oratorio, pero al sentir sus ojos cargados de sueño, dijo a su hermana María: Creo no poder celebrar, me domina el sueño; voy a dormir un minuto. Vuelto al cuarto se quitó la sotana y así vestido se tiró sobre la cama. Su hermana María, también se sentó en la cama, y recargada en la pared, se quedaron dormidos.

A las cinco de la mañana, una tropa de federales y agraristas llegó a la fábrica llevando consigo al Sr. Crecencio Landeros, con quien el P. Toribio había enviado su correspondencia y a quien habían detenido y amenazando con ahorcarlo. Los soldados rodearon la fábrica con el mayor sigilo y obligaron al Sr. Crecencio a que tocara la puerta y le pidiera al Sr. León Aguirre (dueño de la fábrica) que le abriera. Pero al abrir la puerta, se avalanzaron al Sr. Aguirre, (dueño de la fábrica) seis o más soldados apuntándole y dando orden de no moverse; quieren tirarle (dispararle) mas dicen algunos: Ese no es. Siguen hacia adentro otros. (...) Así llegaron a la pieza donde dormía el S. de D. y abrieron la puerta (...) un agrarista (Pedro Mariscal) quitándole el brazo que le ocultaba la cara, gritó: ¡Este es el cura, mátenlo!. En aquel momento despierta sorprendido el P. Toribio, y sentado en la cama, dice: Si soy, pero no me maten... Suena una descarga y repercuten los gritos ¡Muera el cura!. El P. Toribio, con pasos vacilantes camina, cuando una segunda descarga lo hace caer en los brazos de su hermana, que con voz fuerte dice: Valor, Padre Toribio... ¡Jesús misericordioso recíbelo!... ¡Viva Cristo Rey!.

Ese día, 25 de febrero de 1928, se convirtió en un día de luto para toda la parroquia de Tequila, en especial para el rancho de Agua Caliente. Lo mató Lauro Sandoval, que era de la comunidad agraria. Pedro Mariscal fue quien entregó al S. de D., los soldados habían sido traídos de la Quemada, Jal., a quien se unieron los agraristas. Se cree que el autor intelectual del asesinato fue el Presidente municipal

de Tequila, (...) Malaquías Cuervo, hombre malo y criminal, de quien se contaban muchas crueldades.

Los vecinos del rancho Agua Caliente improvisaron con palos y ramas una camilla y así condujeron el cuerpo a Tequila. La fúnebre comitiva se organizó: el cadáver iba a la mitad de la tropa de federales y agraristas que cantaban canciones vulgares y silbaban. El cadáver iba manando sangre. Detrás del cadáver iba su hermana María, rezando el santo rosario. Al llegar a Tequila, junto a la Presidencia, en la plaza, tiraron el cadáver. A María, descalza y a pie, la llevaron hasta la Quemada, Jal., donde tenía los callistas su cuartel.

Algunos católicos, valiéndose de la influencia de la Sra. Virginia Plascencia, se acercaron a las autoridades para pedir el cadáver y velarlo. Luis Plascencia, hermano de la Sra. Virginia, se dirigió al General Beltrán y después de un diálogo más o menos violento le concedió que el Presidente Municipal le entregara el cuerpo, que yacía tirado a media calle, frente a la Presidencia, vestido con pantalón de mezclilla y una chamarra azul.

CURRICULUM VITAE

1900 Abril 16: Nace el Siervo de dios en Jalostotitlán, Jal. 1900 Abril 17: Es bautizado en el templo parroquial de Jalostotitlán, Jal. 1901 Agosto 28-31: Es confirmado en el mismo templo parroquial de Jalostotitlán, Jal. 1907 Fiesta de Pascua: Hace su primera Comunión. 1909 Hace sus primeros estudios en la escuela parroquial de Jalostotitlán, Jal. 1912 Octubre 15: Ingresa al Seminario Auxiliar de San Juan de los Lagos, Jal. 1920 Ingresa al Seminario de Guadalajara, Jal. 1920 Febrero: Recibe las órdenes menores. 1921 Agosto 7: Recibe el subdiaconado. 1922 Septiembre 3: Es ordenado diácono. 1922 Septiembre 3: Es ordenado diácono. 1922 Diciembre 23: Es ordenado presbítero en la Catedral de Guadalajara, Jal. 1923 Ministerio en Sayula, Jal. 1924 Ministerio en Tuxpan, Jal. 1924 Ministerio en Yahualica, Jal. Ministerio en Cuquío, Jal. 1927 Septiembre 6: Ministerio en Tequila, Jal. 1928 Enero 6: Se reúne con sus hermanos Román y María, en la barranca de Agua Caliente. 1928 Febrero 23-24: Días dedicados a la oración y poner al corriente documentos parroquiales. 1928 Febrero 25: Es asesinado en la fábrica de tequila del Sr. León Aguirre, barranca de Agua Caliente. (Tequila, Jal.). 1928 Febrero 25: Su cuerpo es trasladado a Tequila,

Jal. y velado en casa de la Sra. Virginia Plascencia. 1928 Febrero 26: Es sepultado en Tequila, Jal. 1948 Febrero 25: Son trasladados los restos mortales a la capilla de Santa Ana de Guadalupe.

El Sr. Malaquías Cuervo, Presidente municipal, dio permiso de recoger el cadáver para velarlo. El Sr. Luis Plascencia pidió ayuda para recoger el cadáver, pero se negaban. Ocasionalmente encontró a los hermanos González, (cuatro) de Tecuinapa, Jal., y ellos aceptaron ayudar. Condujeron el cadáver a la casa de la Sra. Virginia Plascencia y depositaron el cuerpo en una de las camas. En la casa se organizó el paso de la gente para que pudieran velar el cadáver. Muchos tomaban algodones y los mojaban en la sangre del P. Toribio, que aún manaba de las heridas mortales. La sangre recogida en los algodones, que guardaban como reliquia, duró fresca y sin despedir ningún olor desagradable, hasta dos días después de sepultado. Todo el tiempo que estuvo expuesto el cadáver se acercaron a tocar en él rosarios y otros objetos piadosos.

Al día siguiente, 26 de febrero, fue sepultado. Todo el pueblo fue a acompañar el cadáver, llevándolo en hombros, dando a entender con esta protesta muda, pero pública, que no estaban de acuerdo con semejantes atentados.

En 1948 los restos mortales fueron trasladados a su rancho natal, Santa Ana de Guadalupe, Jalostotitlán, Jal., en la capilla que el mismo S. de D. construyera y en donde cantó su primera misa. Ahí espera la resurrección de los muertos.

En cuanto a la expresión que dijo cuando lo iban a matar: «Si soy, pero no me maten», son varias las explicaciones y todas coinciden en que no rehuía morir por su fe:

- Porque instintivamente se asustó cuando vio a los asesinos, no porque rehuía morir por su fe».
- «Su instinto humano le hizo exclamar «no me maten»: sentía miedo instintivo, pero se sobrepuso con su valor cristiano».
- «Fue sólo la reacción, de la naturaleza, la voz interior que se opone a la superior, pero no significa acto humano que rechace».
- «El hecho de decir «yo soy», ya indica su voluntad de entrega total».
- «No significaba que él rechazara el martirio, sino un movimiento impulsado por mero instinto de conservación».

- «Fue un movimiento natural de quien está dormido, lo despiertan violentamente (...) despierta sorprendido».
- «Despierta sobresaltado».

FAMA DE MARTIRIO

La fama de martirio del Siervo de Dios comenzó desde el día de su muerte y ha crecido cada vez más y más.

El Sr. Pbro. J. Guadalupe Hernández párroco de Tequila, Jal., escribe en el periódico «La Luz del Hogar» el 19 de febrero de 1978: «En la madrugada de ese sábado primero de cuaresma, el Señor aceptó su generoso ofrecimiento: Los soldados del Faraón Mexicano le desgarraron su cuerpo con balas de máuser, y la tierra del poblado de Agua Caliente bebió su sangre. A los 50 Años de muerto, Tequila, (Jal.) lo recuerda con afecto y devoción. Maurita Velázquez todavía siente en las manos el rojo vivo de la sangre que cayó en sus dedos al amortajarlo. Nosotros, tan distantes de aquel tiempo, decimos en nuestro interior: El Padre Toribio está vivo y se halla entre nosotros, (...) dentro de mí crece una grande admiración al Joven sacerdote mártir. ¡Padre Toribio, Tequila, (Jal) te venera como un Siervo de Dios y te invoca con afecto, recuerdo y devoción.

No es este el único testimonio, podemos afirmar que esta fama de martirio es común a todos los que lo conocieron. Seleccionamos algunos testimonios: Todos se agruparon en torno a su cadáver, deseando tocarlo con objetos de devoción. Esta opinión se ha confirmado y consolidado con el pasar del tiempo. Las gentes del lugar lo consideraron como verdadero mártir; y todos deseaban tocar su cadáver con las manos o con objetos piadosos. Toda la gente (...) se empeñaba en recoger su sangre, mojando algodones con ella. Esta opinión ha perseverado constante en la región.

La convicción de la gente es que su muerte fue un verdadero martirio: La gente opinó de la muerte del Siervo de Dios como un verdadero martirio. Hasta hoy es el criterio que impera entre los fieles. Los fieles de la región lo consideraron y aún lo consideran verdadero mártir de Cristo: lo mismo las gentes del rancho donde nació y de otras partes donde ejerció su ministerio. Desde el día de su sepelio se pensó en él como en un mártir (...) el mártir que aquí en la tierra siempre predicó la paz, estaría arrodillado ante el Dios de la Paz, pidiéndole, por aquella

sangre derramada por su amor, no permitiera que ella fuera motivo de mayores trastornos.

Los fieles visitan con frecuencia su sepulcro y se encomiendan a su intercesión: Desde entonces, (día de su sepelio) los fieles visitan a menudo su sepulcro y encomiendan sus necesidades al sacerdote mártir.

El día de hoy esta fama ha crecido aún más, especialmente por las investigaciones hechas durante estos últimos seis años sobre los mártires mexicanos.

BEATO 16:

LUISBATISORTEGA

1.- VIDA

El Siervo de Dios José Luis Amado Batis nació en San Miguel del Mezquital (hoy Miguel Auza, Zac.) el 13 de septiembre de 1870, y fue bautizado el 16 del mismo mes. Sus padres fueron el Sr. Wenceslado Batis y la Sra. Ma. de Jesús S. Ortega.



Ingresó al Seminario de Durango a la edad de 12 años. Fue sostenido por su hermano Jesús Batis, que también fue sacerdote. En el Seminario sobresalió en la piedad, y fue ordenado presbítero el día 1º de enero de 1894 en Durango, Dgo.

Su primer destino fue como párroco de San Juan de Guadalupe, Dgo. donde con entrega total atendió a sus feligreses que lo llegaron a estimar mucho. Luego, el 7 de octubre de 1902, se le encomendó el cuidado pastoral de la parroquia de San Diego de Alcalá, Canatlán, Dgo. en donde permaneció hasta fines del mes de febrero de 1922, fecha en que se le trasladó a Durango, Dgo. para hacerse cargo de la dirección espiritual de los alumnos del Seminario diocesano. En esta ciudad atendía también como capellán, el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe; también estuvo encargado de la parroquia de Santa Ana. Su último destino fue la parroquia de Chalchihuites, Zac., (Arquidiócesis de Durango) a donde llegó el 1º de agosto de 1925 y en donde permaneció hasta su muerte.

El Sr. Cura era un hombre de Dios, muy buen sacerdote, vivía y vestía muy pobre. Su casa era sencillísima. No tenía propiedades allí. Se distin-

guió por su piedad. Celebraba la Santa Misa con mucho fervor y edificaba a sus feligreses que lo veían hacer oración.

Su vida sacerdotal se caracterizó por una devoción profunda a la Sagrada Eucaristía y amor entrañable a la Santísima Virgen. María Petra Olivas dice: Durante el día yo lo veía ante el Sagrario. Eso me consta. Tenía un silloncito de bejuco con respaldo y ahí pasaba él buen tiempo. Si, varias horas. Se notaba su amor a la Sma. Virgen. Su advocación preferida era la Inmaculada. El mes de María lo hacía muy bonito, cantábamos los misterios dedicados a la Sma. Virgen y se lucía él con la música. Hablaba de la vida de la Virgen María con mucho fervor.

Nicolasa Villa Muñoz, recuerda: Todos los días al levantarse, se recogía en su cuarto para hacer oración. Se levantaba temprano y rezaba mientras se llamaba a la Santa Misa. Durante el día atendía a las personas en su despacho, confesaba enfermos y realizaba los trabajos que se ofrecían. Rezaba diariamente el Rosario en el Templo (...) Cuando acababa de merendar, se sentaba en un sillón y se ponía a rezar su Rosario, y cuando terminaba, con mucha frecuencia nos leía capítulos de la Sagrada Escritura, de libros de piedad. El tenía un altar en su recámara (por la persecución religiosa) para rezar ahí.

Amaba a Dios y a la Sma. Virgen, pues siempre que hablaba de ellos lo hacía con amor y grande entusiasmo. (...) Demostraba su amor a la Sma. Virgen, pues celebraba con toda solemnidad el mes de María el día 8 y el 12 de diciembre. Tenía una gran devoción al Smo. Sacramento. Tenía una gran fe, una gran caridad, una fe profunda y grande amor a Jesús Eucaristía. (...) Para mí era muy buen Sr. Cura, yo lo quería mucho y lo admiraba, aunque era niño, yo lo admiraba por el cuidado que tenía a las cosas que miraban al Smo. Sacramento. Su aspecto era de una persona muy seria, pero su trato era amable, fino, cariñoso, jovial y caritativo con todos, especialmente con los pobres, siempre estaba al servicio de sus feligreses.

Trataba a los feligreses muy bien, con mucho cariño. Tenía preferencia por los pobres, sobre todo con nosotros. Siempre hemos sido tan pobres, nos ayudó mucho. Nunca rehusaba atender a nadie, y a la hora en que uno lo necesitaba, lo encontraba en su despacho. Nunca teníamos problemas para ser atendidos. El era muy amable y atendía inmediatamente

a los enfermos, cuando lo solicitaban. Tenía caridad con los pobres.

Trató bien a todos, incluso a esas personas que se dice que lo habían acusado. Yo nunca supe que dijera nada contra ellos. Era alegre y muy cariñoso, nunca trató mal a nadie, yo nunca lo vi disgustado y todo el pueblo lo quería bien (...). A las mujeres las atendía a todas por igual, con respeto. Nunca se escuchó ningún comentario o crítica del Sr. Cura con respecto a su trato con las mujeres.

El Sr. Cura atendía a sus feligreses en el confesionario. Era buen confesor y tan es así, que había comuniones, pero bastantes comuniones, eso indica que atendía el confesionario, se sentaba y confesaba. Se pasaba horas y horas confesando.

Era apreciado por su predicación y por su franqueza. Cuando estuvo en Chalchihuites, Zac. se incrementó la vida cristiana, pues era buen predicador y muy celoso de su ministerio, la gente lo escuchaba con gusto y atención. Era muy calmado para predicar, pero con mucho amor a Dios. Con su predicación hacía mucho bien. Con su ministerio aumentó la piedad del pueblo. Se manifestaba en la asistencia de las personas a las fiestas de la Iglesia, que él celebraba con mucho entusiasmo y solemnidad. Siempre nos recomendaba nuestro buen comportamiento ante Dios y ante los semejantes, en fin, predicaba siempre la caridad. Al menos yo nunca escuché un comentario negativo acerca de su predicación. A veces nos llamaba la atención con cierta energía, pero no fue injusto con nadie, no me acuerdo.

Quería mucho a los niños y se interesó por el catecismo y los grupos de jóvenes. Tenía preocupación por el catecismo: constantemente estaba exigiendo a los padres de familia que enviaran a los niños.

Yo lo considero un pastor auténtico, y un pastor que miraba al futuro porque él se dedicó a la educación cristiana de la niñez y la juventud. Aquí en el pueblo (Chalchihuites, Zac.) fundó una escuelita para los niños y se llamó «Escuela Apostólica».

Desde que comenzó la persecución recomendó a las catequistas que expresaran su fe sin miedo, ostentando su distintivo; él mismo, pudiendo haberse escondido para que no lo apresaran, no lo hizo. Andaba en público. Con ésto daba testimonio de su fe. Hablaba a sus feligreses de la grandeza del martirio y en la festividad de algún mártir decía: Otro mártir, felices aquellos que dan su vida por

Dios. (...) Ojalá, hija, ojalá, pídale a Dios que yo sea de los mártires de la Iglesia, de los mártires de la Religión, porque miren, muchos son los llamados y poco los escogidos, ojalá yo sea uno de los escogidos.

El Sr. Cura fundó en Chalchihuites, Zac. la rama juvenil de la Acción Católica Mexicana a la que dieron su nombre muchos jóvenes entusiastas, entre ellos los Siervos de Dios Manuel Morales, Salvador Lara y David Roldán. En cierta ocasión en que les hablaba de las difíciles circunstancias por las que pasaba la Iglesia en México, les preguntó si estaban dispuestos a dar su vida por la fe, a lo cual los tres Siervos de Dios, lo mismo que otro joven, levantaron la mano en signo afirmativo; Tú no, le dijo el P. Batis a Manuel Morales, porque estás casado y tienes hijos. Padre, le contestó Manuel, Dios es Padre y velara por ellos.

El Sr. Cura juntamente con los jóvenes de la Acción Católica, siguiendo lo indicado por la Liga Nacional de la Defensa Religiosa, organizó un encuentro que tuvo lugar en la Plaza de Toros de Chalchihuites, Zac. el 29 de julio de 1926. Esta noticia, alterada por las falsas acusaciones de Refugio García y de Donaciano Pérez, llegó a oídos del General Eulogio Ortiz quien decidió dar un escarmiento al Sr. Cura y a los acejotemeros. El día 14 de agosto de 1926, hacia las 9 de la mañana, procurando hacer el menor ruido posible, llegaron a Chalchihuites, Zac. unos soldados en dos automóviles. Venían al mando del Teniente Blas Maldonado Ontiveros y se detuvieron en la esquina que forma la calle 5 de Febrero y los Portales. Preguntaron por el Sr. Cura y amenazaban a quienes no daban señas de su domicilio. El Sr. Cura se dio cuenta de la presencia de los soldados al pasar por el jardín esa noche ya que oyó que preguntaban por él, y se fue luego a su casa.

Entre tanto, los soldados, guiados por los datos recibidos en las denuncias, buscaron al Sr. Cura en la casa donde iba a celebrar la Santa Misa, frente a la Plaza de Armas. Al no encontrarlo en ese lugar, acompañados por Refugio García y el Presidente municipal Donaciano Pérez, se dirigieron a la casa donde vivía. Los soldados al llegar abrieron la puerta a golpes, entraron cuatro soldados y los demás se quedaron afuera. Los que entraron se fueron hasta la recámara del Sr. Cura. El tenía su luz encendida, y luego que los vio se quiso parar, pero de un aventón lo sentaron y con insolencias le dijeron: ¡qué valiente eres, qué sereno estás, a ver si

así conservas la calma y serenidad!. Le dijeron: Venimos por tí, tú estás atropellando las leyes del General Calles. Has estado diciendo Misa, bautizando y casando ocultamente. Se lo llevaron a empujones e insultándolo y lo metieron en una oficina de la Presidencia municipal, cerraron con llave y se quedaron dos soldados haciendo guardia. Permaneció preso toda la noche hasta las 12 horas del día siguiente, domingo 15 de agosto.

BEATO 17:

MANUEL MORALES

1.- VIDA.

El Siervo de Dios Manuel Morales nació el día 8 de febrero de 1898 en Mesillas, Zac. Fue bautizado el 19 de febrero del mismo año en la Parroquia de San Juan Bautista, Sombrerete, Zac., con el nombre de J. Manuel. Hijo natural de la Sra. Matiana Morales. Sus abuelos llevaron al niño, desde muy pequeño, a vivir con ellos a Chalchihuites, Zac.



Inició sus estudios de primaria en San Andrés de Teúl, Zac. e ingresó al Seminario de Durango en donde estudió cuatro años, pero tuvo que dejar el plantel para dedicarse a trabajar y atender las necesidades de sus abuelos, que eran de clase pobre. Trabajó como dependiente en la tienda del Sr. Jesús Hidalgo.

Era amable y atento, muy estimado por todos en el pueblo. La gente tenía muy buena opinión de él, respetuoso con todos, sociable y comunicativo. Muy buen católico, de muy buenas costumbres. Se le veía asistir con frecuencia a la Santa Misa y comulgar piadosamente. Era ordenado en todo, muy responsable. No era tomador. Contrajo matrimonio con la Srta. Consuelo Loera el 1º de septiembre de 1921 y tuvo tres hijos. Era ejemplar esposo y padre, se le veía siempre con su esposa. Era muy respetuoso con ella. Fue Presidente del Taller de los Obreros Católicos, Secretario del Círculo de Obreros Católicos «León XIII», miembro de la Acción Católica de la Juventud Mexicana y Presidente de la Liga Nacional de Defensa Religiosa, fundada en Chalchihuites, Zac., en junio de 1925.

El 29 de julio de 1926 organizó, juntamente con el Sr. Cura Batis, un encuentro que tuvo lugar en la plaza de toros de Chalchihuites, Zac. con el fin de invitar a pertenecer a la Liga Nacional de la Defensa Religiosa en favor de los derechos de la Iglesia. Fue un laico comprometido que colaboró estrechamente con el Sr. Cura Luis Batis en el trabajo pastoral de la parroquia por lo que el Sr. Cura lo apreciaba y lo consideraba como su brazo derecho.

El 15 de agosto de 1926, como a las 6 de la mañana se disponía Manuel a asistir a Misa llevando a su pequeño hijo Manuel, y dijo a su esposa que ella se fuera después con su otro hijo Carlos, para no entrar juntos a la casa donde iba a ser la Misa. Del jardín se regresó y dijo a su esposa que ya no fuera, que había soldados y tenían preso al Sr. Cura Batis, que iba a ver que hacían. Estaba Manuel Morales acompañado de David Roldán y Salvador Lara y otros en casa de la Sra. Herminia Pérez en donde se tenían las juntas de la A.C.J.M. cuando, cerca de las 9 de la mañana llegaron los soldados del 6° Regimiento enviados por el General Eulogio Ortiz, Jefe de Operaciones Militares en Zacatecas, distinguido por su saña contra los católicos, quienes, rifle en mano, dijeron: Manuel Morales; él dio un paso adelante y dijo: A sus órdenes, le dieron un aventón, lo cogieron y empezaron a golpearlo en la espalda y cuello con la culata de los rifles, lo llevaron por media calle a golpes. Otro soldado se llevó a los demás porque traían el distintivo de la A.C.J.M., y estaba prohibido traer toda insignia religiosa, les dieron un jalón por la solapa donde estaba el distintivo y se los llevaron a todos a la cárcel. Manuel no mostró miedo, antes al contrario, le dio gusto ya que era muy valiente y muy buen católico. No puso resistencia a la aprehensión.

El motivo de la aprehensión fue: por odio a la religión, porque ayudaban muy de cerca al Sr. Cura, porque pertenecían a la A.C.J.M. y a la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa y por la falsa acusación de que juntamente con el Sr. Cura, Salvador Lara y David Roldán estaba preparando un complot o rebelión contra el Gobierno del General Calles y que con ese fin habían hecho una reunión en la plaza de toros.

El Sr. Manuel Morales estuvo encerrado en la Presidencia municipal durante algunas horas junto con otros muchachos que también habían sido aprehendidos.

BEATO 18:

SALVADOR LARA PUENTE



1.- VIDA

El Siervo de Dios Salvador Lara nació en un lugar llamado Berlín, rancho de la Parroquia de Suchil, Dgo. el día 13 de agosto de 1905.

Fue bautizado en la Parroquia de la Inmaculada Concepción de Suchil, Dgo. el día 10 de septiembre de 1905 con el nombre de José Salvador. Sus padres fueron el Sr. Jesús Lara y la Sra. Soledad Puente. Sus familiares eran agricultores y ganaderos.

Desde muy pequeño vivió en Chalchihuites, Zac. donde hizo sus primeros estudios. Ingresó al Seminario de Durango pero tuvo que abandonarlo para dedicarse a trabajar y poder atender las necesidades de su familia. Trabajó como pagador en la mina «El Conjuero» junto con su primo David. Sus compañeros de trabajo lo estimaban mucho debido a que era amable con todos. Era muy responsable en todos los cargos que tenía, tanto en el grupo al que pertenecía como en la mina donde trabajaba. Sus jefes tenían un buen concepto de él. Era empleado de absoluta confianza. Tenía muy buenas costumbres. Era limpio y piadoso, muy inteligente, fogoso, valiente. Nunca tomaba bebidas embriagantes. Siempre fue obediente y respetuoso con su madre. Era un joven serio, formal, era de lo mejor del pueblo, muy alegre, tratable, jovial. Era muy agradable en su trato, muy risueño.

Asistía a Misa y comulgaba con frecuencia. Todos lo apreciaban. Era un joven muy cristiano. A sus 20 años era Salvador un muchacho simpático, lleno de vida y vigor físico, jovial, muy sociable y fácil para hacer amistades. Fue secretario de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa y Presidente de la Acción Católica de la Juventud Mexicana. Pertenecía también al grupo de los Obreros.

Fue tomado preso el 15 de agosto de 1926, cuando estaba con Manuel Morales, David Roldán y otros compañeros en casa de Herminia Pérez, lugar donde se tenían las juntas de la A.C.J.M.

Cerca de las 9 de la mañana llegaron los soldados del 6° Regimiento enviados por el General Eulogio

Ortiz, Jefe de Operaciones Militares en Zacatecas y que se distinguió por su saña contra los católicos. No puso resistencia a la aprehensión y fue llevado a la Presidencia municipal.

El motivo de la aprehensión fue: por odio a la fe, por ayudar muy de cerca al Sr. Cura Luis Batis, porque pertenecían a la A.C.J.M. y a la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, y por la falsa acusación de que juntamente con el Sr. Cura, Manuel Morales y David Roldán estaban preparando un complot o rebelión contra el Gobierno del General Calles y que con ese fin habían hecho una reunión en la plaza de toros. Estuvo encerrado en la Presidencia municipal durante algunas horas junto con otros muchachos que también habían sido aprehendidos.

BEATO 19:

DAVID ROLDAN LARA



1.- VIDA.

El Siervo de Dios David Roldán nació el 2 de marzo de 1902 en Chalchihuites, Zac. Fue bautizado el 29 de marzo del mismo año en la Parroquia de San Pedro, Chalchihuites, Zac. Sus padres fueron el Sr. Pedro Roldán y la Sra. Reynalda Lara. Fue confirmado por el Excmo. Sr. Zubiría y Manzanera.

Quedó huérfano de padre a la edad de un año y desde pequeño fue siempre dócil y obediente. Fue educado en colegio particular. Cursó la primaria en Chalchihuites, Zac. Después de los primeros años de estudio ingresó al Seminario, pero tuvo que salir para atender a las necesidades de su familia. Su madre procuró que recibiera una educación cristiana, evitándole toda compañía que pudiera perjudicarlo. Fue un hijo modelo en todos sentidos, la alegría de su casa, cariñoso y amable para todos los suyos, un padre para sus hermanos, que lo amaban entrañablemente.

A la edad de 17 años empezó a trabajar en la mina «El Conjuró», situada cerca de Chalchihuites, Zac., donde se hizo acreedor a la confianza de su patrón, Sr. Gustavo Windel, quien lo tuvo como secretario,

pagaba a los trabajadores y llevaba los libros de cuentas. Era estimado por compañeros de trabajo, conocidos y amigos en el pueblo. Su vida era intachable: no era vicioso, formal y serio; de muy buenas costumbres, de los mejores muchachos del pueblo. Comulgaba con frecuencia y era muy piadoso. Muy respetuoso y atento. Colaboraba estrechamente con el Sr. Cura Batis en la pastoral de la parroquia. Trataba con respeto a las muchachas. Se iba a casar con la hija del Sr. Windel. Fue Presidente de la A.C.J.M. y vicepresidente de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa.

Fue tomado preso el 15 de agosto de 1926, cuando estaba con Manuel Morales, Salvador Lara y otros compañeros en casa de Herminia Pérez, en donde se tenían las juntas de la A.C.J.M.

Cerca de las 9 de la mañana llegaron los soldados del 6º Regimiento enviados por el General Eulogio Ortiz, Jefe de Operaciones Militares en Zacatecas, Zac. No se opuso a la aprehensión y fue llevado a la Presidencia municipal.

El motivo de la aprehensión fue: por odio a la fe, por ayudar muy de cerca al Sr. Cura Luis Batis, porque pertenecían a la A.C.J.M. y a la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, y por la falsa acusación de que juntamente con el Sr. Cura, Manuel Morales y Salvador Lara estaba preparando un complot o rebelión contra el Gobierno del General Calles y que con ese fin habían hecho una reunión en la plaza de toros.

El Siervo de Dios estuvo encerrado en la Presidencia municipal durante algunas horas, junto con otros muchachos que también habían sido aprehendidos.

MARTIRIO DE LOS SIERVOS DE DIOS: LUIS BATIS (16), MANUEL MORALES (17), SALVADOR LARA (18) Y DAVID ROLDAN (19)

El 15 de agosto de 1926, a las 12.00 hrs. del día, sacaron a los cuatro Siervos de Dios de la oficina de Recaudación de la Presidencia Municipal, que fue su cárcel. El Sr. Cura tenía un aspecto tranquilo, sereno, no dejó de sonreír como siempre lo hacía, llevaba en el cuello una toalla. Los muchachos se veían serios, pero tranquilos. La gente estaba exaltada, se había juntado a ver lo que pasaba, y el teniente Blas Maldonado les dijo: Nada más los vamos a llevar a Zacatecas, para que sean juzgados por el General Eulogio Ortiz. Los soldados los

acomodaron en tres automóviles. En uno iba el Sr. Cura acompañado de Manuel Morales, en otro iban David Roldán y Salvador Lara y en el último iban los soldados.

A Pedro Quintanar, que estaba en Chalchihuites, Zac. le preguntaron que si no hacía nada por su Párroco y entonces fue cuando él y unos cuantos se fueron a querer rescatar al Sr. Cura.

El automóvil que conducía al Sr. Cura y a Manuel Morales llegó sin tropiezo alguno al lugar llamado «Puerto de Santa Teresa», ahí tuvo que esperar a que llegara el segundo automóvil que se había atascado en el arroyo llamado la «Cochina». Bajaron a los presos de los automóviles y se los llevaron alejándolos del camino unos metros. Quedaron juntos el Sr. Cura y Manuel Morales y en otro lugar, unos metros más lejos, David Roldán y Salvador Lara.

El Sr. Agustín García, único testigo del martirio de los Siervos de Dios afirmó que el 14 de agosto de 1926 se trasladó a Gualterio, Zac. con el objeto de recoger refacciones para su automóvil. Dado que el tren llegaría tarde, optó por quedarse en ese lugar. Al día siguiente, 15, emprendió el regreso a Chalchihuites, Zac. Todo el trayecto de su camino lo realizó completamente tranquilo, y ya cerca del Puerto de Santa Teresa le sorprendió el grito de un soldado que le marco el alto y le ordenó que bajara del caballo, entregara el arma y lo siguiera. Le sorprendió encontrar al Sr. Cura Luis Batis y a Manuel Morales frente al pelotón de soldados, listos para ser fusilados. El soldado que conducía al Sr. Agustín García fue quien dio la orden de ejecución. Al Sr. García le parecía imposible que fuera verdad lo que estaba viendo, todo aceptaba menos que estuviera allí el sacerdote. Se escuchó la orden: Preparen armas, apunten y fuego.

El Sr. Cura al recibir los disparos se fue en cuclillas dos o tres pasitos para atrás y cayó muerto. Los soldados le robaron sus pertenencias y le dieron el tiro de gracia en la frente. A Manuel Morales también le dieron el tiro de gracia. Ellos fueron los primeros en ser fusilados.

Los soldados se dirigieron al lugar donde estaba su jefe y entregaron al Teniente el arma que habían recogido al Sr. García. Este no supo lo que hablaron el Teniente y el soldado. El jefe ordenó: ¡Llévense los!, señalando a Salvador Lara, David Roldán y al Sr. García. Los Siervos de Dios estaban serenos.

Los llevaron por el camino de la Herradura que conduce a Gualterio, Zac. y casi a la misma distancia de los primeros ajusticiados les dijeron: Vayan escogiendo su lugarcito, hijos... (malas palabras), dijo uno de los soldados. Los Siervos de Dios escogieron obedientes el lugar. El Sr. García, por instinto de conservación, escogió donde no hubiera viznagas o piedras que pudieran lastimarme cuando cayera; en esos momentos gritó un soldado llamando a uno a la orilla, pero como David Roldán y el Sr. García estaban juntos, no supieron a cual de los dos se refería. El Sr. García caminó hacia donde estaba el soldado, y apenas iba como a unos 20 metros de distancia cuando oyó los disparos y cayeron para siempre sus compañeros: Salvador Lara y David Roldán.

El jefe profirió una sarta de insultos en contra de los curas: Son una bola de... (malas palabras). Sí, contestó el Sr. García, los curas son unos tales por cuales; mientras en su interior pedía perdón a Dios perdón, pues su vida estaba de por medio. Un soldado le ordenó subir al automóvil y emprendieron el viaje a Gualterio, Zac. en donde el Teniente pidió comunicación con el Jefe de Operaciones Militares de la Zona. El rindió el parte a su manera, y le dijeron al Sr. García, al día siguiente, que podía retirarse.

Al atardecer, cuando ya habían pasado dos o tres horas de la ejecución, los familiares y otras personas recogieron los cadáveres. Pasaron primero con los muchachos en un coche, iban atravesados. Y cuando trajeron al Sr. Cura, lo tendieron en la casa de Lola Pérez. Venía lleno de tierra y empapado de sangre, tenía tres balazos, uno en la clavícula izquierda, otro en el pecho, muy cerca del corazón y el que se llama tiro de gracia en la frente. Traía muy ensangrentada la toalla de manos que llevaba en el cuello. Personas piadosas lo vistieron con sus ornamentos sacerdotales: alba, ornamento morado; con las manos cruzadas, y en la frente tenía una oquedad horrible, donde le dieron el tiro de gracia. Quedó con la sonrisa que tenía él, tenía una expresión de paz.

El cadáver de Manuel Morales, estaba desfigurado. Conservaba una expresión de serenidad, se le veía normal, tranquilo, a pesar de la forma en que lo fusilaron. Su rostro y su cuerpo estaba muy golpeado. Manuel era muy blanco, de ojos azules, se le notaban muy bien los moretones.

El cadáver de Salvador Lara estaba desfigurado pero conservaba una expresión de paz y serenidad. Tenía el tiro de gracia en la sien.

El cadáver de David Roldán tenía desfigurado el rostro, pero se advertía una actitud de paz y serenidad, con el tiro de gracia en la frente.

Al día siguiente, 16 de Agosto, corrió la alarma de que los soldados, y el mismo General Eulogio Ortiz, regresarían para profanar los cadáveres. La gente del pueblo estaba atemorizada, llena de tristeza. Los Siervos de Dios fueron sepultados por la mañana en el cementerio Municipal. Fue mucha gente. Apenas se terminó de dar cristiana sepultura a los cadáveres, llegó el General Ortiz a Chalchihuites, Zac.

Años después exhumaron los restos del Sr. Cura Batis y de sus compañeros mártires y los trasladaron en unas urnas chicas al templo parroquial de Chalchihuites, Zac. Están colocados en el crucero izquierdo del Templo. Estuvo presente el Excmo. Sr. Arzobispo de Durango Dr. José María González y Valencia.

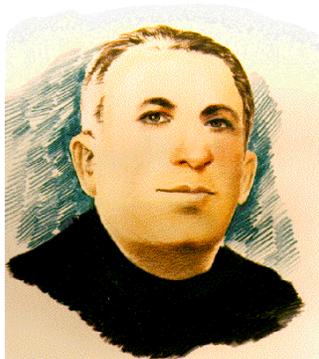
BEATO 20:

CURAMATEO CORREA MAGALLANES

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios Mateo Correa nació en Tepechitlán, Zac., el 23 de julio de 1866, y fue bautizado el mismo día de su nacimiento en el templo parroquial del lugar. Sus padres fueron el Sr. Rafael Correa y la Sra. María Concepción Magallanes. Fue confirmado el 6 de mayo de 1868 por el Excmo. Sr. Obispo Don Ignacio Mateo Guerra, primer Obispo de Zacatecas.

Desde pequeño fue muy obediente con sus padres. Iba a la iglesia y frecuentaba los sacramentos de la penitencia y eucaristía. A los 8 años de edad salió de Tepechitlán, Zac. y residió en Jerez, Zac. y en Jalpa Mineral, Zac. Inició sus estudios primarios en Jerez, Zac. en el año de 1874, al mismo tiempo era acólito. El Sr. Cura de esta parroquia hizo para él las veces de padre. De allí pasó a Guadalajara,



Jal., para estudiar en una escuela de primeras letras, a fin de perfeccionar su educación primaria. Allí permaneció un año y dos meses. Ingresó como alumno externo al Seminario de Zacatecas el 12 de enero de 1881, a los catorce años de edad. Lo apreciaban mucho los seminaristas. En el Seminario observó muy buena conducta, piadoso, estudioso, frecuentaba los sacramentos, diligente en el desempeño de los cargos que se le confiaron y siempre animado del espíritu eclesiástico.

Recibió la tonsura y órdenes menores el 28 de mayo de 1893; el subdiaconado el 6 de agosto de 1893; el diaconado el 13 del mismo mes; y el presbiterado el 20 de agosto de 1893 en la Sta. Iglesia Catedral. Cantó su primera Misa el primer viernes de septiembre de 1893, en Fresnillo, Zac.

Después de su ordenación sacerdotal pasó tres meses en Fresnillo, Zac. como vicario. Luego, sucesivamente ejerció su ministerio sacerdotal en: Hacienda del Mezquite (18 meses); Hacienda de Trujillo (10 meses); Hacienda de San Miguel (año y medio, 1897-1898); Valparaiso, Zac. (2 meses); Mazapil, Zac. y Concepción del Oro, Zac. (de 1898 a 1905); Colotlán, Jal. (de 1905 a 1914); León, Gto., a donde tuvo que retirarse por la revolución, (1914 hasta el 12 de enero de 1915); Curato de Noria de Angeles (3 años); Huejúcar, Jal. (de 1917 hasta 1920); Guadalupe, Zac. (de 1920 a 1922); Tlaltenango, Zac., (hasta 1923); Colotlán, Jal., como Vice-Recto del Seminario (de 1923 hasta 1926). El 1º de marzo de 1926 se presentó a recibir el Curato de Valparaiso, Zac. que fue su último destino antes de su muerte.

El Sr. Cura Mateo Correa fue un sacerdote edificante, abnegado, humilde, muy caritativo, amante de la pobreza y de trato con pobres. Era una persona prudente, sencilla, de corazón noble. Se distinguió por su prudencia. En su trato con las personas era paciente, amable, travieso con sus familiares. Nunca se le vio enojado. Responsable en el cumplimiento de su deber. Fue muy devoto del Smo. Sacramento. Se levantaba muy temprano para estar con el Smo. antes de celebrar la Misa. El Sr. Felipe Santa Ana Martínez dijo acerca de él: Un detalle tengo de cuando vivíamos en San Luis, Zac., como dormíamos en la misma pieza, una vez lo vi como a las dos o tres de la mañana rezando, y según sé ahora, así lo acostumbraba. Causaba impresión verlo celebrar la Misa por su modo edificante de celebrarla.

Fue muy estimado por los fieles, precisamente porque ejercía su ministerio con verdadero celo sacerdotal. Daba ejercicios espirituales de encierro, daba muy buenos consejos principalmente a los jóvenes. Era muy solícito en administrar los sacramentos. Promovió las vocaciones sacerdotales, llevaba jóvenes al Seminario, y era muy bueno con los estudiantes, sostenía a un seminarista en su casa. En su predicación exhortaba a los fieles a confiar en Dios. Era amante de los niños y de los pobres, para los que se daba todo. Movido por su celo pastoral soportó con alegría, paciencia y confianza en Dios las persecuciones; su carácter lo ayudaba a sobrellevar todo con calma; frente a las dificultades que se le presentaban no sólo era animoso, sino muy esforzado. En tiempo de persecución religiosa no se dio descanso en el ejercicio de su ministerio, lo practicó hasta el heroísmo; no temía el peligro por atender su parroquia, no quiso abandonarla, se quedó cerca de sus feligreses.

Cumplió con exactitud todo lo que se le encomendó, a pesar del peligro, puesto que cumplió con su deber hasta la muerte.

El Sr. Cura Mateo sufrió varias prisiones: El Sr. Vicente Rodarte Mena, nos habla de tres de ellas. Fueron tres ocasiones en que estuvo prisionero: La primera tuvo como compañero de prisión a Lucilo Caldera (no se precisa ni la fecha ni el motivo). La segunda vez el testigo Vicente Rodarte Mena fue compañero de prisión en marzo de 1926 por juntar firmas en contra de la leyes persecutorias de la Iglesia. Esta prisión duró siete días y el General Eulogio Ortiz que fue quién lo apresó, lo amenazó con quitarle la vida si volvía a Valparaiso, Zac. para ejercer el ministerio sacerdotal. No obstante la amenaza volvió a su parroquia sabiendo que esto podía costarle la vida. La tercera prisión fue el 30 de Enero de 1927, y estuvo con el Sr. José María Miranda. El General Eulogio Ortiz le quitó la vida el 6 de Febrero de 1927, porque confirmó que había ejercido el ministerio. Pero entre la segunda y tercera prisión narradas por el Sr. Rodarte hay otra prisión de la que hace mención el Sr. Felipe Santa Ana Martínez. Dado que el General Ortiz le había amenazado de muerte, salía por temporadas fuera de Valparaiso, Zac. En septiembre de 1926 lo encontraron unos soldados que lo aprehendieron y después lo dejaron libre.

El 30 de enero de 1927 llegó Eleuterio García a pedir al Sr. Cura los auxilios espirituales para su

madre que estaba enferma; el Sr. Cura se preparó para salir, se puso su saco largo, tomó el Santísimo, los Santos Oleos y su Breviario para ir al Rancho de las Mangas, lugar cercano a la Hacienda de Saucedá, Zac. donde estaba la enferma. En un carro de mulas lo acompañó el Sr. José Miranda. Iban de camino hacia Saucedá, Zac. cuando, al llegar a la Mesa de San Pablo, que es una planicie en la altura, vieron en el camino una polvareda. Eran las tropas del General Eulogio Ortiz que venían de Valparaiso, Zac. pues el General Ortiz había sido trasladado a Durango, Dgo. y estaban concentrándose hacia Fresnillo, Zac. para tomar el tren e irse. El Mayor José Contreras dirigía la tropa que constaba de unos ochenta soldados. El Sr. José Miranda dijo al Sr. Cura: Mejor vamos volviéndonos. Pero el Sr. Cura le respondió: No Señor, ¿Qué?, ¿Tiene miedo Ud.? Deme las riendas y seguimos adelante. Al pasar la columna de soldados junto a ellos, un agrarista de nombre Encarnación Salas, los reconoció y le dijo al Mayor que allí iba el Cura de Valparaiso Zac., «y el curro» de San José de Llanetes.

Entonces el Mayor José Contreras mandó a un soldado que detuviera al Sr. Cura; el soldado se volvió y le preguntó al Sr. Cura: ¿A dónde va a decir Misa el padrecito?. Yo no soy padrecito, dijo el Sr. Cura, soy el administrador de la Hacienda del Sr. José Miranda, pero el soldado sacó de la bolsa el Breviario y ya no tuvo más remedio. Por orden del Mayor José Contreras, le dijo, quedan detenidos y regrésense a la Hacienda de Llanetes a donde llegaremos enseguida. Ya en la Hacienda, el Sr. José Miranda dejó el carro de mulas y tomó su automóvil Ford para irse con el Padre hacia Fresnillo, Zac. Se subieron también en el automóvil otras personas de la familia, entre ellas Lupe Correa hermana del Padre. Total cinco personas, más dos soldados que los escoltaban. El Sr. Cura se despidió de todos y les dijo que no lloraran, que él iba contento. Llegaron a Fresnillo, Zac. y los pusieron con el común de presos que decían muchas malas palabras. El Sr. Cura agachaba la cabeza. Durante tres días estuvieron reclusos en las cárceles de Fresnillo, Zac. Desde allí el Sr. Cura escribió a sus hermanas: Hermanas, tiempo es ya de padecer por Cristo Jesús, que murió por nosotros.

El 1º de febrero, a las cinco de la tarde, fueron trasladados a la Estación, y sobre una plataforma de ferrocarril colocaron el automóvil y los prisioneros

fueron conducidos a Fresnillo, Zac. Dos oficiales iban en los asientos delanteros, el Sr. Cura y su fiel compañero de prisión fueron colocados en el interior del automóvil. A las once de la noche, salió, custodiado con verdadero lujo de fuerza, hacia Durango, Dgo. El día 2, a las 9 de la noche llegaron a Durango, Dgo. y permanecieron en la plataforma toda la noche hasta las 6 de la mañana del día 3, que fueron presentados como prisioneros en la Jefatura de Operaciones (Anteriormente Seminario de Durango). Permanecieron juntos en la cárcel hasta el día 5 a las 8:30 de la noche: rezaban el Sto. Rosario y el Sr. Cura alentaba a los presos que estaban tristes. Al Sr. Miranda le decía: No esté triste D. José, yo estoy como en mi casa. Ese día 5, después de rezar el Oficio Divino, llamó aparte al Sr. Miranda y le dijo: Hoy es día de San Felipe de Jesús, mártir mexicano, Dios nos asista, Don Pepe y se repitió esta expresión tres o cuatro veces en el día y se vio muy preocupado.

Después de la cena el General Ortiz mandó que llevaran al Sr. Cura a su presencia para decretar su muerte. Al despedirse del Sr. José Miranda, le pidió éste la bendición al Sr. Cura y se abrazaron previendo ser la despedida. El General le dijo: Cura, le dije a Ud. que no se volviera a presentar en Valparaiso, (Zac.) y no me hizo caso, ¿No lo recuerda?, se lo va a llevar a Ud... (malas palabras). El Sr. Cura le contestó: Haga de mí lo que guste, yo andaba cumpliendo con mi misión, pero le pido piedad y misericordia para mi compañero (el Sr. José Miranda), que tiene varios hijos. La respuesta del General fue: También a ese se lo va a llevar la... (malas palabras). El Sr. Cura contestó: Yo llegaré primero a la presencia de Dios y no le pasara nada a mi compañero. Todo esto lo oyeron unos soldados que lo contaron después. A las 4 de la mañana del día 6 de febrero fue sacado a pie de la zona militar hasta el lugar de su ejecución. Antonio Carrola Antuna, único testigo ocular nos narra lo que presencié: Se veía muy calmado y sereno. Mostró la paciencia cristiana en sus sufrimientos. (...) Fui testigo presencial de su muerte, porque era el chofer personal del Gral. Alberto Durán Velázquez, a quien comisionó la zona militar para que no escapara el reo y presenciara la ejecución. Fue fusilado sólo. (...) Al llegar a la puerta del panteón, ya fatigado, suplicó lo fusilaran ahí; se le contestó negativamente por tener que hacerlo donde les habían ordenado. Lo hicieron caminar por el llamado callejón del panteón hasta llegar al lugar rodeado de huizaches y mezquites donde se le ejecutó.

Después se supo que el General Ortiz quería ejecutar al Sr. Cura en la Plaza Principal, pero que lo habían disuadido. El cuerpo fue abandonado en el campo, y el 8 de Febrero lo encontró el Sr. José María Martínez, el cual dio parte de su fúnebre hallazgo a la Inspección de Policía de Durango, Dgo. Al dar parte a la Jefatura de Operaciones hubo este diálogo con el General Eulogio Ortiz: Señor, acabo de encontrar un cadáver. ¿Qué quiere con eso? Señor, me ordenan de la Inspección que venga a dar parte. Cómaselo. No estoy acostumbrado a comer carne humana; si vengo a avisar es porque me lo ordenan y es mi deber. Puede ya retirarse, diga que ya dio parte. El cadáver estaba tirado boca arriba, con la cabeza hacia el oriente, los pies al poniente, las manos extendidas formando cruz, el cuerpo enteramente derecho, vestía saco color oscuro y lo mismo el pantalón y un suéter color guinda y zapatos amarillos. La cara estaba comida por los animales, tenía un poco de pelo en la parte de atrás sobre la que descansaba en tierra, en la tierra se notaba un charco de sangre coagulada por el lado derecho. Se le notaban señales de un tiro que le pasó el cráneo horizontalmente más arriba de la sien; el cuerpo no estaba mutilado y toqué las manos muy blanditas, también el cuerpo estaba muy blandito y hasta les dije: Para que vean lo que es bueno, no está descompuesto este cuerpo. El cutis estaba enegrecido por el sol, no exhalaba mal olor de ninguna clase como era de esperarse por el tiempo que tenía ya de muerto.

Los funcionarios de la Inspección de Policía enterraron el cadáver luego de haber recibido la noticia de que se hallaba insepulto. El Sr. Martínez indicó el lugar en donde estuvo abandonado el cuerpo, señalado con una mancha grande de sangre coagulada, que recogieron con cuidado la Srta. Concepción Núñez y la Sra. Elena Saravia de Zubiría. Recogieron también un cartucho quemado de pistola reglamentaria, calibre 44, una como bolsa larga para guardar dinero hecha de manta blanca, una moneda de diez centavos, un fragmento de cuero cabelludo con pelo encarnecido.

Una hermana del Sr. Cura, acompañada de una familia de Durango, Dgo. fueron al lugar donde lo enterraron y pusieron una cruz que habían preparado de antemano. El 8 de mayo de 1928, los despojos del Párroco fueron exhumados y trasladados al cementerio municipal de Durango, Dgo. Estuvieron presentes en este acto más o menos 18 personas que se enteraron que eran los restos del Sr. Cura Mateo

Correa. La fosa que ocuparon estos venerables restos está señalada con la letra M. 314.

BEATO 21:

**PEDRO
MALDONADO
MINSOREZ**



1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios Pedro Maldonado nació el 15 de junio de 1892 en la ciudad de Chihuahua, Chih., hijo legítimo del Sr. Apolinar Maldonado Meléndez y de la Sra. Micaela Lucero Minjárez. Fueron sus hermanos: Sofía, Josefina, M. de la Luz, Florentina, Ramón, José, Ramón, Juan y Jesús. Fue bautizado el 29 de junio de 1892 en Chihuahua, Chih. con el nombre de Pedro Jesús. Recibió el sacramento de la confirmación el 3 de abril de 1898.

Desde muy niño aprendió las primeras nociones de catecismo e hizo la Primera Comuni3n con notable fervor. Así lo platicaban dos de sus hermanos, años después de la muerte del P. Pedro: Aprendió las primeras letras en la escuela de la Srta. Marianita Gómez Gutiérrez (...) a los nueve años ingresó a la escuela particular, anexa al Seminario, que dirigían los Padres Paúles, distinguiéndose siempre por su piedad y dedicación al estudio.

A la edad de 17 años sintió el llamado de Dios al sacerdocio y, aconsejado por sus maestros, que mucho apreciaban sus cualidades, ingresó al Seminario de Chihuahua, Chih., atendido entonces por los mismos Padres Paúles. Todos lo apreciaban por su bondad, alegría y amabilidad, declaró el P. Vicente Hurtado, su compañero de estudios de entonces. Algunos sacerdotes que fueron sus compañeros en el Seminario dieron testimonio de su vida ejemplar y de su dedicación al estudio. Sus compañeros lo apreciaban mucho y él a todos daba ejemplo de piedad, humildad, obediencia y bondad. Sus calificaciones en los años de latín, filosofía y teología son buenas y, en ocasiones, excelentes; lo mismo que su conducta, según lo informan las actas de exámenes de los años que van de 1909 a 1917.

En 1914 el Seminario tuvo que cerrar sus puertas a causa de la persecución villista, por lo que el

seminarista Pedro Maldonado dejó los estudios eclesiásticos y regresó a la casa paterna, donde continuó estudiando por las noches y cultivando la música y la poesía; además que, al igual que su familia, atendía a los heridos y moribundos de la revolución.

En una ocasión se encontró un compañero de seminario que le dijo que ese no era su camino, esto le ayudó a reflexionar y descubrir la voz del Señor por lo que regresó de nuevo al Seminario. De 1908 a 1910 estudió latín; de 1910 a 1913 filosofía; y de 1915 a 1917, teología.

Recibió la tonsura, órdenes menores y diaconado en 1917, en el Paso, Texas. USA; el presbiterado el 25 de enero de 1918, en la Catedral de San Patricio, El Paso. Texas, USA, por ministerio del Excmo. Sr. Obispo D. J. Jesús Shuller, S.J. Cantó su primera Misa en el templo de la Sagrada Familia, Chihuahua, Chih., el 11 de febrero de 1918, festividad de Nuestra Señora de Lourdes.

Desarrolló siempre un activo y fecundo ministerio en las parroquias de: San Nicolás de Carretas, Chih.; atendiendo al mismo tiempo la parroquia de San Lorenzo, Chih.; ese mismo año, 1918, se le encomendó la atención de la parroquia de San Francisco de Borja, Chih; el 17 de noviembre de 1922 fue trasladado a la parroquia de Santa Rosa de Lima, Cusihuiriachic, Chih., pueblo minero en el que desplegó mucho su trabajo por desterrar los vicios y malas costumbres; el 30 de septiembre de 1923 fue trasladado a la parroquia de Ciudad Jiménez, Chih., en donde permaneció hasta el 27 de diciembre, renunciando por motivos de salud. El 1º de enero de 1924 fue nombrado párroco de Santa Isabel, Chih., en donde permaneció hasta su muerte en 1937.

Las virtudes del P. Pedro quedaron patentes desde muy pequeño, sus familiares así lo atestiguaron: Desde pequeño se distinguió por su piedad, por su obediencia y la práctica de todas las virtudes. Su devoción al Santísimo Sacramento y a la Virgen María lo distinguieron toda su vida.

En los lugares donde desarrolló su ministerio se incrementaron sobre manera las asociaciones de la Adoración Nocturna y de la Adoración Perpetua al Santísimo Sacramento. Fundó la Adoración Nocturna en las cuatro parroquias que atendió. Siempre preocupado por la instrucción religiosa de sus fieles.

Fomentó el amor y devoción a la Santísima Virgen María en sus diversas advocaciones por medio de la asociación de Hijas de María y demás asociaciones

marianas. Era un sacerdote piadoso, (...) con gran devoción y amor a la Santísima Virgen María. Llevó siempre una vida de pobreza (...) simpático, muy digno, al tratarlo inspiraba su imagen un ejemplo de sacerdote al sólo verlo. Su aspecto revelaba siempre una profunda meditación interna de un verdadero sacerdote. Era apóstol incansable con tal de ganar a todos para Cristo y atraía a sus feligreses al Reino de Dios.

Dice el censor de los escritos: He descubierto en ellos a un hombre de Dios, a un hombre sencillo, pobre, humilde, con respeto y obediencia a la autoridad eclesiástica, (...) sacerdote preocupado y ocupado en la instrucción religiosa de sus fieles (...) que fomenta el amor a la Santísima Virgen y de una manera especial a Jesús Sacramentado.

En 1926 se desató la persecución religiosa, en toda la República Mexicana se suspendió el culto público, se cerraron templos, seminarios y escuelas, murieron varios sacerdotes y cristeros en la desigual lucha por la libertad religiosa. En el período persecutorio 1926-1929, el P. Maldonado permaneció en su parroquia ejerciendo su ministerio oculta-mente. La sensatez de las autoridades de Chihuahua impidió que se llegara a mayores violencias.

Los arreglos hechos entre el Episcopado Mexicano y el Presidente Portes Gil, en 1929, no impidieron que en 1931 estallara una nueva racha de persecución, más terrible todavía, en varios Estados de la República Mexicana, entre ellos Chihuahua, siendo gobernador el General Quevedo, persecución que arreció durante los años 1931-1932. El pretexto era hacer cumplir los preceptos persecutorios para quedar bien con el presidente Abelardo Rodríguez, que trataba de intensificar la enseñanza socialista en las escuelas. Se persiguió y desterró a los sacerdotes, se cerraron templos, se obligó a maestros a firmar declaraciones y adhesiones impías, se prohibieron manifestaciones de protesta. El P. Pedro se dedicó durante este período a cimentar la fe en sus feligreses, el amor y respeto al Santo Padre y a los legítimos pastores de la Iglesia, que fueron la base de sus actividades. A la vez trataba de librar a sus fieles de errores y vicios.

El 14 de marzo de 1932 se presentó en Santa Isabel, Chih., un hombre del Gobierno que se llevó preso al P. Pedro, rumbo a Chihuahua, Chih. No pudieron defenderlo quienes lo acompañaban por miedo a uno de los secuestradores que portaba una

ametralladora. El testigo que esto narró, Agustín Urbina, íntimo amigo del Padre, dijo: Me contaba el Padre que lo llevaron de noche por lugares fuera de la ciudad y lo bajaban del automóvil formándole cuadro como para fusilarlo. El le decía: a la hora que quieras dispara, ya estoy preparado. Después volvieron a Chihuahua (...) y partieron después para Ciudad Juárez. El iba rezando su rosario (...) en la madrugada llegaron al Puente Internacional, lo bajó del carro y le exigió pasar el puente sin pasaporte. Los jesuitas lo acogieron en su parroquia. Estuvo algunos días administrando los sacramentos en El Paso, Texas, USA, pero su corazón estaba muy lejos; sus pensamientos y todo su espíritu estaba en su antigua parroquia que él veía abandonada. Así que, su estancia en ese lugar lleno de atenciones, fue de sacrificios más grandes, y no pudiendo soportar más, reiteradamente pidió a su Prelado le permitiera volver a su parroquia porque le consumía el pensar que sus hijos se hallaban solos y sus ovejas sin pastor. Por fin, aunque tal vez con temor por la vida del Padre, le concedió el Sr. Obispo que regresara a Chihuahua, Chih.

En la cabecera parroquial de Santa Isabel, Chih. permaneció poco tiempo por aconsejarlo así la prudencia. De allí se dirigió al rancho El Pino, Chih., en donde permaneció un año, hasta que, en 1936, decidió quedarse en el poblado La Boquilla del Río, Chih., más cercano a Santa Isabel, Chih., donde una heroica familia cristiana convirtió su casa en oratorio, en la que casi públicamente celebraba los actos de culto.

La Semana Santa de 1936 la celebró con especial solemnidad. El Viernes Santo realizó los oficios divinos y, terminado el sermón del pésame, una persona lo llamó para que fuera a confesar unos enfermos en un lugar peligroso de la parroquia. Al regreso, él y sus acompañantes fueron sorprendidos a balazos que les llovían por todas partes.

El día 10 de febrero de 1937 las autoridades encontraron un pretexto para aprehender al P. Pedro: había amanecido un salón de la escuela quemado y dijeron que él había sido y, por ese motivo lo mandaban arrestar. Esto era totalmente falso ya que una de las profesoras de la citada escuela, en voz alta, dijo a los esbirros oficiales que el P. Pedro era inocente del cargo que se le hacía.

Ese día, 10 de febrero de 1937, Miércoles de Ceniza, el P. Pedro se dedicó a confesar e imponer ceniza. Como a las tres de la tarde se presentó en la

casa de Boquilla del Río, el Sr. Rafael Armendáriz, jefe de «La Acordada» de Santa Isabel con un grupo de personas para aprehenderlo. Las personas que allí estaban le avisaron y él quiso salir a hablar con ellos, pero todos se opusieron y le hicieron salir por una puerta opuesta para esconderse en un cuarto abandonado (pajar) que había en la huerta de la casa. Hasta allá lo siguieron los hombres armados y el Sr. Rafael Armendáriz, para tranquilizar a la gente, le prometió al Padre que mientras estuviera bajo su cuidado, nada le pasaría, ya que los aprehensores amenazaron con prender fuego al cuarto, (pajar) si no salía. El Padre dijo a los aprehensores que esperaran a que le trajeran el sombrero. Una persona fue luego a la capilla y junto con el sombrero trajo las Hostias consagradas en el relicario. Era lo que el Padre quería. Salió, tomó el relicario y el sombrero y, en medio de aquella chusma, se entregó a sus perseguidores. Obligaron al Padre a caminar por delante de los caballos, descalzo y, seguido por algunas personas, tomaron el camino a Santa Isabel. El Padre comenzó a rezar el rosario y todos contestaban, menos los esbirros, que en ocasiones trataban de echarle el caballo encima. Así recorrió casi tres kilómetros, hasta llegar a Santa Isabel, Chih.

Al llegar al arroyo que está a la entrada del pueblo, el Padre preguntó a su hermana Lucita por una persona que vivía por allí y le dijo que fuera con ella y le trajeran algo de comida. Chole, así se llamaba la persona, se adelantó y le preparó una tortilla con frijoles, alcanzándolo una cuadra antes de la plaza. Les ofreció a los guardias, quienes contestaron con groserías. Al llegar a la plaza le llevaron un vaso de leche.

Llegaron a la Presidencia municipal y el P. Pedro pasó la puerta de entrada. Los que estaban dentro, esperando, impidieron que entrara la gente que venía acompañándolo. Al entrar, el Presidente municipal, Jesús Salcido Pérez, lo tomó de los cabellos y le propino un golpe. Al llegar al segundo escalón de la escalera que va al piso superior, Andrés Rivera, cacique de los políticos de la región, lo recibió con un tremendo golpe en la frente, con la cache de la pistola, quebrándole el cráneo y saltándole el ojo izquierdo. El P. Pedro, jaloneado por sus adversarios cayó al suelo y saltó el relicario que se abrió y se regaron por el piso las 7 o 10 hostias consagradas que venían en él. El Sr. Jesús Salcido las recogió y se las dio al P. Pedro y le dijo: ¡Cómete eso!. Ese acto de la comunión no es sino lo que el P. Pedro le había pedido al

Señor en una Hora Santa que había celebrado tiempo atrás en la que había pedido al Señor que le concediera recibir en sus últimos momentos la Sagrada Comunión. De la divina Eucaristía sacó la fortaleza para sufrir y morir por Cristo.

El P. Pedro cayó por tierra y los esbirros siguieron golpeando al indefenso sacerdote a puntapiés y con las culatas de los rifles. Le arrastraron después por la escalera a la planta superior. Allí quedó tirado, inconsciente, en estado de coma, bañado en su sangre inocente. Los malhechores se dispersaron.

Por la noche unas mujeres consiguieron una camioneta para que las trajera a la ciudad de Chihuahua, Chih. para pedir al Gobernador del Estado que mandara la policía a Santa Isabel, Chih. para que recogieran el cuerpo del P. Pedro, todavía con vida. Los empleados que envió el Gobierno no quisieron trasladar al Padre Pedro sin antes levantar un acta haciendo constar las condiciones en que se encontraba y el estado de gravedad en que ellos lo recibían para que, si moría, ellos desligarse de cualquier responsabilidad. Fue trasladado a Chihuahua, Chih. y llevado al Hospital Central.

El Sr. Obispo D. Antonio Guizar Valencia, al saber lo ocurrido envió al P. Espino (después Obispo) y al P. Sixto Gutiérrez para que se enteraran del estado del Padre y para que vieran qué se podía hacer. Llegaron al cuarto donde se hallaba, dice el P. Gutiérrez: Lo encontré en un estado verdaderamente lastimoso e incognoscible a causa de las heridas y golpes que tenía, estaba inconsciente y casi agónico. Tenía el cráneo materialmente levantado, la cara golpeada, los dientes quebrados, las manos arañadas, una pierna quebrada. Esto era lo que a primera vista se veía. Al saber esto el Sr. Obispo inmediatamente se trasladó al Hospital y le dijo al Padre: ¿Me conoces, Pedro? y el Padre solamente le apretó la mano, dando a entender que aún lo conocía. Pocos momentos después, expiró, siendo las seis de la mañana del 11 de febrero de 1937, día de la Virgen de Lourdes y aniversario de su cantamisa. El Prelado le dio la absolución *in articulo mortis* y le aplicó la extremaunción. Enseguida dijo: Tenemos un nuevo mártir y ordenó a los religiosos recogieran con todo cuidado y respeto las sábanas y ropas que estuvieran manchadas con sangre del Padre.

El P. Espino, poco antes de que muriera el P. Pedro, separó de su mano derecha el relicario vacío que tenía aferrada sobre el pecho.

Por orden del Prelado, el cadáver fue llevado con gran respeto a la casa episcopal y ataviado con vestiduras sacerdotales. Comenzó el desfile de fieles de la ciudad de Chihuahua, Chih. y de los pueblos cercanos. Por la tarde se rezaron las honras fúnebres y el Sr. Obispo y los sacerdotes que pudieron asistir despidieron cristianamente el cuerpo. A las 6 de la tarde se inició la procesión fúnebre, más de triunfo que de duelo. El cadáver fue sepultado en el cementerio de Dolores, Chih., en el lote de la familia Enríquez.

BEATO 22:

JESUS MENDEZ MONTOYA

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios Jesús Méndez nació el 10 de junio de 1880, en Tarímbaro, Mich., hijo del Sr. Florentino Méndez y de la Sra. Ma. Cornelia Montoya. Fue bautizado el día 12 del mismo mes en el templo parroquial del lugar. Fue confirmado el 12 de septiembre de 1881 por ministerio del Excmo. Sr. José Ignacio Arciga, Arzobispo de Morelia, en el mismo templo parroquial de Tarímbaro, Mich.



El ambiente familiar en que fue formado era muy cristiano, sus padres muy piadosos y temerosos de Dios, de misa diaria y recitación del santo rosario. Hizo su primera Comunión en el templo parroquial.

Hizo sus estudios primarios en la escuela oficial del lugar, destacándose por su aprovechamiento, aplicación y buena conducta, como consta por los diplomas obtenidos.

Ingresó al Seminario de Morelia a la edad de 14 años. Pasaba sus vacaciones en su tierra natal ayudando a su hermana, Atilana, a impartir clases en la escuela parroquial. Sus estudios en el Seminario no fueron brillantes, sin embargo, se destacó en el canto gregoriano.

Recibió la tonsura y órdenes menores el 6 de abril de 1902; el subdiaconado el 30 de agosto de 1903; el diaconado el 23 de julio de 1905, y finalmente, el presbiterado el 3 de julio de 1906, con dispensa de intersticios. Cantó su primera Misa en

su tierra natal, en la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús de ese año.

Su primer destino fue Huetamo, Mich., como vicario cooperador. Posteriormente desarrolló su ministerio en Pedernales, Mich. y finalmente, desde 1903, en Valtierra, Gto., donde dio testimonio de su fe con el martirio.

Su vida fue verdaderamente ejemplar. En los lugares donde ejerció su ministerio siempre lo acompañó su familia: su mamá, tres hermanas y un hermano que servía como cantor y sacristán.

Su ministerio se caracterizó por un entrañable amor a la Sagrada Eucaristía manifestado en la gran devoción con que celebraba la Misa, en el recogimiento y acción de gracias, en las horas santas que promovía, y en su preocupación por inculcar este espíritu en los feligreses.

Promovió también una intensa devoción mariana por medio de la recitación diaria del rosario, la celebración del mes de mayo y de las fiestas marianas.

Se distinguió también por un celo infatigable para atender a los fieles en el sacramento de la reconciliación: Todos los días, después de la misa, confesaba, en especial los viernes primeros. Dedicaba todo ese día a atender este ministerio. No escatimaba los viajes a los ranchos para auxiliar a los enfermos, cosa que hacía de muy buena voluntad, aún sin contar con los medios de transporte necesarios. Pidió a sus feligreses que siempre que hubiera un enfermo se le avisara.

Se preocupó por la formación religiosa de sus feligreses: Explicaba y adoctrinaba a la gente los domingos y días festivos. No perdía ocasión para instruir a sus feligreses. Cada ocho días atendía personalmente el catecismo de niños, preparándolos a la primera Comunión. Formó un coro de niños para el servicio de la iglesia. La asistencia a los ejercicios cuaresmales era muy concurrida y organizada, produciendo abundantes frutos de vida cristiana.

Estableció y atendió varias asociaciones piadosas de las que se sirvió para fomentar la vida cristiana: Vela Perpetua del Santísimo Sacramento, San José, Hijas de María, Apostolado de la Oración. Tenían sus reuniones programadas y celebraban con toda solemnidad las festividades propias.

Se preocupó mucho por los pobres y él mismo vivió la pobreza, desprendiéndose de lo que tenía en favor de los más necesitados.

Fundó una Caja de ahorros para surtir una pequeña tienda y ayudar a los menesterosos.

En 1927 muchos sacerdotes, debido a la persecución religiosa se ocultaron. El Siervo de Dios siguió atendiendo su ministerio sacerdotal. La situación persecutoria en Michoacán estuvo en su apogeo a principios de 1928: templos cerrados, sacramentos celebrados ocultamente, ausencia de los sacerdotes en el culto público. El Siervo de Dios pedía a sus feligreses oraciones para que la situación persecutoria terminara pronto. Nunca tuvo ninguna intervención en el movimiento cristero.

El Siervo de Dios deseó el martirio: Cuando un hermano suyo le invitaba a huir al cerro para esconderse, respondió: No pasa nada, a quien le toque morir así, será una dicha. También llegó a decir a su cuñada: Qué dicha será ser mártir. Lo mismo afirman otros testigos: Ojalá nosotros muriéramos mártires dando la vida por Nuestro Señor.

En Valtierra, Gto. algunos quisieron sumarse a los cristeros y fijaron como fecha para el levantamiento el 5 de febrero de 1928, pero fueron delatados, y vinieron los soldados de Sarabia, Gto., poblado cercano a Valtierra, Gto., a sofocar el levantamiento.

Juan Martínez refiere ese día, 5 de febrero: «Iba yo con mi papá por un camino que va a Puerto Valle, Gto. (...) nos encontramos con una columna, encabezada por algunos de a caballo y muchos a pie gritando ¡Viva Cristo Rey!, con machetes, hoces, hachas, etc. Mi papá y yo nos devolvimos a Valtierra, Gto. (...) y vi a través de una pared de adobe que estaba agujereada que primero llegó una camioneta con unos cuantos soldados (federales) y a poco rato llegaron los de la caballería en gran número. Los cristeros, al ver a los del Gobierno, corrieron y se escondieron.

Mientras tanto el Siervo de Dios terminaba de celebrar la Misa en una dependencia de la notaría, dio la comunión a su hermana y a la Srta. Estéfana Contreras cuando se oyeron unos disparos, una criada entró corriendo a decirles que acababan de entrar los gobiernistas. Casi a jalones le quitaron los ornamentos y envuelto en una cobija tomó el copón y lo ocultó en los pliegues de la misma. Quiso escapar por la ventana de la notaría, que estaba casi al pie de la torre.

Unos soldados habían subido al campanario para ver la dirección que tomaban los cristeros que huían. Desde lo alto se dieron cuenta de que alguien abría la

ventana de la notaría para escapar y avisaron a los que estaban abajo, quienes hicieron salir al Siervo de Dios, y ya en la calle, su hermana Luisa y una sirvienta llamada Concepción Vázquez intentaron liberarlo. Los soldados, a culatazos, las retiraron. Creían que bajo la cobija ocultaba algún arma y le decían que la entregara, a lo cual él, con la vista baja respondió que no tenía arma. Un soldado le dio un jalón a la cobija, y al ver que efectivamente no estaba armado sino que sólo tenía en su pecho el copón, dijo: No queremos alhajas, dele esa alhaja a las viejas. Al oír esto, los demás soldados le preguntaron ¿Pero, es usted cura?. El contestó: Si, soy cura. Inmediatamente se le fueron encima para aprehenderlo. Uno de los soldados que estaba vigilando desde lo alto de la torre, cuando vio que lo hacían prisionero advirtió a los soldados que estaban abajo que no había orden que permitiera hacer algún mal al Padre; sin embargo, el Capitán Muñiz, no hizo caso a esta advertencia.

El Siervo de Dios consumió algunas hostias, y durante algunos momentos pareció mucitar una oración; en seguida entregó el copón a su hermana, recomendándole que lo cuidará, le dijo: Confórtate, es la voluntad de Dios. Y dirigiéndose a los soldados, dijo: Ahora, haced de mi lo que queráis. Estoy dispuesto. Seis u ocho soldados se llevaron por una pequeña calle sin nombre, (actualmente se llama calle Padre Méndez).

Lo condujeron hasta la pared de una casa y lo sentaron en un palo. El Capitán («un viejo prieto, grandote y barrigón») le quiso disparar con su pistola, pero esta no funcionó. Entonces ordenó a dos soldados que dieran muerte al Padre. Uno de ellos le disparó los tres balazos reglamentarios para el fusilamiento, pero ninguno hizo blanco, dijo entonces que ya había cumplido con su reglamento. El otro soldado tampoco hizo blanco en ninguno de los tres disparos prescritos: o no quiso, o no pudo.

Entonces el Capitán les reclamó por qué no habían tirado a matar; regresó, pues ya se iba alejando, puso de pie al Padre y caminó con él aproximadamente treinta metros; le quitó la sotana, tomó sus pertenencias: un crucifijo pequeño y unas medallitas y alejó, utilizando piedras, a todos los que estaban como espectadores.

Colocó al Padre recargándole en unos magueyes y le disparó con su pistola, dándole además el tiro de gracia. Los testigos presenciales aseguran que el Padre estaba sereno, serio y tranquilo.

Una mujer se acercó al cadáver y de rodillas, con un lienzo le enjugó la sangre (este lienzo se conserva). Posteriormente los fieles se repartieron trozos de esta reliquia. Ese mismo día, cerca de las tres de la tarde lo llevaron a sepultar. El cadáver tenía un balazo arriba de la ceja derecha y su camisa rayada chorreaba sangre.

Los soldados se llevaron el cuerpo a Sarabia, Gto. y mucha gente de Valtierra, Gto. y de ranchos vecinos acompañaron el cadáver.

Mientras era velado el cuerpo en Sarabia, Gto., los soldados decían a las mujeres algunas palabras que no se pueden escribir aquí. Los soldados pensaban sepultar el cadáver en los macheros de los caballos, pero el Sr. Elías Torres, que pasaba por allí todos los días y tenía un camioncito, les pidió el cuerpo para llevarlo a sepultar a Cortazar, Gto., donde fue sepultado. La gente no pudo acompañar allá el cadáver, ya que los soldados lo impidieron.

BEATO 23:

DAVID URIBE VELASCO

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El S. de D. David Uribe nació en Buenavista de Cuéllar, Gro., el 29 de diciembre de 1888, de familia pobre y humilde, pero muy cristiana. Sus padres fueron: Juan Uribe Ayala y Victoriana Velasco de Uribe. Fue bautizado el 6 de enero de 1889 en el templo parroquial de su pueblo natal, poniéndole por nombre David Baltazar. Fue confirmado a los ocho meses de edad, el 7 de julio de 1889, en Buenavista de Cuéllar, Gro., siendo su padrino el Sr. Albino Ocampo.

Desde niño fue educado cristianamente por sus padres, y tenía sentimientos religiosos. Siempre pensaba en ser sacerdote y hasta jugaba a ser sacerdote. De niño y adolescente fue muy travieso, juguetón y divertido; pero también muy inteligente y estudioso. Se distinguió por su docilidad, por su ingenio nada común, por su jovialidad. Viviendo en el seno de una familia cristiana se explica fácilmente su vocación. Era piadoso y gustaba de asistir a la Misa.



Ingresó al Seminario en 1903 y con el esfuerzo y buena voluntad que iba poniendo en su conducta, piedad, dedicación al estudio, poco a poco se fue preparando para ser sacerdote. En el Seminario mereció distinciones y premios por su buena conducta, piedad, dedicación al estudio y aprovechamiento. Obtuvo los primeros puestos en los concursos y exámenes generales. Su conducta fue siempre ejemplar. Según informes dados cuando el S. de D. solicitó beca, el Rector dijo: Siempre ha dado en todo y a todos el mejor ejemplo, y me parece muy digno del favor que pide.

Recibió la primera tonsura y las cuatro órdenes menores el 29 de noviembre de 1908, en la Catedral de Chilapa, Gro. Fue ordenado subdiácono el 24 de agosto de 1911. El 27 de agosto de 1911, una vez concedida la dispensa de los intersticios, recibió la ordenación diaconal. Finalmente, el 2 de marzo de 1913, recibió el sagrado orden del presbiterado. Recibió todas estas órdenes por ministerio del Excmo. Sr. D. Francisco Campos y Angeles, Obispo de Chilapa. El día 12 de marzo cantó su primera Misa solemne en su pueblo natal.

Con el debido permiso de su Obispo, el Sr. Angeles y Campo, él inició su ministerio sacerdotal como secretario y familiar del Excmo. Sr. D. Antonio Hernández Rodríguez, Obispo de Tabasco. Colaboró con dicho Obispo en tiempos especialmente difíciles a causa de la situación antirreligiosa, que llegó a tal grado que, tanto el Sr. Obispo como él, se vieron obligados a abandonar el Estado de Tabasco. El P. David regresó a Chilapa, Gro. en espera de mejores tiempos. Fue entonces nombrado profesor del Seminario de Chilapa, Gro. Pronto fue nombrado párroco de Zirándaro, Gro., en donde fue muy querido y apreciado y logró algunas conversiones.

De Zirándaro, Gro., pasó a Buenavista de Cuéllar, Gro., su ciudad natal, como párroco. La situación política era difícil a causa de los continuos combates de las fuerzas zapatistas. En este lugar desarrolló un trabajo excelente: impulsó el fervor en las asociaciones parroquiales, fomentó la frecuencia a los sacramentos; atendió con gran dedicación a los pueblos filiales, organizó la catequesis; compró nuevas imágenes, dotó al pueblo de un reloj público, amplió el curato. Construyó una capilla para la reserva del Santísimo en los anexos del templo, compró vasos y ornamentos sagrados; fundó dos colegios: uno para niños y otro para niñas.

Después de Buenavista de Cuéllar, Gro., fue nombrado párroco de Teloloapan, Gro., donde había un problema difícil de división entre los sacerdotes que afectaba a los fieles, ya que el párroco no aceptaba su remoción ni quería dejar el curato. El S. de D. con prudencia y caridad logró calmar los ánimos y hacer las paces.

El Excmo. Sr. Antonio Hernández, Obispo de Tabasco, no pudo regresar a su diócesis a causa de la persecución existente y se hizo cargo de la parroquia de Iguala, Gro., y solicitó como colaborador al P. David, por lo que fue trasladado de Teloloapan, Gro., a Iguala, Gro., donde desplegó su actividad ministerial con gran celo. El Excmo. Sr. Antonio Hernández se enfermó gravemente y el P. David fue nombrado párroco de Iguala, Gro. Su ministerio en este lugar dio mucho fruto dado su carácter jovial y su notable elocuencia, pero esto también fue un pretexto para que los masones de Iguala, Gro. le cobraran odio, ya que el P. David, sin atacarlos directamente a ellos, defendía la fe católica.

Fundó el colegio Cristóbal Colón procurando una formación integral de la niñez, a causa de la persecución callista dicho colegio tuvo que ser clausurado.

La personalidad del P. David presenta algunos rasgos especiales y característicos: Poseía un carácter firme, hombre de convicciones, franco, fuerte, energético, humilde y sacrificado, jovial, alegre, siempre de buen humor, travieso, bromista, comunicativo. Sacerdote íntegro y virtuoso, generoso y caritativo con los pobres, muy bueno, amable y santo. Se daba a querer y respetar, era amable con todos.

Entre sus actividades pastorales siempre se notó una tónica común: el estar identificado con su condición sacerdotal y el mantener una entrega fiel a su ministerio. Siempre se presentó ante los demás como lo que era: sacerdote católico. En una ocasión, llamado por el presidente municipal de Iguala, Gro., se presentó con su indumentaria clerical, diciendo: Ven-go así, como para quien es la cita: para el Presbítero. Hablando en un discurso con sentimientos patriotas y con espíritu de fe sacerdotal, repetía la frase de Napoleón: La guardia muere, pero no se rinde.

La fidelidad a su ministerio fue la causa de su martirio, mantener su fidelidad a Dios, a la Iglesia, al Papa, y en general a la fe católica, prefirió aceptar la muerte. El P. David se daba cuenta que su vida corría peligro si continuaba ejerciendo su ministerio sacerdotal; no obstante esto, deseaba estar con sus hijos de

Iguala, Gro., decía: No pueden figurarse lo que sufre un corazón de Padre, lejos de sus inolvidables hijos. Sólo el que sabe lo que es ser padre y lo que es amor de hijos, podrá comprender lo que sufre mi desolado espíritu lejos de los míos. (...) ¿Para qué quiero la vida si he de vivir lejos de mis amados hijos?. (...) Sufro de un modo increíble por estar lejos de mi querido rebaño que está expuesto a caer en las inmundas fauces del lobo feroz.

La convicción de «tengo que cumplir con mis obligaciones» era una idea que no se apartaba de su mente, que anteponía a cualquier peligro.

Todo esto llevaba a la convicción en sus fieles de que era un sacerdote muy cumplido, párroco ejemplar.

En sus trabajos pastorales sobresalen: la predicación, la catequesis, la atención al sacramento de la reconciliación y el cuidado de los enfermos y moribundos.

La predicación de la Palabra de Dios era para el P. David una inquietud y una actividad fundamental en su ministerio: Era constante en la predicación, (...) y la gente comentaba que lo hacía muy bien. Diariamente se dedicaba al confesionario, predicaba la Palabra de Dios y atendía la catequesis. Estando ausente de sus fieles con motivo de la persecución, decía: ¡Ojalá pudiera hablar muy alto!, o por lo menos que mi voz se escuchase por todos los ámbitos de Iguala, (Gro.) para apartarles de las diversiones profanas y del peligro de perder su fe, su religión y su alma.

Junto con la predicación, atendía la catequesis. La inquietud que tenía era «ver a su pueblo viviendo la fe. En todos sus trabajos pastorales se proponía solamente la gloria de Dios. En general fomentó la frecuencia a los sacramentos y nunca se supo que se negara a atender a los enfermos, a cualquier hora en que se le solicitara. La dedicación que ponía el P. David en sus trabajos ministeriales es el reflejo de una vida profundamente espiritual y virtuosa, pues era un hombre de profunda oración, piadoso y caritativo. La Eucaristía era el centro de su vida y ministerio sacerdotal; con la piedad mantenía su fe; la caridad lo impulsaba al servicio de los demás.

El P. David convertía en norma de conducta y de vida la fe en Dios y la obediencia a sus superiores. Precisamente esta fe y obediencia lo llevaron al martirio. Podía haber escapado de la muerte si hubie-

ra aceptado las condiciones que le proponían de apartarse de la obediencia al Papa y encabezar una Iglesia Mexicana. Lejos de rechazar su fe católica o su obediencia a la Iglesia, decía: ¡Oh, que felicidad! ¡Morir en defensa de los derechos de Dios! ¡Morir antes que desconocer al Vicario de Cristo! ¡Viva el Papa!. Afirmaba abiertamente, contra toda clase de cisma, que la única religión verdadera es la Católica, Apostólica, Romana. Su confianza en Dios era tan grande y profunda que hacía de Dios el objeto de toda esperanza. Formuló un escrito que él mismo tituló: «Acto de confianza», en el que expresa una espiritualidad de unión y entrega a Dios.

Siempre procuró hacer ver a sus feligreses cómo se puede unir inteligentemente la vida social con la vida cristiana, dando a cada una el lugar que le corresponde. Decía: Los problemas fundamentales relativos a Dios, al hombre, al mundo y la sociedad, sólo puede resolverlos la religión. (...) La labor de unir a todos los hijos de Guerrero en la fe (...) es una labor profundamente cristiana y, a la vez, altamente patriótica. Y concluía diciendo: La religión ha de considerarse fundamento de la vida individual y social. Se preocupó por la formación humana. En Buenavista de Cuéllar, Gro., fundó dos colegios; en Iguala, Gro., fundó el colegio Cristóbal Colón, que tuvo que clausurarse por la persecución callista.

La actividad pastoral del P. David tuvo que suspenderse cuando el Episcopado Mexicano, dadas las circunstancias persecutorias extremas, decretó la suspensión del culto público, el 25 de julio de 1926. El P. David, después de estos sucesos, permaneció en el curato por algún tiempo; pero arreciada la persecución se refugió en casas particulares, dado que en Iguala, Gro., residían las fuerzas federales del Gobierno. Después tuvo que irse a Buenavista de Cuéllar, Gro., (pueblo cercano a Iguala, Gro.) desde donde atendía a sus feligreses. Más tarde tuvo que trasladarse temporalmente a la ciudad de México para verse libre de sus perseguidores. Desde el lugar donde se encontraba mantenía contacto con sus feligreses por medio de frecuentes cartas dirigidas a personas devotas y manteniendo siempre el firme propósito de regresar pronto a su parroquia, aunque peligrara su vida. Así, el 12 de marzo de 1927 regresó a Iguala, Gro., pasando primero a Buenavista de Cuéllar, Gro., donde esperó por algún tiempo. Era bien conocido, tanto por sus feligreses como por sus enemigos gratuitos, los masones de Iguala, Gro., que se pusie-

ron muy molestos por la llegada del Padre a Buenavista, ya que conocían el dinamismo de su labor como sacerdote activo, por lo que lo acusaron falsamente de promover un levantamiento de cristeros.

El 8 de abril de 1927, viernes de Dolores, estaba el P. David decidido a tomar el tren para salir de Buenavista de Cuéllar, Gro., hacia Iguala, Gro. Se sabía que, por malas coincidencias, en ese tren viajaba el General Castrejón, por lo que varias personas le aconsejaron que lo dejara para otro día, pero él insistió que tenía que ser ese día porque tenía compromisos y obligaciones que cumplir y quería estar con sus hijos de Iguala, Gro., para atender a sus feligreses en la Semana Santa. Al despedirse dijo: Es la última vez que estoy con ustedes, porque me tienen que cortar el pescuezo.

El tren inició su marcha; el Sr. José García acompañaba al Padre David; poco rato llevaban de camino cuando llegó un soldado y preguntó: ¿Quién de ustedes es el Padre David?. Este se levantó y muy tranquilo dijo: Yo soy el Padre David Uribe. El soldado le dijo: Le habla mi General Castrejón. El P. David acompañó al soldado al departamento de primera en donde viajaba el General, se sentó y comenzaron a conversar. El General le proponía que se hiciera cismático y que tendría toda clase de garantías para hacer su trabajo. Que se apartara de la obediencia al Papa y encabezara una Iglesia Mexicana. El P. David rechazó con entereza y energía estas propuestas y reiteró su fidelidad al Papa. (El contenido de esta entrevista con el General Castrejón se conoció por el Sr. José García, a quien el mismo P. David se lo comentó, estando ya en la estación de Iguala, Gro.).

El tren llegó a Iguala, Gro., y el General Adrián Castrejón hizo prisioneros a los dos. Se les avisó que estaban detenidos, aunque dentro del andén del tren estuvieran en aparente libertad. En ese momento se presentó José Flores y les dijo que si querían escaparse, ahí estaba un coche; a lo que el P. David contestó: No, hijo, Dios me cuidará. Estaba en la estación un Mayor de apellido Aguirre y habló con el General Castrejón, y después de tomar acuerdos, Castrejón le entregó los prisioneros. Los llamaron y los subieron a un coche, junto con dos soldados, y en calidad de detenidos los condujeron al hotel Fonseca en donde pasaron la noche. Aunque no había una orden formal de aprehensión, el P. David no sólo no se opuso, sino que obedeció.

En el hotel pasó el P. David su primera noche de prisión, con dos soldados vigilando la puerta. Estaba con ánimo tranquilo, aunque con cierta impresión y congoja. Antes de dormir rezó el rosario de 15 misterios. Estando en el hotel se le presentó otra oportunidad de escapar pero no quiso hacerlo.

Amaneció el sábado 9 y el P. David pidió al Sr. García fuera a comprarle un digestivo. Cuando éste salió, el P. David se asomó a la puerta y le dijo: Adiós. Cuando el Sr. José García regresó, los soldados ya habían conducido al P. David al cuartel. En el cuartel estuvo mal atendido, aunque no incomunicado.

El día 10, Domingo de Ramos, fue conducido en tren, de Iguala, Gro., rumbo a México, D.F., pero al llegar a Cuernavaca, Mor., lo bajaron y lo entregaron a las autoridades morelenses y lo condujeron a la Jefatura de armas, donde quedó totalmente incomunicado. No tenemos seguridad acerca de lo sucedido en Cuernavaca, Mor. Se hicieron gestiones encaminadas a procurar la libertad del P. David ante las autoridades de Cuernavaca, Mor., y México, D. F., y se obtuvo el amparo: el juez aseguraba que el detenido no podía ser movido de Cuernavaca, Mor., por ningún motivo, pero todas las promesas resultaron falsas.

El día 11, Lunes Santo, por la noche, un guardia comunicó al Padre David que al día siguiente sería ejecutado. El P. David pidió un papel y escribió: Declaró que soy inocente de los delitos que se me acusa, estoy en las manos de Dios y de la Virgen de Guadalupe. (...) Perdono a todos mis enemigos y pido perdón a cuantos hubiere ofendido. Esta misma inocencia reafirmó momentos antes de ser asesinado, cuando al ser interrogado sobre quiénes eran los más comprometidos en la revolución, contestó que él nada sabía, que era inocente; le preguntaron también si él era de los comprometidos, a lo que contestó que era inocente.

Ese mismo día, a altas horas de la noche, lo sacaron de la prisión y lo llevaron a Tehuixtla, Mor., donde se encontraba el General Juan Domínguez, Jefe de Operaciones del Estado quien, molesto, preguntó para qué le traían ese reo, que ni consignación le dieron, ni comprobante alguno, y sólo para echarle un compromiso.

De Tehuixtla, Gro., lo regresaron, (ignoramos en qué condiciones) a San José Vidal (Vista Hermosa, Mor.). Sacaron al P. David a un terreno sembrado,

donde lo asesinaron criminalmente. Era el 12 de abril, Martes Santo en la madrugada. Los soldados procedieron, sin la formalidad de un fusilamiento, conforme a un plan: uno de los soldados le disparó por detrás un tiro, que entrando por el lado izquierdo de la cabeza salió por un ojo, quedando la cabeza destrozada. Una descarga de fusilería dio fin a su vida; el cadáver quedó abandonado en un zurco del sembrado. El P. David, momentos antes de morir, perdonó a sus verdugos, les regaló algunas pertenencias y los bendijo.

El martes 12, el Juez hacía trámites para recoger el cuerpo de un supuesto reo que traían de Cuernavaca, Mor. El Sr. Daniel Casarrubias (paisano, amigo y compadre del P. David) mandó a su hijo para que se informara de quien se trataba. El Sr. Daniel Casarrubias trabajaba como administrador de la estación del ferrocarril y ya había visto que conducían al P. David rumbo a Cuernavaca, Mor., y se había quedado con mucho pendiente. Su hijo Juan encontró el cuerpo del P. David. Daniel Casarrubias certificó la muerte e identificó el cadáver.

Cerca del lugar donde fue sacrificado había una tumba abierta en donde el Sr. Daniel Casarrubias, su hijo y algunas otras personas le dieron sepultura provisionalmente, sin caja y superficialmente.

Posteriormente los restos fueron trasladados al panteón municipal de Vista Hermosa, Mor. Tres años después de su muerte los familiares decidieron trasladarlos a Buena Vista de Cuéllar, Gro. Los restos se velaron en la casa de la Sra. Vicenta Uribe, hermana del P. David, y después de celebrar una Misa, sepultaron lo restos en la recámara de la Sra. Vicenta, donde permanecieron muchos años. Después fueron trasladados los restos al templo parroquial de Buenavista de Cuéllar, colocando los restos detrás del altar mayor. Entre los años 1942-1945 se mandó cavar una tumba en una de las columnas del templo, en donde fueron colocados los restos. Ahí se encuentran actualmente. En este último traslado estuvo presente el Sr. Juan Casarrubias, quien identificó los restos, por el balazo que presentaba el cráneo.

El P. David ya en vida, tenía fama de santidad, pero cuando la gente supo la forma de su muerte, abiertamente lo consideraron como mártir, ya que él había deseado vehementemente el martirio y murió defendiendo su fe.

BEATO 24:**MARGARITO
FLORESGARCIA****1.- VIDA Y MARTIRIO.**

El Siervo de Dios Margarito Flores nació en Taxco, Gro. el 22 de febrero de 1899. Sus padres fueron el Sr. Germán Flores y la Sra. Merced García. Fue bautizado el 5 de marzo del mismo año en el templo parroquial de Sta. Prisca y Sn. Sebastián. No fue posible obtener el acta de confirmación pero suponemos que fue confirmado pronto, dado el espíritu religioso de su familia.

Su familia era sumamente pobre pero de un espíritu profundamente cristiano. Fue inscrito en la escuela oficial del lugar a los seis años de edad y mostró buen talento para los estudios. En sus ratos libres se dedicaba a la pintura y escultura. Para poder ayudar a su familia aprendió el oficio de peluquero que desempeñaba en su casa y, posteriormente, en el Seminario. Trabajó como empleado en una tienda de abarrotes, pero el exceso de trabajo a su corta edad le ocasionó una enfermedad que lo puso en peligro de muerte.

A los catorce años manifestó deseos de ingresar al Seminario y encontró en sus padres cierta resistencia porque, dada su situación económica, no les era posible solventar los gastos. De hecho, siendo ya seminarista, estuvo a punto de suspender sus estudios, precisamente por motivos económicos. Cuando regresaba a su casa a vacaciones ayudaba a sus padres trabajando en la peluquería. Ingresó al Seminario en 1914 en donde obtuvo buenas calificaciones y distinciones en conducta, piedad, dedicación al estudio. Incluso se le otorgaron premios de Honor, Primer grado y Excelencia.

El esfuerzo continuo, la fortaleza en las dificultades y la gracia de Dios lo sostuvieron en su vocación al sacerdocio y así recibió la primera tonsura el 20 de agosto de 1916; las cuatro órdenes menores el 26 de octubre de 1919; el subdiaconado el 26 de octubre de 1921; el diaconado el 30 de marzo de 1924; y finalmente, el presbiterado el 5 de abril de 1924, en la capilla del Seminario de Chilapa., por ministerio del Excmo. Sr. José Guadalupe Ortiz.



Cantó su primera Misa el 20 de abril de 1924, Domingo de Resurrección, en su pueblo natal, Taxco, Gro., y regresó al Seminario de Chilapa, como profesor. Posteriormente fue nombrado vicario cooperador de Chilpancingo, Gro., donde mostró un celo muy especial en la defensa de la fe combatiendo las sectas.

Dada la situación persecutoria contra la Iglesia Católica, especialmente contra los sacerdotes, tuvo que trasladarse a la ciudad de México, D.F. en donde, sin medir los peligros, luchó por los derechos de la Iglesia. Por este motivo fue llevado a los sótanos de la Inspección General de Policía, en junio de 1927, en donde salió gracias a la influencia de personas importantes.

El Siervo de Dios desde joven fue piadoso, recibía con frecuencia los sacramentos, iba diariamente al templo para adorar al Santísimo Sacramento. En toda su vida de estudiante fue sencillo, apacible, serio, respetuoso, callado, un poco retraído. Fue notable su serenidad y piedad. En su familia siempre fue respetuoso, obediente y conforme con la pobreza de sus padres. En su ministerio estas cualidades y virtudes tomaron un auge considerable. Era un sacerdote alegre, cumplido y recto; predicaba con ánimo y espíritu cristiano; celebraba la Misa con mucha devoción; cariñoso, amable, atento y honesto.

Lo breve de su vida sacerdotal (5 de abril de 1924-12 de noviembre de 1927) y lo difícil de las circunstancias, dada la persecución contra la Iglesia, no le permitieron desplegar ampliamente sus virtudes humanas y religiosas en su trabajo ministerial. Sin embargo aparece en él una fe inquebrantable, una esperanza que trasciende todo y una caridad profundamente operativa. Dotado de una fortaleza extraordinaria manifestada sobre todo en el momento de la ejecución, de una obediencia a toda prueba; de una fidelidad excepcional a su ministerio sacerdotal.

El P. Margarito deseó el martirio: Estando en la ciudad de México, D.F. y comentado la muerte del P. David Uribe, dijo: Ya mataron al Padre David Uribe y yo me voy a Guerrero a seguir su ejemplo, muriendo por la Iglesia Católica, si Dios me lo permite. Yo también voy a dar la vida por Cristo, voy a pedir permiso al superior, y también me voy a emprender el vuelo al martirio. En Tulimán, Gro., la víspera de morir, cuando salió rumbo a Atenango del Río, Gro. dijo a la familias que lo estaba hospedando: Si me llevo a morir primero, y me toca entrar en la gloria, pediré un pedacito para ustedes.

En octubre de 1927 pudo viajar a Chilapa, Gro. para ponerse a las órdenes del Vicario General de la diócesis. El 3 de noviembre fue destinado como vicario sustituto de Atenango del Río, Gro., parroquia entonces vacante y con especiales dificultades en ese período de persecución religiosa, pues había una formal amenaza por parte de los jefes municipales del lugar de quitar la vida a cualquier sacerdote que llegara, fuera quien fuera. Esto lo supo el P. Margarito desde Chilapa, Gro. y sin embargo aceptó ir a Atenango del Río, Gro.

El camino de Chilapa, Gro. a Atenango del Río, Gro. pasa por el pueblo de Tulimán, Gro. El P. Margarito llegó a este poblado como a las tres de la tarde y se fue a la casa de la señora Emilia Peralta donde llegaban distintas personas a hospedarse; ahí estaba el señor J. Cruz Pineda, Comisario municipal del lugar. El P. Margarito se hospedó en dicha casa donde cenó y pasó la noche. Don J. Cruz Pineda le proporcionó un guía, el joven Pedro José, pues el Padre no conocía el camino para llegar a Atenango del Río, Gro. Ambos salieron el 11 de noviembre de 1927, como a las ocho de mañana. Llegaron a Atenango del Río, Gro. como a la una y media de la tarde. Aquí estaban los soldados cuidando la entrada del camino real, y sin duda lo reconocieron.

El P. Margarito no conocía a nadie en Atenango, Gro. ni era el conocido para ellos, por lo que llevaba algunos domicilios de personas que podrían recibirlo. No llegó al curato sino a la casa del Sr. Giles, y como se había dado cuenta que los soldados lo habían visto, entró inmediatamente a la casa y después de identificarse preguntó por dónde podía salir del poblado sin que los federales se dieran cuenta. En ese momento llegaron los soldados al mando del Capitán Manzo y preguntaron: ¿Dónde está el señor que acaba de entrar aquí?. Inmediatamente se precipitaron al interior de la casa y lo hicieron prisionero, juntamente con el guía. El P. Margarito no puso resistencia a la aprehensión.

Al día siguiente, sábado 12, entre tres y cuatro de la mañana, salieron los soldados rumbo a Tulimán, Gro., con los dos prisioneros, amarrados con la misma reata (soga). Llegaron de Tulimán, Gro. como a las 8 de la mañana. Los soldados venían a caballo, el P. Margarito a pie y descalzo.

En Tulimán, Gro. fue conducido el P. Margarito a un portalito, lo sentaron en la banqueta de la calle, sin permitir que nadie se acercara a él, y lo tuvieron

incomunicado unas tres horas. Mientras tanto, el General Manzo descansaba en casa de la señora Emilia Peralta, en la misma casa en que se había hospedado el P. Margarito el día anterior. Unos soldados hablaron con el comisario, Cruz Pineda para indagar si era verdad que él había ordenado al guía Pedro José que acompañara al P. Margarito; una vez informados que era verdad dejaron en libertad al guía y tomaron preso al señor J. Cruz Pineda.

La Sra. Emilia Peralta, con autorización del General Manzo, envió al P. Margarito unos tacos para que comiera, el niño que los llevó dijo que el P. Margarito no comió nada sino que los repartió entre los soldados. Estando el General Manzo en esa casa, el Sr. Octavio Carrasco y la Sra. Emilia Peralta le ofrecían al General el dinero que quisiera a cambio de dejar en libertad al P. Margarito. El General no quiso aceptar dinero y dijo que lo mataría. Al ver cómo insistían ordenó el fusilamiento en secreto, por medio de un soldado. La hora establecida para la ejecución era a las 11:00 hrs. El P. Margarito estaba tranquilo, no se le vio desesperado o disgustado con los soldados. Se mantuvo lleno de valor y fortaleza en todo momento.

Llegada la hora fijada para la ejecución fue llevado al lugar señalado: detrás del templo, en la barda de la calle. Antes de formarle el cuadro de fusilamiento le permitieron santiguarse desde la puerta del templo. Estando en el lugar de la ejecución hizo oración encomendándose a Dios y, terminada la oración, se puso de pie frente a los soldados y recargada la espalda en la barda les dijo que estaba listo; no aceptó que le vendaran los ojos. La descarga no se hizo esperar impactando en la cabeza y desbaratándole materialmente la parte de arriba. Quedó muerto al momento. Le dieron el tiro de gracia y el cadáver quedó tirado.

Los soldados tendieron el cuerpo sobre la sotana, lo taparon y se llevaron inmediatamente el cadáver al cementerio. No permitieron que gente del pueblo los acompañara. La sepultura ya estaba abierta y fue sepultado sin caja mortuoria. Una vez que terminaron de enterrar el cadáver, se fueron del pueblo llevando consigo, preso, al Comisario Cruz Pineda y, lo fusilaron en Tepetlapa, Gro.

La Sra. Emilia Peralta no quedó conforme con la manera como había sido sepultado y mandó hacer una caja y, tres días después fue exhumado el cadáver y sepultado en el templo, al lado del Evangelio.

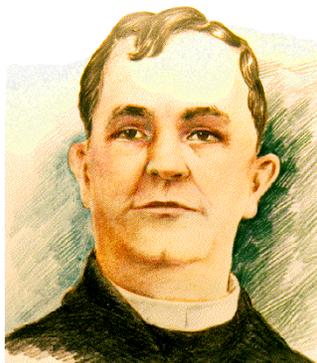
En 1946 los restos fueron trasladados a Taxco, Gro. Se hicieron los funerales en Santa Prisca y luego fueron trasladados a una capilla de su barrio natal, la Capilla de Ojeda, donde se encuentran actualmente, incrustados en la pared inferior. Una inscripción señala el lugar donde fue fusilado.

BEATO 25:

MIGUEL DE LA MORA

1.- VIDA Y MARTIRIO.

El Siervo de Dios Miguel de la Mora nació el 19 de junio de 1878 en Tecalitlán, Jal. Fue bautizado al día siguiente. Sus padres fueron el Sr. José de la Mora y la Sra. Margarita de la Mora. Tuvo varios hermanos; conocemos los nombres de: Regino, Melesio, María, Ma. del Refugio y un medio hermano, Pablo. Formaban una familia unida, de cristianos piadosos, y dedicados a las labores del campo.



La carencia de documentos, perdidos durante la persecución religiosa, impide conocer las fechas de su confirmación, primera Comunión, ingreso al Seminario y ordenación y de algunos nombramientos y ministerios que desempeñó.

Su niñez la pasó en el rancho El Rincón de El Tigre, propiedad de su familia. Allí trabajó y se aficionó a las labores del campo, especialmente al cuidado del ganado. A él le gustaba el ganado, (...) el terreno, (...) el rancho.

Desde niño pensó ser sacerdote y un día expresó ese deseo a su hermano Regino, puesto que su papá ya había muerto: Quiero que me lleves a Colima, yo quiero entrar al Seminario. Don Regino atendió luego su petición, se lo llevó con él a Colima, Col., y se hizo cargo de todo lo que necesitaba en el Seminario. Fue ordenado presbítero en 1906, en la Catedral de Colima, y cantó su primera Misa en Tecalitlán, Jal.

Ejerció su ministerio sacerdotal en Tomatlán, Jal. El 19 de octubre de 1909 fue nombrado vicario de Comala, Col. con residencia en la hacienda de San Antonio, Col. En 1912, al constituirse el primer Cabildo Catedralicio de Colima, fue nombrado Capellán del mismo.

El 20 de octubre de 1914 fue nombrado párroco de Zapotitlán, Jal. En esta parroquia permaneció hasta mayo de 1918. Pero fue nuevamente nombrado Capellán de la Iglesia Catedral de Colima, Director diocesano de la Propagación de la Fe y director espiritual del Colegio La Paz. Se encontraba ejerciendo estos ministerios cuando se desató la persecución.

El P. Miguel mantuvo estrechas y buenas relaciones con sus familiares. Siempre estaban acompañándolo en su destino su mamá Margarita y su hermana María. En Colima, Col. convivió con sus hermanos y sobrinos y se mostraba agradecido y cariñoso con ellos. Nos decía adivinanzas y nos quería mucho. Físicamente era fornido y gozaba de buena salud. Hombre sencillo; bastante discreto, hablaba poco; sincero y franco. Era apacible, no levantaba la voz (...) reposado (...) de una vida sin desequilibrios (...) bien ordenada, bien administrada.

Su carácter tranquilo y apacible rara vez se turbó. En algunas ocasiones se disgustó cuando los niños hacían desorden en el catecismo, pero al poco rato ya se acabó el enojo y siguió igual. Muy trabajador y responsable tanto en su vida familiar, como en todos los ministerios que desempeñó. La puntualidad y asiduidad fueron unas de las cualidades que le caracterizaron: Era puntual en la Misa de 12. Constante en estar allí en la oficina del Obispado (...) estaba muy a tiempo, y recibiendo cuando llegaban los sacerdotes de los pueblos. Siempre lo veía en la Catedral. Tarde y mañana iba a los Oficios.

Su fe se manifestó principalmente en todo lo que se relacionaba con la Eucaristía: Decía su Misa con extraordinaria piedad; era respetuoso del Santísimo Sacramento. Durante la persecución continuó celebrando la santa Misa, casi a diario. La virtud de la esperanza lo hacía anclarse en los bienes futuros, pues a pesar de poseer bienes de fortuna, por herencia, se manifestó despegado de ellos: En su casa no había lujos, todo allí era sencillo, la gente entraba libremente y con confianza. La manifestación suma de esta virtud fue en el momento de enfrentarse a la muerte. Lo hizo con serenidad, con esa seguridad que da el saber que no se acaba todo allí. No le angustió la muerte; con tranquilidad sacó su rosario y se puso a rezar.

Su trabajo como Capellán de la Catedral consistía en la celebración del Oficio Divino; diaconar en la Misa conventual; confesar; el rezo del rosario y las

solemnes Horas Santas. En todos estos actos de culto a Dios y a la Sma. Virgen se le vio como un sacerdote lleno de amor a Dios. Era muy dedicado a la oración. En su casa hizo un oratorio y allí hacía oración. Se levantaba en la madrugada y se iba allá a hacer oración.

Se distinguió como sacerdote caritativo. Manifestó su amor a Dios en el interés de servir a los demás, y en el gran respeto con que trataba a todas las personas. Los trataba con corrección; con mucha amabilidad. Siempre atendía a los que acudían a él. Sabían que era caritativo, que les ayudaba con dinero (...) Era muy buena persona con todo el mundo.

Iban de los ranchos frecuentemente a solicitar su ayuda espiritual para los enfermos y moribundos; los familiares de los mismos le llevaban un caballo ensillado para que se trasladara hasta el lugar. El iba cuantas veces era necesario, aunque el viaje fuese largo y cansado, y con voluntad lo hacía. Los trabajadores que estaban bajo su dirección lo querían muy bien, porque no sólo les pagaba con justicia, sino que les proporcionaba lo que necesitaban. Fue siempre un amigo para sus compañeros sacerdotes, quienes lo buscaban para confesarse.

En Zapotitlán, Jal. pudo valorarse su acción pastoral en el ambiente de caridad y solidaridad que creó en el pueblo, por medio de la predicación y con su ejemplo. Siempre se le encontraba en el Curato en lo que debía estar; sólo lo abandonaba para ir a las confesiones a los ranchos. Promovía la vida de piedad de sus feligreses con todos los actos litúrgicos y muy particularmente con la celebración de las fiestas del Corpus, Navidad y la de Nuestra Señora de Guadalupe.

Cuidadoso de la catequesis, la atendía personalmente: Tenía gran dedicación a los niños del catecismo (...) y él día de su santo o cumpleaños él mismo les hacía gran fiesta a todos los niños.

En Colima, Col. se entregó al ministerio de la confesión: Les gustaba confesarse con él. Era un confesor paciente. Tenía señaladas sus horas de confesión, pero si alguien se lo pedía fuera de ese tiempo, nunca se negaba.

Colima fue el primer estado de la República Mexicana en que se reglamentó el Artículo 130 Constitucional y por tanto se provocó el inicio de la protesta por parte de los católicos y la persecución

abierta contra la Iglesia, de parte del gobierno. El 24 de febrero de 1926, Francisco Solórzano Béjar, Gobernador de Colima, expidió el Decreto 126, por el cual exigía la inscripción de sacerdotes para otorgarles la licencia de ejercer, considerándolos como empleados gubernamentales: Se trataba de que el Gobierno no reconocía la Jerarquía católica (...) nada de obedecer a los obispos, menos al Santo Padre. El Excmo. Sr. D. Amador Velasco, Obispo de Colima, salió en defensa de los derechos de la Iglesia, el 1º de marzo del mismo año. Pero no sólo fueron inútiles sus gestiones, sino que el Gobernador firmó la reglamentación del citado decreto, 24 de marzo de 1926, determinando los «delitos» en materia de culto religioso y las penas para los infractores. El Sr. Obispo decretó en abril, la suspensión de cultos; como lo haría, tres meses después, todo el Episcopado Mexicano.

Hubo (...) una Hora Santa con todos los sacerdotes y el Sr. Obispo, (...). Dio libertad (...) para que hablaran y dieran su opinión (...) y todo mundo aceptó que se cerraran los cultos y que viniera lo que viniera, lo aceptaban; (...); se declararon sacerdotes de la Iglesia católica. El P. Miguel juntamente con los demás sacerdotes diocesanos firmaron un escrito de protesta hacia aquellas leyes, y de adhesión a la Jerarquía eclesiástica.

La declaración, que hicieron pública, terminaba diciendo: No, no somos rebeldes, ¡Vive Dios! somos simplemente sacerdotes católicos oprimidos, que no queremos ser apóstatas, que rechazamos el baldón y el oprobio de Iscariotes. Como consecuencia de esta declaración, el Obispo y sus sacerdotes sin excepción, fueron procesados; algunos desterrados, otros permanecieron ocultos en la ciudad. Agotados los recursos pacíficos, algunos católicos del estado de Colima iniciaron la defensa armada.

El P. Miguel se ocultó en su casa con el objeto de prestar auxilios espirituales a los fieles. Sus familiares le instaban a que se fuera a su rancho para salvarse del peligro, puesto que frente a su casa vivía el General José Ignacio Flores, jefe de operaciones militares; pero respondió: No, ¿cómo se va a quedar Colima sin sacerdotes?. Un día fue descubierto por el General José Ignacio Flores, y al reconocerlo como sacerdote, lo llamó, y de inmediato fue puesto preso. Salió de la prisión bajo fianza, con la ciudad por cárcel, y con la amenaza de encarcelarlo definitivamente si no abría el culto en la Catedral, como

creando así una Iglesia independiente de la Católica. A ésto último se rebelaba el P. Miguel negándose a ser infiel a la Iglesia, al Papa y a su Obispo. Durante los días que tuvo la ciudad por cárcel, frecuentemente era llamado por el General, quien junto con varios militares, hacían mofa de él y del Padre José A. Carrillo, otro sacerdote que también había permanecido en la ciudad. El plazo que le habían fijado, para obligarlo a la apertura del culto, próximo a vencerse, y la congoja que comenzó a sufrir de que tal vez no fuese capaz de resistir la presión del Gobierno, le hicieron pensar en salir de la ciudad, así se perdiera la fianza. Y le dijo a su hermano Regino: Ya no aguanto, llévame al rancho.

Concertó con el Pbro. Crispiniano Sandoval y con Dn. Regino, su salida rumbo al rancho del Tigre. En la madrugada del domingo 7 de agosto de 1927 salieron en el coche del Sr. José Gil hasta la Estancia, Col. En este lugar los esperaba el Sr. Juan de la Mora, con una remuda, para continuar su camino a caballo. Al detenerse en la ranchería de Cardona, Col., para tomar algún alimento, una señora se acercó y le preguntó: ¿Es usted padrecito, para que case a mi hija?. El Padre Miguel respondió: Sí. Algunos agraristas escucharon la respuesta y aprehendieron al Padre Miguel con sus acompañantes. Al P. Crispiniano Sandoval no lo reconocieron como sacerdote, pensaron que era algún mozo y al entrar a la ciudad se desentendieron de él y pudo escapar. Al P. Miguel el que les interesaba, y a su hermano Regino se los llevaron a pie de regreso a Colima, Col.

Escortado por dos agraristas armados, disfrazado de ranchero y con la cabeza baja, entró el Padre Miguel por las calles de Colima, Col.

Los dos hermanos fueron conducidos al cuartel. Poco después llegó el General José Ignacio Flores y dirigiéndose al P. Miguel le dijo: ¿Qué está haciendo aquí, Padre?. El respondió tranquilamente: Pues aquí me tienen. El General, que despreciaba y odiaba a los sacerdotes, furioso porque consideraba una burla la frustrada huida, le dijo: Pues ahorita se lo va a llevar la tiznada. Ahorita lo vamos a fusilar. Y dirigiéndose al Sr. Regino le dijo: Primero a su hermano y luego a Ud. El P. Miguel al oír la sentencia metió la mano a la bolsa, sacó su rosario y empezó a rezar. Lo condujeron a las caballerizas del cuartel, le ordenaron que se colocara pegado a la barda. El P. Miguel con resignación cristiana, sin decir una sola palabra, continuó rezando su rosario mientras se colocaba

frente al cuadro formado por los soldados. El pelotón recibió la orden de disparar y el Siervo de Dios cayó abatido por la descarga, frente a los atónitos ojos de su hermano Regino. Un soldado se acercó para darle el tiro de gracia. Eran las doce del día 7 de agosto de 1927.

El Sr. Regino de la Mora trató de salvarse y alegó que si a su hermano lo habían matado por el delito de ser sacerdote, él no lo era y además tenía una familia que mantener. Lo tuvieron preso tres días, le pidieron dinero e informes de los cristeros, que no pudo proporcionar porque los desconocía totalmente y al fin fue dejado en libertad.

Las personas que se encontraban en la calle, y que hacía poco menos de media hora habían visto entrar al P. Miguel al cuartel, oyeron los balazos. Una soldadera que vio el fusilamiento, llorando dijo: Acaban de matar a un padrecito, allí en el cuartel. Nomás lo pusieron pegado a la barda y le dieron tres balazos y luego el tiro de gracia.

El mismo General José Ignacio Flores se presentó a la casa del P. Miguel y le dijo a su hermana: Acabo de fusilar a su hermano, mande a recoger el cuerpo. Y sin más, el General entró a la habitación del P. Miguel para saquearla.

La noticia del fusilamiento se corrió rápidamente. La gente quería recoger el cuerpo pero cerraron el cuartel y a nadie dejaron entrar. Los familiares no consiguieron permiso de velarlo, solamente de colocarlo en caja. Fue trasladado al cementerio en una «mariposa» (carretón fúnebre jalado por caballo); iba detrás un camión lleno de soldados. Lo sepultaron en una fosa ordinaria.

Pocos días más tarde el General, con un grupo de soldados, fue al cementerio por la noche, a exhumar el cadáver, creyendo que podría llevar dinero consigo, puesto que lo habían tomado prisionero yendo de camino. El cadáver fue exhumado, registrado y después lo arrojaron de golpe a la fosa y sobre él, la caja y luego tierra.

El día 9 de diciembre de 1942, una comisión exhumó los restos del P. Miguel y fueron trasladados a la Cripta de los Mártires, en la Catedral de Colima, Col. Fue el primer sacerdote sacrificado en esa diócesis, por lo que la noticia fue muy conocida considerando siempre al P. Miguel desde el principio, como verdadero mártir: mártir de su sacerdocio, de su fidelidad a la Iglesia y a su Obispo.

8 Mártires Jaliscienses

Carta pastoral del Arzobispo Francisco Orozco y Jiménez



Mons. Francisco Orozco y Jiménez, desde su escondite, el 15 de agosto de 1927, envió a sus diocesanos la XVII Carta Pastoral acerca de los últimos acontecimientos. Le había tocado gobernar la diócesis de Guadalajara en una de las épocas más tormentosas de la historia de Méxi-

co. Nombrado arzobispo de Guadalajara en 1912, en varias ocasiones se vio obligado a dejar la arquidiócesis por la persecución religiosa y permaneció varios meses en Estados Unidos y en Roma.

Después del cuarto destierro, se escondió durante el conflicto cristero, enviando desde la barranca sus cartas, sus consejos y cambiando su refugio como un perseguido de un lado para otro, evitando de vivir en la región dominada por los cristeros, recibiendo las noticias a través de personas fidelísimas.

Desde su refugio iba recibiendo las noticias del mundo y de su diócesis, de sus sacerdotes y de sus fieles. Cuando le llegaron las noticias de los primeros fusilamientos de sacerdotes y seglares inocentes, no pudo más callar; tomó la pluma y escribió una de las más inspiradas y proféticas cartas de sus veinticuatro años de gobierno de la diócesis:

«No pasaremos en silencio los ejemplos domésticos; a cinco mártires mexicanos veneramos en los altares: San Felipe de Jesús, y los beatos Laurel, Zúñiga, Flores y Gutiérrez; ese honor aún no alcanzan otros muchos que con sus sudores y su sangre regaron este suelo querido, como son los mártires de Cajones de Oaxaca, los de Etzatlán en Jalisco y los jesuitas en Tepehuanes y franciscanos y dominicos y agustinos, cuyo recuerdo ahora es justo revivir. No es, pues, una medida para los tiempos primordiales y

otra para los de decaimiento; ni la fe ni la religión cristiana, ni la Iglesia Católica van cambiando con los tiempos: no hay más que una fe, un solo bautismo y un solo Señor: una fides, unum Baptisma, unus Dominus, según lo dejó asentado el apóstol.

A Dios Nuestro Señor sean dadas gracias por el buen ejemplo que hemos recibido últimamente por el valor heroico con que han sufrido el martirio, no ya uno o dos entre el Venerable Clero y los fieles, sino una ya verdadera pléyade de ínclitos confesores de Cristo: muchos nombres en el momento se conservan con toda veneración en las diócesis respectivas y sólo vagamente los va rumiando el sentimiento cristiano en las distantes.

Pero séame lícito consignar aquí algunos que la voz pública ya preconiza. Aparece en primer término el buen padre David Galván, de Guadalajara, de unos diez años atrás, lo mismo que algunos sacerdotes de Zacatecas; y de estos últimos meses el señor Cura Batis, de Durango, dos jóvenes sacrificados en Zamora, uno guanajuatense y el otro mexicano, a quienes agregamos una docena cuando menos, de varios jóvenes de la Benemérita Asociación Católica de la Juventud Mexicana en varios lugares.

Las circunstancias actuales no me proporcionan desgraciadamente en este momento datos suficientes para ampliar más estas noticias. Pero sí, a pesar de la amargura sentida en los primeros momentos, levanto hoy mi voz, que quisiera resonar por todas partes pregonando la gran gloria y la incomparable aureola con que mi amada Esposa, la Iglesia de Guadalajara, ciñe su frente, con los nombres imperecederos de siete denodados sacerdotes y siete seglares, dejando a un lado los no menos gloriosos nombres de tantos que en el campo de batalla han sucumbido heroicamente por su religión.

Los siete sacerdotes son: el P. Genaro Sánchez, colgado y apuñalado; el Sr. Cura de Nochistlán, don Ramón Adame, ajusticiado cruel y villanamente en Yahualica, después de haber exigido y recibido de uno y otro vecindario por su rescate más de seis mil pesos; el padre don Sabás Reyes, héroe del cumplimiento de su ministerio sacerdotal y con nota de crueldad neroniana sacrificado en Tototlán; el Sr. Cura de Tecolotlán, don José María Robles, cruel-

mente sacrificado en una montaña; el respetabilísimo y benemérito Sr. Cura de Totatiche, don Cristóbal Magallanes, acompañado del novel y ejemplar sacerdote don Agustín Caloca, fusilados en Colotlán; cierra por ahora esta serie el humilde y abnegado sacerdote don José Isabel Flores, que por más de treinta años dirigió la Vicaría de Matatlán en donde fue ahorcado después de haber sufrido siniestras amenazas y tormentos con toda heroicidad.

Los nombres de Anacleto González Flores, Luis Padilla, Jorge y Ramón Vargas, hermanos, y Ezequiel y Salvador Huerta, también hermanos, son bien conocidos con todos los detalles de su heroico fin.

Pero al hablar de esta manera, no por eso quiero adelantarme al juicio elevado y respetabilísimo de la Santa Sede, a quien corresponde dictaminar, discernir y aquilatar los méritos de las víctimas enumeradas. Dejándolo, pues, a salvo, me concreto a reproducir y consignar aquí para edificación y estímulo vuestro, el concepto favorable y respetuoso en que ya tienen su memoria la pública estimación de los fieles».

PROCESO DE BEATIFICACION Y CANONIZACION

Historia de un proceso

El 28 de julio de 1994 el Comité Diocesano de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana dirigió una carta al arzobispo de Guadalajara, doctor don Juan Sandoval Iñiguez con la petición de que se efectuara el proceso de canonización de algunos valientes jóvenes jaliscienses de la ACJM que derramaron su sangre por Cristo Rey, «*para que los fieles laicos tengamos modelos cercanos a nosotros en nuestro compromiso cristiano*».

«Queremos nosotros, como actores oficiales, impulsar esta causa -prosigue diciendo la carta-, y queremos nombrar como postulador de la misma al señor Pbro. Ramiro Valdés Sánchez para que prosiga los pasos necesarios en este proceso, si usted tiene a bien autorizarlo».

El 12 de septiembre de 1994, el Sr. Arzobispo, en una carta al Sr. Marco Antonio Alvarado, presidente diocesano de la ACJM, responde afirmativamente, porque «*Sin duda alguna esta causa despertará mucho interés en todos los fieles de esta arquidiócesis, principalmente en los jóvenes y será un estímulo para todos nosotros a dar la vida por Jesucristo en nuestro ministerio*». Y acepta como actores de la causa a la ACJM y como postulador al Sr. Cura don Ramiro Valdés Sánchez.

Consulta a los obispos de la Región Pastoral de Occidente.

Con fecha de 17 de septiembre de 1994, el Sr. Arzobispo de Guadalajara citó a los Sres. Obispos de la Región Pastoral de Occidente en la casa de ejercicios espirituales del Arzobispado de Guadalajara para una sesión ordinaria. Entre los asuntos de la agenda, monseñor Juan Sandoval Iñiguez dio a conocer a los Sres. Obispos el deseo de muchos fieles tanto de Guadalajara como de otras ciudades de iniciar tres causas de canonización, a saber:

- 1.- Anacleto González Flores y los siete compañeros de martirio: Luis Padilla Gómez, Jorge y Ramón Vargas (hermanos), Ezequiel y Salvador Huerta (hermanos), Miguel Gómez Loza y Luis Magaña Servín.
- 2.- Monseñor Francisco Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara.
- 3.- Fray Antonio Alcalde y Barriga, obispo de Guadalajara.

Después de haberse consultado acerca de las razones propuestas por los actores y postuladores sobre la bondad, la validez y el fundamento de dichas causas, el señor Sandoval pidió a la asamblea de los señores obispos su consentimiento sobre «*la oportunidad de iniciar estas tres causas en la arquidiócesis de Guadalajara*».

Los obispos presentes firmaron esta consulta para que quedara una constancia por escrito.

Consulta a Roma

El mismo día 17 de septiembre de 1994, el Sr. Sandoval, arzobispo de Guadalajara, envió una carta al cardenal don Angelo Felici, prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos, en la que, después de haberle expuesto todos los pasos hechos referentes a la introducción de las tres Causas de Beatificación y Canonización «*Ruega respetuosamente a vuestra eminencia reverendísima, se digne ordenar que se hagan las oportunas investigaciones en los dicasterios de Roma, y se comuniquen si existe algún obstáculo que impida la introducción de la causa de dichos siervos de Dios*».

Después de haberle hecho mención al cardenal de la carta circular del 15 de agosto de 1927 que hizo el arzobispo don Francisco Orozco y Jiménez, en que «*pregona la gran gloria y la incomparable aureola de mi amada esposa, la Iglesia de Guadalajara que ciñe su frente con los nombres de siete denodados sacerdotes y siete seglares*», la carta del Arzobispo Sandoval prosigue diciendo:

«En los años de 1926 a 1929, el ambiente que se vivió en México fue de persecución contra los católicos y la reacción de éstos fue de una entusiasta confesión de fe. Consta, según los testimonios y documentos presentados, que estos jóvenes tenían el deseo del martirio y no opusieron resistencia, tanto en el momento de la captura como en el sacrificio.

La defensa de los humildes los embriagaba. La voz del deber fue para ellos algo inexorable, en donde estaba firme su presencia. Percibieron el peligro que acechaba a la Iglesia, y sin reservas, se lanzaron a defenderla; entregaron su alma al Creador después de ser salvajemente martirizados por las fuerzas del gobierno; las últimas palabras de estos jóvenes fueron: «Yo muero, pero Dios no muere. ¡Viva Cristo Rey!».

Puede asegurar que en esta arquidiócesis y en toda la región eclesiástica de occidente hay una profunda fama de santidad y de martirio de estos jóvenes que pertenecieron a la floreciente Asociación Católica de la Juventud Mexicana.

No existe duda alguna sobre la oportunidad de su canonización. Sus virtudes que todos admiraron, su ilimitado amor a los pobres y marginados, su fe inquebrantable en la Divina Providencia y sobre todo su valentía de predicar el evangelio hasta dar la vida, arrastraron a muchos jóvenes a seguir su ejemplo.

Su canonización servirá de estímulo para los jóvenes deseosos de consagrar sus vidas a Dios en el ejercicio de la caridad y a los sacerdotes en el ejercicio de nuestro ministerio».

+ Juan Sandoval Iñiguez
Arzobispo de Guadalajara

INICIO DE LOS PROCESOS

El Arzobispo de Guadalajara, Monseñor Juan Sandoval, se apresuró a delegar su autoridad en el Sr. Obispo auxiliar don Adolfo Hernández Hurtado para que diera pronto los pasos necesarios para el inicio de los procesos de las tres causas.

El 15 de octubre de 1994, en el Santuario de Santa María de Guadalupe, junto a los restos mortales de fray Antonio Alcalde, fundador del mismo templo, y de los licenciados Anacleto González Flores y Miguel Gómez Loza, quedaron constituidos los tribunales que harán las investigaciones canónicas de la vida, virtudes y martirio de estos siervos de Dios.

1.-JORGE Y 2.-RAMON VARGAS GONZALEZ

(1899-1927
y 1905-1925)

Una familia generosa

Jorge y Ramón eran hijos del doctor Antonio M. Vargas y de doña Elvira González de Vargas, y habían nacido en Aqualulco de Mercado, Jalisco, uno el 28 de septiembre de 1899 y otro el 22 de enero de 1905.

En 1914 la familia Vargas González llegó a radicar a Guadalajara, aunque, por su profesión, el doctor tuvo que quedarse en Aqualulco; el fue quien, en la defensa del Santuario de Guadalupe el 3 de agosto de 1926, se había encargado de atender gratuitamente a los defensores heridos.

El matrimonio Vargas tuvo once hijos: seis varones y cinco mujeres. Debemos a la última de las hijas, María Luisa Vargas González, muchos de los recuerdos de sus dos hermanos mártires.

Con el tiempo todos entraron a estudiar a las universidades establecidas en la ciudad: Jorge, después de sus estudios, entró a trabajar en la Compañía Hidroeléctrica mientras que Ramón se dedicó a estudiar medicina, en cuya facultad en 1927, cursaba el cuarto año, penúltimo de la carrera. Tanto Jorge como Ramón habían entrado a tomar parte en la Asociación Católica de la Juventud Mexicana y eran discípulos y admiradores del «Maestro» Anacleto González Flores, que rozaba entonces los cuarenta años.

La familia Vargas vivía en la calle Mezquitán 405, y en el tiempo de la persecución religiosa daba asilo a los sacerdotes y seminaristas que iban huyendo aquí y allá, perseguidos por la policía. Así que un día llegó a Mezquitán 405, el padre Lino Aguirre, futuro obispo de Culiacán. El joven Jorge Vargas fue por un tiempo su compañero de cuarto y también de apostolado. «No esta bien, padre Lino -le decía- que se vaya usted solo, le puede pasar algo; desde hoy, yo seré su guardaespaldas».



«Y desde entonces -escribe su hermana María Luisa- mi hermano se venía pronto del trabajo, se alistaba rápidamente y para las cuatro de la tarde en overol y mangas de camisa, salía en su poderosa bicicleta custodiando al padre Lino».

Un huésped importante

Una tarde, entró a aquella casa de Mezquitán 405 también el «jefe de los cristeros», el hombre que todos admiraban pero que nadie quería tener la responsabilidad de hospedar, puesto que se le buscaba como perro rabioso y peligroso. Así describe María Luisa Vargas la entrada del «Maestro Cleto» a su casa:

«Por la noche, cuando nos reunimos a cenar, nos dimos cuenta de lo acontecido: Anacleto, «el Maestro», estaba en nuestra casa y se iba a quedar con nosotros. Ya habíamos tenido en casa a varios sacerdotes y a grupos pequeños de seminaristas, pero nunca al «jefe de los cristeros». La responsabilidad de alojarlo era enorme, pero imposible cerrarle las puertas, eso nunca! Nadie protestó, la reunión fue breve, no hubo discusiones. Todos conocíamos al «Maestro», así que aceptamos gustosos la acogida que nuestra madre le brindaba».

A Ramón, el estudiante de medicina, le llamaban «el Colorado» por tener el pelo completamente rojo. Al «Maestro» Anacleto le gustaba platicar con este muchacho sano y lleno de idealismo. Un día le soltó lo que tenía dentro:

- Oye, Colorado, en que año vas de medicina?
- En cuarto, ya para entrar a quinto año.
- Oye, y por que no vas al cerro a curar a nuestros heridos? Mira, te la doy de capitán, nos ayudarías muchísimo, servirías a Dios y a la patria.
- No, «Maestro», a mi no me gusta eso, yo soy hombre de paz; no, yo no le entiendo nada de esto, además yo tengo mucha ilusión en mi carrera; mire, si se trata de vendar la cabeza a uno, las piernas, los brazos, pero, en un frente a pelear, no, eso si que no.

La tarde del 31 de marzo de 1927, Ramón manifestó a un amigo y compañero de estudios un cierto presentimiento.

- Realmente no sé que tengo, esta noche no quisiera ir a dormir a mi casa.
- Pues, no vayas -le contestó el amigo-, quédate a dormir en el hospital.
- Oye, muy buena idea, ya es tarde, tengo miedo de ir a mi casa.
- Miedo, ¿a qué?
- Pues nomás, no sabría qué decirte. Pero mi mamá y mis hermanos estarían pendientes si no fuera.

Y Ramón se fue a su casa cerca de las doce de la noche y se metió a dormir.

La captura

A las cinco de la mañana tocaron por la ventana de la calle Herrera y Cairo y después por la puerta de Mezquitán. Los Vargas tenían una botica y la encargada era Lupe.

- Queremos una medicina -insistió diciendo la voz desde afuera-.

Doña Elvira, que ya estaba levantada, llamó a Ramón.

- Diles que no, mamá, ya ves que llegué muy tarde; que vengan más tarde.

Sin esperar más ya los secretas, al mando de Atanasio Jarero, habían escalado los muros y estaban en la azotea sitiando completamente la casa de los Vargas, donde se ocultaba Anacleto. Nuevos toques en el zaguán, ahora más fuertes y seguidos, con gritos:

- Abran la puerta en nombre de la ley.
- Si, ahora voy a traer la llave -respondió desde dentro la señora Elvira, y se dirigió a los cuartos de sus hijos, diciendo:

- Ya nos cogieron, nos van a matar a todos.

Salió primero Florentino y, entreabriendo la puerta, pregunto:

- A ver, qué se les ofrece? Dónde esta la orden de cateo?
- Esta es -dijo el policía Graciano Ochoa sacando la pistola-.

Florentino abrió la puerta y en seguida la casa se llenó de secretas.

Los agentes cogieron presos a Anacleto y a los tres jóvenes Vargas, Jorge, Ramón y Florentino, bajo el cargo de haber dado albergue al «Maestro». En vano Anacleto intentó interceder por ellos, su ruego no fue escuchado. Todas las mujeres de la casa abordaron el camión de la policía, mientras que los hombres, Anacleto y los tres hermanos Vargas con Feliciano Estrada, un amigo de la familia, y Bernardino Vega, un mozo de la familia, fueron llevados al Cuartel Colorado.

María Luisa Vargas, la hermana de los tres muchachos presos, que tenía entonces once años, recuerda muy bien y lo relata en su libro *Yo fui testigo*, que su hermano Ramón hubiera podido muy bien escaparse. «Ramón sale de la casa a despedirnos hasta afuera -escribe María Luisa-, y, como es alto y físicamente diferente de los demás miembros de la familia, se confunde entre la bola y llega hasta la esquina de la casa. Una vez en el calabozo su hermano Florentino le dijo:

- Ramón, tu hubieras podido escapar.

-Sí, pero yo me dije: mi madre y mis hermanas quedan presas y, ¿yo me voy?

Doña Elvira se despidió de sus hijos como la mujer fuerte de la Escritura, imitando la madre de los Macabeos:

- ¡Hijos míos, hasta el cielo!

En el Cuartel Colorado los cuatro presos se encontraron con Luis Padilla que en aquella misma mañana había sido preso en su casa; también su madre y hermana estaban presas junto a la madre y hermanas de los Vargas en la presidencia municipal.

La tortura

Entraron los cinco prisioneros, Anacleto, Jorge, Ramón, Florentino y Luis, a un mismo salón y dio comienzo el interrogatorio. Anacleto aceptó la responsabilidad de sus actos, pero se negó a revelar los secretos que poseía sobre la organización del movimiento cristero. ¿No había destruido en mil pedacitos una carta, en el momento de ser preso en casa de los Vargas, para no comprometer a los suyos?

Para obligarlo a delatar a sus jefes y compañeros, los verdugos comenzaron a golpearlo, pero sin resultado alguno. El general Ferreira entonces ordenó que fuera suspendido de los pulgares y allí golpeado y herido en las plantas de los pies con una navaja; pero su fortaleza superó el dolor del tormento. En vano lo interrogaron sobre el paradero del arzobispo de Guadalajara. Al fin fue descolgado y un verdugo le dio tan fuerte golpe con la culata de su fusil en el hombro, que se lo fracturó.

El interrogatorio y los golpes continuaron con sus compañeros, pero éstos, siguiendo el ejemplo del «Maestro», callaron igualmente. Se suspendieron los tormentos y el general Ferreira ordenó que ahí mismo se hiciera un consejo de guerra sumarísimo. Cuatro de los cinco prisioneros, Anacleto, Jorge, Ramón y Luis, fueron condenados a muerte «por estar en connivencia con los rebeldes», mientras que Florentino Vargas fue dejado en libertad, por creer, erróneamente, que aun no cumplía la mayoría de edad.

El general ordenó que se formara el cuadro de ejecución, pero Anacleto pidió que se fusilara primero a los hermanos Vargas y a Luis Padilla, para poder confortarlos hasta el último momento. Los cuatro rezaron, en voz alta, el acto de contrición.

Eran las tres de la tarde del primer viernes de abril de 1927, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. Apenas terminaron el acto de contrición una descarga cerrada cortó la vida de Jorge y Ramón Vargas y de

Luis Padilla. Por último, gritando ¡Viva Cristo Rey! cayó también el «Maestro Anacleto». En una ambulancia, desde el Cuartel Colorado, los cuerpos de los mártires fueron trasladados a la inspección de policía y arrojados en el patio.

Poco antes, hacia las dos de la tarde, el licenciado Pancho González Nuñez, primo de los Vargas, se había presentado a la inspección de policía para hablar con las autoridades y tramitar un amparo. Don Pancho, por lo conocido que era, entró sin dificultades al interior del edificio, y, sin hacer antesala, se presentó con el jefe, y habló agitadamente para conseguir el amparo. Saliendo del edificio, muy satisfecho, dijo: «Conseguí el amparo». Pero fue un engaño. Poco tiempo más tarde, cuando el licenciado volvió para sacar el papel, en el Cuartel Colorado ya los habían fusilado.

A las cinco de esa misma tarde fueron liberadas las madres y hermanas de los Vargas y Padilla. Las mujeres que estaban encerradas en la inspección de policía, salieron silenciosas y se dirigieron por un corredor largo hacia el patio en donde las ambulancias entonces depositaban los muertos y heridos. Al ir a traspasar la puerta que da acceso por la calle Alcalde, un secreta muy joven las detuvo diciendo:

-Por ahí no, por favor.

Las mujeres retrocedieron y todas juntas salieron por la puerta de la calle Independencia, guiadas por el mismo joven policía que había impedido que las mujeres se encontraran en el patio con los cuerpos de sus queridos hijos fusilados.

Más tarde corrió la voz que iban a llevar a la Ciudad de México a algunos jóvenes para fusilarlos allá. Las hermanas Vargas, recién liberadas, se consultaron y decidieron, tres de ellas, María, Lupe y Nacha, tomar un carro que las llevara hasta Las Juntas, cruce de ferrocarriles, por donde pasaría el tren hacia México. Al llegar a Las Juntas, el tren acababa de detenerse, y las muchachas, acercándose a las ventanillas, empezaron a gritar:

- ¡Jorge, Ramón, Florentino, asómense, aquí estamos!

Vanas esperanzas, por las ventanillas asomaron varias personas y algunos soldados, pero ninguno de sus hermanos. El tren emprendió su carrera. En aquel momento llegaba en carro el primo Pancho González con su hermana Carolina.

¿Qué pasa, primos? -preguntaron las hermanas Vargas. ¿Ya los mataron, verdad?

- Sí -y se abrazaron llorando.

Volviéron a la casa y María, la mayor de las hermanas, entró en el oratorio doméstico donde estaba la mamá.

- ¿No alcanzaron el tren? -preguntó ansiosa doña Elvira.
- Sí, mamá, lo alcanzamos, pero...
- ¿No estaban los muchachos? ¿Los mataron, verdad?
- Sí -contestó María- y rompió a sollozar.
- María, no llores -dijo la heroica madre abrazando a su hija-. Yo ya me lo temía y por eso ya se los he ofrecido a Nuestro Señor. Ellos ya están en el cielo. Vamos a hacer los preparativos para recibirlos como mártires.

«¡Qué cerca de ti estuvo la corona del martirio!»

«La noticia de la muerte de los dos hermanos Vargas se extendió como reguero de pólvora por toda la ciudad de Guadalajara y pronto la casa se vio llena de parientes, amigos, compañeros de los muchachos, conocidos que venían a darles el último saludo. A las ocho de la noche fueron entregados los cuerpos de Jorge y Ramón, faltando, para sorpresa de todos, el de Florentino.

- Seguramente lo enterraron ahí donde lo mataron -comentó doña Elvira-. ¡Era tan hablador!

Llegaron las tías González, y una de ellas se puso a llorar en forma exagerada. Entonces la madre de los mártires, la calmó diciéndole:

- Cállate, Clara. Acuérdate que nuestra misión de madres es llevar los hijos al cielo, y yo, ya tengo a tres!

A las diez de la noche llegó sorpresivamente Florentino a la casa.

- Mamá, -le dijo una de las hijas-, está aquí Florentino.

La madre salió de la sala donde estaba velando a sus dos hijos y corrió al encuentro del hijo que pensaba ya muerto; lo abrazó diciéndole aquellas hermosas e inolvidables palabras:

- ¡Ay, hijo, qué cerca estuvo de ti la corona del martirio! Debes ser más bueno para merecerla!

Durante toda la noche desfilaron centenares y centenares de personas ante los restos mortales de los dos mártires; tocaban piadosamente con medallas y rosarios sus cuerpos para guardarlos como reliquias.

El día siguiente, 2 de abril, una multitud incalculable de gente acompañó a los mártires al cementerio, como si fuera un triunfo.

3-LUISPADILLAGOMEZ

(1899-1927)

Educación vigorosa y profunda



Luis Padilla Gómez nació en la ciudad de Guadalajara el 9 de diciembre de 1899. Hijo de Dionisio Padilla y Mercedes Gómez de Padilla, fue, con un hermanito gemelo que murió y dos hermanitas, el último vástago de su familia acaudalada. Figura delicada y mística, brillo por su talento y su virtud. Siendo niño, falleció su padre que dejó en la orfandad a Luis y a sus dos hermanas.

Estudió primaria en el colegio particular del señor Tomás Fregoso. Una fecha que Luis

siempre recordó con añoranza fue la de su primera comunión: el 24 de septiembre de 1908.

Pasó a cursar los estudios superiores en el Instituto San José de los padres jesuitas en donde recibió una educación ignaciana vigorosa y profunda.

Le gustaba mucho el teatro al cual asistía con relativa frecuencia, lo que constituyó para Luis como un recuerdo amargo y negativo de su vida porque le había impedido desde joven remontar el vuelo hacia las cumbres. Por eso destruyó el diario en el que estaban consignados sus recuerdos y sus primeros ensayos literarios. Y empezó un nuevo diario *Recuerdos e impresiones*.

El 1º de noviembre de 1915 ingresó a la Congregación Mariana de los padres jesuitas y fue como el inicio de su apostolado seglar. Un año después, el mismo 1º de noviembre, conoció al padre Othón León Romero a quien debió su entrada al Seminario Conciliar de Guadalajara y en el que permaneció cinco años, hasta el 1º de noviembre de 1921, fecha en que abandonó la carrera sacerdotal por no estar seguro de su vocación. Sin embargo, Luis nunca dejó el deseo de consagrarse a Dios; el sería siempre un hombre inquieto, en búsqueda de las cumbres espirituales más altas.

Según un amigo íntimo suyo que, después de la muerte de Luis, en 1929 trazó un *Esbozo de una biografía del mártir Luis Padilla* y se firma «Sitiens», Luis tuvo en dos años del seminario las más profundas experiencias religiosas, aunque mezcladas de extrañas y persistentes angustias. El seminarista Luis nos dejó unos brevísimos apuntes que él mismo llamó *Místicas*. Rebose en ellos su amor a Dios y a la Virgen, y su admiración por sus condiscípulos llamados al sacerdocio. Nos gusta sacar unas muestras:

El Corazón de Jesús

«El Corazón de Jesús me ama; qué pensamiento más dulce, más grande, más suave!

«Aquel Corazón, formado por el Espíritu Santo, me ama y no con un amor cualquiera, sino con amor de Padre, de amigo.

Aquel Corazón, formado con la sangre purísima de la Santísima Virgen, me ama con elevado amor, puro y sin igual

Ya no buscaré otros afectos, pues tengo el de Jesús.

Allí, en ese Corazón abierto por mi amor, es donde quiero vivir y morir.

A ese Divino Corazón es a quien quiero amar, es donde quiero vivir y morir.

A ese Divino Corazón es a quien quiero amar, ya que El me amó primero y hasta la muerte.

A ese Corazón de Jesús quiero entregar mi corazón, ya que desde la Sagrada Eucaristía oigo la voz divina de Jesús: «Hijo mío, dame tu corazón».

María, antes que el mundo fuera, Tú ya eras en la mente del Altísimo, pura como la luna. Tú, en tu concepción sin mancha, vencedora del dragón. Tú, en tu nacimiento, esperanza del Mesías. Tú, en el templo, modelo de vida oculta. Tú, en la Encarnación, punto de unión entre la humanidad divinizada y el Dios humanizado. Tú, en Belén, primer altar del Niño Dios. Tú, en el calvario, supremo sacerdote que ofreces a tu propio Hijo Divino. Tú, en el cielo, nuestra única esperanza. Tú, ¡siempre Madre!

El sacerdocio

Para ser sacerdote se necesita vocación. La vocación no es otra cosa que lo que literalmente significa: llamamiento. «No me han elegido ustedes; Yo los he elegido a ustedes».

Ser sacerdote significa ser algo en la existencia; dejar después de nuestro paso por el mundo una estela que recuerde nuestra vida; alistarse bajo las banderas de las grandes causas; influir en la marcha de las sociedades, en el camino de las ideas; sobresalir ya en la oratoria, ya en las ciencias, ya en las artes.

Todo esto es bello y es lícito; ¿quién de nosotros no ha pensado en ello?

Oh Jesús mío, símbolo el más perfecto del amor y del dolor. Tú me has amado hasta el pesebre, hasta el calvario, hasta el altar. Yo quiero amarte y hacer de Ti solamente mis delicias.

Solo Tú, Jesús mío y para siempre.

Yo te seguiré por el camino de todos los olvidos, de todos los desprecios y de todos los dolores.

«Si alguno quiere venir en pos de Mi -dices- niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame».

Si, Jesús, yo te seguiré, pasando sobre todo el mundo, sobre todo el infierno y sobre mi mismo; entre tanto, Señor, yo te ruego: «Entre tus llagas escóndeme».

Los ejercicios espirituales en León

En su libro *Recuerdos e impresiones* relata la gran importancia que tuvieron para él unos ejercicios espirituales que hizo en la ciudad de León, en los cuales decidió abrazar el sacerdocio apenas se abriera el seminario; entre tanto seguiría luchando en las filas de la Acción Católica para el triunfo de la Iglesia.

En León -escribió Luis- yo inmolé mi vida a un ideal. En León decidí de mi vida y de mi eternidad. En León hable con Dios y le dije: «Señor, mi vida nada vale, pero yo quiero hacerla valer ofrendándola a Ti; quieres, Señor, aceptarla?».

La vida interior de Luis tenía dos grandes polos: la devoción a la Virgen y la constante meditación. El sabía que la personalidad de un hombre se mide siempre por su vida interior, y esta vida interior se alimenta con una gran confianza y abandono en María, la Madre de Dios, y en la Eucaristía. «Soy un débil, soy un muerto lejos de Jesús Eucaristía que es la fuerza de los débiles y la vida».

Mi semblanza moral a los veinticuatro años

La vida espiritual de Luis va siempre profundizándose más. El mismo nos ofrece su semblanza moral, una especie de inventario de su mejor ser y haber, la cristalización de todos sus ideales, la síntesis de su intensa personalidad. Escuchémosle:

Rasgo principal de mi carácter: Crearme dificultades y desvivirme por servir a todo el mundo.

Cualidad que prefiero en el hombre: La intrepidez.

Cualidad que prefiero en la mujer: La dignidad.

Cualidad social que desearía en todos: La amabilidad.

Ocupación que prefiero: Elevar a otros.

Distracción que prefiero: Pasear charlando al aire libre.

Ocupación que detesto: Escribir cartas.

Estudios que prefiero: La historia eclesiástica de mi patria.

Mi sueño dorado: Lograr la propia estimación.

Lo que constituye mi desgracia: No estimarme yo mismo.

Lo que me haría feliz: Conocer mi camino y seguirlo sin flojedades ni cobardías.

Cómo quisiera ser: Audaz para el bien y valiente contra el mal.

Mis mayores enemigos: La prodigalidad interior y la desconfianza en mi mismo.

Mis mejores amigos: Los que, según la frase del padre Lacordaire, me quieren lo bastante para tratarme sin piedad.

Mis escritores favoritos: Van Trich, Lacordaire, Bolo y Bougaud.

Mis novelistas favoritos: Paul Bourget y Henry Bordeaux.

Mis libros favoritos de formación: *Sed hombres, El secreto del éxito y El hombre práctico.*

Mis novelas preferidas: *Cómo maté a mi hijo, Las etapas de una conversión y Mil hombres.*

Mis poetas favoritos: Gabriel y Galán, Becquer y Zorrilla.

Mi lema: Dios conmigo y para mí.

Actos que más me agradan: Los de voluntad.

Reforma que juzgó más necesaria: La de sí mismo.

Lo que me hace sufrir: El buscar fuera de mí lo que en mí tengo.

Lo que me hace pensar: El valor del tiempo.

Lo que me hace reír: El homenaje que hacemos a las miserias propias y ajenas.

El don que quisiera tener: En el orden de la gracia, el de la oración; y en el del tiempo, el de aprovecharlo.

Lo que más quisiera evitar: La pusilanimidad.

El día mejor de mi vida: El 12 de octubre de 1917.

Mis más amargos recuerdos: Los de mi niñez.

Cómo quisiera vivir: Sin miedo a la vida.

Cómo quisiera morir: Con gran esperanza en la vida futura basada en la vida pasada

Socio y presidente de la Acción Católica

Luis era de conducta intachable, firme voluntad y pureza de costumbres. «No debe pensarse -escribe su amigo anónimo- que las luchas interiores del espíritu de Luis lo encadenaran y postrarán en la inercia en que han yacido centenares y millares de católicos que se ampararon bajo el nombre de «prudentes».

Al estallar la persecución que el gobierno emprendió contra los católicos de México, Luis, que había sido socio entusiasta desde el principio de la ACJM en Guadalajara, por su labor distinguida fue nombrado presidente arquidiocesano de la misma, así como secretario de la Unión Popular cuando ésta se convirtió en delegación regional de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa.

El mismo impulsó durante varios años, con su celo incansable, la afirmación de las Vanguardias, centros de preparación para los niños que habrían de ingresar más tarde, en la edad reglamentaria, a la misma Asociación. La acción de Luis estaba basada en una sólida piedad que practicaba no solamente en la Iglesia, sino en su propio hogar, donde recibía a los niños y a los jóvenes para darles los últimos retoques y pasarlos a la escuela del «Maestro» Anacleto González Flores.

Cuántos y cuántos -sigue escribiendo su amigo anónimo- han debido a estos dos campeones su más profunda y religiosa formación! Ilustre congregante y catequista sin barreras, Luis inundó con su palabra y con su ejemplo, todos los centros de enseñanza doctrinal, durante más de quince años.

Y cuando Monseñor Francisco Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara, uno de los prelados más virtuosos, más activos, más brillantes, más intrépidos, decreto la excomunión contra los padres de familia que enviaran a sus hijos a las escuelas oficiales, donde abiertamente se enseñaba socialismo e irreligión, Luis se convirtió en cruzado de la Iglesia, y pocos desplegaron tan valiente actividad para predicar la excomunión. Tales fueron los frutos que aquella oportuna excomunión nos trajo que las escuelas oficiales se vieron literalmente despobladas.

También predicó el boicot; se le vio siempre ocupar su puesto adelantado en las giras de propaganda por la Unión Popular, y finalmente hubo tiempo, entonces, en que pronunció hasta veinte discursos diarios»

Se aproximaba la persecución y Luis escribe:

No he de escatimar mi sangre a Dios; ni podré esconderme de su divina mano; pero no doy los tamaños para mártir.

En 1925, dos años antes de su muerte, había escrito y comentado en su diario la discusión entre tres muchachos educados en el seminario.

-Hoy -decía uno- se nos ha dicho que el día más feliz de la vida es el día de la primera comunión; ¡oh, cuán cierto es esto!

-No -dijo el segundo-, yo pienso que el día más feliz es el día en que uno se ordena sacerdote y puede tener en sus manos a Jesucristo mismo.

-Aún hay un día más feliz -dijo el tercero.

-Imposible -dijeron los dos primeros.

-Sí, y es el día del martirio.

A través del dolor, de las incomprensiones, las amarguras, Dios va preparando a su víctima para el sacrificio. Es la hora en que se cierran los templos, por todas partes ruge el huracán y Dios pide hostias inmaculadas.

Llegó el mes de enero de 1927. Los Altos de Jalisco empezaron a levantarse, la guerra cristera ya estaba en marcha sin descanso ni cuartel; se acentúa el espionaje y hay tensión entre los católicos. Luis siente que la tragedia se acerca y escribe:

Siento que algo solemne va a ocurrir en mi vida. Perderé a F.; lo presiento, morirá. ¿Y, qué será de mi? Debo de ofrecer el sacrificio de mi vida, sin mas realidad que redima todo un inútil pasado?

«Destrozaré el corazón de mi madre, o escucharé una vez mas la voz de mi egoísmo?

¿Cuál es mi deber?

Pregunta de vida o muerte, de gloria o de ignominia, de redención o de estúpida resignación.

Y la hora de la oblación llegó.

Luis, como de costumbre, se había retirado temprano a su cuarto la tarde del 31 de marzo de 1927. A las dos de la mañana, por un balcón se metieron los esbirros a su casa, lo maltrataron y se lo llevaron con su madre, la señora Mercedita y su hermana Luz al Cuartel Colorado. Horas mas tarde las dos mujeres fueron dejadas libres. Después de unas horas fue alcanzado por el «Maestro» Anacleto González Flores y los hermanos Vargas González que en aquella misma madrugada habían sido detenidos.

Para obligarlos a denunciar a quienes estuvieran complicados en el movimiento cristero y sobre todo el domicilio del arzobispo Orozco Jiménez, fueron torturados. Pero todos, con gran valentía, resistieron la prueba sin confesar absolutamente nada. Después de un juicio sumario de guerra fueron condenados a muerte, y no valió para nada el amparo interpuesto por los parientes.

Eran las tres de la tarde. Los soldados separaron al joven Florentino Vargas González que con sus dos hermanos Jorge y Ramón había sido detenido, y por juzgar erróneamente que aún no tenía mayoría de edad, lo dejaron libre.

Anacleto seguía exhortando a sus compañeros, y como Luis Padilla manifestó el deseo de confesarse, el «Maestro» teológicamente le contestó: «No, hermano, ya no es tiempo de confesarse, sino de pedir perdón y perdonar. Dios es un Padre; no es juez el que te espera. Tu misma sangre te purificará».

Los cuatro, en voz alta, rezaron el acto de contrición. En seguida fueron fusilados los dos hermanos Vargas. Luis Padilla pidió un momento para recogerse; se arrodilló y oró intensamente hasta que una descarga le abrió las puertas del cielo.

4. EZEQUEL HUERTAGUTIERREZ

(1876-1927)

Un hombre idealista y generoso

Ezequiel Huerta Gutiérrez nació el 7 de enero de 1876 en el pueblo de Magdalena, Jalisco. Era un muchacho idealista, simpático, generoso y muy sociable. Desde pequeño sonaba con visitar esa Guadalajara que su padre tanto elogiaba.



Por fin le llegó la tan deseada ocasión. Al muchacho no le parecía cierto que se estaba subiendo a la carreta de su padre, rumbo a la ciudad tapatía. Llevaban un flete

Ya en el camino, su papá Isaac, como lo acostumbraba, invitó a todos a rezar el rosario. Uno de los mozos se negó refunfuñando.

Después de unas cuantas leguas, una rueda de la carreta se desprendió de su eje y todos, hombres y barriles, rodaron a la zanja. Don Isaac fue el primero en levantarse, y, angustiado, comenzó a llamar a Ezequiel:

-Hijo mío, ¿dónde estas?

-Aquí estoy, papá. No me pasó nada.

En efecto, cuando don Isaac, con mucho cuidado y con la ayuda de un mozo, sacó a su muchacho, el hijo ni siquiera tenía un rasguño. En cambio el mozo refunfuñón estaba sangrando y medio muerto de miedo.

Desde entonces -escribe Carmen, hija de Ezequiel- entró en nuestras familias la costumbre de rezar el rosario siempre que salimos, y aunque hemos tenido accidentes, nunca nos ha pasado algo grave.

Los hijos de don Isaac y de doña Florencia, después de haber cursado la primaria en el pueblo, uno tras otro se fueron a proseguir sus estudios a Guadalajara: José Refugio y Eduardo al seminario, y Ezequiel y Salvador al Liceo de Varones.

El espíritu práctico y dinámico de doña Florencita convenció a su esposo de vender la casa y la tienda e irse a vivir todos a Guadalajara.

Una voz para Dios

Ezequiel cursó la secundaria y la preparatoria en Guadalajara. Además recibió clases particulares de música y canto, ya que tenía una voz excepcional de tenor.

Dios le dio a mi papá una bella voz -escribe su hija María del Carmen-. Me tocó conocer a su maestro de canto, un italiano que se llamaba Polanco. Pronto mi papá aprendió las partes principales de varias óperas clásicas. Formó coros hasta de cuarenta voces blancas y con ellos cantaba en las fiestas religiosas en los templos de Guadalajara. Las iglesias se llenaban, cuando se sabía que mi padre Ezequiel iba a cantar, porque lo hacía con gran sentimiento y fervor.

Nos contaba mi madre -sigue recordando María del Carmen- que una vez uno de sus compañeros que le tenía envidia a mi papá, lo quiso matar cuando estaba cantando en el templo de Santa Teresa de Jesús, a donde casi todos los días iba a cantar. Pero, gracias a Dios, el puñal no le penetró mucho el abdomen y se salvó. Mi padre no quiso demandarlo porque -dijo- era un pobre padre de familia.

Otro hecho que recuerdo ocurrió cuando vino a Guadalajara una compañía de ópera italiana. Iban a empezar cuando el protagonista se puso afónico. Los empresarios buscaron un suplente y les indicaron a Ezequiel Huerta, quien con gran éxito desempeñó su papel de tenor dramático. Encantados por su actuación, los empresarios le ofrecieron un contrato en su compañía, cosa que mi padre no aceptó porque su voz era para Dios.

No había función religiosa -recuerda el ingeniero Miguel F. Saavedra- en que Ezequiel no fuera la parte central de la música y del canto. Se le veía ir en bicicleta de una iglesia para otra a prestar su fiel y generoso servicio a Dios a través de su maravillosa voz baritonal.

Un hogar feliz

El sábado 17 de septiembre de 1904, en el templo de Capuchinas, Ezequiel contrajo matrimonio con la señorita María Eugenia García. Los casó su hermano sacerdote, el padre José Refugio y celebró la misa el otro hermano sacerdote, el padre Eduardo. Aunque originaria de Guadalajara, María Eugenia se había educado en Tepic, en donde tenía sus familiares. Era de carácter muy diferente al de Ezequiel, y por eso, tal vez, se complementaron maravillosamente. Les nacieron diez hijos.

Ezequiel amó entrañablemente a su esposa y a sus hijos. Los familiares de María Eugenia le decían:

-María, ¡otro hombre como Ezequiel, no lo encuentras ni con el cirio pascual !

A ella, Ezequiel dedicó sus canciones más bellas, como *María, María; Oye la voz de mi cantar, María; Deja, morena mía.*

Mi padre era un hombre hogareño -recuerda su hija Carmen- y muy cariñoso con todos nosotros. Cuando

volvía a casa, corríamos llenos de alegría a encontrarlo gritando: «Papá, papá», «Ya vino, papá», y él, feliz, nos abrazaba y besaba a todos, diciéndonos: «Les traje esto y esto», porque siempre llegaba con algo, por pequeño que fuera, para su esposa y sus hijos.

Su mayor disgusto -sigue recordando Carmen- era encontrarnos en la calle. Teníamos una casa muy grande y él nos había procurado una gran diversidad de juegos para que estuviéramos ocupados después de nuestras tareas, y no fuéramos a la calle. Aunque fuera muy amoroso con sus hijos, no pasaba por alto nada cuando cometíamos alguna falta o no cumplíamos con nuestro deber.

Mi padre tenía por costumbre levantarse temprano, bañarse con agua fría y cantar siempre mientras se bañaba. Después pasaba a regar todas las macetas del jardín y se iba a misa con uno o dos de mis hermanos mayores. En algunas ocasiones me tocaba a mi acompañarlo, y fue entonces cuando pude darme cuenta de su gran fervor al recibir la sagrada comunión. Rezaba todos los días el rosario.

En la página 21 de la libreta familiar de la familia de Ezequiel, leemos: «Consagración de nuestro hogar al Sagrado Corazón de Jesús el día 27 de mayo de 1914. Hizo la entronización el Señor Presbítero Don Eduardo Huerta. Guadalajara, calle de C. Medellín, N° 445».

En la casa de Ezequiel y María la vida transcurría tranquila y feliz. Ezequiel pasaba largas horas en los templos, cantando con su magnífica voz las alabanzas del Señor, y María preparaba a los niños para la escuela, se paraba a oír misa de nueve, iba al mandado y volvía a encerrarse en la cocina para preparar la comida para tantas bocas. Todo transcurría en una paz armoniosa, cuando de improviso se turbó la serenidad de aquel hogar feliz.

«¡Aunque te peguen, no lo sueltes!»

Fue precisamente el sábado 12 de marzo de 1927 que la señora María, esposa de Ezequiel, se le ocurrió algo singular. Acompañada por sus dos hijas, María del Carmen de dieciséis años y Teresa de nueve, había ido a una de las celebraciones clandestinas en una casa de la calle Moro (hoy desaparecida por la ampliación de Federalismo). Eran las siete de la mañana, tocaron a la puerta, dieron la contraseña y se unieron a los fieles que se disponían a oír misa. El celebrante explicó el evangelio del día, subrayando la necesidad de tener fe y la disposición de defenderla con su propia sangre.

María pensó enseguida en sus dos hijos, Manuel y Jesús, que estaban en el frente y en su esposo Ezequiel, que seguía arriesgando su vida como guardián de la iglesia de San Felipe. Con la generosidad típica de la

madre cristiana, se ofreció a Dios según sus designios de amor y misericordia.

Después de la consagración, en el momento de más profundo silencio y recogimiento, se oyeron fuertes toques en la puerta de la calle. Un muchacho entró precipitadamente avisando que afuera estaba la policía. El sacerdote saltó la barda del jardín y se puso a salvo. Entre el desconcierto de aquellas palomas espantadas, la señora María se acercó a la pequeña mesa que hacía de altar y, recordando las palabras del evangelio que no se puede dejar las perlas a los puercos, repartió las hostias a las pocas mujeres y bebió la sangre del cáliz. Luego tapó el copón con rapidez y lo ocultó debajo del chalecito de la pequeña Teresa, diciéndole:

- ¡Acuérdate de san Tarcisio; aunque te peguen no lo sueltes ! Entrégalo solo a papá.

La niña cruzó sus bracitos sobre el pecho y se puso en cuclillas en un rincón. La policía detuvo una decena de personas, entre ellas a dos monjitas y a doña María.

Cuando yo llegué a la puerta -recuerda María del Carmen- un policía gritó: «Aquí no pasa nadie», y levantó la pierna apoyándola a la pared y cerrando el paso. Yo corrí y pase por debajo de la pierna del soldado, y alcancé a ver subir a la «julia» a mi mamá y a otras mujeres. Corrí a casa para decir a papá que había sido detenida.

Inmediatamente Ezequiel notificó a un amigo suyo, licenciado, para que fuera a la comisaría para que soltaran a su esposa y a las demás personas detenidas. Luego fue a recoger a la pequeña Teresa de la que nadie había hecho caso y se había quedado en su rincón, custodiando su tesoro.

Ese día, papá Ezequiel tuvo que preparar la comida de sus niños y luego estuvieron rezando el rosario a la Virgen porque mamá les hacía mucha falta.

A las ocho de la noche de aquel día borrascoso, la señora María se presentó al cancel con la sonrisa en los labios y lágrimas en los ojos, devolviendo la alegría y la serenidad a aquel nido de pajaritos espantados.

Ezequiel y María se abrazaron y lloraron juntos de alegría, dando gracias a Dios porque no había pasado nada serio. Se quedaron aquella noche platicando mucho tiempo sobre las medidas a tomar ya que estaban fichados en el registro de la comisaría, y lo que había pasado aquella mañana podía ser el preludio de algo peor.

Allanamiento de la casa de Ezequiel

La noche del día 1º de abril de 1927, Ezequiel Huerta, fue a velar a su inolvidable maestro y amigo

Anacleto González Flores. Volviendo por la mañana le dijo a su esposa:

-María, no quieres ir un ratito a velar al maestro Cleto? Yo cuido a los niños.

La señora María tomó su chal y salió.

Como a las nueve de la mañana, tocaron a la puerta y Carmen fue corriendo a ver quién era.

-Venimos a revisar la llave del agua -dijeron-.

Ezequiel fue al cancel y les preguntó:

-Díganme, señores, ¿qué se les ofrece?

-Venimos a catear la casa porque hay denuncia de que aquí tienen a curas cristeros escondidos -le dijeron.

-Pasen, señores.

-¿Dónde están los curas? ¿Dónde se esconden? -Y uno de ellos, el jefe, le apuntó la pistola al estómago.

Carmen miró a su papá y él le hizo una señal con la cara. El jefe se dio cuenta y gritó, apretándole aun más la pistola al estómago:

-Otra señal y lo trueno.

Los demás se metieron adentro a buscar. En aquel momento llegó un muchacho de nombre Juan Bernal, amigo de la familia, y lo hicieron entrar.

Lo que efectuaron no fue un cateo sino un verdadero saqueo, porque esculcaron el ropero, los muebles y todas las cosas, dejando todo en desorden.

Era seminarista; más tarde fue sacerdote y fundador del Lazareto de los Leprosos, detrás del Hospital Civil. El dio testimonio de las últimas horas de vida de los dos mártires Huerta.

En ese momento llegó la señora María, quien había ido a presentar su pésame a los familiares del «Maestro» Anacleto. Enseguida captó la situación. La hija Carmen la vio desde el fondo del pasillo. ¿Qué se le ofrece? -pregunto el jefe que estaba custodiando a Ezequiel. ¿Está la señora de la casa? -preguntó. Mintiéndolo, el policía le contestó: -Si, pase usted. Nada mas entrar, Carmen le grito: Mamá, mamá, unos hombres están revolviendo toda la casa y están tratando mal a mi papá. ¡Lo quieren matar! -Ah, ¿conque usted es la señora de la casa, eh? -dijo sarcásticamente el jefe. La señora María, quitándose el chal, dijo con entereza y fortaleza:

-Sí, señor, yo soy la señora de la casa. ¿Qué quieren ustedes aquí? ¿Qué buscan? ¿Con qué derecho se han metido ustedes en mi casa? -Venimos a catear. - Pero este es un atropello, un saqueo, con que.....

-Mire, señora, llevamos a su esposo para una declaración, y luego se lo traemos.

¿No es posible que haga aquí la declaración? -insistió la señora María.

-No es posible, señora. Solamente la puede hacer en la comisaria. Es una pura formalidad.

Ezequiel y María se miraron y las lágrimas bañaron sus rostros. Las dos niñas pequeñas corrieron hacia el papá y consiguieron darle un beso. La señora María trató de acercársele para despedirse, pero fue groseramente alejada por un policía, y solo consiguió decirle:

-No te apures, Ezequiel, si no nos volvemos a ver en esta vida, nos veremos en el cielo.

En el huerto de los olivos

Los agentes de policía se llevaron a Ezequiel y al muchacho Bernal. También se llevaron unos costalitos de frijol, arroz y maíz que Ezequiel había proveído para su familia.

La madre y los niños, agarrados a los barrotes del cancel, con los ojos llenos de lágrimas, vieron subir en la «julía» al hombre para ellos más bueno del mundo, y desaparecéseles para siempre: en verdad, nunca más lo volverían a ver en este mundo.

La gente que había asistido a los hechos desde las ventanas de las casas vecinas, sin poder hacer nada, se ofrecieron entonces a doña María para ir a ver adonde habían llevado a don Ezequiel. María dio las gracias, pero se encargó ella misma con una persona amiga de ir buscando el paradero de su esposo. Fue a todas las demarcaciones de policía, la comisaría, la zona militar, para saber de él y llevarle una canastita de comida, porque ni siquiera había desayunado aquella mañana.

Pero las mandaban de una parte a otra sin ningún resultado, ya que había consigna de negarlo. Otros parientes y amigos que fueron a buscarlo, cansados de dar tantas vueltas, volvieron a la casa de la señora María sin poder llevarle ninguna noticia.

En la noche, desconsolados y muy tristes por no tener ninguna noticia del papá, los niños llevaron sus colchones al cuarto grande de su mamá. Todos juntos rezaron el rosario y otras oraciones, platicaron sin poder cerrar los ojos, asustados y temerosos de que volvieran otra vez aquellos malvados que se habían llevado a su papá.

Nosotros sabemos lo que le había pasado a Ezequiel durante aquella trágica jornada, porque tenemos dos testigos: el joven Bernal que fue preso con Ezequiel y el velador del Palacio Municipal.

El sargento Felipe Vázquez interrogó a Ezequiel sobre el paradero de sus dos hermanos sacerdotes, sobre sus dos hijos mayores y el movimiento cristero. Ezequiel no abrió boca. El sargento mandó que lo

golpearan; la sangre empezó a correr por su rostro.

-Si a tu hermano Salvador lo colgamos de los pulgares, a ti, si no hablas, te colgaremos de las patas -grito furioso el sargento-.

Por toda respuesta, Ezequiel empezó a cantar con todas las fuerzas de su alma:

- ¡Que viva mi Cristo, que viva mi Rey!

Otra embestida de golpes y patadas interrumpieron su canto y Ezequiel no supo más; dos hombres lo llevaron al calabozo. El joven Bernal, que estaba encerrado en el calabozo en espera del interrogatorio, oyó el ruido como de un fardo que caía pesado en el suelo. Se le acercó y lo reconoció.

¿Qué le pasa, don Ezequiel?

Con un hilo de voz el torturado pudo decirle:

-Nada, muchacho. Oye, cuando lleven mi cadáver a mi casa, dile a María que en la bolsita debajo de mi fajo tengo una moneda de cien pesos de oro, es lo único que le puedo dejar.

El fusilamiento de Ezequiel junto a su hermano Salvador se relata en el siguiente capítulo.

5. SALVADOR HUERTAGUTIERREZ

(1880-1927)



Un hombre enérgico y trabajador

Salvador Huerta nació el 18 de marzo de 1880 en Magdalena, Jalisco. Fue siempre un muchacho serio, obediente y cariñoso con sus padres Isaac y Florencia. Aunque las travesuras eran de los cuatro hermanos, mamá Florencia le cargaba más la mano a Salvador,

tal vez porque era el que aguantaba más o porque ella esperaba más de él. Supo siempre dominarse -afirma la hija Isabel- aun cuando su madre lo corregía y lo trataba más duramente que a los demás hermanos. El nunca demostraba dolor ni se quejaba».

Cursó la primaria en Magdalena y luego se vino a Guadalajara a estudiar la secundaria en el Liceo de Varones donde se encontraba ya su hermano Ezequiel. Por fin se trasladaron a Guadalajara también sus padres, habiendo vendido todas sus pertenencias en Magdalena. Tanto más era callado y condescendiente papá

Isaac, cuanto severa y enérgica la señora Florencia. Ezequiel y Salvador, a veces se aprovechaban de la confianza del padre para irse a la opera que tanto les gustaba. Sin embargo, una vez los descubrió su madre y les preguntó por la noche de dónde venían. Los dos muchachos, aunque temerosos, dijeron la verdad y por aquella vez les perdonó.

Salvador no quiso hacer la preparatoria y prefirió ponerse a trabajar enseguida en la mecánica. Empezó en el taller de unos alemanes, de los cuales aprendió mucho. En una ocasión se tenía que probar una pala mecánica. Salvador estaba ya listo para echarla a andar, pero el jefe quiso hacerlo él mismo y mandó a Salvador que bajara. Cuando el jefe maniobró la palanca, la pala aventó una piedra que cayó en su cabeza y lo mató al instante.

Más tarde Salvador se trasladó a Zacatecas como técnico de bombas en una mina. Se distinguió por su sentido de responsabilidad y competencia. También allí tuvo sus percances. Un día se inundó la mina y una decena de hombres intentaron salvarse en el elevador. Desgraciadamente se rompió el cable y todos cayeron en el vacío. Salvador salió milagrosamente ileso.

Mi padre -testimonia su hija Guadalupe- estuvo varias veces en peligro de muerte; en la mina de Zacatecas; en Aguascalientes una polea lo agarró por un tirante y lo aventó; en Guadalajara, en la carrera de automóviles lo atropelló un carro; en el taller un torno le arrancó un dedo. Se ve que el Señor lo reservaba para otra forma de muerte. Pero eso sí, nunca se quejaba de nada, hasta tomaba los percances con buen humor.

De Zacatecas pasó a trabajar a Aguascalientes en la Casa Redonda donde se construían y se arreglaban las locomotoras del ferrocarril. De Aguascalientes Salvador iba con cierta frecuencia a Atotonilco a visitar a su madre y a su hermana María del Carmen, que estaban allí atendiendo a su tío cura, el padre José Refugio Huerta. Fue en una de esas visitas que Salvador conoció a la señorita Adelina Jiménez, una niña de doce años, hija única de una familia acomodada que vivía en la Hacienda del Tarengo; la niña era huérfana de madre y tenía a un hermano de nombre Pedro.

Salvador esperó unos años para declararse a la jovencita y tuvo que vencer muchas dificultades por parte de los familiares de la joven; decían que ese obrero, ocho años mayor que ella, no le podría dar la buena vida a la que ella siempre había estado acostumbrada como hija única. Y encontraba dificultad también por parte de doña Florencia por los mismos motivos. «Madre -le decía Salvador- le aseguro que le daré mucho de lo que ella tiene». Y así fue.

Muy buen esposo

Contrajeron matrimonio el día sábado 20 de abril de 1907 en la capilla del Calvario de Atotonilco el Alto. Los casó su hermano sacerdote, el padre J. Refugio y dijo la misa el otro hermano sacerdote, el padre Eduardo. Contra todos los pronósticos y los temores de las dos familias Jiménez y Huerta, Salvador y Adelina tuvieron un óptimo matrimonio, del cual nacieron once hijos: Salvador, María, Guadalupe, Gabriel, sor Dolores, Guadalupe, Isabel, Antonio, Francisco, José Luis, Isaac y Eduardo.

A los pocos años la nueva familia se trasladó a Guadalajara para estar más cerca de los padres Isaac y Florencia. Salvador prefirió ganar menos, pero estar cerca y ayudar a sus padres. Amaba a su esposa y hubiera hecho cualquier cosa para hacerla feliz. En sus cartas de novio la había llamado «mi ángel», y ahora la trataba con ternura y respeto. Muy pronto Adelina acusó dolores hepáticos. Una vez Salvador le dijo: «Adelina, cuando me muera, lo primero que pido al Señor, es que te quite ese dolor». A lo que le respondió la esposa: «Prefiero quedarme toda la vida con este dolor a que te mueras».

Cuando vivían en la calle de Libertad, Adelina había observado que enfrente de su casa vivía una pareja que por la mañana, cuando el señor iba al trabajo, se despedía de su esposa con beso. Ella le dijo un día a Salvador: «Me gustaría que algunas veces también tú te despidieras por la mañana como hacen esos señores de enfrente». «¡A lo mejor -contestó bromeando Salvador- los pobres no tienen recámara!». De hecho -recuerda la hija sor Dolores nunca los vimos besarse en nuestra presencia.

Mi padre tenía un temperamento fuerte -recuerda su hijo Francisco-, pero a la vez era muy cariñoso y respetuoso con mi madre. Cuando, por ejemplo, tenía que amonestar y hasta castigar a sus hijos por sus travesuras, nunca lo hacía en presencia de mi madre, sino que los llevaba al taller y allí era capaz de quitarse el fajo y pegarles, si era necesario. Me acuerdo que una vez lo hizo con mi hermano Gabriel porque no había ido a clase. Luego lo llevó personalmente a la escuela del señor Atilano Zavala.

Nos educaba con firmeza -cuenta su hijo Salvador- pero al mismo tiempo dándonos confianza. Cuando yo tenía poco más de trece años me enseñó a manejar y una vez me mandó a Jocotepec a ver a mi madre grande que estaba con el hijo sacerdote. Mi madre se oponía a que yo fuera, pero el dijo que me enseñaba a tener responsabilidad. El sabía sacrificarse para sus hijos. Me acuerdo que una vez, durante la guerra entre carrancistas

y villistas, estando todas las tiendas cerradas, él fue en bicicleta a buscar comida para nosotros, y trajo un saco de arroz pasando entre la balacera de los combatientes.

En realidad nunca a nosotros nos faltó nada -recuerda la hija Guadalupe- al punto que teníamos la idea de ser ricos. Después de su muerte varias veces escuché de mi madre esta frase: «Si estuviera aquí tu padre, no faltaríamos de esto o de aquello».

Era bonito ver a la numerosa familia, los domingos después de misa, salir en carro para ir al campo, al Lago de Chapala, a las barrancas. Él prefería el camino de Tequila -recuerda su hija Isabel-, hasta Amatitán en donde él tenía a su amigo Félix, en la Hacienda del Refugio, donde había mucha agua y muchos árboles. Bajaba una silla para que se sentara nuestra madre, y decía: «Ustedes tranquilos, jueguen», y se ponía a sacar cosas y preparaba la comida con María, nuestra hermana mayor. A veces -recuerda su hijo Francisco- se llevaba también de paseo a mi padre grande y a mi madre grande, Isaac y Florencia, porque el «Charmer» era grande y cabíamos todos.

Salvador en Guadalajara abrió un taller para la reparación de coches en la calle de Madero, y se dio a conocer en todo Guadalajara como el mejor mecánico. Se le conocía como «el Mago de los Carros» y todos con respeto lo llamaban «el Maestro Huerta». Tanto la presidencia municipal como la comisaria de policía le confiaban la reparación de sus carros.

Llegó a tener ocho obreros que lo querían mucho y que aprendieron no solamente la profesión, sino también la seriedad, la responsabilidad en el trabajo y el respeto para las cosas de Dios. Su taller era una escuela y un templo. Puso un letrero que decía: «Se prohíbe decir malas palabras». Una vez que un cliente se permitió una palabrota, Salvador le llamó la atención. El otro reaccionó diciendo: «No estamos en una iglesia»; a lo que el dueño del taller contestó. «Pero estamos en mi casa».

Un verdadero cristiano

Antes de irse a trabajar, Salvador siempre pasaba por la iglesia del Calvario para una visita al Santísimo Sacramento. Pertenecía a la Adoración Nocturna, y se llevaba al hijo mayor. A veces pasaba toda la noche en adoración. Era muy devoto de la Divina Providencia y del Sagrado Corazón, y en las dificultades invocaba al Espíritu Santo.

Al principio de la Cuaresma -recuerda su hija Dolores- nos repartía unos papelitos en donde estaban escritos los pequeños sacrificios que nos comprometíamos hacer durante ese tiempo. El mismo, por la mañana de los días de Cuaresma, tomaba solamente un

poco de café y se iba a trabajar. El Jueves Santo era para él la fiesta más grande del año; en aquel día todos estrenábamos zapatos, vestidos. Con toda la familia asistíamos a los oficios litúrgicos, y el Jueves Santo, después de la misa de la Cena del Señor, todos íbamos a cenar en casa de los abuelos Isaac y Florencia. Más tarde, en la noche, salíamos a visitar los «monumentos

Otras grandes fiestas eran el 1º y 2 de noviembre, la Navidad y Fin de Año. Una Navidad -cuenta la hija Guadalupe- nuestro papá estaba triste porque no tenía dinero para comprarnos los regalos. Era un 24 de diciembre y por la tarde tocaron a la puerta. Era un cliente que iba a pagar un trabajo, hecho ya hacía mucho tiempo y del que nuestro padre ya no se acordaba. «El Niño Dios nos ha traído este dinero», nos dijo, y salió a comprar nuestros juguetes.

El nos inculcaba la piedad -testimonia la hija Dolores- más con el ejemplo que con la palabra. Nunca decía: «Vayan a confesarse», sino que él iba adelante primero y todos lo seguíamos a confesarnos y a comulgar. Hacíamos todos los años los ejercicios espirituales en san Miguel y los predicaba el padre Camacho que fue por largo tiempo confesor y director espiritual de nuestra madre.

Cuántas veces yendo yo en coche con él -recuerda su hijo Salvador- mi padre se detenía frente a una iglesia diciéndome: «Vamos a visitar a Nuestro Señor unos minutos». Y en la iglesia me sugería al oído que le pidiera al Señor que me hiciera sabio, santo y humilde.

Una cosa que parece una extrañeza nos cuenta su hijo Francisco: Mi padre no quiso nunca que nosotros fuéramos acólitos por miedo que, conociendo los defectos de los sacerdotes, viniera a menos en nosotros el respeto por los ministros de Dios y porque -decía- los sacristanes y monaguillos son los que menos respeto tienen al Santísimo Sacramento.

Me acuerdo -testimonia la hija Isabel- que mi padre rezaba la oración antes de la comida. Solíamos decir:

«Divina Providencia, Te pido a cada instante y momento que nunca nos falte casa, vestido, trabajo y sustento», y exigía que todos estuviéramos presentes en las tres comidas.

«Nos van a fusilar»

El 1º de abril de 1927, como ya relatamos en el breve bosquejo del licenciado Anacleto González Flores, fueron fusilados el «Maestro», los dos hermanos Vargas y Luis Padilla. La tarde de aquel día Ezequiel Huerta fue a la casa de su hermano Salvador para comentar el triste suceso. Hablaron también de la intensificación de las búsquedas en casas particulares

por parte de la policía. Ezequiel, más emotivo que Salvador, parecía un poco preocupado por la situación. «No te apures -le dijo Salvador-, si nos quieren matar, pues que nos maten».

Por prudencia, los dos hermanos decidieron que por lo pronto lo más importante era poner a salvo a sus dos muchachos, Manuel y Salvador, que acababan de llegar del frente para una visita a la familia. En efecto, en la madrugada del sábado 2 de abril, la señora Adelina con su hijo Salvador y su sobrino Manuel, la hija mayor María y el niño Eduardo de apenas once meses, salieron rumbo a Magdalena para que los dos muchachos tomaran en La Quemada el tren del Pacífico rumbo a Estados Unidos.

Me acuerdo -cuenta su hijo Salvador- que se le insistió mucho a mi padre para que fuera él quien nos llevara en automóvil para que él se salvara, pues sabíamos que también a él lo buscaban. Sin embargo mi padre no quiso ponerse a salvo, porque decía que los caminos estaban muy vigilados y viendo puros hombres en el carro, peligrarían todos; por eso, como hombre prudente, prefirió mandar a dos mujeres y en sus brazos a un niño de once meses.

Aquella misma mañana, sábado 2 de abril, a las ocho, Salvador Huerta fue como siempre a su taller. A eso de las diez, llegaron unos señores de la policía secreta y le dijeron:

-Maestro, dice el jefe que vaya usted a arreglar un carro a la comandancia de policía.

A Salvador enseguida le vino un triste presentimiento: «Tal vez ha llegado mi hora». Sin descubrir su emoción, les contestó:

- Tráiganlo aquí, por favor, donde tengo todas las herramientas.

- No, no es posible, maestro. Es necesario que venga usted.

Sin perder su habitual serenidad, recogió sus herramientas y se encaminaron hacia la comisaria. Nada más pasó la puerta y lo empujaron hacia la oficina del jefe.

Le preguntaron sobre sus dos hermanos curas, el paradero del arzobispo, a quien varias veces Salvador había tenido la dicha de convidar en su casa y sobre el movimiento cristero. La única respuesta fue el silencio. Fue torturado y después echado al calabozo en donde se encontró con su hermano Ezequiel.

Aquella misma mañana, unos agentes del Servicio Secreto se habían metido en la casa de Salvador, y bajo los ojos espantados de los niños Lupita, Gabriel, Dolores, Isabel, Antonio y Francisco, revolvieron todo.

Buscaban armas y propaganda subversiva. En el escritorio del tío sacerdote, el padre Eduardo, encontraron rosarios y artículos religiosos, y también un revólver que el hijo Manuel había dejado en el último momento antes de salir. «¿Qué es esto?», preguntó el oficial. «Bueno, ¿quién no tiene en casa un arma para defenderse de los ladrones?», contestó la mayor. «¡Ah, sí?», replicó el jefe. «Y aquí, ¿qué está escrito?» Efectivamente en el puño del arma estaba escrito: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros», palabras emblemáticas de los cristeros.

Antes de marcharse, le dijeron a Lupita, de dieciséis años y que estaba entonces al frente de la familia, que llevara la comida a su padre que estaba en la jefatura de policía. Lupita preparó enseguida un canastito y mandó a su hermano Gabriel, de catorce años, a llevárselo a su papá. Sin embargo, sabemos del mismo muchacho que allá le quitaron el canastito y lo tuvieron encerrado hasta la noche, sin darle razón de su padre. Solamente pasando delante de la celda de su padre, oyó una voz que le dijo: «Gabriel, ¿tu madre ya regreso?»

Aquella noche del sábado 2 de abril, una celda húmeda y maloliente hospedó a los dos hermanos Ezequiel y Salvador. Un sudor frío invadía los cuerpos torturados. De improviso, entraron dos guardias que los invitaron a levantarse y a seguirlos.

Sobreponiéndose a sus heridas, los dos hermanos salieron y se subieron a la «julía», que arrancó rumbo al Panteón de Mezquitán. Bajaron y caminaron hacia la derecha del cementerio donde estaba un paredón.

Bellas fueron las palabras de los dos hermanos mártires, recogidas por el sepulturero Casimiro Rodríguez que las refirió a los familiares:

Ezequiel, volteándose a su hermano, le dijo:

-Les perdonamos, ¿verdad? -y su voz fue apagada por la descarga de los fusiles.

Salvador, entonces, descubriéndose e inclinándose ante Ezequiel ya caído, dijo con solemnidad:

-Me descubro ante ti, hermano, porque eres ya un mártir.

Luego, tomando la vela de la mano del sepulturero que era la única que iluminaba esa escena de infierno y paraíso, e iluminando con ella su rostro, se descubrió el pecho y con voz firme dijo al pelotón:

-Les pongo esta vela en mi pecho para que no fallen ante este corazón, dispuesto a morir por Cristo.

Una nueva descarga apagó sus últimas palabras.

La Divina Providencia, si existe!

El lunes 4 de abril, el periódico *Excelsior* presentó la noticia del fusilamiento de los hermanos Huerta,

protestando porque «sin juicio alguno, sin investigación, sin derecho de defensa, se habían eliminado a dos ciudadanos ejemplares, muertos sólo por la orden de quien soberbiamente ejerce el poder».

La Providencia Divina se derramó espléndidamente sobre los numerosos huérfanos. Muchas personas fueron a visitar a las dos familias Huerta, no sólo para darles el pésame y las felicitaciones por los dos mártires, sino también para llevarles alimentos y ropa, mientras que diferentes ordenes religiosas, como los jesuitas, los salesianos y las salesianas, les brindaron a los huérfanos becas de estudio en los centros que aún podían estar abiertos. Los hijos y los nietos de las dos familias Huerta García y Huerta Jiménez crecieron y se situaron muy bien en la vida con espléndidas carreras de medicina, ingeniería, contaduría, música, sin contar los religiosos y las religiosas.

6. ANACLETO GONZÁLEZ FLORES

(1888-1927)

Un muchacho con futuro

Anacleto González Flores **nació en Tepatitlán**, Jalisco, el 13 de julio de 1888, cuando la Iglesia seguía perseguida por el fanatismo de la masonería; gobernaba la nación don Porfirio Díaz, ya en su segunda reelección y don Ramón Corona era el gobernador de Jalisco.



Anacleto fue llevado al registro civil el 14 de julio. Sus padres fueron Valentín González, de veinticinco años de edad, de oficio rebocero y María Flores de veinte años. Ese mismo día fue bautizado en la iglesia parroquial de Tepatitlán.

La niñez de Anacleto transcurrió en extrema pobreza, en un medio sin tradición y sin horizontes. Todo lo empujaba a una vida estéril y oscura. Pero una acción directa de Dios le había dotado de una gran riqueza personal.

Don Valentín le inculcó a Anacleto y a sus nueve hermanos el patriotismo y les hizo aprender de memoria un discurso que recitaban el 15 de septiembre, como preámbulo del «grito», en el que daban la bien-

venida al cura Hidalgo, resaltaban el hecho de que él había destruido el yugo de la esclavitud y comparaban la lucha de Independencia con la que se debía seguir para acabar con el caciquismo.

Conforme la familia crecía, el ingreso aumentaba y la miseria se alejaba poco a poco. Anacleto y dos de sus hermanos ganaron su primer dinero tocando en la banda de música del pueblo.

Desde pequeño asistió a la escuela y a la doctrina. El maestro dejó gratos recuerdos en Anacleto, además de que le transmitió sus ideas liberales.

Era valiente y atrevido y dirigía las pandillas más aguerridas y numerosas. Tenía una gran capacidad de mando a pesar de su figura enclenque y desgarrada. Inspiraba respeto y se hacía obedecer. Tenía un corazón rebelde y noble y no permitía que nadie se aprovechara de los débiles.

Deseo de estudiar

Adquirió la cultura en letras de la lectura de los periódicos y de la escuela. Uno de sus más ardientes deseos era estudiar.

Cierto día, un misionero de Guadalajara fue invitado a dar una misión en Tepatitlán. Anacleto acudió, como todo el vecindario católico, por su afición de oír a los oradores, no sólo por seguir la corriente. Al salir, era otro hombre. Cayó en la cuenta de la seriedad de la vida. Se hizo reflexivo y piadoso y sin dejar su alegría, propia de su carácter, resolvió hacer algo que valiese la pena por Dios y por la patria.

Los domingos, antes de la serenata, reunía a los chicos del pueblo, los llevaba a pasear a las afueras y al mismo tiempo les enseñaba el catecismo. Algún rico del pueblo notó los nuevos rumbos del muchacho rebocero y le propuso llevarlo al seminario y costearle todos los gastos de sus estudios. Y así fue como en 1908, cuando Anacleto tenía ya veinte años, **ingresó al Seminario de San Juan de los Lagos** no para hacerse sacerdote, sino para convertirse en apóstol seglar culto.

Se aplicó al estudio con gran tenacidad al grado de que después de tres meses podía sostener una conversación en latín con su profesor y, al año siguiente, ya podía sustituir a algún maestro que tenía que estar ausente de alguna clase. Fue entonces cuando sus compañeros le pusieron el sobrenombre que se le quedó para siempre de «Maistro».

Del Seminario de San Juan de los Lagos pasó a estudiar la preparatoria a Guadalajara, siempre protegido por sus amigos, que observando sus buenas calificaciones veían en él una espléndida promesa para

la patria. En 1913 se matriculó en la Escuela Libre de Leyes de la capital tapatía.

Cuando tuvo bastantes conocimientos comenzó a dar clases de historia y de apologética en algunos colegios particulares y, al cubrir sus necesidades con el dinero que ganaba, les dio las gracias a sus protectores, ya que en adelante se bastaría a sí mismo.

Hizo su arribo a la capital en compañía de un grupo de alteños, la mayoría originarios de Jalostotitlán, cuya misión era continuar sus estudios. Luchaban juntos a brazo partido contra la miseria.

Anacleto González Flores fue un profundo enamorado. La guitarra fue el instrumento que siempre calmó sus pesadillas. Metódico en todos sus actos, se recuerda que una sola vez bebió, pero después lo encontraron en un pasaje solitario orando y con los brazos extendidos al cielo.

Con gran penuria, iniciaba una etapa de lucha en la escuela de jurisprudencia. Sus alumnos encontraron en él a un formador en la lucha por la vida, quien los acostumbraba a hablar fuerte, pisar recio y mirar de frente para hacerlos muy hombres.

La enseñanza de la oratoria estuvo en primer término, y obligaba a sus alumnos a expresarse con fluidez, así fuera el relato de un pasaje de la vida cotidiana. Cuando fueron cerradas las escuelas católicas, el «Maistro» se vio precisado a trabajar como panadero, capataz de obras, «pues el hambre aprieta y la situación es cada día más difícil». Aunque se prohíbe todo tipo de enseñanza religiosa, forma grupos doctrinales. Atrae a la chiquillería con un fonógrafo que compró en abonos.

Calmada la furia persecutoria siguió su profesión de maestro y también su carrera de abogado. Su ascenso intelectual le permitió el contacto con las más altas personalidades del mundo católico, sin que esto lo apartara de las organizaciones obreras. Fue un gran defensor del obrero, como obrero que había sido él. Los instó a organizarse dejando a un lado la bandera del odio y a elegir la única renovación que puede ser fundamento sólido del orden social: el amor al prójimo, imposible sin Cristo, el verdadero obrero que rompió con su martirio todos los despotismos.

Defendió los principios del sindicalismo. Consideró que el estudio colectivo y el poder de la prensa son los mejores elementos de progreso. Formó círculos de estudio de sociología, filosofía y literatura.

Con la palabra y la pluma

Llegó a ser un orador insuperable. Cuando a Manuel Ugarte, hispanista argentino, le preguntaron acer-

ca de Anacleto González Flores, dijo que este joven mexicano de humilde cuna llegaría a ser una gloria de la oratoria en México. Su palabra arrebató a las multitudes. Su vida era fiel a su palabra, por eso el pueblo lo seguía al ver en él al renovador de la sociedad mexicana.

Aquel hombre era humilde. Era tal su sencillez, que al margen de su artículo periodístico escribía al director del diario: «Quite lo que sobre, aderece lo que guste, modifique con su buen sentido en orden al mejor resultado».

Era enemigo de la violencia aunque no de la protesta airada. No tuvo miedo a las balas. Sin embargo, su pasión se concentraba en la palabra y en la pluma. Le repugnaba la falta de organización, de energía y de unidad. Con frecuencia exclamaba: «Hay jóvenes, lo que falta es juventud».

Su inteligencia, ávida de saber, se nutrió en pobreza y detestó las vanidades. Sus más cercanos maestros de teología y filosofía fueron santo Tomás y san Agustín. En oratoria sus maestros fueron Demóstenes, Cicerón, Virgilio, Horacio y Ovidio. La literatura griega y latina fueron su pasión.

El estilo de su oratoria fue comparado con el de Jesús Urueta y su fama traspasó nuestras fronteras. La obra de Bossuet, *El conocimiento de Dios y de sí mismo* lo empapó de conocimientos, así como los discursos del padre Lacordaire. Multitud de oradores y de escritores fueron cuidadosamente estudiados y seguidos por él. No tenía biblioteca. Era dueño de una poderosa facultad de síntesis y de retención. Sus amigos estudiosos de la época eran sus proveedores de libros. Le bastaba una semana para leer el libro más voluminoso y conocer a fondo su contenido y repetir textualmente citas y pasajes importantes.

La entrega más completa y los sacrificios más dolorosos, hechos con entusiasmo y convicción, fueron la fuente de su energía humana. Todo en él era una oración atenta y cálida.

Nunca se interrumpió el diálogo deslumbrante entre Dios y él, tendida su alma al infinito en perpetuo dar y recibir.

Atleta de Cristo

Su celo apostólico encontró un cauce más amplio al nacer la ACJM en Guadalajara. Allí puso en práctica todos sus conocimientos y sus dotes oratorias.

A fines de 1922, Anacleto tomó parte muy activa, como coordinador en el Primer Congreso Nacional Obrero Católico celebrado en Guadalajara. Se organizó la Confederación Nacional Católica del Trabajo que en poco tiempo se extendió por toda la nación.

Es indescriptible la infatigable labor de este «atleta de Jesucristo», llevada con denodado entusiasmo y esfuerzo dignos de la causa que defendía; unas veces exhortaba a la lucha cívica, otras reprochaba la apatía de los tibios; otras más atacaba al enemigo con la fuerza de su lógica implacable en defensa de los derechos sagrados del pueblo.

En febrero de 1922 llegó al final de la carrera de licenciado en derecho «para defender a la patria y a la religión». Sus compañeros lo felicitaron por su carrera y él contestó modestamente: «¿Mi carrera?, ¡pero si lo mío fueron puros saltos!» Ocho meses después formó un nuevo hogar.

Para seguir una línea de rectitud y de pobreza ingresó a la Tercera Orden Franciscana y siguió al pie de la letra todos los preceptos del Santo de Asís.

Al dictarse las leyes persecutorias de 1917, la ACJM realizó una titánica obra de protesta. Muchos acejotaemeros sufrieron cárcel y tortura. En la enorme manifestación del 22 de agosto, el «Maestro Cleto» fue el orador. El aspecto que presentaban las ciudades era triste y desolador, en todos los hogares ondeaban los crespones de luto en señal de protesta. Los templos se cerraron y se invitó a la gente para que se privara de paseos de todo tipo.

La cuestión religiosa en Jalisco fue la obra de Anacleto redactada en las propias trincheras; es una obra filosófica enmarcada en la historia de nuestra Constitución. Hace una exposición de todas las revoluciones y de sus causas. Pinta la Revolución en sus hombres, en sus hechos, en sus catástrofes y en sus locuras.

La causa libertaria entusiasmaba al maestro; parecía transfigurarse en sus exposiciones hondas y apasionadas y su enorme elocuencia y enérgica expresión convencían y entusiasmaban a las multitudes.

La defensa de los humildes le apasionaba. La voz austera del deber lo llamaba continuamente. Percibió el peligro en que se encontraba la Iglesia y se lanzó a defenderla sin reservas. A ello se consagró en cuerpo y alma en todos los campos a su alcance: primero el Partido Católico, luego la ACJM, la Unión Popular de Jalisco, la «Liga», la «U» y los círculos de oratoria y estudio.

El plebiscito de los mártires

Su bellísima obra, *El plebiscito de los mártires*, nos ofrece su percepción de los ultrajados derechos de la Iglesia y del pueblo mexicano:

«Nos hallamos en presencia de un inesperado erizamiento de conciencias y voluntades. Nunca creí-

mos que el vértigo de las ideas y de las palabras fuera superado en unos cuantos días por el vértigo de los acontecimientos.

Porque durante más de medio siglo todo se había conjurado contra la fe y contra nuestra historia. Plumas, espadas, claustros, togas, escuelas, parlamentos, tribunas y cátedras, bajo la carga del odio satánico, bajaron hasta la médula de nuestra vida nacional, para buscar ansiosamente a Cristo y repetir letra a letra las páginas del evangelio -la persecución, el tránsito del Calvario, el descoyuntamiento, la muerte y el enterramiento del Maestro- y quedar seguros y tranquilos, por haber podido acabar hasta con el recuerdo de Jesús».

Su oratoria contundente, forjada a base de tesonero estudio, nació de grandes reglas fijas para alcanzar la perfección. Había aprendido en las páginas de la historia del mundo, que la juventud es arca de esperanzas y de ilusiones y a ella consagró sus esfuerzos.

«La juventud es un tesoro inapreciable. Este pensamiento de sentido ya gastado por el uso y por el tiempo tiene, en estos instantes, un alcance excepcional para nuestro país. Porque la enfermedad más seria y más grave que padece nuestra sociedad consiste en que ha perdido su juventud y la ha perdido en el sentido más alto y más noble de la palabra. Porque la juventud no solamente consiste en una verdadera etapa circunscrita por el tiempo, sino también por la actitud moral que se caracteriza por una fuerte y viva confianza en la realización plena del bien y de la verdad».

Otra de las grandes preocupaciones de González Flores fue el interés por llegar al fondo de cualquier tema por arduo y desalentador que fuera. Todo en defensa del pueblo que se adormece en la ignorancia.

«Porque está fatigosamente encorvado sobre los surcos, sobre todos los yunques, sobre todas las herramientas, dentro de todas las fábricas. Porque la única política es la del trabajo. Los atenienses y los romanos tenían tiempo para presentarse en los comicios a dar su voto y su opinión. Nuestro pueblo no tiene tiempo.

La única participación efectiva que se le ha dejado en la política es esa: trabajar, trabajar -con los ojos abiertos por el insomnio y con los brazos fatigados por el martillo- para hacer su pan y para saciar el hambre devoradora de los políticos.

Ellos, los políticos, no saben más que inventar impuestos para decretarse dietas exorbitantes, para hacer sus maniobras, para comprar prensa y adeptos. El pueblo apenas tiene tiempo para sembrar; para que

los políticos reciban la cosecha sagrada e inmensa, regada por el sol. El plebiscito resulta imposible».

Se preocupó hondamente por la unificación que da fuerza y poderío sin la cual el boicot no daría resultado. Por eso constantemente insistía al pueblo para que se unificara, para nunca tener que recurrir a la violencia. Aunque a veces se desanimaba y afirmaba que el catolicismo de los mexicanos es de verdaderos paralíticos por su incapacidad para hacer algo permanente, serio y tenaz, para abrirles paso a las ideas y hacerlas que alcancen el triunfo.

Hace en el «plebiscito» un examen cuidadoso y divide a dichos paralíticos en dos clases: *«Los católicos que sufren una parálisis total, porque se limitan a creer las verdades fundamentales y jamás han hecho ni hacen nada serio en relación con sus ideas, a no ser actos rutinarios de culto; y los paralíticos que se han quedado en éxtasis delante de sus devocionarios y que nunca hacen ni han hecho nada por sus principios para que Cristo vuelva a ser el Señor de todo: de la prensa, de la escuela, del libro, de la calle, de la plaza...»*

Y claro está que cuando una doctrina no tiene más que paralíticos se tiene que estancar, se tiene que batir en retirada delante de las recias batallas de la vida pública y social.

Y ha llegado el instante en que sobre la frente de cada paralítico, sobre los músculos agotados y estirados por la parálisis de nuestros católicos, pase vibrante, como ráfaga de viento que desciende de las cumbres hasta la arena del desierto a poner en marcha sus caravanas, el grito que es el evangelio, el símbolo de todas las resurrecciones, el comienzo de todas las batallas y el anuncio de todas las victorias».

Anacleto escribe también sobre el revolucionario:

«Gritaron a más no poder contra los ricos, y lo primero que han hecho es enriquecerse; gritaron contra la imposición y lo primero que han hecho es imponerse; gritaron contra la violación del voto y lo primero que hicieron fue burlar el voto; gritaron contra la tiranía de la palabra y lo primero que han hecho es amordazar; gritaron contra la propiedad y lo primero que han hecho es acumular cuanto han podido; gritaron contra la reelección y lo primero que han hecho es prepararse para reelegirse; gritaron contra los desmanes de los grandes y pequeños caciques y no han hecho otra cosa que poblar el país de grandes y pequeños caciques».

González Flores también combatió la escuela laica:

«... el contacto con la escuela laica, con los textos, con los alumnos, con los profesores, contrarrestan todos los esfuerzos que se hacen en el templo, en el hogar y en cualquier parte para orientar a la niñez y a la juventud hacia Dios...».

El 1925 dicta Calles la Ley de Adiciones al Código Penal, ley persecutoria e inhumana donde se vierte todo el odio que tiene contra la Iglesia.

Antes que la ley fuera aplicada, se formó por seculares de reconocida preparación y valentía, la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, con el propósito de defender por todos los medios lícitos los derechos de la familia, de propiedad, educación y especialmente la libertad religiosa. La Liga ejerció acción cívica, religiosa, social y eventualmente la acción militar.

La Unión Popular

En Guadalajara se formó el Partido de la Unión Popular y por votación aplastante se nombró jefe al licenciado Anacleto González Flores y como secretario al valeroso acejotaemero Luis Padilla.

Las convicciones del jefe fueron firmes y precisas, plasmadas en las siguientes máximas:

1. *«Fuera de jurisdicción no hay autoridad».*
2. *«La disciplina debe estar al servicio de la causa y no de las envidias».*
3. *«Todas las virtudes son vicios en sus extremos, así la obediencia; su exceso fomenta el formulismo».*
4. *«Nadie tiene derecho a prohibir el bien».*
5. *«Despojar de iniciativa a nuestros jefes es impedir la formación de los grupos inferiores de defensa, y descargarlos de su responsabilidad equivale a coartar la educación social».*

Creó «Gladium», un nuevo semanario que se distribuía en los diferentes centros de acción. Allí fungió como escritor, impresor y también distribuidor en las puertas de los templos y domicilios particulares, y afirmaba:

«Estamos en vísperas de un infame e inmenso emparedamiento: la Secretaría de Gobernación acaba de consignar a todos los príncipes de la Iglesia... Y el país es una cárcel para la Iglesia Católica... para ser lógica, la Revolución debe consignar a la nación entera... y entonces tendrá que abrir una cárcel para cada hogar, y faltarán puños de verdugos para atar manos de esclavos y cortar cabezas de mártires.

Nunca nos preocupó defender nuestros intereses materiales, porque estos van y vienen; pero los intereses espirituales, esos sí los defendemos, porque son

necesarios para obtener la salvación... No podíamos aceptar que los templos fueran profanados... no podíamos permitir que nos desterraran a nuestros preladados y sacerdotes que bautizan a nuestros hijos, nos dan el Pan Eucarístico y en la hora de la muerte nos auxilian con los sacramentos para alcanzar la vida eterna».

Por «perturbador y disidente de la ley» fue preso en innumerables ocasiones, pero salía con nuevos bríos.

Al llegar el aciago mes de agosto de 1926, fecha en que se determinó la suspensión de cultos, al grito de «¡Dios se va!», planteó las tres actitudes fundamentales de guardia: luto, penitencia y no cooperación. Austeridad en la vida, oración en la conducta, inercia en la economía.

El pueblo, organizado en manzanas y sectores, siguiendo el ejemplo de su jefe durante meses vivió en medio del recogimiento y de la modestia. Se acabaron los lujos, los viajes en carruaje y los antojitos.

Gozoso de sus conquistas escribía:

«El boicot es la llave con que forzaremos el paso a la libertad. Todo el que sabe sufrir puede ser libre... Las fuentes de producción son la gallina que pone los huevos de oro con que los verdugos pagan soldados y compran bayonetas... El gobierno ha declarado a la Iglesia una lucha implacable, radical, a muerte. Pero nuestro boicot se funda sobre esta base inconvencible: Dios sobre todas las cosas, Dios sobre el hambre, sobre la sed, sobre todo».

Como el periódico no basta, forma un cuerpo de oradores de la Unión Popular y diariamente la ciudad escucha decenas de conferencias. Hay jóvenes que hablan hasta diez veces en un día.

La cooperación femenina

Otra de las organizaciones de González Flores fueron las brigadas femeninas «Santa Juana de Arco». El resultado fue espléndido: bandadas de señoritas enlutadas se apostaban en los cines, en los mercados, en los almacenes de lujo para apoyar el boicot. Con su vibrante oratoria, Anacleto contradecía los escrúpulos de los que criticaban la actitud de «muchachas tan decentes».

Eran sus últimos discursos en octubre de 1926. La abstinencia resultaba cada día más floja. ¿Para qué tanto boicot? ¿Cuándo acabaremos así con el gobierno? Para resolver los agravios no encontraron otro medio que la lucha de las armas.

Anacleto no estaba de acuerdo con la lucha armada. Insistía en ganar la batalla sin derramamiento de sangre. Insistía también en que con la fuerza moral bastaba.

Tuvo que desistir al ver la pastoral del arzobispo de Durango. El grito de rebeldía resonó en todos los ámbitos, después del sacrílego atentado ocurrido en el Santuario de Guadalupe.

De entre lo más valioso de la juventud surgieron los «generales» que salieron a la lucha en la región de Los Altos, en el sur de Jalisco y en los estados de Michoacán y Colima.

A su vez las damas jaliscienses desempeñaron un papel de primerísima importancia, al llevar dinero, parque y víveres a los rebeldes en campaña hasta el sitio donde se encontraban.

Muchas fueron aprehendidas y martirizadas y otras murieron. Algunas adquirieron grado militar.

Holocausto

Anacleto anhelaba el martirio. Oraba durante largas horas puesto de rodillas y con los brazos extendidos. Necesitaba fortalecerse para «el día del voto». Comulgaba diariamente.

En varias ocasiones expresó, que si Dios le concedía «la gracia del voto», se cumplirían sus más caros deseos. Decía que en la democracia de los mártires se vota con sangre en contraposición a la manera de la democracia de los comicios, del escamoteo de los números. *«Hoy votaremos con vidas y con la vida».*

Su entrega al martirio es completa, sin límites, sin condiciones, sólo desea unirse al voto de los mártires. - ¿Dónde está el obispo, dínos dónde están las curas? - No lo sé y si lo supiera no se lo diría -replica-.

Los tormentos atroces no se hicieron esperar. Primero fue suspendido de los dedos pulgares hasta desencajarlos y luego fue azotado sin misericordia. Le destrozaron la boca y la dentadura a culatazos de máuser. Pero el secreto no salió de sus labios. Le fueron desolladas las plantas de los pies y las palmas de las manos, la sangre le brotó a raudales. Con esta sangre escribe en el cemento: «Viva Cristo Rey, muero por Cristo».

Antes de ser conducido al paredón habló sobre la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la legitimidad de la Santa Iglesia. Los soldados lo escuchaban en silencio.

Fueron fusilados junto con él los jóvenes Jorge y Ramón Vargas González y Luis Padilla.

Eran las 3 de la tarde del viernes 1º de abril de 1927.

Apenas habían terminado el acto de contrición, una descarga cerrada cortó la vida de los dos Vargas.

Padilla, aún orando de rodillas, cayó bañado en sangre.

Anacleto, aún de pie, con voz serena y fuerte, se dirigió al general Ferreira, que presenciaba la tragedia:

- General, perdono a usted de corazón; muy pronto nos veremos ante el tribunal divino, el mismo juez que me va a juzgar será su juez; entonces tendrá usted un intercesor en mí con Dios.

Los soldados no se atrevían a descargar sobre él sus armas. Entonces el general hizo una señal al capitán de la patrulla, y éste le hundió un marrazo en el pecho, y al caer ya, los soldados descargaron todas sus armas sobre Anacleto.

Todavía pudo semi incorporarse para gritar:

- «Por segunda vez oigan las Américas este grito: Yo muero, pero Dios no muere. ¡Viva Cristo Rey!»

Y calló para siempre... en la tierra, para comenzar sus cánticos de gloria en el cielo.

Florentina Villalobos de Pineda

Un testimonio precioso

Es del **Padre José Guadalupe Navarro Rivas**, quien fuera párroco en San Juan de los Lagos y vive ahora jubilado en la parroquia de Nuestra Señora de la Paz, avenida de La Paz.

«En 1926, al momento de cerrarse las iglesias, también se cerró el Seminario de Guadalajara. Yo tenía entonces dieciséis años, había terminado segundo de filosofía y tuve que salir a la fuerza y buscarme un trabajo en Guadalajara porque mi familia en Arandas era muy pobre».

Me acuerdo como si fuera hoy la figura del «Maestro» Anacleto González Flores que venía al seminario a hablarnos de la Acción Católica y de otros temas sociales; era muy ardoroso y convincente y nos entusiasma a todos.

Yo me quedé, pues, en Guadalajara, como cobrador de la agencia de bicicletas Hames, y me tocó a mí, el día en que fusilaron al «Maestro», llevarle una corona de flores por parte de mi patrón don Manuel Barragán, a la casa de la calle Garibaldi cerca de la Capilla de Jesús. Yo vi el ataúd y coloqué la corona contra la pared de la sala. Supe de la gran multitud de gente que estuvieron en los funerales, pero yo no pude presenciar porque tenía que trabajar».

Genio y figura de Guadalajara

En esta obra del maestro **Agustín Yáñez**, editada la primera vez en Guadalajara en 1941, el gran escritor jalisciense nos da un soberbio retrato del «Maestro» Anacleto González Flores, que no resistimos traerlo aquí, como testimonio y estima de nuestro mártir por parte de un autor liberal.

«Ojos de Fe, oídos de Esperanza, lengua de Caridad. Carrera de Fortaleza, quehacer de Justicia, vida de Templanza, matrimonio de Prudencia y Paciencia. Este hombre de cabeza magnífica, melena de bravo león, cara redibujada, espaciosa frente que se apoya en las cornisas de las cejas, boca de volcán; este hombre cargado de espaldas, erguido cuando habla y en momentos solemnes, jovial en compañía, ensimismado cuando a solas va por la calle como atlante meditabundo, vestido con decorosa humildad, amigo de zambras honestas, dueño de unos cuantos libros eternos y de una guitarra, esplendente la limpieza del moreno cutis, acentuado el aire de bohemio romántico, que sabe conjugar cierta invariable dulzura de las pupilas con miradas de fuego -penetrantes-, y melancolías de ensueño; este hombre que por modo tan natural esgrime los dichos del pueblo y las sentencias más insignes, engarza palabra del arroyo y vocablos de belleza coruscante, el gesto sencillo y el ademán procer, la carcajada plebeya y las más finas sonrisas, las canciones del campo, las melodías maestras y los himnos sagrados, porque ha sabido todas las miserias, ha padecido flaquezas y cárceles, ha intimado -en soberano abandono-, con genios y libros excelsos hasta hacerlos carne de su carne y sangre de su sentimiento; este hombre esencial, de voluntad sobrehumana, de pensamiento clásico, de atracción arrolladora; este hombre bueno, que no cura de los soberbios grandes del Estado, ha muerto: lo asesinaron pretorianamente.

Venido de pobre nacimiento con grandes trabajos, tuvo entre sus manos de orador -e iluminado-, el alma de la ciudad, como una masa dócil; sopló en ella conjuros de montaña y de mar, la puso en pie, la llevó de aquí para allá, la hizo llorar de rabias y devociones, la vistió de luto, la hizo conspirar y tomar el rifle, y a esto fue traído por voces misteriosas, pues de condición era manso y humilde.

Sábado 2 de abril de 1927, Guadalajara -en hombros-, tinta en sangre y estremecida, lo lleva a enterrar y aún los enemigos del caído se han conturbado y vienen a infundirle nueva vida, esta vida nueva de mitificación que jamás concluirá.

Ungido maestro, sigue siendo el «Maestro» Anacleto (re-llamado), el «Maestro» Cleto González Flores, ya por siempre albañil-arquitecto de la ciudad: recio y abundoso de palabras, acciones y facciones; grave, sereno en la actitud; varón. Su tránsito a la vida de omnipotencia es la última crisis mayor en la biografía de Guadalajara, plañidera y vestal del justo».

7.-LUISMAGAÑASERVIN

(1902-1928)

Arandas: «Tierra pobre, gente laboriosa»

Al entrar a la ciudad de Arandas, Jalisco, un letrado le da la bienvenida al visitante y se leen en grandes caracteres, cuatro palabras: «Tierra pobre, gente laboriosa».

Es uno de los municipios de Los Altos de Jalisco, tierras que pertenecieron al hidalgo español Andrés



de Villanueva quien a mediados del siglo XVII fundó la primera comunidad rural no exclusivamente de puros indígenas.

Espiritualmente, Arandas dependía de la arquidiócesis de Morelia y solamente en 1768 la Congregación de «Santa María de Guadalupe de las Arandas» fue declarada capellanía, con derecho a sacerdote «de pie y pila», es decir residente y con todos los derechos de un párroco.

La religiosidad de Los Altos de Jalisco es parte fundamental de su esencia y de su identidad por su fuerte adhesión a la religión católica y por su clero muy numeroso.

Al principio de la guerra cristera se encontraban en Arandas numerosas asociaciones religiosas: la Asociación Josefina, la ACJM, la Liga Católica, los Obreros Católicos, la Amiga de la Obrera, la Asociación Católica Social, la Adoración Nocturna.

El movimiento armado de los cristeros de los años 1926 a 1929 encontró en Arandas un terreno muy preparado. *«El gobierno -escribe el profesor arandense Alfonso Fonseca- no veía bien que la Iglesia Católica tuviera estructuras más firmes ni que agrupara a más gente que los sindicatos controlados oficialmente. Fue entonces, que se creó la Iglesia Ortodoxa Mexicana, dirigida por Ricardo Treviño, líder de la CROM».*

A consecuencia de la Ley Calles, con la que se le limitaba la libertad a la Iglesia, los campesinos de Los Altos se levantaron para defender a Cristo y a la Virgen de Guadalupe; en Arandas fueron encabezados por el

vicario de la parroquia, el sacerdote José Reyes Vega. El cura párroco de Arandas, **don Justino Ramos**, en su autobiografía describe así el inicio del levantamiento:

«El 9 de enero de 1927 tuvo lugar en Arandas el levantamiento de los llamados cristeros, encabezados por el presbítero José Reyes Vega, cosa que nos hizo ponernos en guardia y tomar muy serias precauciones en previsión de lo que pudiera seguir. La primera hazaña de los cristeros fue asaltar la presidencia y quemar todo el archivo, después de lo cual se retiraron al campo sin causar mayores males.

El 11 de enero entraron las fuerzas del gobierno y desde ese momento los sacerdotes quedamos todos vigilados, aunque seguimos ejerciendo nuestro ministerio en cuanto era posible, pero únicamente de noche y sirviéndonos de diversos disfraces. Permanecí en Arandas hasta el 22 de diciembre de 1927. En ese día encontré por la mañana una tarjetita que decía: «Conozco el sitio en que se sienta a pintar. Tengo la orden de aprehensión para usted y mañana a primera hora tengo que hacer el cateo. Le ruego que se salga inmediatamente. No me descubra. Castilla». Era un teniente con quien tenía cierta amistad. El día siguiente, 23, a las dos de la madrugada salí para la ciudad de León, Guanajuato».

Un muchacho tranquilo, piadoso y trabajador

Luis Magaña Servín nació en **Arandas** el 24 de agosto de 1902, hijo de don Raymundo Magaña Zúñiga y de María Concepción Servín, el mayor de otros dos hermanos: Delfino y José Soledad. Su padre era curtidor de pieles y le pasó el oficio a su hijo Luis.

La señora Hildelisa Arce, nuera de Luis, recuerda haber oído contar a su tía, María del Refugio Martínez Camarena, un detalle de Luis cuando era niño e iba a la doctrina. El señor cura había encargado a un pintor que le hiciera un cuadro de la Virgen del Refugio. Cuando se trató de pintar los ojos del niño en brazos de su madre, el pintor buscó modelo entre los niños del catecismo y escogió a Luis. El cuadro todavía se conserva en la iglesia parroquial de Santa María de Guadalupe, a la entrada, en la capilla de la izquierda.

Se recuerda a Luis como a un muchacho muy bueno, pacífico y muy trabajador. Vivía en la calle de Vallarta número 82. Cada mañana, cuando a las cinco tocaba la campana de la parroquia, estaba en pie para ir a misa, y luego al trabajo.

Luis, de muy joven, entró en la ACJM y en 1924 fue socio fundador de la Adoración Nocturna de Arandas, bajo la dirección del entonces párroco, el señor cura

Amando J. de Alba. Era conocido y apreciado por sus inquietudes sociales, impulsado por la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII.

Trabajaba con voluntad y generosidad en el taller de su padre, haciendo sus ahorros para el día de mañana, cuando formaría su familia. Testimonio de su laboriosidad y ahorro es un documento que guarda todavía la señora Hildelisa Arce de Magaña. Es una escritura de compra venta del 18 de mayo de 1925 con la cual Luis Magaña compra a la señora Adelaida Herrera viuda de Loza, una finca urbana en la calle de Aldama y la paga al contado con cuarenta pesos oro nacional. Luis no había cumplido aún los veintitrés años y era soltero.

El 6 de enero de 1926, Luis se casó con la señorita Elvira Camarena Méndez y formaron una familia verdaderamente cristiana. Tuvieron su primer hijo a quien le pusieron el nombre de Gilberto y luego una niña que nació después de la muerte de su padre y a quien la madre dio el nombre de María Luisa, en recuerdo de su padre.

Al estallar el conflicto cristero, Luis, hombre pacífico y hogareño, no se alistó como muchos de sus compañeros, pero los apoyó espiritual y materialmente, como hicieron la mayoría de los católicos de Arandas. Los cristeros necesitaban ropa, comida y dinero, y Luis les enviaba ayuda con un mensajero de mucha confianza, a quien le decían «Pancho la Muerte» y quien tenía un burro y era lechero. Sin embargo, Luis nunca empuñó un arma, nunca usó una pistola.

Un traje nuevo para el día del triunfo

Pero, eso sí: soñaba con el triunfo de Cristo Rey y de la Iglesia. Para esto se compró un traje nuevo para el día del triunfo, ya que estaba seguro que la causa de Dios tenía que triunfar.

El Gobierno del Estado pidió a los presidentes municipales de Los Altos una lista de las personas que andaban con los cristeros y dio orden de aprehensión para todos los sacerdotes. Además, para escarmiento de la gente, a los cristeros fusilados, se les colgaba en los eucaliptos al sur de la villa, a unos quinientos metros de la orilla de la barranca. Ahora sólo quedan tres viejos árboles.

Tal vez el nombre de Luis Magaña apareció en la lista de los que apoyaban a los cristeros. Lo cierto era que el grupo de jóvenes de la Acción Católica de Arandas se destacaba por su valentía y molestaba al general Zenón Martínez. El general decidió detener a Luis Magaña por ser uno de los más entusiastas sostenedores de la fe católica.

Luis había construido un subterráneo entre la casa de su padre, calle Vallarta número 82 y su nueva casa, número 84, en caso de peligro o allanamiento. Jesús les había dicho a sus discípulos: «Cuando los persigan en una ciudad, huyan a otra» (Mt 10,23).

Al no poder detener a Luis, porque estaba escondido, el general Martínez detuvo como rehén a su hermano Delfino.

Discípulo y copia de Cristo

A mediodía del 9 de febrero de 1928 se presentaron a la casa de don Raymundo Magaña dos soldados con la orden del general que si Luis no se presentaba antes de las cuatro, iban a fusilar a Delfino.

- ¿Qué hacemos, hijo? -le dijo el padre a Luis, después que se habían ido los guardias.

Luis era el mayor, estaba casado, tenía un hijo y esperaba otro, mientras que Delfino era todavía soltero; de allí la perplejidad del pobre don Raymundo.

- Vamos a tranquilizarnos, papá. Voy a ver yo con el general lo que pasa y a las cinco estaré aquí yo con Delfino. No te preocupes. Tú, mamá, por favor, caliéntame el agua, que me voy a bañar.

El generoso Luis pensó en la palabra del evangelio: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Jn. 15,13) y decidió en su corazón entregarse para liberar a su hermano. La única preocupación que atravesaba su mente era la de su esposa y sus hijos; pero para desbaratar esa preocupación también había una palabra muy clara en el evangelio: «Quien haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por el Reino de Dios, recibirá la vida eterna en el mundo venidero» (Lc. 18,29).

Se bañó, se rasuró y salió de su recámara con su flamante traje nuevo, como si fuera a una boda. Se sentó a la mesa y comió tranquilamente con sus padres y su esposa. Era su última comida con los suyos. Luego se levantó y con la sonrisa en los labios y la voz segura tranquilizó a los suyos, diciéndoles:

- No se preocupen, me mandarán preso a Guadalajara y cuando esto termine, aquí estaré otra vez con ustedes.

Después, poniéndose serio, el valiente y humilde soldado de Cristo se arrodilló delante de sus padres y les dijo:

- Denme su bendición, por caridad.

Se persignó devotamente, se levantó, les dio un fuerte abrazo a todos, se quedó unos segundos más estrechando a su pecho y besando al pequeño Gilberto de apenas diez meses y salió de su casa.

«¡A ver si eres tan valiente!»

Tomó la calle Juárez que baja hacia el centro del pueblo, torció a la derecha cruzando la plazuela delante de la iglesia que estaba cerrada, fue derecho a la puerta de la notaría, transformada entonces en cuartel de las fuerzas federales del general Martínez y se paró en el umbral en donde dos soldados hacían guardia.

- ¿Puedo hablar con el general Martínez? -preguntó-

Inmediatamente lo llevaron con el general.

- ¿Quién eres tú? -le preguntó con brusquedad el general cuando se vio delante de nuestro héroe-

- Mi general, yo soy Luis Magaña, a quien usted busca. El que ha sido detenido es mi hermano Delfino, y él no debe nada. Si me buscan a mí, dejen libre a mi hermano.

El general, al encontrarse con este soldado de Cristo, tan valiente y generoso, se le quedó mirando: un hombre original, vestido de fiesta, calmado y sereno como si se presentara a una premiación, con los ojos fijos en el general, sin parpadear.

El militar se levantó de su sillón, intercambió unas palabras con su teniente y luego, dirigiéndose a Luis, le dijo:

- Bien, jovencito, vamos a ver si de veras eres tan valiente como pareces.

Y volviéndose al teniente le ordenó:

- Teniente, suéltame al otro y fusíleme a éste de inmediato.

Eran las tres y media de la tarde. Las calles estaban desiertas. Unos soldados llevaron al preso al atrio del templo y lo pusieron al frente de la iglesia, a la izquierda del portal. Allí se formó el pelotón de fusilamiento.

El teniente, como de costumbre, sacó un pañuelo para vendarle los ojos a Luis, pero él tranquilo, le dijo:

- Gracias, mi teniente, no es necesario.

Este le preguntó si quería decir su última voluntad.

Luis miró al teniente, a los soldados y a algunas personas que se habían asomado para asistir a la ejecución. Entre ellas estaba la señora María Mercedes Torres, quien escuchó y refirió la solemne declaración que Luis hizo en aquel momento.

Con sus manos atadas atrás, Luis levantó la cara y con voz clara y fuerte dijo:

«Yo no he sido nunca ni cristero ni rebelde, como ustedes me acusan. Pero si de cristiano me acusan, si lo soy, y por eso estoy aquí para ser ejecutado. Soldados que me van a fusilar, quiero decirles que desde este

momento quedan perdonados y les prometo que al llegar ante la presencia de Dios, serán los primeros por los que yo pida. ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Santa María de Guadalupe!».

El teniente, al mismo tiempo que Luis iba aumentando la voz con el grito de ¡Viva Cristo Rey!, interpuso su orden:

- Preparen... Apunten... ¡Fuego!

Una fuerte detonación retumbó en el silencio trágico de esa tarde, resonando por todo el pueblo. Encerradas en sus casas, las mujeres se estremecieron, persignándose. En el hogar de Luis, sus padres y su esposa, al oír la rafaga, se miraron unos a otros estremecidos.

Era el 9 de febrero de 1928. El cadáver de Luis yacía inerte en el atrio del templo de Santa María de Guadalupe de Arandas, un santo más en el largo martirologio de la Iglesia mexicana.

Después de esto, el señor Raymundo, padre de Luis con otro familiar, tuvo la valentía de presentarse al general Martínez y pedirle el cuerpo de Luis. Envolvieron en una sábana el cuerpo del mártir y se lo llevaron a casa para ser velado. La madre tuvo la devota e inteligente idea de quitarle al hijo la camisa ensangrentada para guardarla religiosamente.

El cuerpo fue velado toda la noche y por la mañana temprano lo llevaron por el camino empedrado de la Colonia del Carmen al panteón municipal.

Las amigas de doña María Concepción, madre de Luis, le pidieron unos recuerdos de Luis, y la señora empezó a darles parte de la camisa ensangrentada. Ahora esa prenda con la sábana con la que se recogió el cadáver y una tejana de Luis se guardan en el seminario xaveriano de misiones, en un pequeño mueble cerca de los restos del mártir.

Por su parte, don Raymundo, después que pasó la ráfaga de la persecución, quiso recordar el acontecimiento poniendo una crucecita incrustada en la cantera de la fachada de la iglesia, en el lugar mismo donde Luis fue fusilado. En la última remodelación de la fachada del templo, se respetó piadosa e inteligentemente esa cruz de madera.

Un testigo fidedigno

Tenemos el valioso testimonio del sacerdote arandense, doctor don José **Guadalupe Navarro Rivas**.

Yo soy del año de 1910 y en 1926, cuando se cerró el Seminario de Guadalajara, tuve que salir a la fuerza y buscarme un trabajo en la ciudad para ayudar a mi familia que era muy pobre. Pero cuando mi padre se

murió tuve que regresar a Arandas para ayudar, siendo el mayor, a mi madre, a mi hermano Rubén y a dos hermanitas. Yo tuve que tomar el cargo de la venta de la mercería en el portal al lado de la iglesia parroquial.

Recuerdo muy bien cuando fusilaron a Luis Magaña en febrero de 1928. Yo tenía entonces dieciocho años y todo el día estaba en el puesto de venta. Yo estaba solo porque mi hermanito de nueve años, que me ayudaba de vez en cuando, estaba en la escuela. Vi entrar al atrio del templo a un piquete de seis soldados con un oficial, llevando a un preso. Lo colocaron a la izquierda de la puerta principal de la iglesia. Oí muy bien las palabras de orden: «Preparen... Apunten...» Oí perfectamente el grito recio de Luis: «Viva Cristo Rey», y en seguida el disparo de los fusiles.

En el portal de enfrente, llamado de Rafael Orozco, había gente curiosa que estaba mirando, y vi a un muchacho que se me pareció ser Chole (Soledad), el hermano de Luis, que se metía y se asomaba con frecuencia, como que quería ver y no ver.

Yo conocía muy bien a su papá, don Raymundo Magaña, ellos eran curtidores de pieles, y Luis pertenecía a la Adoración Nocturna, y eran muy buenos cristianos.

En aquel entonces la gente tenía bien clara la idea del martirio, y a lo que se exponían los cristeros. Tanto es verdad que mi pobre madre, que en paz descansa, doña Petra Rivas, que era muy cristera y llevaba ropa y alimento a los sublevados, me decía a mí: «Yo quiero a un hijo mártir. ¿Por qué no te vas con ellos?» Yo le respondía: «Mamá, yo no sirvo para eso ni se montar a caballo; basta con que yo sea confesor».

8.-MIGUEL GOMEZ LOZA

(1888-1928)

Un muchacho comprometido

El licenciado Miguel Gómez Loza fue un laico que dedicó su vida al servicio de Dios y de la Iglesia, hasta derramar su sangre, muriendo durante la lucha cristera. Fue, como se dice ahora, un «laico comprometido», un hombre que desde su juventud se sintió llamado



a defender los derechos de sus hermanos en todos los campos: en la política, en la lucha obrera, trabajando en la fundación de los primeros sindicatos, llevándoles la cultura, enseñándoles a conocer y defender sus derechos y sus deberes como personas humanas y como hijos de Dios.

Miguel nació en un pueblecito cercano a Tepetitlán el 11 de agosto de 1888, que entonces se llamaba **Paredones (hoy El Refugio)** y estaba habitado casi exclusivamente por la familia de los Loza. Petronilo, padre de Miguel, era un rancharo de carta cabal, de escasa cultura pero con una gran dosis de sentido común y apreciada lealtad. Doña Victorina, la madre, era una mujer de personalidad recia, gran valor ante la vida, profunda fe y espíritu de piedad. A los treinta y tres años quedó viuda con dos hijos: Elías de ocho años y Miguel de dos. No dejó morir ante sus hijos la imagen del padre, con cuyo ejemplo los educaba. Les infundió a sus hijos un gran amor a Dios «hasta dar la vida por El», como les repetía a menudo, un anhelo de superación en todos los órdenes y un gran deseo de ayudar a superarse a los demás.

Miguel tuvo desde niño un espíritu de piedad y grande amor a la Santísima Virgen en su advocación de «María, refugio de pecadores». Educado por su madre, se desarrollaron en Miguel dos grandes cualidades: la lealtad y la rectitud en todos sus actos, y el candor y la ingenuidad de su alma.

Primeras hazañas

Desde joven mostró un interés por las necesidades de los demás. Fundó una caja de ahorros que después se transformó en una cooperativa en la que se vendían desde prendas de vestir hasta catecismos. Habiendo terminado la primaria y al efectuarse un cambio político, por orden superior se cerró la escuela parroquial por enseñarse en ella la doctrina cristiana y se estableció la escuela oficial con obligación, bajo pena a los padres de familia, de mandar a sus hijos a ella. Cuando los profesores oficiales colocaron sobre la imagen de la Virgen de Guadalupe el retrato de Benito Juárez, Miguel, indignado, tomó el retrato y lo amarró a la cola de un caballo.

Esto le valió que el comisario lo aprehendiera y lo hiciera arrastrar varias cuadras amarrado de un caballo. El se sentía feliz de poder sufrir por Cristo. Miguel no pudo quedarse inactivo. Con permiso de su madre estableció frente a su casa una escuela particular con lo cual logró vaciar de alumnos la escuela oficial, por lo que los maestros se retiraron del pueblo, volviendo a funcionar la escuela parroquial.

Gracias a su petición, la sagrada mitra accedió a establecer en el pueblo un vicario fijo, lo cual solucio-

naba una necesidad que había venido creciendo en el pueblo. Fue también por insistencia de Miguel que su pueblo cambió su nombre de Paredones por el de El Refugio, porque la Santísima Virgen en esta advocación era la patrona muy querida por todos.

Llegó 1910 con su efervescencia política. Por primera vez, los católicos formaron el Partido Católico Nacional que llegó hasta los últimos pueblitos de la patria, entre ellos El Refugio. Miguel tomó parte muy activa en su organización. Como representante de su partido en las casillas, se dio cuenta del fraude electoral que se preparaba, de tal manera que él organizó a sus amigos para que se llevaran las urnas a fin de hacer el recuento legal. Por ello, los adversarios lo golpearon y lo ataron por las axilas a la silla de un caballo y lo arrastraron, dejándolo abandonado a las orillas del pueblo. Este incidente lo reafirmó en su resolución de estudiar leyes para defender con la fuerza del derecho los intereses de Dios y de la sociedad.

En 1913, su hermano Elías fue ordenado sacerdote y destinado como vicario a su pueblo natal, pudiendo así auxiliar a su madre y cumplir con su ministerio sacerdotal, enviando a Miguel, quien ya contaba con veinticinco años, a estudiar a Guadalajara, a pesar de la oposición de toda la familia. Al dejar su pueblo natal, el joven Gómez Loza contaba ya con un buen número de obras: una caja rural para rehabilitación de los campesinos, una sociedad cooperativa de consumo, una botica cooperativa y los círculos de estudio con que elevó el nivel cultural propio y de sus contemporáneos.

Desde los inicios de sus estudios, Miguel mostró decidido interés por defender los derechos del pueblo católico ante las imposiciones de las autoridades, y una gran inquietud social y política. A fin de encontrar más libertad de acción, Miguel pasó del seminario en donde empezó sus estudios a una escuela libre, en donde destacó como estudiante y amigo, a pesar de la diferencia de edad de sus compañeros.

Tiempos difíciles

En el año de 1914 la Revolución llegó a Guadalajara. Las fuerzas revolucionarias invadieron la ciudad, ocuparon el palacio episcopal, el seminario conciliar y todos los establecimientos educativos, que directa o indirectamente dependían de las autoridades eclesiásticas, así como los hospitales, asilos y aún casas particulares, haciendo de ellos cuarteles. Fueron expulsados del país todos los sacerdotes y religiosos extranjeros. Las religiosas fueron sacadas de sus conventos y seglarizadas. También las escuelas y universidades privadas fueron cerradas. Miguel y Anacleto

González Flores, su amigo desde la juventud, se reunían con otros estudiantes para formar círculos de estudio. Desde fines de 1913 existía la Unión Latino Americana con fines patrióticos antiyanquis; Anacleto ocupaba la jefatura y Miguel fungía como secretario general. En el Centro Democrático La Giralda, que es como se le llamó a la casa donde vivían Miguel y Anacleto, organizaban reuniones de jóvenes para estudiar el catecismo. Los círculos de estudios que iniciaron las escuelas iban creciendo y naciendo nuevos, fundados unos e impulsados otros por Miguel, con el fin de estudiar distintas materias: sociología, apologética, periodismo, comercio, literatura y filosofía.

En este año se inició en Guadalajara la organización fundada por el padre Bergoend de la Compañía de Jesús: la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), que vendría a escribir una página gloriosa en nuestra historia. Sus ideales coincidían con los círculos de estudio de Miguel y Anacleto, por lo cual se decidió constituir con ellos el centro regional de la ACJM.

En 1917 la nueva Constitución hacía impracticable el culto y la enseñanza religiosa. Asimismo, las leyes trataban de silenciar el periodismo católico. Todos estos acontecimientos enardecieron a la juventud, y cada círculo de estudio trató de expresar su pensamiento en distintas publicaciones. Miguel inició con *El Cruzado*, minúscula obra mensual donde se hizo cargo de la sección obrera. Anacleto inició el semanario *La Palabra* que llegó a ser baluarte de la prensa regional católica. Cuando algunas de estas publicaciones fueron acalladas por el gobierno, apareció *Gladium*. Y al negárseles el papel para publicar, lo hicieron en papel de china, de estraza o de lo que hubiera.

Por estos mismos años Miguel comienza a trabajar con los obreros en círculos de estudio especiales para ellos. Organiza, como lo hizo en su juventud, cajas populares, cooperativas de consumo, etcétera.

Como presidente de La Popular, Sociedad Cooperativa de R. L., organiza un Congreso Nacional de Trabajadores

Católicos de donde surgiría el Centro Regional Católico Obrero. Para 1920 dicha asociación cambia su nombre por el de Confederación Católica del Trabajo para que queden comprendidos los obreros de la industria, empleados de comercio y trabajadores agrícolas. Se instaura el seguro de maternidad y contra accidentes. Miguel, metido en estas lides obreras, oponía a las maquinaciones del gobierno por socializar y comunizar las centrales obreras toda su energía.

Numerosas veces fue encarcelado por arrancar de las paredes de la ciudad la propaganda comunista, muchas veces injuriosa y calumniosa contra la Iglesia. Organizaba mítines y manifestaciones de protesta cada vez que el gobierno implantaba nuevas medidas contra la Iglesia.

En 1921 los bolcheviques izaron la bandera rojinegra en la catedral tapatía como símbolo de su triunfo sobre el cristianismo. Miguel, abriéndose paso, logró llegar al pie del asta para desgarrar la bandera, lo cual le valió una paliza. Entre el tumulto y el pleito de los bolcheviques con los demás miembros de la ACJM, se alzó la voz de Miguel: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva México!

En 1922 presenta su examen profesional y su tesis, pero el reconocimiento de su título de abogado le fue negado por orden de José Guadalupe Zuno.

Hizo un viaje a El Refugio donde fue recibido como «hijo ilustre». Ahí, el vicario presbítero Matías Hernández le compuso unos versos que fueron una predicción. «No dudo que mañana con sangre selles la verdad».

Matrimonio y apostolado

En diciembre de este mismo año contrajo matrimonio con Guadalupe Sánchez Barragán. Pero el matrimonio no le quitó el ímpetu para su apostolado. Sin descuidar su trabajo y su familia, siguió ocupándose de todas sus obras sociales. Los encarcelamientos continuaron. Estando en Arandas a donde había ido a vivir, fue sacado por la fuerza militar y desterrado del estado de Jalisco, haciéndole prometer no volver a Arandas tras un simulacro de encarcelamiento.

En septiembre de 1923 nació su primera hija a quien puso el nombre de María de Jesús.

Largo sería enumerar los cambios políticos y las persecuciones contra la Iglesia, el destierro de sus obispos y las incontables acciones de Miguel y Anacleto en defensa de la libertad religiosa. Fueron también muchas las defensas y los amparos interpuestos a favor de los encarcelados a causa de las persecuciones. El mismo estuvo en la cárcel cincuenta y nueve veces, tiempo que él aprovechaba para hacer amigos a los delincuentes, pero sobre todo, amigos de Dios. Se sabía cuando Miguel estaba en la cárcel porque rezaba el rosario con los presos y entonaba con ellos cánticos religiosos.

El 1º de diciembre de 1924 subió a la presidencia Plutarco Elías Calles, recrudeciéndose los ataques a la jerarquía y a los católicos.

Cuando el secretario de gobierno ordenó el cierre y desalojo del Seminario de Guadalupe, Anacleto se

vio movido a realizar su obra sociológica definitiva: la Unión Popular, que con la colaboración de Miguel hacía tiempo venía cuajando. La Unión Popular -según dicen sus estatutos- «es la institución que puede hacer en nuestro país de los católicos un bloque de fuerzas disciplinadas, conscientes de su responsabilidad individual y social y en condiciones de movilizarse rápidamente...». Su lema era «Viva Cristo Rey», que más tarde se convirtió en la voz de combate.

El Papa Pío XI, que desde el Vaticano admiraba los esfuerzos de los católicos mexicanos por defender su fe, seguía la trayectoria de los líderes más destacados. Concedió, en recompensa a su labor en bien de la Iglesia, la Cruz *Pro Ecclesia et Pontifice* a los licenciados Miguel Gómez Loza y Anacleto González Flores y al obrero Ignacio Orozco.

Continuó el cierre de colegios particulares y el exclaustro de religiosos y religiosas. En Guadalupe, los religiosos y sacerdotes extranjeros tuvieron que salir por orden judicial. La casa de la ACJM se convirtió en el centro de reunión de la juventud jalisciense y en el centro de operaciones de la defensa pacífica de los derechos de los cristianos. Al enterarse el gobierno de esto, clausuró el edificio y encarceló a Miguel durante quince días. Al término de su condena, Miguel fue secuestrado sin saberse de su paradero. Gracias a un amparo puesto por sus amigos, fue liberado poco después.

En 1926 se publicó el *Código penal en materia de cultos y disciplina externa* (conocida como Ley Calles) que, desconociendo la jerarquía eclesiástica, ordenaba que sólo debería existir un sacerdote por cada cinco mil habitantes y exigía que este se registrara ante el gobierno y dependiera de él. Los obispos decidieron cerrar los templos al culto público y retirarse a la clandestinidad. Los sacerdotes fueron escondidos, pues si eran descubiertos diciendo misa o bautizando, eran encarcelados y colgados. Para desestabilizar la economía del país y obligar al gobierno a derogar la Ley Calles, se declaró un «boicot», se prohibió comprar todo lo que no fuera absolutamente necesario. Miguel trabajó intensamente en ello organizando a la Unión Popular para que el boicot se hiciera efectivo en toda la ciudad.

El comercio vio reducir sus ingresos y las arcas de la nación disminuir sus entradas.

Primeros levantamientos

Ante la imposibilidad de celebrar el culto por la abierta persecución a la Iglesia y a sus ministros, los católicos comenzaron a levantarse en armas en distin-

tos lugares de la República sin ninguna conexión de unos con otros. Al agotarse los recursos legales, la Liga Defensora de la Libertad Religiosa optó por la lucha armada, con lo cual estuvieron de acuerdo algunos de los obispos. La Unión Popular, que al principio se oponía a fusionarse a la Liga por considerar la lucha no violenta como arma más poderosa, aceptó finalmente unirse a ella. En Jalisco, el gobernador Silvano Barba González multiplicó las arbitrariedades persiguiendo a los sacerdotes que seguían ejerciendo su ministerio en la clandestinidad y a los católicos que celebraban los actos de culto y recibían los sacramentos en sus hogares. Miguel se lanzó en cuerpo y alma a la organización de la resistencia armada en medio de grandes peligros y amenazas.

El mes de diciembre de 1926, su hermano Elías, siendo vicario de El Refugio, murió tras un atentado de homicidio. Después de traerse a su madre a Guadalajara y dejarla al cuidado de su esposa, Miguel se fue al campo de la lucha con todo y la imprenta donde se elaboraba el *Gladium* y, desde una cueva, comenzó a difundir la revista pidiendo parque y avituallamiento para la lucha.

El 1º de abril de 1927, Anacleto González Flores y otros fueron descubiertos, hechos prisioneros y luego fusilados tras crueles martirios.

«Al morir Anacleto González Flores, en Guadalajara no había nadie más indicado para sucederle en el mando que su fiel amigo Miguel Gómez Loza. El Comité Directivo de la LNDLR lo sabía y no dudó un momento en confirmar su nombramiento de jefe civil de Jalisco y otorgarle el título, colmado de peligros y responsabilidad sin límites, de gobernador de Jalisco, cargo que no había llegado a desempeñar el «Maestro», pues este había sido únicamente jefe regional y delegado de la Liga en el Estado» (*México Cristero*, 248).

Gobernador de Jalisco

El gobierno esperaba que al caer el líder que organizaba el movimiento de defensa cundiría el desaliento, pero no fue así, ya que Miguel suplió la defensa de Anacleto. Miguel atendía tanto las necesidades espirituales del ejército, invitando a los sacerdotes de los lugares por donde pasaban a dar asistencia espiritual, como en las necesidades temporales, cuidando de la paga puntual a las familias.

«Gómez Loza estableció su centro de operaciones en el rancho Presa de López, del municipio de Arandas, e instaló su pequeña imprenta en la que editaba *Gladium* en una cueva del cerro La Culebra».

«En el desempeño de su función política giraba circulares y decretos «imponiendo a los ciudadanos la obligación de entregar sus contribuciones fiscales al gobierno nacional libertador y haciéndoles saber que desde esa fecha en adelante, cualquier pago al gobierno del general Calles será desconocido».

«Hacía tiempo que Gómez Loza, entregado de lleno a su misión, no visitaba a su familia y, a fines del mes de agosto de 1927, pasó con ella unos días en el rancho Los Salados, del estado de Guanajuato. A su regreso a Jalisco celebró el 27 de septiembre el aniversario de la Consumación de la Independencia, con una misa a la que asistieron quinientos soldados de Cristo Rey, que recibieron en su mayoría la sagrada comunión. A media mañana fueron atacados por los callistas al mando del general Ubaldo Garza y sufrieron cuatro bajas.

«El 30 de octubre, fiesta de Cristo Rey, Gómez Loza organizó, en un lugar llamado Palmitos, perteneciente al municipio de San Julián, Jalisco, la celebración de una misa en la que comulgaron poco más de mil doscientos hombres al mando del padre Pedroza, Victoriano Ramírez, Toribio Valadez y otros. No obstante que el ejército del general callista Garza estaba a cinco kilómetros de distancia, no se atrevió a atacar al crecido número de soldados del ejército libertador».

«En Palmitos constituyó Gómez Loza su nuevo centro de operaciones, desde donde giraba instrucciones y recibía las comunicaciones del movimiento jalisciense, y no fue sino hasta febrero de 1928 cuando dejó ese lugar, testigo de su labor incansable por hacer reinar, en el suelo de su patria, la justicia y el bien» (*México Cristero*, 250).

De regreso a Guadalajara, al llegar al rancho El Ondero, cerca de Atotonilco, Miguel y los suyos fueron descubiertos y atacados por los federales. A Miguel le penetró una bala por la espalda. Cuando al examinar los papeles se dieron cuenta que habían herido al gobernador de Jalisco, llenos de rabia lo lazaron y arrastraron buen tramo a cabeza de silla acabando de asesinarlo, vaciándole la carga de una pistola. Era el 21 de marzo de 1928.

Después de arrastrarlo hasta la plaza de **Atotonilco el Alto**, fue expuesto su cuerpo en la plaza pública. Las mismas autoridades se encargaron de embalsamar sus despojos para llevarlo a Guadalajara y exponerlo como escarmiento.

A su entierro se congregaron miles de personas que llenaron las calles vitoreando a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe.

Su vida fue una entrega total al servicio de Dios y de sus hermanos.

Rosario Gómez Loza

Alteños muertos en la cristiada

Lista proporcionada por el Sr. Pbro. Nicolás Valdés en la Revista «David» (1970). El objetivo es completar la lista, mediante testimonios de personas de la comunidad; y luego identificarlos mediante los libros de bautismo parroquiales u otros medios. Es bueno conservar la memoria de nuestros mártires, regalo de Dios para esta Diócesis.

1º Decanato (22)

- 1.1.- San Juan de los Lagos (21)
- 1.2.- Santa María Transpontina (1)

2º Decanato (99)

- 2.1.- Lagos de Moreno (89)
- 2.2.- Tlacuitapan (10)

3º Decanato (34)

- 3.1.- Tepatitlán (30)
- 3.2.- Milpillas (1)
- 3.3.- Acatic (1)
- 3.3.- El Refugio (Paredones) (1)
- 3.5.- Mezcala (1)

4º Decanato (122)

- 4.1.- Atotonilco (86)
- 4.2.- Tototlán (35)
- 4.3.- San Antonio de Fernández (1)

5º Decanato (271)

- 5.1.- Arandas (231)
- 5.2.- Jesús María (38)
- 5.3.- San José de la Paz (1)
- 5.4.- Santiaguito (1)

6º Decanato (67)

- 6.1.- Jalostotitlán (23)
- 6.2.- San Gaspar (3)
- 6.3.- San Miguel el Alto (36)
- 6.4.- Valle de Guadalupe (5)

7º Decanato (8)

- 7.1.- Yahualica (8)

8º Decanato (77)

- 8.1.- San Julián (25)
- 8.2.- Jalpa de Cánovas (16)
- 8.3.- San Diego de Alejandría (31)
- 8.4.- Unión de San Antonio (5)

9º Decanato (76)

- 9.1.- Ayotlán (72)
- 9.2.- Betania (3)
- 9.3.- Degollado (1)

10º Decanato (73)

- 10.1.- Capilla de Guadalupe (4)
- 10.2.- Pegueros (4)
- 10.3.- San Francisco de Asís (24)
- 10.4.- San Ignacio Cerro Gordo (14)
- 10.5.- San José de Gracia (25)
- 10.6.- La Purísima (2)

Sin identificación de lugar (147)

- De los Altos de Jalisco (124)
- Del Norte de Jalisco (23)

**Total de Alteños
muertos en la cristiada: «996»**

DECANATO1**San Juan de los Lagos (21)**

Beato Pedro Esqueda (P.D.P. 70-71) († 22-XI-1927). J. Natividad Herrera Delgado (P.D.P. 84-86) († 7-XI-1926). Vicente Brizuela († 1926). Patricio Gutiérrez († 1926). Ramón Martínez († 1926). Francisco Muñoz († 1926). J. Guadalupe Ruiz († 1926). Sebastián Silva († 1926). Jefe Lucío Huerta († 1928). Juan Padilla († 1928). Ranulfo Padilla († 1928). Juan el Sanjuanero († 1928). Benito González († 1929). J. Guadalupe Anaya. Claro de Anda. J. Guadalupe González. J. Cruz Lujosa. Benjamín Padilla. Dionisio Padilla. Everardo Padilla. José Pérez González.

Santa María Transpontina (1)

Pbro. Pablo García († 1927) (B. de P. 82, pág. 25), originario de San Diego de Alejandría.

DECANATO2**Lagos de Moreno**

Estanislao Aguilar († 1927). José Aguilar Zamores († 1927). J. Reyes Arellano († 1927). J. Jesús Díaz († 1927). Antonio Escoto († 1927). Manuel García († 1927). Petronilo Gómez († 1927). J. Cruz González († 1927). José María González († 1927). Gregorio Hernández († 1927). Catarino Jiménez († 1927). Ten. Quirino Martínez († 1927). Manuel Mata († 1927). Ten Gabino Mena († 1927). Mena († 1927). José Mendoza († 1927). Leandro Ortiz († 1927). José Tiñón († 1927). J. Trinidad Torres († 1927). J. Rosario Vázquez († 1927). J. Jesús Villalobos († 1927). Jefe Waldo Zermeño Márquez († 1927). Leonardo Pérez Larios (P.D.P. 49) († 1927). Delfino Aldana († 1928). J. Santos Collazo († 1928). Gregorio Díaz († 1928). Natalio Espinoza († 1928). J. Jesús Guevara († 1928). Melitón Martínez († 1928). José Rivas († 1928). Francisco Soto († 1928). J. Félix Velázquez († 1928). Andrés Amador († 1929). García († 1929). Sabás Rodríguez († 1929). Camino Valadez († 1929). Magdaleno Alba († 1935). Pedro Alba († 1935). Cándido Gómez († 1935). Crescensio Gómez († 1935). Vidal Gómez († 1935). Epigmenio Limón († 1935). Pánfilo Limón († 1935). Valentín Martínez († 1935). Vidal Mendoza († 1935). Leonardo Moreno († 1935). J. Félix Solís († 1935). Roberto Vázquez († 1935). Justo Velázquez († 1935). Pedro Velázquez († 1935). Bernardino Velázquez († 1935). Manuel Villalobos († 1935). Cap. Martín Díaz († 1936). Clemente Aguilar. José Aguilar. Francisco Alba. Bonifacio Aldana. Pantaleón Anguiano. Carlos Arenas. J. Guadalupe Cedillo. Ramón Cuevas. J. Félix de la Rosa. Francisco Díaz. Manuel Díaz. Fonseca. José Franco. J. Silvestre

García. José García Ruiz. Juan Gómez. Pedro Gómez. Cándido González. Adrián Jiménez. Celso Lara Macías. Gervasio Limón. J. Encarnación Marmolejo. J. Cruz Martínez. Florencio Martínez. J. Dolores Martínez. J. Refugio Martínez. Pedro Martínez. Antonio Martínez. Catarino Medina. Juan Montelongo. J. Santos Nolasco. Doroteo Pedroza. Juan Pedroza. Pablo Pedroza. Dionisio Reyes de Jesús. J. Félix Rosas. Fernando Salas. Leonardo Salas. Emiliano Sánchez. J. Guadalupe Santoyo. Francisco Sotelo. Juan Velázquez. Bruno Veloz. Cenobio Veloz. Tomás Villa. Lorenzo Villalobos. Prudencio Villalobos. Santiago Villalobos y J. Santos.

Tlacuitapan

Anastasio Amézquita. Emilio Amézquita. Antonio Campos. Roque Guerra. J. Jesús Hernández. J. Reyes Olivares. Rodríguez. Tereso Salas. J. Jesús Zermeño y Juan Zermeño.

DECANATO3**Tepatitlán (30)**

Beato Tranquilino Ubiarco (P.D.P. 77) († 5-X-1928) Siervo de Dios. Anacleto González Flores (P.D.P. 82-83) († 1927). J. Salomé González Flores († 1927). Ten. J. Jesús Márquez († 1927). Barbarito Cabrera († 1931). José Pérez († 1931). Benito Rodríguez († 1931). Jefe Justo González († 1933). Miguel Arias. Cabo José María Baeza. Andrés Becerra. Bartolo Becerra. Mucio Becerra. J. Isaac Fernández. Gonzalo González. Gerardo Iñiguez. Leopoldo Iñiguez. J. Guadalupe Márquez. Leonardo Márquez. Joaquín Martínez. Anastasio Mora. Gonzalo Navarro. J. Guadalupe Ortega. Angel Pérez. Felipe Pérez. J. Cruz Pérez. Pedro Pérez. Amado Ramírez. J. Jesús Vargas y J. Félix Vázquez.

Milpillas

Ten. Crel. José María Huerta

Acatic (1)

J. Isaac Gutiérrez († 1928).

El Refugio (Paredones) (1)

Siervo de Dios Lic. Miguel Gómez Loza († 1928).

Mezcala (1)

El Comisario de Mezcala († 1927).

DECANATO4**Atotonilco (86)**

Enrique Gorostieta Velarde († 1929 en Hda. El Valle). José Aceves († 1927). Anastasio Guzmán († 1927). Ten. Crel. Francisco López († 1927). Fortino Martínez († 1927). Manuel Peña († 1927). Angel Rizo († 1927). Benito Rodríguez († 1927). Anastasio Serra-

no († 1927). Plutarco Trejo († 1927). J. Trinidad Vázquez († 1927). Florentino Villalobos († 1927). Pablo Villaruel († 1927). Arnulfo Zúñiga († 1927). Luis Aguilar († 1928). J. Dolores Alcaraz († 1928). José María Alvarez († 1928). Salvador Dueñas († 1928). J. Trinidad Gaitán († 1928). Cap. 1° Alejo González († 1928). Isidoro Jaso († 1928). Paulino López († 1928). J. Trinidad Padilla († 1928). Juan Rocha († 1928). Alfonso Sotelo († 1928). Pedro López († 1935). Gral. Lauro Rocha González († 1936). Juan Aceves. Manuel Aceves. J. Jesús Alvarez. Eustacio Andrade. Francisco Anguiano. José Anguiano. Alfredo Angulo. Martín Angulo. Juan Arias. Fortino Barajas. Antonio Camacho. Julio Curiel. J. Trinidad Cholico. Valente de la Cruz. Marcelino de la Torre. Manuel Delgado. Víctor Díaz. David Dueñas. Cabo José Dueñas. Manuel Dueñas. Sabás Dueñas. Donaciano González. Carlos Guardado. José Gutiérrez. Juan Juárez. Enrique Lomelí. Carlos López. Rafael López. Anastasio López. Feliciano López. Albino Luna. Jacinto Luna. Ramón Maciel. Clemente Mendoza. Demetrio Mendoza. Mónico Mendoza. Tomás Murillo. Ten. José Nieves. J. Jesús Núñez. Severo Núñez. Valentín Núñez. Francisco Núñez Hernández. Francisco Nuño. Hermenegildo Pérez. Juan Pulido. Petronilo Pulido. Ramón Reynoso. Celso Saldaña. Expedito Sierra. Pánfilo Silva. Sarg. Hilario Solorio. Crescencio Torres. Andrés Trejo. Jenaro Trejo. J. Jesús Trejo. Román Trejo. Modesto Villalobos. J. Jesús Villaruel y Marcelino Villaruel.

Tototlán (35)

Beato Sabás Reyes Salazar (P.D.P. 72-74) († 13-IV-97). José Aceves († 1927). Emigdio Alfaro († 1927). Teófilo Alfaro († 1927). J. Inés Botello († 1927). J. Jesús Camacho († 1927). Mónico Camacho († 1927). Ignacia Castellanos († 1927). Esparza († 1927). José García († 1927). Fermín Gómez († 1927). Luciano González († 1927). Gregorio González († 1927). Porfirio Jacinto († 1927). Francisco Muñoz († 1927). Donaciano Ochoa († 1927). Piña († 1927). José Pulido († 1927). Juan Ramírez († 1927). Norberto Ramos († 1927). Leonardo Villanueva († 1927). Lázaro Villaruel († 1927). Aurelio de la Torre (P.D.P. 79) († 1927). Vicente Nuño († 1928). Luis Olivares († 1928). Ildefonso Loza Márquez († 1929). Agustín Godínez († 1935). Roberto Camacho Aceves. Manuel Cisneros. Pablo Flores. Primitivo López. J. Refugio Martínez. Donaciano Rico. Ignacio Rodríguez. J. Refugio Rosas.

San Antonio de Fernández (1)

Nabor Cruz († 1928).

DECANATOS

Arandas (231)

Servo de Dios Luis Magaña Servín († 9-II-28). Pbro. José Aristeo Pedroza († 1929) (B. de P. 82. Pág. 33). J. Jesús Arriaga († 1927). Juan Becerra († 1927). J. Encarnación Díaz († 1927). Pedro Fonseca († 1927). Antonio Franco († 1927). Martín Franco († 1927). Manuel García († 1927). Pablo García († 1927). Pedro García († 1927). Elías Gutiérrez († 1927). José Hernández († 1927). Felipe Huerta († 1927). Amado López († 1927). Francisco López († 1927). José López († 1927). J. Santos López († 1927). J. Guadalupe Lozano († 1927). Rafael Lozano († 1927). Antonio Magaña († 1927). Luis Magaña († 1927). Eutiquio Martínez († 1927). Juan Neri († 1927). Néstor Plascencia († 1927). J. Jesús Rizo († 1927). Rafael Ruiz († 1927). Santiago Ruiz († 1927). Rosalío Servín († 1927). Salvador Servín († 1927). Cristóbal Velázquez († 1927). Alberto Zúñiga († 1927). Domingo Zúñiga († 1927). J. Refugio Zúñiga († 1927). J. Jesús Aceves Jauregui († 1927 a 1929). Luis Alba († 1928). José Aldana († 1928). J. Guadalupe Angel († 1928). J. Jesús Ascensio († 1928). Ramón Camarena († 1928). Francisco Cervantes († 1928). Francisco García († 1928). José García († 1928). José González († 1928). J. Guadalupe Hernández († 1928). Brígido López († 1928). Rafael Muñoz († 1928). Ramón Neri († 1928). Pedro Ramírez († 1928). J. Jesús Soto († 1928). Antonio Tejeda († 1928). Severiano Gallegos († 1929). Gral. Primitivo Jiménez († 1929). Eliseo Godínez († 1934). Antonio Ríos († 1934). Francisco Aceves († 1935 o 1936). José Aceves Jauregui († 1935 o 1936). Antonio Hernández († 1936). Domingo Arias († 1937). Ramón Saenz Orozco († 1937). Pedro Valadez († 1937). Cap. 1° J. Jesús Macías († 1943). Juan Aceves. Pascual Aceves. Pedro Aguas. Cirilo Aguirre. José Alfaro. Cristóbal Alvarez. J. Buenaventura Alvarez. Mayor J. Trinidad Alvarez. Juan Alvarez. Ladislao Alvarez. Pascual Alvarez. Diego Alvizu. Cecilio Angel. Francisco Arámbula. J. Refugio Aranda. Ten. Severo Arredondo. Apolonio Arriaga. Delfino Arriaga. Florencio Arriaga. José Arriaga. J. Carmen Arriaga. Manuel Arriaga. Nicanor Arriaga. J. Refugio Ascensio. Juan Banda. J. Guadalupe. J. Trinidad Barba. J. Jesús Bautista. J. Trinidad Bautista. Cecilio Bolaños. Martín Camacho. Sabino Camacho. José Camarena. J. Jesús Camarena. Antonio Campos. David Campos. Gregorio Campos. Pedro Campos. J. Félix Castillo. José Cervantes. Tranquilino Cervantes. Cecilio Cruz. Vicente Chaírez. J. Santos de Alba. Dionisio de Anda. Vicente Díaz. Miguel Esquivel. Ramón Esquivel. J. Cruz Flores. José Flores Jiménez. Anastasio Fonseca.

Esteban García. Isidro García. J. Buenaventura García. Juan García. Justo García. Rafael García. Ramón García. Rito García. Secundino García. J. Jesús García Ramírez. Casimiro Garnica. Anastasio González. J. Santos González. Pascual González. Francisco Guardado. Estanislao Gutiérrez. Marcial Gutiérrez. Abraham Guzmán. Juan Guzmán. Santiago Guzmán. José María Hernández. J. Trinidad Hernández. Librado Hernández. Octaviano Hernández. Pascual Hernández. Pedro Hernández. Serapio Hernández. Tiburcio Hernández. J. Jesús Hernández Plascencia. J. Jesús Hernández Turintzio. Felipe Huerta. Salvador Jaúregui. Cirilo Jiménez. Pedro Jiménez. Ignacio Jiménez Jiménez. Antonio Ledesma. Sabino Ledesma. Abraham Limón. Claudio Limón. Raimundo Limón. Rito Limón. Abundio López. Andrés López. Camilo López. Eugenio López. Sabino López. Cap. 1° J. Jesús López. Amado Lozano. Florencio Lozano. J. Jesús Lozano. Juan Lozano. Otilio Macías. Rogelio Macías. Delfino Magaña. J. Refugio Magaña. Juan Magaña. Ramona Magaña. José Martínez. Paulín Martínez. Alejo Martínez. Feliciano Martínez. José Morales. J. Jesús Moreno. Antonio Navarro. Cayetano Navarro. Cristóbal Navarro. Francisco Navarro. Santiago Navarro. Antonio Navarro Galindo. J. Jesús Neri. J. Guadalupe Nuñez. J. Refugio Olivares. José Ornelas. J. Guadalupe Ornelas. Braulio Orozco. Hilario Orozco. J. Guadalupe Orozco. Juan Orozco. Justo Orozco. Miguel Orozco. José Pedroza. Gumersindo Pérez. Luis Plascencia. Salvador Plascencia. J. Refugio Prado. Magdaleno Quiroz. Benito Ramírez. Manuel Ramírez. Juan Reyes Torres. Antonio Rizo. J. Carmen Rizo. J. Concepción Rizo. Benjamín Rodríguez. José Rodríguez. J. Jesús Rodríguez. Pascual Rodríguez. J. Jesús Romo. Liborio Romo. Silverio Romo. José Rosas. J. Jesús Rosas. Roberto Ruiz. Timoteo Ruiz. J. Jesús Salazar. J. Jesús Sánchez. Rafael Sánchez. Luis Soto. Agustín Tavares. Donaciano Tavares. Pablo Tavares. Antonio Torres. Francisco Torres. José Torres. J. Dolores Torres. Juan Torres. J. Guadalupe Valadez Limón. J. Refugio Varela. J. Guadalupe Velázquez. José Vivanco. Miguel Zúñiga y Juan Zúñiga Gómez.

Jesús María (38)

Sarvelio García († 1927). Pascual Hernández († 1927). José López († 1927). Rafael Pelayo († 1927). Miguel Ramírez († 1927). Tiburcio Valadez († 1927). Alfredo Vázquez († 1927). Germán Vázquez († 1927). José Bombela († 1928). Cap. 1° Cosme Herrera Valencia († 1928). Maurilio Pérez († 1928). Gral. Vicente Pérez († 1928). Julio Bustos († 1929). Marcelino Bustos († 1929). Luis Serratos († 1929). Marcial Avalos. J. Natividad Ayala. J. Jesús Barajas. Juan Barajas. Juan

Domínguez. J. Jesús Gómez. José González. Román Hernández. Miguel López. Bernardino Llamas. Melendrez. Mayor J. Refugio Miranda. Ramón Plascencia. José María Porras. Aurelio Quiroz. Librado Ramos. Cap. 2° J. Santos. José Salazar. Sra. Solís. León y Esposa Torres. Nicolás Vázquez y Antonio Villalobos.

San José de la Paz (1)

Georgonio García Gallegos († 1929).

Santiaguito(1)

J. Jesús Villagrán († 1928).

DECANATOS

Jalostotitlán (23)

Beato Toribio Romo González (P.D.P. 75-76) († 5-II-1928). Ceferino Casillas († 1927). Ten. Salvador Ramírez Casillas († 1927). J. Rosario Tostado († 1927). Ten. Luis González († 1928). Ramón Ramírez († 1934 o 1935). Catarino Manríquez († 1935). Gral. José María Ramírez Casillas († 1935). Miguel Romo († 1935). Florencio Tavares († 1935). Nemorio Aguirre († 1936). Anastasio Alvarez. Severo Bautista. Darío Cornejo. Mónico Cornejo. Nicolás Chaírez. Subtte. Nazario Damián. Cap. Victoriano Damián. Subtte. Telesforo de Anda. Ten. J. Trinidad Gómez. Vicente Martín. Adelaído Marín del Campo y Antonio Martín del Campo.

San Gaspar (3)

Pablo Cruz. Ursulo Espinosa y Albino Estrada.

San Miguel el Alto (36)

Pascual Dávalos († 1927). Eulalio García († 1927). Brígido González († 1927). Mariano Gutiérrez († 1927). Macedonio Jiménez († 1927). Patricio Jiménez († 1927). Miguel López († 1927). Epigmenio Muñoz († 1927). Gil Navarro († 1927). Elías Orozco († 1927). Miguel Ramírez († 1927). Pedro Ríos († 1927). Octaviano Sánchez († 1927). Eleuterio Vázquez († 1927). J. Cleotilde Franco († 1927). Anastasio García († 1928). Gaudencio Gómez († 1928). Pelagio Gómez († 1928). Tranquilino Gómez († 1928). Florencio González († 1928). Marcos Lupercio († 1928). Jenaro Ramírez († 1928). Lorenzo Vázquez († 1928). Claro Vélez († 1928). Primo Ramírez († 1929). Domingo Vázquez († 1929). Crel. Victoriano Ramírez López († 1929). Victoriano Ramírez («El 14») († 1930). Gaudencio Bautista. Florencio Cervantes. J. Jesús Flores. Doroteo Gómez. José Limón. J. Jesús Limón. Domingo Márquez. Bernardino Muñoz. Miguel Navarro.

Valle de Guadalupe (5)

Juan y 3 Compañeros ahorcados († 1927). y J. Jesús González.

DECANATO 7

Yahualica (8)

Beato Román Adame Rosales (P.D.P. 66-67) († 21-IV-1927). Catarino Yáñez († 1926). Leandro Gutiérrez († 1928). Crel. Miguel Rodríguez Ruvalcaba († 1928). Antonio Carrillo Torres (P.D.P. 79). Lorenzo González. Santiago Torres y Mateo.

DECANATO 8

San Julián (25)

Beato Julio Alvarez Mendoza (P.D.P. 68-69) († 30-03-1927). Bernardo Elizondo († 1927). Doroteo Hermosillo de Anda († 1927). Salvador Márquez († 1927). Antonio Muñoz († 1927). Emilio Muñoz († 1927). Tomás Ramírez († 1927). José María de la Rosa († 1928). Luis Estrada Muñoz († 1928). José María Muñoz († 1928). Luis Muñoz Estrada († 1928). Avelino Padilla († 1928). J. Refugio Ramírez († 1928). Pablo Ramírez († 1928). Pedro Ramírez († 1928). Victorio Sánchez († 1928). Albino Huerta († 1929). Silverio Huerta († 1929). Andrés Hernández. J. Jesús López. Basilio Márquez. Francisco Martín. Juan Méndez. Evaristo Muñoz y Leodegario Portillo.

Jalpa de Cánovas (16)

Crescencio Barrera († 1927). Rafael Cabrera († 1927). Eusebio Castillo († 1927). Lorenzo Hernández († 1927). Agapito Valtierra († 1927). Juan Isaac († 1928). Cap. 1° J. Guadalupe Martínez († 1928). Inocencio Saavedra († 1928). J. Nieves Saldaña († 1928). Emilio Torres († 1928). Domingo Cano († 1929). Melquiades Echeviste († 1929). Julián Medel († 1929). Andrés Coronado. Amado Cruz y J. Rangel.

San Diego de Alejandría (31)

Pbro. Pablo García († 1927 en Sta. Ma. Transpontina). Rafael González († 1927). Salvador González († 1927). J. Refugio Jiménez († 1927). Pedro Martínez († 1927). Esteban Mendoza († 1927). José Mendoza († 1927). Simón Ramírez († 1927). Severiano Soto († 1927). Pantaleón Gutiérrez († 1928). J. Refugio Mena († 1928). Ramón Parada († 1928). Francisco Vázquez († 1928). Bruno Alba († 1929). Modesto Alcalá. Antonio Briseño. Florencio Domínguez. Lorenzo Domínguez. Abundio Gómez. Petronilo Gómez. Ricardo Gutiérrez. Fedencio Hernández. J. Bernabé Hernández. Gumersindo López. Cleto Lucio. Evodio Martínez. Juan Mireles. J. Natividad Saldaña. Roberto Valadez. Ausencio Zermeño y Fernando Zermeño.

Unión de San Antonio (5)

Anselmo Padilla († 1927). Pablo Sánchez († 1927). Silverio Avil. Leoncio Cruz y Fortino Gómez.

DECANATO 9

Ayotlán (72)

Prisciliano Alatorre († 1927). Ramón Aldapa († 1927). Eusebio Alvarez († 1927). Felipe Amezola († 1927). J. Refugio Angulo († 1927). Pedro Avalos († 1927). J. Jesús Chaírez († 1927). Agustín Flores († 1927). Cristóbal Flores († 1927). José Flores († 1927). Antonio Fonseca († 1927). Tiburcio Gallego († 1927). Elías García († 1927). Eliseo García († 1927). Ramón García († 1927). Alejo González († 1927). Atanasio González († 1927). Andrés Gutiérrez († 1927). Francisco Gutiérrez († 1927). Apolonio Guzmán († 1927). Francisco Guzmán († 1927). J. Jesús Guzmán († 1927). J. Trinidad Guzmán († 1927). J. Félix Hernández († 1927). J. Guadalupe Hernández († 1927). Rafael Hernández († 1927). Severiano Hernández († 1927). J. Jesús León († 1927). Pascual Mares († 1927). Manuel Mares († 1927). Francisco Mares Ruiz († 1927). J. Jesús Martínez († 1927). Primitivo Meléndrez Z. († 1927). J. Trinidad Pérez († 1927). Librado Ramírez († 1927). Francisco Rojo († 1927). Modesto Rojo († 1927). Cristóbal Servín († 1927). Ignacio Servín († 1927). Joaquín Servín († 1927). Antonio Flores González († 1928). José Ramírez († 1928). Pedro Flores († 1929). Javier Ruiz Velasco († 1929). Javier Velasco Hernández († 1929). Macedonio Alatorre. Cap. 1° Alberto Barajas Avalos. Angel Córdova. Antonio Díaz. Godínez. Godínez. Silviano González. Juan Hernández. Julio León. José Mares. Francisco Martínez. J. Trinidad Martínez. Margarito Martínez. Pascual Murillo. Próspero Murillo. Cirilo Ramírez. Cap. 1° Clemente Ramírez. Doroteo Ramírez. Juan Ramírez. Celso Rodríguez. Manuel Rodríguez. Tomás Rodríguez. J. Refugio Rojo. Juan Rojo. Dámaso Tavares. Miguel Tavares y Albino Torres.

Betania (3)

J. Jesús Hernández († 1927). Subtte. José Saldaña († 1928). Irineo Gutiérrez († 1940).

Degollado (1)

Angel Márquez.

DECANATO 10

Capilla de Guadalupe (4)

Cecilio Gómez Castellanos († 1928). Francisco Cabrera. Heliodoro Gómez y Ten. J. Jesús Trujillo.

Pegueros (4)

Pedro Gutiérrez († 1927). Sergio Gutiérrez († 1927). Albino Casillas († 1928) y Conrado Vega († 1929).

San Francisco de Asís (24)

Francisco de Horta († 1927). Timoteo Gutiérrez

(† 1927). J. Soledad Navarro († 1927). Eulogio Rizo († 1927). Domingo Rodríguez († 1927). Justo Rodríguez († 1927). Eusebio Angulo († 1928). Máximo Campos († 1928). J. Reyes Fonseca († 1928). J. Marcos González († 1928). Víctor González († 1928). Francisco González († 1928). Angel Hernández († 1928). Luis Hernández († 1928). J. Jesús Orozco († 1928). Alberto Padilla († 1928). Dionisio Vázquez († 1928). Juan Vázquez († 1928). J. Jesús Campos. José de Horta. Cesario Rodríguez. Cristóbal Rodríguez. Miguel Rodríguez y J. Santos Torres.

San Ignacio Cerro Gordo (14)

Pascual Gutiérrez († 1926). Teodoro Vargas († 1927). Antonio Castellanos († 1928). J. de Jesús Gutiérrez R. († 1929). Javier Orozco († 1936). J. Jesús Barreras. Juan Barreras. José García. Claudio Gutiérrez. José Ledesma. Manuel Orozco. Pedro Orozco. Pedro Rodríguez y Miguel Sánchez.

San José de Gracia (25)

Cap. J. Guadalupe Arias († 1927). Rafael Cerda († 1927). José Damián († 1927). Sotero Flores († 1927). José García († 1927). Crescencio Hernández († 1927). José Hernández († 1927). Maximino Hernández († 1927). Juan Paredes Abarca († 1927). Andrés Ruiz († 1927). Juan Nepomuceno Sánchez († 1927). Luis Sánchez († 1927). Bartolo Téllez († 1927). Salvador de la Torre Navarro († 1928). Primitivo Fernández († 1928). Cap. 1º Dionisio Hernández († 1928). Manuel Orozco († 1928). Crel. Bárbaro Serrano († 1929). José María Angulo. Juan Cerda. Mariano Fernández. J. Isabel Hernández. Severo Hernández. J. Jesús Serrano y Eduardo Manuel.

La Purísima (2)

Crel. Gabino Alvarez († 1928). Crel. Cayetano Alvarez.

DelosAltosdeJalisco(124)

(Sin identificación de lugar)

Anastasio Casillas († 1927). Ten. Doroteo Dimas († 1927). Hesiquio González († 1927). José González († 1927). José María Gutiérrez († 1927). J. Refugio Guzmán († 1927). J. Guadalupe Lozano († 1927). Rosalío Lozano († 1927). Francisco Mares († 1927). Antonio Morales († 1927). J. Ascensión Nuñez († 1927). Tomás Romero († 1927). Maximino Saavedra († 1927). Ten. Gorgonio Aguirre († 1928). José Flores († 1928). Porfirio Fuentes († 1928). Sixto Gallegos († 1928). J. Jesús García († 1928). Lino García († 1928). José Hernández († 1928). Juan Longino († 1928). José

Pérez († 1928). Ramón Ramírez († 1928). Epifanio Rodríguez († 1928). Miguel Romo († 1928). Juan Vázquez († 1928). Homobono Velázquez († 1928). Rafael Velázquez († 1928). María Elena Castellanos G. († 1928). María Guadalupe Castellanos G. († 1928). Raimundo Escobar († 1928). Porfirio García († 1929). Ignacio Limón († 1935). Carlos Arámbula († 1936). José Arámbula († 1936). Angel Aceves. J. Guadalupe Aceves. Luis Aceves. Rafael Aceves. Elías Arteaga. Francisco Barba. J. Santos Barba. Eusebio Bautista. Magdaleno Becerra. Norberto Camacho. Antonio Carrillo. Antonio Dávila. José Dávila. José de la Cruz. Heliodoro de la Torre. Vicente Enríquez. Ausencio Escoto. Mateo Escoto. Pedro Escoto. Angel Flores. Narciso Gallardo. Abundio García. Alberto García. Epigmenio García. Francisco García. Adolfo González. Margarito González. Martín González. Eulogio Gracia. J. Ascención Guzmán. J. Trinidad Hernández. Mariano Hernández. José Hernández Garnica. Alfonso Hernández Gutiérrez. J. Sóstenes Hernández Lozano. J. Guadalupe Hernández Romo. Ramón Jiménez. Clemente López. Apolinar Llamas. Eulalio Llamas. José Llamas. Catarino Martín. Gerardo Martín. Victoriano Martín. Ramón Martínez. Cap. 1º Gabriel Martínez. J. Jesús Meza. Donaciano Mora. Jenaro Mora. León Mora. Cap. 2º Severo Muñoz. José Murillo. J. Sóstenes Murillo. Emiliano Muro. Francisco Muro. J. Guadalupe Muro. Quirino Muro. Manuel Padilla. Agustín Patiño. J. Jesús Patiño. Anastasio Peña. Ildefonso Pérez. J. Jesús Preciado. J. Guadalupe Ramírez. Secundino Ramírez. Secundido Ramos. Nemesio Rangel. Justiniano Reinoso. Martín Reinoso. Teodosio Reinoso. Ernesto Reyes. Camilo Rivera. J. Guadalupe Rizo. Petronilo Rodríguez. Hilarión Salazar. Juan Saldaña. Plácido Saavedra. Gabino Sánchez. Santiago Sánchez. Rafael Santillán. J. Guadalupe Santos. Bonifacio Sepúlveda. Camilo Sepúlveda. Emilio Silva. Domingo Torres. Cornelio Valencia. Adolfo Vázquez. J. Cleofas Vázquez. Blas Virgen. Ramón Zavala y Secretario Don José.

DelNortedeJalisco(23)

Apolonio Flores. Paulino García. Tiburcio García. Epitacio Hernández. Subtte. Florencio Jiménez. Ten. Román Jiménez. J. Cruz Macías. Ten. Angel Morales. J. Santos Morales. Sarg. Apolinar Muñoz. Cabo Antonio Ramírez. Cap. 2º José Ramírez. J. Cruz Ramírez. Ten. Salvador Ramírez. Sebastián Ramírez. Cap. 2º José Rodríguez. Ten. Luis Rodríguez. Juan Sánchez. J. Silvestre Sepúlveda. J. Jesús Soledad. Sarg. Julián Trinidad. Sarg. Angel Valadez y Lucío Zamarripa.

JULIO

CUMPLEAÑOS

- 2 Julio 1962 SR. PBRO. ADOLFO CABRERA HERNANDEZ
3 Julio 1950 SR. PBRO. FRANCISCO JAVIER AVILES LOPEZ
3 Julio 1960 SR. PBRO. IRENEO GUTIERREZ LIMON
6 Julio 1949 SR. PBRO. HECTOR JAVIER RAMIRO MEDINA
9 Julio 1965 SR. PBRO. AGUSTIN ACEVES HERNANDEZ
10 Julio 1968 SR. PBRO. FRANCISCO JAVIER MACIEL ESTRADA
11 Julio 1970 SR. PBRO. CARLOS ROCHA HERNANDEZ
14 Julio 1925 SR. PBRO. SALVADOR BOBADILLA ARELLANO
15 Julio 1945 SR. PBRO. ENRIQUE GONZALEZ RAMIREZ
15 Julio 1965 SR. PBRO. RODOLFO ORIZABA MONROY
16 Julio 1917 SR. PBRO. JOSE ANTONIO GARCIA ROMO
21 Julio 1943 SR. PBRO. MANUEL ALMARAZ SANCHEZ
22 Julio 1918 SR. PBRO. FRANCISCO RAMIREZ LOPEZ
23 Julio 1961 SR. PBRO. ALFREDO GARCIA GUZMAN
23 Julio 1921 SR. CURA AGUSTIN MONTES SEGURA
29 Julio 1933 SR. PBRO. RAUL CORTES ANGULO
29 Julio 1929 SR. CURA GERARDO GONZALEZ ZUÑIGA
30 Julio 1946 SR. PBRO. JUAN LOPEZ PONCE
31 Julio 1903 SR. CANGO. IGNACIO GUTIERREZ DE LA TORRE

ANIVERSARIOS DE ORDENACION

- 5 Julio 1975 SR. PBRO. J. GUADALUPE SERRANO MONTOYA
9 Julio 1994 SR. PBRO. FRANCISCO JAVIER GARCIA ORTIZ
22 Julio 1962 SR. PBRO. RAMON MAGAÑA PEREZ
25 Julio 1948 SR. PBRO. SALVADOR BOBADILLA ARELLANO
30 Julio 1965 SR. PBRO. LUIS REYNALDO GUZMAN LLAMAS

AGENDA DE JULIO

4-6 Pandilla para Adolescentes en situaciones críticas. *San Juan*

7-11 EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA SACERDOTES. *Casa de Ejercicios de Tepatitlán.*

V. 4 Fiesta Patronal. *El Refugio (Lagos), Ntra. Sra. del Refugio*

V. 4 Fiesta Patronal. *Vicaría El Refugio (Paredones), Ntra. Sra. del Refugio*

L. 7 Reunión Decanato Atotonilco. *San Isidro. Asamblea*

L. 7 Reunión Decanato Ayotlán. *Santa Rita. Programaciones*

Mi-9 Reunión del Equipo Diocesano de M.C.S. Evaluación. *San Juan*

J. 10 Reunión Decanato Lagos. *El Refugio. Asamblea Decanal*

J. 10 Reunión Decanato Yahualica. *Mexticacán. Programaciones*

L. 14 Reunión Decanato Tepatitlán. *Aguilillas. Programación*

L. 14 Reunión Decanato Capilla de Guadalupe. *San Ignacio Cerro Gordo. Realizar Asamblea*

L. 14 Reunión Decanato San Julián. *Pedrito (USA). Programación*

17-20 Encuentro V para Hombres y Mujeres. *San Juan.*

21 - 24 CURSO-CONVIVENCIA. *Tecnológico de Monterrey*

V. 25 Fiesta Patronal. *Manalisco, Santiago Apóstol*

«MARTIROLOGIO DIOCESANO»

1997: Año de los Mártires-Testigos de la Fe.

El Papa Juan Pablo II ha subrayado el interés por los mártires de este siglo en los documentos recientes: Encíclica «**Veritatis splendor**», del 6 de agosto de 1993; Carta Apostólica como preparación al Jubileo del Año 2000, «**Tertio millennio adveniente**», del 10 de noviembre de 1994 y la Encíclica «**Ut unum sint**», del 25 de mayo de 1995.

El número 37 de la «**Tertio millennio adveniente**», dice: «En nuestro siglo han vuelto los mártires, con frecuencia desconocidos, casi «*militi ignoti*» de la gran causa de Dios. En la medida de lo posible **no deben perderse en la Iglesia sus testimonios**. Como se ha sugerido en el Consistorio, **es preciso que las Iglesias hagan todo lo posible, por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio**, recogiendo para ello la documentación necesaria...».

La Carta Encíclica «**Veritatis splendor**», Número 93, dice: «Los mártires, y de manera más amplia todos los santos de la Iglesia, con el ejemplo elocuente y fascinador de una vida transfigurada totalmente por el esplendor de la verdad moral, iluminan cada época de la historia despertando el sentido moral. Dando testimonio del bien, ellos representan un reproche viviente a cuantos trasgreden la ley (cf. Sab.2,2) y hacen resonar con permanente actualidad las palabras del profeta: «¡Ay, de los que llaman al mal bien, y bien al mal; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad; que dan amargo por dulce, y dulce por amargo!» (Is 5,20).

La Conferencia del Episcopado Mexicano en el mensaje al pueblo de México, con motivo de la preparación al Tercer Milenio dice: «Exhortamos a todos, a volver nuestros ojos al testimonio de nuestros antepasados que han vivido la fe de una manera heroica, y en especial a nuestros mártires». **Es muy conveniente, por tanto, darnos a la tarea de elaborar, a nivel de cada una de nuestras Iglesias, los martirologios particulares**, no es necesariamente orientados a promover sus causas de canonización, pero sí que sirvan de ejemplo y de estímulo para todos nosotros en la forma de llevar adelante nuestro seguimiento de Cristo. Invitamos a todos a honrar a nuestros Mártires Mexicanos y en especial a San Felipe de Jesús, recordando que el 5 de febrero de 1997 se cumplen los cuatrocientos años de su martirio.

Los criterios que sugerimos para la elaboración de los «Martirologios diocesanos» son los siguientes:

- 1º.- Debe comprobarse que el cristiano realmente murió, que se le infirió la muerte en odio a la fe y que éste la aceptó con resignación cristiana.
- 2º.- No se pretende promover su causa de canonización, aunque tampoco se excluye la posibilidad.
- 3º.- Que no «hayan empuñado las armas».
- 4º.- Se utiliza el término «mártires» en un sentido popular, sin prevenir el juicio de la Santa Sede.
- 5º.- No incluir en los «Martirologios» personajes «discutibles».